



HQN

*Regalo
del
Cielo*

MERCEDES GALLEGO

*Regalo
del
Cielo*

MERCEDES GALLEGO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2014 Mercedes Pérez Gallego
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Regalo del cielo, n.º 230 - junio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-902-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que el cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño.
Esto es amor. Quien lo probó, lo sabe.*

Lope de Vega (*Rimas*, 1609)

Para Elena, mi particular regalo.

Capítulo 1

Año 1817. Condado de Suffolk, Inglaterra

La elegante mansión y sus extensos jardines empezaron a avistarse conforme la joven jinete espoleaba su caballo, saltando cercas y obstáculos sin dejar de mascullar improperios en voz baja. Había divisado el carruaje desde lo alto del cerro y presentía que por mucho que corriera no llegaría a tiempo para estar vestida de un modo aceptable en la recepción. Tampoco es que tuviera especial interés en agradar a Devon Hunt, vizconde Dermont, pero sabía cuán importante era ese momento para su tía Elena.

—¡Tres meses aguardándolo y tiene que aparecer hoy!

Llevaba días evitando cabalgar por las mañanas como precaución de lo que justamente estaba ocurriendo. ¡Y él tenía que presentarse en ese instante, cuando no había podido eludir la cita con el molinero! ¡Lo odiaba! Bueno, no le odiaba, pero le enfurecía. Devon Hunt era el único hombre que le ponía los nervios de punta. Aunque hiciera dos años que no se veían.

Saltó la última cerca como una centella, desmontó, le entregó las riendas al mozo de cuadra con una sonrisa nerviosa mientras le daba una palmadita de disculpa a su caballo, al que siempre cepillaba en persona, y entró en la elegante residencia sin dar muestras de cuánto le incomodaba su aspecto. Sabía que no era el adecuado, pero le contrarió verlo reflejado en el gesto adusto del hombre. Él estaba impecable, con sombrero de copa, calzones azules, chaqueta en unos tonos más oscuros bajo la que se adivinaba un elegante chaleco, y altas botas de ante. Un auténtico dandy.

A tía Elena, sin embargo, no le importó el desaliño de su ropa y su pelo, atenta a la felicidad que sentía entre los brazos de su hijo.

Al divisarla se apartó para que ambos pudieran saludarse.

—Axel, cariño, ¡por fin ha venido Devon!

—Sí, ya lo veo. —Por más que intentó que su voz sonara agradable, no salió cordial; se limitó a tenderle la mano con un frío ademán—. Hola, Valmont. Bienvenido a Marion Hill.

El recién llegado percibió su desdén y correspondió con una ironía ladina que solo la joven adivinó.

—Sé cuán feliz te hago con mi presencia, *prima* Axel —replicó mientras besaba los dedos que ella había liberado de los guantes.

Los ojos verdes centellearon, furiosos.

—No creo que importen mis sentimientos, sino los de tu madre —aseveró, con frialdad.

La respuesta llegó a modo de carcajada seca.

—¡Se me olvidaba que tú siempre cuidas de ella!

—Nos cuidamos mutuamente, cariño —intervino lady Valmont, desconcertada por la evidente antipatía entre ambos jóvenes.

Axel recuperó su mano y respiro hondo, recordando lo importante que era que su tía disfrutara del encuentro. No en vano, llevaba semanas anticipándolo.

—Disculpadme, necesito cambiarme para el almuerzo.

Al tiempo que daba su conformidad, la condesa pareció recordar el motivo de su ausencia.

—¿Fue todo bien en el molino?

—Pude solucionarlo —asintió, despreocupada—. La rueda no tiene remedio, pero dejé encargo de que la arreglaran. Martin ha asegurado que volverá a funcionar en pocos días.

Su tía la abrazó con una calidez que la conmovió.

—¡Gracias, hija! No sé qué haríamos sin ti. Mi hermano resulta una nulidad cuando se trata de asuntos domésticos. En cuanto se ausenta el administrador estamos perdidos...

—Ha sido un placer encargarme, tía Elena —aseguró sincera, a la par que se encogía de hombros—. En cuanto a Orson, a estas alturas no podemos esperar que cambie. —La presencia de Devon la hizo fruncir el ceño—. Trataremos los detalles después. Ahora límitese a disfrutar de su invitado.

No aguardó a ver el efecto que sus palabras tenían en el vizconde; de haberlo hecho, le habría sorprendido el rastro de furia que ensombreció sus ojos.

Axel retardó cuanto pudo su reunión con el resto de la familia. Pese a estar segura de que la condesa habría visitado la cocina para encargarse de los mejores manjares, previstos desde hacía tres meses, prefirió asegurarse de que todo marchara a la perfección. Una vez confirmado, no le quedó más remedio que enfrentarse a la realidad: Devon estaba allí y tendría que sobrellevarlo con dignidad. Aunque ya no se sentía tan vulnerable ante su desdén, el estómago se le encogía al pensar en verlo. No obstante, respiró hondo y se dirigió con paso firme hasta el salón principal, adornado con mantelería de encaje, vajilla de Limoges y la cristalería de Bohemia de la que la condesa se sentía orgullosa porque llevaba en su familia más de cien años.

Desde el quicio de la puerta acarició con la mirada al conde Birmingham, dueño de la mansión y su protector desde la infancia. Estaba acompañado de su hermana y su sobrino, riendo y bromeando tan cómodamente que se sintió una intrusa. Era una sensación que la acuciaba durante las escasas visitas del vizconde. Durante el resto del tiempo ella estimaba que formaba parte de la familia. Pero con Devon Hunt, no. Él siempre hallaba el modo de incomodarla, de recordarle que era una doña nadie, una recogida.

Su inquietud duró el minuto que tardó lord Birmingham en vislumbrarla y llamarla para que se les uniera. Era un hombre entrado en años, de rostro afable, sin demasiadas arrugas y de estatura mediana. Nada en su apariencia indicaba que pertenecía a una de las familias más antiguas de Inglaterra; bien al contrario, por sus ropas y lentes se le podía confundir con un bibliotecario o un preceptor.

—Axel, cariño, ¿dónde te habías metido? Devon lleva un rato contándonos sus andanzas por esos mundos y te habría encantado escucharle.

Simulando una serenidad que estaba lejos de sentir, besó a su benefactor y tomó asiento frente al vizconde.

—Tendré tiempo de oírlo —se disculpó con una sonrisa—. Porque supongo que te quedarás unos días...

El aludido captó la frialdad de su voz y replicó con un rastro de burla, sin dejar de observarla.

—Puede que hasta unas semanas.

Axel no se amilanó, acostumbrada a su rechazo. También ella lo zahirió sin perder la sonrisa ni el tono meloso.

—¡Estupendo! Tu madre lleva anhelando verte desde que supimos que habías regresado.

Elena salió en defensa de su hijo, sorprendida por la rivalidad encubierta que nunca había percibido en ellos.

—Estuvo enfermo, cariño. Tuvo unas fiebres y no nos lo dijo para no preocuparnos.

La mirada verde reflejó tan a las claras que no lo creía que Devon apretó los dientes, conteniendo su furia. ¡Aquella mujer lo irritaba a morir!

—Veo que mi ausencia te ha sentado bien, *prima*. —Mientras hablaba, realizó un descarado recorrido por su anatomía, desde el escote cuadrado que dejaba a la vista el esbelto cuello, libre de joyas, hasta la breve cintura y la amplia falda de tul violeta que ocultaba unas largas piernas—. Has... Bueno... Pareces muy... *exuberante*.

La mirada castaña subió hasta sus pechos y permaneció allí más tiempo del correcto, logrando que Axel notara cómo el rubor la cubría desde las orejas hasta las puntas de los pies ¡Cuánto deseaba matarlo!

—Lo cierto es que Axel se ha convertido en una mujercita muy guapa y muy lista —asintió Orson, ajeno a sus pullas—. Es la única capaz de discutir conmigo sobre Platón o Séneca y darme lecciones de cualquier tema.

—Encomiable —replico él con soterrada sorna, sin apartar la vista de sus senos.

—Señores, la mesa está dispuesta.

El aviso del mayordomo acalló la reprimenda que lady Valmont iba a soltar a su hijo por mostrarse descortés. En vez de criticarlo le ofreció el brazo, aunque sin ocultar lo poco que le agradaba su actitud. Devon, mudando su antipatía por un rictus encantador, besó la mejilla de su madre y se la metió en el bolsillo. Ella, encandilada por su muestra de cariño, rio. Adoraba a su hijo, por muy desvergonzado que fuera.

Durante el almuerzo, Devon respondió a las preguntas de su tío. Lord Birmingham, como cualquier hombre de su posición, también había visitado el continente en su juventud, y se mostró muy interesado en conocer cómo había evolucionado el mundo desde entonces.

A su pesar, Axel se encontró inmersa en la charla, indagando sobre lugares que solo conocía por los libros. Para su sorpresa, Devon resultó un magnífico conversador, con capacidad para describir las ciudades por las que había pasado con tal pericia que todos se sintieron como si lo hubieran acompañado

en sus viajes.

Durante unas horas no fueron enemigos.

—Por cierto, os traje regalos. Podría dároslos tras el café —propuso, cómodo por primera vez en aquella casa.

A su tío le hizo entrega de dos libros encuadernados en piel, tratados de arquitectura y jardinería. Para su madre había escogido una estola veneciana y para Axel un frasco de perfume. Su mirada fue intensa al entregárselo.

—Es de París. No sabía si sería adecuado, pero ahora, al verte, sé que no me equivoqué.

Ella dudó un instante, ruborizada e indecisa entre si sentirse molesta o halagada por sus palabras. Optó por no enfadarse. Nunca le habían regalado un perfume y prefirió disfrutar de la ocasión.

—Gracias. Fuiste muy atento al recordarme.

Por una vez, el vizconde no lo estropeó con un exabrupto.

—Dudé si preferirías un libro —reconoció—. Por eso, en precaución, compré dos. Pero me parece que a tío Orson le irán mejor.

Su madre intervino con una sonrisa apreciativa, acariciando la delgada mano de la muchacha.

—Sin duda, Axel valora más el perfume. Ya es una mujer y comienza a preocuparle su aspecto.

—No veo por qué debería preocuparle. Es encantador —admitió él, con la guardia baja.

Axel volvió a sonrojarse; esta vez de placer.

—Por favor, no veo ningún interés en hablar de mí. ¿Qué te parece si continuas con tus relatos? Descríbenos qué lugares visitaste en Granada —suplicó, curiosa.

Devon aceptó, sonriente. También a él le apetecía una tregua.

Aburrida de dar vueltas en la cama, enredada entre las sábanas, decidió buscar un libro que le aliviara el insomnio. No se cubrió con una bata ni se recogió el alborotado cabello que le caía en ondas sobre la espalda. Tampoco calzó zapatillas para no hacer ruido, segura de regresar en breve.

No contó con el inesperado encuentro de la biblioteca.

Devon estaba tumbado en el sofá cuán largo era, absorto en el vacío, apurando una copa de brandy.

Fue el destello del cristal lo que atrajo la atención de Axel.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces a oscuras?

Captar el desaliño masculino le hizo ser consciente de su propio aspecto y el bochorno lo encubrió con ira.

—Me ilumina la chimenea, no necesito más —su voz sonó desabrida, con un toque de embriaguez—. ¿Y tú, qué haces paseándote medio desnuda a estas horas?

—No suelo encontrar a nadie —admitió molesta—. Me olvidé de que estabas aquí.

Él sonrió con desdén, volviendo la atención a su copa.

—Por mí no te preocupes. Como si no estuviera.

Axel retrocedió unos pasos, vulnerable a su sarcasmo.

—Volveré mañana.

—Estás en tu casa.

La amarga ironía de sus palabras la hizo recuperar su habitual enemistad.

—También es cierto. —Regresó a la estantería y curioseó unos cuantos volúmenes sin importarle que el fuego transparentara su liviano camisón de seda.

La voz de Devon, matizada por la bebida, le llegó desde la penumbra.

—Yo tengo motivos para aborrecerte, Axel; pero tú... ¿Por qué te muestras siempre tan desdeñosa conmigo?

—¿Que tienes motivos para qué? —Olvidando los libros, se revolvió, colérica—. ¿Se dignaría el señor vizconde en explicar en qué puede molestarlo mi humilde persona? ¡Te has pasado media vida llamándome bastarda y lindezas por el estilo! ¿Por qué habría de tenerte cariño?

—No los tienes —admitió, flemático—. Pero tampoco para odiarme.

Se había incorporado poniendo las dos piernas en el suelo y le sostenía la mirada.

A pesar de la penumbra, Axel percibió que era desdeñosa, pero no le importó. Se le enfrentó con los ojos brillantes y el porte erguido, despreocupada ante lo escaso de sus ropas o lo inadecuado de hallarse a solas con un hombre, por muy *familia* suya que fuera, a altas horas de la madrugada. Sabía que, si alguien del servicio les descubría, su reputación saldría malparada; sin embargo, no se amilanó. Su voz resonó hiriente a propósito.

—¡Discúlpame que disienta! En todo caso, si no te soporto no es por cómo actúas conmigo, lo cual me es indiferente —matizó mordaz—, sino por cómo

ignoras a tu madre. ¡Tres meses lleva esperándote! ¡Tres! Y ahora le sales con que estuviste enfermo... ¡Hay que idolatrarte como lo hace ella para creerte! Pero, claro, debías de estar ansioso por reunirte con tus amigos y tus queridas de Londres...

El vizconde se le acercó en dos zancadas, con los ojos entrecerrados y los puños apretados en los costados.

—¡Maldito si tengo que justificarme con una mocosa entrometida como tú! ¡Eres peor que una pulga sarnosa!

El sonoro bofetón de Axel frenó en seco su diatriba. Incrédulo, se llevó la mano a la mejilla y la contempló con rabia.

—Pero ¿quién te has creído que eres para...?

Cegado por la cólera, asió sus brazos desnudos y la atrajo hasta su cuerpo, tirando sin miramientos de ella.

—¡Suéltame!

La voz de Axel, no por contenida, cargaba menos inquina.

—¡Será si quiero! —rugió antes de que un rodillazo en sus partes lo obligara a liberarla, doblado en dos—. ¡Hija de...!

El insulto se quedó en sus labios mientras la veía refugiarse en el vano de la puerta, resuelta y centelleante como un demonio.

—¡Cuando te digo que me sueltes, me sueltas! —escuchó en la distancia, los oídos atronándole por el dolor de su ingle—. Ya ves que sé defenderme. ¡Serán reminiscencias de cuando vivía en las calles!

Axel salió a cabalgar muy temprano y aprovechó para visitar el molino. Quería inspeccionar la reparación de la piedra, consciente de que mucha gente dependía de su funcionamiento, y terminó aceptando la invitación del molinero para desayunar con su familia en la acogedora mesa que habían dispuesto en el prado. Le encantaba bromear con los chiquillos, intercambiar información sobre botánica con Illona, la mujer de Martin, o escuchar los entretenidos relatos del hombre acerca de su trabajo. Formaban parte de la propiedad y la aceptaban como su señora, aunque nadie en Marion Hill ignoraba su carencia de linaje. Con el paso de los años, Axel se había ganado la confianza y el respeto de todos. Menos el de Devon Hunt.

Demoró su regreso con la esperanza de no encontrárselo y tuvo suerte. Pretextando un repentino malestar, no compareció al almuerzo. Pasó la tarde

en su habitación, devanándose la cabeza en cómo librarse de bajar al comedor sin preocupar a su tía, porque la simple idea de cruzar sus ojos con los airados de él le retorció las entrañas. Finalmente, elaboró una excusa corriente, decidida a no arriesgarse.

—Betty, dile a la condesa que no me siento bien. Cosa de mujeres, ya sabes. El semblante de la doncella reflejó sorpresa al pillarla en una mentira.

—Pero si no tiene usted...

—Tú díselo —atajó, adoptando una pose de mando que rara vez usaba con el servicio—. Después me subes un caldo, por favor. No necesitaré nada más. Quiero dormirme pronto.

La doncella se limitó a asentir, impresionada por su malhumor. Estaba acostumbrada al carácter amable de su señora, pero sabía que, cuando se enfadaba, no admitía réplica.

Axel se durmió al rayar el alba, pero, aun así, el maldito vizconde continuó acosándola en sus pesadillas. Con los ojos llameantes de desprecio le endilgó epítetos dañinos, como «bastarda» y «callejera». Se reconoció en una chiquilla vestida de harapos y de rostro sucio que le plantaba cara, aunque jamás él la vio así ni ella lo estuvo en Marion Hill, adónde ya llegó con ropaje impecable.

Aturdida, con la frente sudorosa y el corazón acelerado, apartó las sábanas de una patada y se sentó en el borde del colchón, inhalando una bocanada de aire para aliviar sus pulmones y serenar el ánimo. ¡Tenía tantas ganas de llorar que su frustración se tornó en ira!

Sin aguardar a la doncella se aseó y eligió un vestido para el que no necesitaba ayuda, con lazos en la parte delantera del corpiño, sabiendo que el tono amarillo y las pequeñas flores favorecerían su tez y disimularían sus ojeras. Tras un breve cepillado se dejó el cabello suelto y bajó al comedor.

La pausa del arreglo había calmado su malestar, pero supo que la mañana no iría bien en cuanto se topó con él.

El vizconde hojeaba un periódico, ajeno al ir y venir de los criados, aunque levantó los ojos un instante al escuchar sus pasos.

Axel ignoró el menosprecio que asomó a sus labios y saludó en general, como acostumbraba.

—Buenos días.

Sin esperar otra respuesta que la del servicio, se dirigió a su doncella, desentendiéndose de su callada recriminación por no haberla llamado para

ataviarse.

—Buenos días, Betty. Tomaré huevos y café, por favor.

—¿Se siente mejor esta mañana, milady?

Asintió con una sonrisa sincera. Apreciaba a la muchacha por su carácter cariñoso y su discreción.

—Mucho mejor. Gracias.

—La señora condesa ya desayunó —informó mientras la servía—. Está en el jardín de atrás con...

En un movimiento involuntario perdió la concentración y el café fue a parar a los pantalones del vizconde.

—¡Dios mío, señor, disculpe! No sé cómo ha podido pasar... Yo...

Azorada, comenzó a limpiarle el líquido que empapaba la tela, pero él la retiró con un violento empujón mientras su rostro se crispaba por la ira.

—¡Maldita estúpida! ¡Si te dedicaras a hacer tu trabajo en silencio no serías tan torpe! ¡Quedas despedida!

El horror se reflejó en el semblante de la muchacha que no sabía dónde mirar en busca de auxilio. El mayordomo le indicó con un ademán que se retirara, pero ella siguió disculpándose, muy asustada.

—¡Por favor, señor! Yo no pretendía...

Axel mantuvo la calma pese al altercado. Entendía el enfado de Devon, pero no su rudeza.

—Betty, retírate. Yo lo arreglaré.

—¡No hay nada que arreglar! —masculló él mientras se secaba la ropa con una servilleta—. ¡He dicho que está despedida! Si es una inepta no puede mantener su trabajo.

La muchacha abandonó el salón desolada, seguida del impertérrito mayordomo. De paso, se llevó las buenas intenciones de Axel.

—¡Eres un déspota! Betty lleva en esta casa más de cinco años y cumple con su tarea a la perfección.

—¡Qué sabrá una zarrapastrosa como tú de lo que es un servicio digno!

La bofetada volvió a cogerlo desprevenido.

—¡Márchate a tu casa y déjanos en paz, pedazo de engreído!

Con la rapidez de una centella, Axel desapareció del comedor, dejando solo, una vez más, al atónito vizconde.

¡Devon Hunt no iba a permitirlo! ¡La maldita intrusa le había humillado dos veces y tenía que hacérselo pagar! Aunque se había arrepentido de su ataque de ira con la doncella, no se había apagado ni un ápice el rencor que sentía por Axel. La buscó por toda la casa hasta que el mayordomo le informó de que lady Axel se encontraba en el cenador. Se apresuró a acudir, rabioso porque pudiera escaparse de nuevo.

No se detuvo ante la evidencia de sus lágrimas, que le habían dejado la nariz y las mejillas enrojecidas. La asió de un brazo y la obligó a mirarlo, golpeándole la espalda contra una columna.

—¡Me tienes harto! ¡Estoy tan saturado de ti que te apartaría de mi vida de un plumazo! —La mano con que le atenazaba la barbilla tembló de pura rabia.

El rostro de Axel se contrajo por el dolor, aunque su abatimiento era mayor y no intentó defenderse.

—Lo tienes fácil. Vuelve a Londres —susurró, sin ganas de discutir.

Pese al enojo contra Devon, era superior su enfado consigo misma por no controlar su mal genio. Por mucho que las institutrices que la instruyeron insistieron en corregirla, siempre fracasaba en la materia.

El aliento de Devon se cruzó con el suyo cuando acercó la cara hasta rozarla, el susurro de su voz cargado de veneno.

—¡Al fin sacaste tu verdadera personalidad! ¡Eso es lo que pretendes! Quedarte sola con mi madre y mi tío para seguir mangoneándolos. Crees que eres una Birmingham y solo eres...

—Una recogida, una zarrapastrosa —rugió ella, debatiéndose entre sus brazos—. ¡Suéltame!

—¡No! ¡Y esta vez no te será tan fácil escapar! —La apretó contra el mármol con una mano mientras con la otra la sujetaba entre las piernas.

El contacto fue tan íntimo e inesperado que ambos se miraron, sorprendidos.

—¿Cómo te atreves?

—¡Has estado a punto de lisiarme, condenada bruja! ¡Puedo tocarte donde quiera!

No contaba con su fuerza. Estuvo a punto de liberarla cuando ella se debatió entre sus brazos, pero logró paralizarla presionando más fuerte sus caderas. Devon se dejó llevar por el afán de crueldad y la aplastó contra su cuerpo. La besó tan descarnadamente que impidió que se escuchara su grito. Axel, herida en su orgullo, lo apartó de un empujón y salió corriendo por segunda vez en la mañana.

Devon volvió a quedarse solo, aunque en esta ocasión una sonrisa de placer surcó sus labios. ¡Había obtenido su venganza!

A Axel le costó la misma vida que el almuerzo y la cena transcurrieran sin incidentes. Reflexionó largo y tendido después de haberse deshecho en lágrimas en la intimidad de su cuarto y llegó a la conclusión de que no podía estropear la felicidad de la condesa presentándole quejas sobre Devon. Sabía que la disgustaría, que se vería obligada a posicionarse en contra de su hijo, dada su rectitud, y después de haberlo esperado tantos meses sería un triste final para su visita. Decidió, pues, callar. Simuló su mejor sonrisa y bajó al comedor.

Participó con parquedad de las conversaciones, pero su tía lo atribuyó a las molestias femeninas y no se opuso cuando se despidió sin tomar postre con la excusa de una siesta, ni cuando expresó su deseo de recogerse temprano esa noche. Se limitó a desearle buenas noches y a continuar la charla con su hermano.

Devon, por el contrario, mantuvo una sonrisa burlona a lo largo del día, y cuando ella pasó por su lado para retirarse de la cena se atrevió a susurrarle un «cobarde» que ignoró haber oído.

El vizconde irrumpió en la alcoba sin molestarse en llamar.

Axel lo miró con asombro, pasmada por su desfachatez, mientras el libro que leía resbalaba sobre su regazo.

Devon tomó nota de la forma en que el veraniego camión se adaptaba a su voluptuoso cuerpo; sin embargo, fingió indiferencia. Arrimó una silla a un lateral de la cama, se quitó la chaqueta y el corbatín y se acomodó estirando sus largas piernas.

Axel, vacilando entre enfurecerse por su indolencia o por el atrevimiento de su gesto, entrecerró los ojos y apretó los puños.

—¿Qué diablos estás haciendo?

El susurro salió de sus labios como el siseo de una víbora y él correspondió con una descarada sonrisa.

—¡No has bajado a la biblioteca! —Se demoró en la pila de mamotretos que reposaban sobre la mesilla y siguió con marcado sarcasmo—. ¡Parece que

trajiste suministro para no pisarla en un mes!

Axel recogió su libro mientras calibraba si tirárselo a la cara o lo dejaba en la mesita y se cubría con una bata para sentirse menos vulnerable.

—¡Sal de inmediato! ¡No tienes derecho a invadir mi alcoba!

—Es temprano para irme a la cama y no se me ocurre otra alma a quien recurrir. —Acentuó su sonrisa arrogante, sabedor de que la enfurecería—. No considero de buen gusto importunar a las criadas. Hoy no debo ser muy popular entre ellas.

Ignorando la provocación, Axel alzó el mentón y moduló a conciencia sus palabras, en un abierto reto.

—Tu madre no despedirá a Betty. Le expliqué lo ocurrido y aceptó las disculpas de la muchacha. —Le satisfizo observar un atisbo de enfado en los iris castaños—. Ya ves que aquí no eres nadie para tomar decisiones.

—¿Nadie? —La frialdad de su voz cortó el aire—. Por lo que parece, no te han explicado quién corre con los gastos de esta casa.

Axel palideció. Por un instante pensó que se estaba marcando un farol para machacar su orgullo, pero una sombra de duda atenazó su garganta.

—¿Qué quieres decir?

La mirada del vizconde resulto tan despectiva como su voz.

—Que soy yo quien mantiene Marion Hill.

—¡No es verdad! —El corazón de Axel latió desbocado por la posibilidad de que fuera cierto—. Orson...

El desdén del vizconde asomó a sus ojos a la par que una sonrisa irónica brotaba de su boca.

—El tío Orson es muy bueno con las letras, pero una nulidad con los números —anuncio, conciso—. Lleva años arruinado.

Axel sintió que la angustia la desgarraba por dentro.

—¡No puede ser! ¡Yo lo sabría!

—¿Y de verdad no lo sabes?

El bochorno se apoderó de sus mejillas. Por contra, un frío intenso se adueñó de sus miembros.

—¡Pues claro que no! ¡Ni tu madre ni Orson hablan de dinero! —Dejó a un lado su actitud desafiante para pedirle explicaciones, mudada la ira por la vergüenza—. ¿Desde cuándo...? ¿Desde cuándo nos mantienes?

Los modales altivos del vizconde se atenuaron. A pesar de experimentar sentimientos contrapuestos por Axel, acostumbraba a ser justo y su mirada de

ansiedad no podía ser fingida. Ella no sabía nada. Se encogió de hombros y ocultó los remordimientos que le asaltaron por haberse portado peor que un rufián. Tiró del repertorio ensayado de su paso por la Corte y respondió con el tono indolente que solía usarse para los asuntos intrascendentes.

—Desde que heredé el título. Al hacerme cargo de las finanzas familiares descubrí el agujero de Orson. Como, además de ser mi tío, tenía cobijaba a mi madre, lo consideré apropiado.

La mirada glauca lo taladró con rebeldía.

—¿Y yo...?

—Formas parte de la casa —confirmó, displicente.

Los puños de Axel apretaron las sábanas, rozando el límite entre el bochorno y la rabia.

—¡No soy un mueble ni un caballo! Tengo gastos. Alguien debió advertírmelo —replicó, humillada.

—Eso no es asunto mío. Si no te lo dijeron, sus razones tendrían —contestó desdeñoso.

Axel se hundió un poco más en el colchón, presintiendo que el cielo podía desplomarse sobre su cabeza en cualquier momento.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las tuyas para decírmelo ahora? ¿Piensas cobrarte de algún modo?

Sus miradas se enfrentaron hasta que Devon se encogió de hombros.

—No tenía esta conversación en mente cuando llegué. Si mal no recuerdo, la has sacado tú.

En honor a la verdad, tuvo que admitir que era cierto. Sin embargo, continuaba furiosa con él.

—¿Y te parece honorable entrar en la habitación de una... mujer sin ser invitado?

El titubeo hizo asomar una mueca sarcástica al atractivo rostro del vizconde.

—Puedes considerarte una dama, Axel. Tu educación es excelente. Nadie podría objetarlo.

—¡No soy ninguna dama! —masculló Axel con altanería—. Aunque tengo mis principios.

—Sí, no lo dudo. Mi madre te ha educado muy bien. Mejor que a mí.

La réplica, cargada de rencor, encendió el de por sí caldeado ánimo de Axel.

—¿Te atreves a hacer reproches a tu madre? ¿Serás capaz?

—¿Por qué no? —escupió él, sin disimular su encono—. Le pareció más interesante dedicar su vida a una huérfana abandonada que a su propio hijo.

Axel se incorporó sobre las almohadas sin molestarse en ocultar cómo la tela se tensaba sobre sus formas, aunque tampoco Devon estaba de humor para detenerse en ese detalle.

—¡Eso es una infamia! ¡Eres un ciego arrogante igual que tu padre!

El cuerpo del vizconde se tensó por la acusación, estirándose tanto sobre ella que le rozó el rostro mientras susurraba con ferocidad una grosería.

—¡Maldita zorra! ¡Espero que sepas explicarte!

Axel se apartó, de repente abatida. Amaba con desmesura a la mujer que la había acogido como a una hija y el recuerdo de sus desdichas la llenó de dolor. Consideró justo que también él las supiera.

—Tu madre te cuidó hasta los dieciocho. No puedes reprocharle nada.

—¡Claro que puedo! —Devon regresó a su posición en la silla, pero mantuvo el gesto beligerante—. ¿Se supone que por heredar un título ya no la necesito?

—¡No, no la necesitabas! —replicó con frialdad—. Si lo piensas bien, pasabas todo el tiempo con tu padre, no con ella.

Devon la contempló como si desvariara.

—¿Y eso qué? ¡Su lugar estaba a nuestro lado!

—¿A vuestro lado? —Los elegantes dedos volvieron a crispase sobre las sábanas—. ¡No tienes idea de lo que tu madre ha sufrido en Londres!

Por un breve instante el desconcierto asomó a las facciones masculinas, pero enseguida volvieron a cubrirse con una coraza de frialdad.

—¿Tan insoportable era su vida? ¡Pareces saber sobre mi madre más que yo!

—Quizá deberías preguntarte por qué nunca llegaste a ser merecedor de esas confidencias —barbotó, irónica.

Devon se incorporó de golpe y la zarandeó sin miramientos. Con todo, Axel no se permitió mostrar miedo y mantuvo el reto en su mirada.

—¡Nunca me dio una oportunidad!

Axel vislumbró la vulnerabilidad que se escondía tras su enfado y la sorpresa de saberlo herido la llevó a bajar la guardia.

—Tienes razón. Disculpa. Tal vez... Tal vez te parezcas demasiado a él. Y después de todo, eres su hijo. Es comprensible que no se sincerara contigo.

Devon mantuvo el contacto un instante. Luego se apartó y se atusó los cabellos, desesperado, necesitado de aclarar aquello.

—Y bien, ¿por qué su vida en Londres fue tan desdichada?

—Por tu padre. Por sus infidelidades.

Se miraron con intensidad. La mente de él procesando la información.

—Cualquier mujer puedo con eso —replicó, perplejo—. Mira para otro lado y ya está.

La ira retornó a los ojos verdes.

—¿Eso piensas? Podría haber actuado de ese modo de no sentir nada por él, pero tu madre se casó enamorada. Y lo peor es que sigue estándolo. —Bajó más la voz para subrayar el testimonio—. Por desgracia, tu madre sigue amando a tu padre.

El dio un paso atrás, como atravesado por un rayo.

—Y mi padre... ¿Lo sabe?

Ella se encogió de hombros, reflejando en su semblante una mueca de desprecio.

—¿Qué más da? Jamás le importó.

Devon se revolvió, furioso. Que aquella mocosa se atreviera a juzgar a su padre le parecía el colmo de la arrogancia.

—¿Qué sabrás tú de eso!

—¿Crees que de importarle hubiera tenido una amante tras otra? ¡Mientras te engendraban y luego crecías y te convertías en vizconde esas mujeres han superado la quincena! —notificó, tan airada como él—. ¿Te parece probable que le importen los sentimientos de tu madre?

Devon se dejó caer en la silla, abatido.

—No lo sé. Entre los hombres de nuestra condición es habitual tener amantes.

—¡Ser unos malditos egoístas, eso es propio de los aristócratas! —De repente recordó lo que había descubierto esa noche y suspiró, avergonzada—. Lo siento, no tengo ningún derecho a hablarte así. No después de lo que me has contado.

El silencio se impuso entre ambos hasta que él lo rompió. Todo en su persona indicaba lo dolido que estaba por lo que acababa de saber. Y se lo demostró, dejándole ver un Devon que ella desconocía.

—Al contrario, Axel. Es gratificante que alguien te diga la verdad a la cara. Aunque no sea agradable.

Se contemplaron con largueza, calibrando el uno los pensamientos del otro. Fue Axel quien retomó la conversación en un punto distinto.

—Yo... No sé cómo corresponder a lo que has hecho por mí. He gastado en ropas y caprichos sin saber...

—Ya te he dicho que formas partes de esta casa.

—¡No quiero ser eso! —Le ofendía la sola idea de que él la mantuviera.

—¿Qué prefieres entonces, salir huyendo? —alegó con frialdad—. Considéralo un pago por hacer feliz a mi madre y a mi tío —Bajó la voz, atormentado—. Después de todo, eres la hija que ambos hubieran querido tener.

—¡Pero no soy tu hermana!

Por primera vez en la noche, un atisbo de diversión asomó a la mirada castaña.

—¡No, desde luego que no! Y menos ahora, que te has vuelto tan ... *interesante*.

Un destello de ira brilló en los ojos claros, aunque logró que la voz le saliera serena.

—Me gustaría que te fueras. Debo pensar en lo que hemos hablado. Y tomar decisiones.

Devon se puso en pie y recogió su ropa, sin llegar a ponérsela. En todo el tiempo no apartó los ojos de ella.

—¡No hay decisiones que tomar! Nunca hemos tenido esta charla. ¡Imagina qué opinaría mi madre de saberme en tu alcoba! O el tío Orson. ¡Hasta es posible que me retara en duelo para resarcir tu honor!

Lo amenazó con la almohada, aunque ya no estaba enfadada.

—No digas estupideces y vete.

—Lo digo en serio, Axel. —Mientras abría la puerta, ella captó el poso de amargura en sus facciones—. No dudes de que te quieren más que a mí. Buenas noches.

Tras las desalentadoras palabras, el vizconde desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado.

A la mañana siguiente, después de una larga cabalgada, Axel cepilló a Luna y subió a sus aposentos para cambiarse. Lucía sombras bajo sus ojos por la vigilia nocturna, pero no sabía cómo disimularlas para no preocupar a su tía.

Orson no le inquietaba, ya que andaba siempre tan enfrascado en sus asuntos que no se detenía en los detalles. Sin embargo, la condesa lo notaría.

Había montado su yegua más rato del habitual, esperando que el viento borrara la zozobra y las lágrimas y que el sol pusiera algo de color en sus mejillas, pero había sido inútil. Se sentía gris como un día de invierno.

Vistió el primer traje que encontró, un modelo de muselina de suaves tonos rosas, y con el pelo sujeto en un sencillo recogido, bajó al comedor para enfrentarse a *su familia*.

Lady Valmont desayunaba en compañía de su hijo y ella la besó con naturalidad antes de ocupar su sitio en la mesa. La tez de la condesa resplandecía y el brillo de sus ojos indicaba lo feliz que se encontraba esa mañana.

—Buenos días, cielo. Devon y yo hablábamos de ti.

Ella interrogó con un gesto al vizconde, el cual, en respuesta, se encogió de hombros. Si anteriormente le había parecido arrogante, ahora que lo reconocía como el verdadero dueño de la casa, sentía dolor de estómago solo con verlo.

—¿No te interesa saber de qué hablábamos? —se sorprendió la dama.

—Claro que sí, tía —mintió, sirviéndose una pequeña porción de huevos de la bandeja que Martha le ofrecía. No había ni rastro de Betty, pero no se atrevió a preguntar—. Cuénteme.

—Le decía a Devon que cumpliste dieciocho años en primavera y que sería oportuno presentarte en sociedad.

La sorpresa consiguió que casi derramara el té sobre su falda. Con un respingo, apartó la taza y el plato y se les enfrentó, guiada por el pánico.

—¡Yo no quiero ser presentada en sociedad! ¡De ninguna manera!

Con un tenue ademán, la condesa indicó a los criados que se marcharan y solo intervino cuando estuvieron solos. Lo hizo con calma, advirtiendo de paso el macilento rostro de su pupila.

—No estás siendo razonable, Axel. En algún momento querrás aparecer en la Corte y entonces...

—¡A mí no se me ha perdido nada en la Corte, tía Elena! No quiero ser presentada ni... —Recurrió a Devon en busca de ayuda—. ¡Sería un gasto superfluo que no necesitamos!

—El gasto no es un problema —aseguró él con una mirada de advertencia, fría como el acero.

—¡Por supuesto que no! —insistió la dama, escandalizada de que Axel

mencionara semejante detalle—. Pertenece a nuestra familia y tarde o temprano deberás ir a Londres.

Axel se puso en pie, apartando la servilleta. Le temblaban las manos.

—Todos sabemos de dónde vengo, tía. Podemos fingir no recordarlo, pero mi pasado es indeleble. No pretendo olvidarlo ni aparentar ser quien no soy. Por favor, disculpadme.

Abandonó la estancia con paso firme, guardando su congoja para cuando pudiera desahogarla en soledad, segura de que estallaría en lágrimas si percibía la menor señal de conmiseración.

Cuando se sobrepuso, Axel volvió a convertirse en la mujer resuelta que era. No deseaba preocupar a sus benefactores, así que se lavó la cara con abundante agua fría y bajó a la biblioteca, donde esperaba localizar al vizconde.

Devon consultaba unos papeles tras su mesa de trabajo, pero los dejó a un lado en cuanto la divisó. Frunció el ceño al percibir su cutis enrojecido.

—¿Estuviste llorando?

Acostumbrada a su ironía, le sorprendió percibir un matiz de inquietud, pero no le dio importancia. Había acudido con una idea concreta y debía transmitirla antes de que su fortaleza se tambaleara. Tomó asiento con la espalda recta y habló con humildad.

—Necesito que hablemos.

Él asintió, sereno. Dio un rodeo y se acomodó a su lado, en otro sillón.

Los rayos de sol entraban por los ventanales y durante un segundo Axel se distrajo al descubrir el brillo de sus cabellos, de un ligero castaño claro. Hasta ese día no lo había mirado como hombre y tuvo que reconocer que resultaba muy atractivo. Las mangas arremangadas de su camisa dejaban a la vista unos antebrazos fuertes y morenos, poco habituales en caballeros de su posición, y sus largas piernas, enfundadas en franela oscura, se marcaban bajo la tela. No cabía duda de que sus viajes por el extranjero lo habían convertido en una persona peculiar. Su rostro era agraciado, con rasgos aristocráticos, y poseía ojos profundos y boca sensual.

—¿Y bien?

Una sonrisa burlona afloró a la boca que observaba y Axel se ruborizó, por los pensamientos importunos y por haber sido pillada en falta, pero echó mano

de su orgullo y lo enfrentó con determinación.

—Necesito que me apoyes frente a tu madre. No puedo ser presentada en Londres.

La mirada que el vizconde le devolvió fue seria.

—¡No entiendo a qué viene tanta preocupación! Si es por los gastos, no te preocupes; te aseguro que no mermarán ni un ápice mi economía.

Axel se adelantó, decidida en sus ademanes, dispuesta a salirse con la suya. Nunca había estado más convencida de tener razón.

—¡Pero es que yo no lo quiero! ¡No soportaría saberme en boca de esa gente! ¡Imagina lo que dirían! Ser la protegida de tu tío no me libraría de su maledicencia.

Devon admitió en su fuero interno que llevaba razón; no obstante, se sintió obligado a rebatirla.

—Nadie se atrevería a criticar a una Birmingham. Respondo de ello. Y te garantizo que yo sería garante de tu tranquilidad.

—¿Qué tranquilidad? —bufó Axel con desprecio—. ¡No sé moverme en sociedad! Conozco las normas; podría recitar de memoria el libro de las buenas maneras, pero carezco de sutileza o maña contra la ironía. ¡Nadie mejor que tú lo sabe! Soy franca, aunque me cueste un dolor de cabeza.

El vizconde rio con espontaneidad, sumamente de acuerdo.

—En serio, Devon. Esa idea es una locura. Ayúdame con tu madre.

Él pareció pensarlo.

—Puedo intentarlo, pero tarde o temprano necesitarás un marido.

—¿Para qué? ¡No voy a casarme nunca! —La mirada atónita del vizconde la llevó a explicarse atropelladamente—. ¡No quiero decir que vayas a tener que mantenerme toda la vida! Ya he pensado una solución.

—¿Ah, sí? —Sus ojos entrecerrados brillaron con burla, pero ella no lo percibió a causa de los nervios—. Estoy expectante.

—Pretendo solicitar un puesto de profesora en la Academia de la señorita Hilton. Aún no sé si les interesaré, pero mi antigua tutora trabaja allí y he pensado que quizá pueda recomendarme. Nuestra relación por carta es fluida. Si le escribo hoy mismo...

—No

—¿No qué?

Le sorprendió que se incorporara y se arrodillara a su lado, pero le apabulló aún más que le sujetara la barbilla y le obligara a mirarlo.

—No vas a trabajar en ninguna parte. Eres una Birmingham.

—¡No es verdad!

La réplica del vizconde fue severa, igual que el acero de sus ojos.

—¡Sí lo es! Para bien o para mal, mi tío solicitó al rey Jorge que le permitiera protegerte y hay un documento que te acredita como Axel Birmingham.

—Es cierto, pero...

—¡No hay más que hablar!

Por un segundo se mantuvo presa de las pupilas castañas, aunque de inmediato sacó a relucir el genio que la caracterizaba.

—¡Y un cuerno! ¡No eres quién para decidir mi futuro! ¡No quiero casarme y no vas a mantenerme siempre!

Un rictus divertido se reflejó en su semblante.

—¡Eso es lo que no puedes soportar! Que yo te mantenga.

Ella se mordió los labios tratando de desviar la vista.

—Sí, lo admito —confesó, no obstante.

Devon se puso en pie sin dejar de sonreír, controlando sus ganas de tomarle el pelo.

—Me temo que tendrás que doblegar tu orgullo —replicó con calma—. Acepto la posibilidad de no mantenerte de por vida. ¡Búscate un marido! Si no deseas un aristócrata, échale un vistazo a la nobleza rural. ¡Seguro que los terratenientes de los alrededores estarán encantados de rendirse a tus pies! Yo no tengo prisa. Puedes esperar a enamorarte, si quieres, pero no saldrás de Marion Hill si no es casada.

Dando por zanjado el asunto, Devon regresó al otro lado de la mesa, aunque no contó con la reacción de Axel, quien se irguió como una furia, con el semblante desencajado.

—¡No me casaré! No permitiré que ningún hombre me trate como tu padre hizo con tu madre. ¡No necesito a un hombre en mi vida! —rezongó, irritada.

Devon la contempló con el mismo detenimiento que antes empleó ella. Era una beldad de melena sedosa y mirada verde. Además, su cintura esbelta y sus generosos senos la convertían en una mujer deseable por más que demostrara un carácter arisco e independiente, culpa del consentido trato que le había dado su tío Orson, no cabía duda, pero, pese a ese defecto, no había hombre que no se parase a admirarla aun en medio de un nutrido grupo de debutantes.

La tentación de provocarla ganó a su sentido del deber.

—¿Piensas que un hombre solo da quebraderos de cabeza, Axel? ¿No se te ha pasado por la cabeza que si mi madre quiere tanto a mi padre es porque en algún momento fue feliz con él? —replicó con burla.

La dejó sin palabras, solo un minuto.

—¡Dudo que lo que un hombre ofrece merezca tanto la pena!

Un asomo de risa brotó de su boca mientras una idea se abría paso en su cabeza. Con parsimonia rodeó la mesa y atrapó a Axel contra la madera, cercándola con sus brazos.

—No tienes idea de lo que un hombre puede ofrecerte. ¿No es cierto?

Ella le sostuvo la mirada, impertérrita.

—No me intere...

Antes de que pudiera acabar, los labios de Devon cayeron sobre los suyos. El torbellino de sensaciones en que se vio inmersa la cogió desprevenida y tuvo que asirse a los sólidos hombros masculinos para no caer de rodillas. Devon gruñó, satisfecho, y la incitó a abrir la boca para profundizar el beso. Entrelazó sus lenguas con una pasión que dejó turbia su mirada cuando consideró que debía apartarse.

El rostro de Axel estaba escarlata.

—Sé sincera, ¿qué has sentido?

Continuaban muy juntos. Y aunque Axel se sintió mortificada por consentirle el arrebató, también estaba conmocionada por el cúmulo de sensaciones. Agradeció que el susurro masculino no sonara petulante y se obligó a responder.

—Cosquillas.

La alegre risa masculina la dejó sin aliento.

—¿Dónde? —inquirió, pegado a su oreja.

—Por todo el cuerpo —musitó, notando que el calor regresaba.

Devon se obligó a apartarse, fue hasta la puerta, agarró el picaporte para abrirla y le ofreció una salida.

—No es mal síntoma. Piensa sobre ello. ¡Ya ves que no resulta tan desagradable lo que un hombre puede ofrecerte!

Axel le mantuvo la mirada un instante y escapó en silencio. ¡Odiaba darle la razón!

El almuerzo transcurrió silencioso. La mirada de la condesa reflejaba tristeza y Axel no se atrevió a sostenérsela. Devon mantuvo un conato de charla con su tío sobre la necesidad de visitar a los arrendatarios, pero, tras concederle su bendición, nadie abrió la boca. Tomaban el postre cuando el vizconde despidió al servicio y se decidió a hablar.

—Madre, tío Orson, he pensado que podríamos organizar una fiesta. Serviría para presentar a Axel a nuestros vecinos de modo formal y, de paso, celebrar su reciente cumpleaños.

—Axel no es amiga de fiestas —se resistió Orson—. Pero si ella está de acuerdo...

La mirada de la condesa se clavó en la de su hijo, intentando adivinar sus ocultas intenciones, aunque él no se lo puso fácil. Tampoco Axel favoreció su comprensión, limitándose a encogerse de hombros.

—Lo que tú dispongas, Devon.

—¿A ti te hace ilusión?

La perplejidad de la dama la tentó de echarse atrás, pero intuyó que Devon le estaba echando la mano que le había pedido y no se iba a retractar.

—La fiesta, sí. Pero dejemos aparte mi cumpleaños. —Pese a su voz firme, Devon vio que le temblaban las manos—. Ya pasó y no quiero obligar a los invitados a acudir con regalos. Usemos mejor tu visita como excusa.

Devon asintió, consciente de cuánto le costaba dar el paso.

—Sea. El próximo sábado me parece apropiado.

—¿Por qué tanta prisa?

El enojo asomó a su rostro sin disimulo. Si ya le costaba la misma vida ser el centro de atención, tener que montar un simulacro de presentación a corto plazo la sublevaba. De no haber venido Devon, ella hubiera seguido manteniendo su tranquila existencia rural y no se sentiría forzada a hallar un marido del que pasaría a depender para no ser una carga del vizconde.

Este, como si pudiera leerle el pensamiento, mantuvo la calma mientras exponía sus razones.

—Dentro de dos semanas viajaré a Escocia para celebrar el aniversario de un buen amigo. Y si soy la excusa para esta fiesta —se permitió mostrarse burlón—, creo que debería estar presente.

Lady Valmont asintió, decidida. Ignoraba qué motivos tenían aquellos dos para organizar el festejo, pero como estaba de acuerdo con celebrarlo, esperaba a averiguarlo.

—Nos pondremos manos a la obra de inmediato —aseguró encantada.

Lord Birmingham, remiso a cualquier acto social, bufó por lo bajo. Lo que menos le apetecía era verse envuelto en la vorágine de una puesta a punto de la casa y que les invadieran un montón de extraños durante lo que se le harían interminables horas, pero lo aceptaría por el bien de Axel. Nada que tuviera que ver con aquella chiquilla le era indiferente ya que la amaba como si de su propia hija se tratara. Resignado, abordó a su sobrino con el otro asunto que le preocupaba.

—Supongo que visitarás a los arrendatarios antes de irte...

Devon asintió, benevolente. No estaba acostumbrado a cumplir con las obligaciones de señor en aquella casa puesto que la consideraba de su tío, por más que él la mantuviera, pero comprendía que llevar adecuadamente la gestión de una hacienda incluía tratar con administradores y granjeros para que la propiedad no volviera a verse en la ruina.

—Sí, tío Orson; lo haré. Y puesto que Axel es quien en realidad les conoce, propongo que me acompañe.

El interpelado asintió, incorporándose con más presteza de la habitual, deseoso de retomar sus asuntos.

—¡Excelente idea! —Acarició la mejilla de su ahijada con ternura al pasar por su lado. —El aire libre te sentará bien. Estás un poco cenicienta, pequeña. Tanta lectura puede que no te favorezca.

—¡Quién fue a hablar! —refunfuñó su hermana—. ¡El que se deja la vista en los libros cada día! —Se volvió a su hijo con un tono por completo diferente—. Devon, querido, déjanos solas. Necesito tratar unas cuestiones con Axel.

El vizconde no se dejó engañar por la voz melosa de su madre, pero tampoco podía contradecirla, así que se limitó a obedecer, no sin antes enviar una señal de advertencia a la joven, que se mantenía con las manos en el regazo y la espalda muy recta.

Cuando ambas mujeres quedaron solas, la condesa tomó una de aquellas estilizadas manos y la entrelazó con la suya, evidenciando cuánto amaba a la muchacha que tenía enfrente.

—¿Hay algo que quieras contarme, Axel?

—En absoluto, tía. —Su mirada se encontró con los iris castaños de su madrina y su gesto, más severo de lo corriente, y comprendió que no podía mentirle—. ¡De acuerdo, sí lo hay! Le supliqué a Devon que me ayudara con lo de Londres. Sé que no pertenezco a la aristocracia, por más que ostente

vuestro apellido; es más, lo último que desearía es dejarlo en evidencia. ¡Y ocurriría! No soportaría saberme escudriñada por las debutantes y sus madres, que estarían pendientes del menor de mis deslices para convertirme en la comidilla de la temporada... O tener que aparentar ante los caballeros que soy alguien con quien no me identifico. —Se llevó la mano que sujetaba la suya a los labios y la besó—. ¡Te lo ruego, tía Elena! ¡No me obligues a hacerlo en compensación por lo mucho que te debo! Entiendo tus buenas intenciones; pero, créeme, yo jamás podría alternar con condes y duques como si tal cosa. ¡Soy una plebeya! —Sonrió, al borde de las lágrimas, con una mueca triste—. Muy cultivada, pero una plebeya.

Elena contuvo las ganas de llorar, comprendiendo que la muchacha tenía asentada la cabeza y conocía la maldad del mundo, aunque apenas hubiera salido de la propiedad.

—Entiendo. ¿Y qué tramáis mi hijo y tú entonces?

—A él se le ocurrió que podría encontrar marido entre nuestros vecinos; alguien instruido o de la nobleza rural. Yo solucionaría mi futuro y el apellido no saldría desprestigiado.

—¿Y el amor? —Su voz tembló, embargada de tristeza por lo que estaban tratando, como si los sentimientos no contaran y la joven fuera un mueble que hubiera de recolocarse—. Asegurabas que no te casarías sin estar enamorada.

La voz de Axel se mostró firme, aunque sus ojos transmitieron pesar.

—Y continuó pensándolo, tía. Pero ¿quién dice que no puedo enamorarme de algún invitado? ¡Vamos a convocar a todas las familias importantes de los alrededores! Debido a mi escasa disposición solo me he relacionado con el médico y el pastor. Puede que los terratenientes vecinos tengan hijos de mi edad. —Para sellar su tranquilidad, la besó en la mejilla—. Si no aparece nadie interesante, solo habremos disfrutado de una fiesta.

Elena la estrechó entre sus brazos con la calidez de una madre.

—Se hará como tú quieras; pero ten por seguro que podrías aspirar a un noble. —Retuvo el joven rostro frente al suyo, admirando sus matices—. ¡No alcanzas a ver lo preciosa que eres, Axel! No solo por dentro, que es algo que en Londres no valorarían, sino por fuera. Tu cutis, tus ojos verdes, tu boca... ¡Los libertinos se matarían por robarte un beso! —sonrió, nostálgica—. Créeme que serías el furor de la temporada.

Axel volvió a besarla, agradecida, pero sintiendo que la tristeza aplastaba su pecho con mayor ahínco.

—Seamos realistas, tía Elena. Puede que algún noble me quisiera en su cama, pero no para portar su título. Las habladurías correrían como el agua acerca de mi origen y eso nos haría desgraciados a todos. Quedémonos con lo que puede ser.

Elena hubo de ceder. A fin de cuentas, ella era la menos apropiada para defender el matrimonio con un noble, siendo el suyo tan desgraciado. Con todo, quería confiar en que no todos los hombres serían tan licenciosos como su esposo. Reprimió un suspiro y acarició la mejilla de Axel con marcado desaliento.

—Esperaremos acontecimientos, pues. Pero pongámonos en marcha de inmediato. Aunque poseo sobradas dotes de anfitriona, hace mucho que no se celebra una fiesta en Marion Hill y tenemos un ingente trabajo por delante.

Axel esbozó una sonrisa esperanzada. La expectativa de la misión animó su espíritu, además de la posibilidad de ver a su tía en acción. Atesoraba cada detalle que aprendía de ella. La consideraba la mujer más perfecta de Inglaterra y para una pobre niña de la calle era motivo de orgullo tenerla de instructora en cualquier causa.

Se contrató a un equipo de mujeres del pueblo para cooperar en la limpieza de la mansión, ya que el servicio habitual se vio desbordado; se compraron víveres que alimentarían a un regimiento y las modistas cosieron elegantes ropas para los anfitriones y nuevos uniformes para los criados.

El ir y venir de gente resultó tan agotador que el vizconde suspiró de alivio la mañana en que Axel fue a buscarlo para la prometida visita a los arrendatarios.

Si por norma vestía con discreción, aquel día podría haber pasado por una doncella en su día de fiesta. Llevaba un traje de algodón de corte sencillo, de un color lila oscuro que le sentaba muy bien, y recogía su melena en un moño bajo con el que aparentaba más edad.

Durante el trayecto se sumió en un tranquilo silencio que rompió al llegar a la primera granja. Con una amable sonrisa lo presentó como «el vizconde Dermont, el hijo de la condesa»; después se interesó vivamente por la marcha de los cultivos y los animales, hizo recomendaciones y agradeció los testimonios con gestos elocuentes. Antes de irse entregó un presente en forma de cesta de comida y ropa en nombre de lord Birmingham.

El patrón de las visitas fue similar en cada granja, excepto donde había niños. En esas, Axel se entretuvo con ellos y su risa se escuchó en los campos junto a las infantiles.

Devon quedó asombrado por la magnífica relación de la muchacha con los aparceros.

Lo mismo ocurrió en la aldea. Allí los niños corrieron al divisar el faetón con gritos de «¡Señorita Axel!» que se detuvieron en seco al advertir la presencia de un extraño. Ella, sin amilanarse, les llamó por sus nombres y les entregó caramelos, asegurándoles que otro día les prestaría atención.

Aceptaron almorzar en la rectoría, una casita cómoda y discreta adosada a la iglesia, y Devon volvió a maravillarse con la pericia de Axel cuando logró que el pastor, de carácter afable pero estricto, se comprometiera a acoger de doncella a una madre soltera a quienes todos daban de lado.

Por último, tomaron el té con la maestra. A instancias de Axel, la joven mostró a Devon las dependencias en las que los pequeños de los alrededores aprendían a leer y escribir, y a él le conmovió que, con tan escasos recursos, consiguiera éxito en su tarea, tras lo cual se comprometió a abastecer de material y muebles el local.

Su gesto le granjeó el agradecimiento de la docente y una sonrisa cariñosa de Axel.

Regresaron al anochecer, conversando con absoluta naturalidad sobre las familias y las circunstancias de cada una. Cuando él la felicitó por su labor, ella se limitó a encogerse de hombros.

—A menudo me pregunto cómo sería mi vida si tu tío y tu madre no me hubieran acogido. Soy consciente de lo afortunada que fui y de que mi deber es recompensar a los desfavorecidos en lo que pueda.

Esa noche, el vizconde pasó horas cavilando sobre la mujer que había descubierto. Durante años padeció unos celos tan atroces que en ningún momento se le ocurrió que Axel podría ser mucho más que una entrometida que le había robado el amor de los suyos.

A partir de entonces la miró de otro modo. Se había granjeado su respeto.

Axel se contempló en el espejo. Lucía un vestido de seda de color marfil, con un escote cuadrado demasiado profundo para su gusto, aunque la modista insistió en que era como se llevaba en la capital. La cintura quedaba diminuta

por efecto del ajustado corsé. El cabello cobrizo, recogido en un moño alto del que escapaban mechones ensortijados a ambos lados del rostro, algo pálido.

Se pellizcó las mejillas y se puso brillo en los labios. No pensaba ceder en cuanto al colorete, por mucho que Betty y Martha se empeñaran.

Ambas chicas, una vez que dieron por terminado el trabajo, se mostraron embelesadas.

—Está usted preciosa, milady —aseguró Betty.

—Preciosa —confirmó la otra.

Axel, nerviosa, eludió las alabanzas.

—¿La condesa está lista?

—Desde hace un rato —asintió Martha—. Bajó para supervisar los últimos detalles. También ella está muy guapa. ¡Debió de ser una mujer bellísima de joven!

—Y el señor está... espectacular ¡Qué bien le sienta el traje de gala! —suspiró Betty, olvidada ya de sus malos momentos con él—. ¡Es tan guapo!

Axel frunció el ceño, cansada de oír tonterías. Se puso en el cuello y las muñecas unas gotas del perfume que Devon le había traído de París y salió con decisión de su alcoba, justo a tiempo para cruzarse con él.

—¡Vaya! —La aprobación fue absoluta en los ojos castaños—. ¡Se te ve radiante! Mi madre me envía a buscarte.

—Pues vamos.

Le ofreció el brazo, embutido en guante largo, disimulando su placer por el comentario.

—Y hueles...

—Sí —atajó, avergonzada—. Pensé que sería una buena ocasión.

—Inmejorable —susurró él, poniéndola más nerviosa—. Pisa fuerte, Axel. Esta noche, ninguna mujer podrá hacerte sombra.

Habían llegado al salón. Devon le besó la mano con una cálida sonrisa y la dejó junto a la anfitriona.

Se sentía mareada a causa de las dos copas de vino que tomó en la cena y los ponches que aceptó durante el baile, decidida a no desairar a sus admiradores.

Devon no se había equivocado. Todos los hombres en edad casadera la

acorralaron en el salón. Incluso los casados le solicitaron bailes.

Con los pies destrozados, no se opuso a sentarse en un banco de la terraza en compañía de Thomas Lacy, el hijo de un terrateniente vecino. Era un joven de su misma edad, con encantadora sonrisa y ojos azules. Le contó que estudiaba Leyes y la conversación durante el baile no fue insustancial, así que lo etiquetó como posible candidato y consintió que la atractiva boca se aproximara a la suya para robarle un beso, debido a su apremiante curiosidad de saber si sentiría lo mismo que con Devon.

En ello estaba cuando el vizconde les interrumpió.

—¡Ejem! ¿Se está sobrepasando este caballero contigo, prima Axel?

El muchacho dio un respingo, rojo como la grana, y se levantó del banco a toda prisa.

—¡En absoluto, señor! Le garantizo que...

Devon adoptó una actitud indolente, de perdonavidas.

—Está bien. Desaparezca y haré como que no lo he visto.

—¡Sí, señor! ¡Claro, señor! Milady ...

Lacy escapó con una reverencia, dejándola frustrada.

—¿Por qué has tenido que intervenir?

El vizconde tomó asiento a su lado mientras le dedicaba una sonrisa burlona.

—¿Te parece decoroso dejarte besar en el primer encuentro?

—¿Y cómo voy a averiguar si no si quiero tener otro encuentro con él?

Su sinceridad le arrancó una carcajada.

—Me temo, *primita*, que te falta mucha escuela en el arte de la seducción.

—¡No lo dudo! ¡Y no me llames *primita*! —replicó, airada—. Pero, dime, ¿cómo voy a tener experiencia si al primer beso que me dan me interrumpes?

—No es el primero —recordó él, divertido.

—Ya, pero los tuyos no cuentan.

—¿Ah, no? —Entrecerró los ojos, disfrutando del enfrentamiento—. Y dime, ¿cómo ha sido la experiencia?

—Hasta el momento, frustrante —admitió—. No he sentido cosquillas.

Una nueva carcajada de Devon resonó en la terraza haciéndola enfadar.

—¡No tiene ninguna gracia!

—Yo creo que sí.

Su voz sonó ronca y Axel no tuvo tiempo de reaccionar cuando él le sujetó la barbilla y depositó un lujurioso beso en su boca.

Al apartarse, ella jadeó.

—¡Maldito seas!

—¿Has vuelto a sentirlas? —le susurró en los labios.

Axel asintió, confusa, y la mirada castaña rozó la ternura.

—No te angusties. Sin querer presumir, me sobra experiencia. Me temo que Lacy resulta algo bisoño. —Se quedó pensativo un instante y luego la tomó del brazo—. ¡Vamos a bailar! No me has concedido ni un triste rigodón.

Ella lo siguió, aturdida, y se dejó abrazar en la improvisada pista. No volvió a bailar con nadie. Devon la acaparó todo el rato con bromas y danzas mientras la condesa de Valmont los contemplaba con asombro.

—Creí que la finalidad del baile era buscar pretendientes para Axel.

El seco comentario de su madre detuvo el ademán de Devon de llevarse el tenedor a la boca. Martha le había servido una generosa porción de huevos y riñones para desayunar y después les había dejado solos a un gesto de su señora.

—No te entiendo.

Elena contempló el ceño fruncido de su hijo.

—Me entiendes perfectamente —replicó muy seria—. La acaparaste gran parte de la velada.

—Solo bailé con ella al final, cuando se había hecho una idea de lo que tenía para elegir —se defendió, molesto.

—Sí, es verdad. Pero a partir de entonces nadie se atrevió a acercarse.

Devon se arrellanó en el respaldo de la silla, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que la puse en evidencia?

La mirada de Elena fue cortante durante unos segundos.

—No lo sé. Dímelo tú.

El vizconde se revolvió, incómodo ante la actitud materna.

—Madre, si quieres acusarme, hazlo, pero no insinúes tonterías.

El talante de la condesa se modificó por el enfado de su hijo. Quería creer en él de modo incondicional, pero conocía de sobra su fama de libertino. Formaba parte de un reputado grupo de juerguistas, acostumbrados a mantener amantes y relaciones con señoras de distinta índole y, aunque no podía reprochárselo puesto que era el comportamiento habitual entre los de su clase,

tampoco se sentía orgullosa de semejante proceder. Pero una cosa era que se dedicara a seducir mujeres que nada tenían que perder y otra que lo intentara con Axel. A ella debía considerarla intocable. Aunque no fuera su hermana, se trataba de una persona honesta y demasiado inocente para afrontar los galanteos de un vizconde.

—Sabes cuánto aprecio a Axel y que solo deseo lo mejor para ella — musitó entristecida—. Si vuestra actitud de anoche da lugar a malentendidos, nadie se atreverá a cortejarla.

—Solo bailamos. Como dos primos —insistió, tozudo, ya sin enfado al percibir la pesadumbre de su madre.

Elena acarició la mano de su hijo que reposaba sobre el mantel. No deseaba mantener aquella conversación, pero tampoco podía callarse. Se jugaba demasiado.

—Disiento, Devon. Parecíais una pareja. Tú eres un hombre muy atractivo y lo sabes, mientras que ella es solo una muchacha sin experiencia. Además, Axel nunca te ha importado, no te has interesado jamás por sus sentimientos... Por eso espero que no hayas decidido hacerla objeto de tu atención. Ni para bien ni para mal.

Devon contempló a su madre con estupor, asombrado de que hubiera llegado a tales conclusiones.

—¡Madre, por Dios! ¿Quieres dejar de decir disparates? Hasta hace poco, Axel me parecía una mocosa impertinente y molesta. Lo único que ha cambiado en estos días es que he aprendido a respetarla. He descubierto facetas desconocidas en ella —confesó sin titubeos—. Sin ir más lejos, la otra mañana me sorprendió su modo de dirigirse a los arrendatarios. Los trata con una mezcla de firmeza y suavidad que me dejó perplejo en alguien tan joven. ¡Aunque teniéndote a ti de maestra no debería sorprenderme! —Inició una sonrisa contemporizadora, retomando enseguida el gesto serio—. Pero solo es eso, madre. Un deslumbramiento al descubrir lo equivocado que estaba. Si me nuestro amable es para resarcirla de los malos ratos que le hice sufrir en el pasado. Nada más.

Elena suspiró, deseando creerlo, y en un gesto de cariño le besó una mejilla, apretando la mano que les unía.

—Gracias, Devon. Te quiero más que a nada en el mundo; pero después de ti, ella es la dueña de mi afecto. De ti no debo preocuparme porque eres un hombre y sabes cuidarte, pero ella... —La tristeza de sus ojos casi cuajó en

lágrimas—. ¡Las mujeres somos muy vulnerables!

Un conato de celos lo cegó brevemente, aunque respiró hondo y logró controlarlo.

—¡No creas que ser hombre resulta tan fácil, madre! A veces, también nosotros necesitamos un hombro sobre el que llorar.

Notó perdido el apetito y se puso en pie.

Le incomodaba no haber sido del todo sincero en sus apreciaciones, porque si bien era cierto que nunca antes había visto a Axel como a una mujer, lo cierto es que, tras el incidente en el cenador, cuando la había besado llevado por la rabia, y después en la biblioteca, donde solo pretendió iniciar un juego, no conseguía dejar de pensar en que también algo se removía en su interior cuando la besaba. La noche anterior había sido una prueba de ello. No recordaba haber disfrutado tanto con una mujer entre sus brazos en un simple baile, ni besándola a la escasa luz del jardín... No comprendía qué le había llevado a interrumpir el beso de Lacy cuando los vio en aquel banco, pero un extraño sentimiento de posesión le hizo rugir y comportarse como un pretendiente. Él, que para nada quería una mujer definitiva en su vida.

Por otro lado, que su madre defendiera a la muchacha como una leona a su cachorro le hacía retornar a los viejos tiempos, cuando los celos le acosaban y solo podía ver en Axel a una competidora. Entendía que resultaba pueril en un hombre de veinticinco años, pero no podía evitarlo. Por eso, besó la mejilla de su madre y abandonó el comedor, sin percatarse de que su plato permanecía intacto.

Lady Valmont, apesadumbrada, sí lo notó. Y se preguntó qué llevaría a su hijo a portarse de ese modo extraño, simulando despreocupación cuando a sus ojos asomaba la tormenta que lo torturaba.

Horas después, la condesa y Axel realizaban labores en el saloncito verde, denominado así por el florido papel de sus paredes y escogido por la abundante luz que proporcionaban los ventanales franceses, abiertos al jardín.

La joven se mostró ensimismada y apenas pronunció palabra sobre el baile, aunque Elena supuso que ese sería el asunto al que estaría dándole vueltas mientras pasaba aguja e hilo por la tela del bastidor. A ella la atribulaba la dura expresión de su hijo, lo que la llevó a compartir su inquietud con la muchacha.

—¿Crees que soy una buena madre?

Su pupila levantó la mirada del bordado con una expresión de genuino asombro.

—¡Por supuesto! ¿A qué viene esa pregunta?

La dama apartó la labor de su regazo con gesto preocupado.

—Quiero que recapacites la respuesta sin que te ciegue el cariño.

Axel poseía la capacidad de mostrar sus sentimientos a través de la mirada, convirtiendo el verde jade de sus iris en relucientes esmeraldas que realzaban la porcelana de su cutis. Unido a que tendía a ser risueña, transmitía una paz que hacía imposible no amarla. O al menos así lo sintió Elena mientras la joven replicaba.

—Pero, tía, ¿es que yo solo he recibido afecto de su parte! ¡Es inevitable que me ciegue el cariño! No obstante, toda la vida he sentido una sana envidia por cómo hablaba de Devon. El orgullo que mostraba cuando llegaban sus notas, cuando destacaba en los deportes de la universidad, cuando me leía las cartas de sus viajes. ¡Lo adora! ¡Lo ama como cualquier buena madre ama a sus hijos!

Elena suspiró, reprimiendo apenas las lágrimas.

—No albergo dudas acerca de cuánto lo amo, pero me temo que él no lo tenga tan claro. No sé qué piensa, qué imagina de mí.

Sus palabras hicieron recordar a Axel las quejas de la noche en que él irrumpió en su habitación, la rabia y los celos que mostró... No se atrevió a responder. Pero la condesa, perspicaz, notó el sonrojo de sus mejillas y la mirada huidiza.

—¿Sabes algo!

—¡No! —Lo último que deseaba era entristecer a la mujer que la había criado, pero recapacitó y decidió ser honesta. Tal vez si Elena supiera a lo que se enfrentaba, podría remediarlo. —Bueno, sí que lo sé. Tiene celos de mí. Piensa que... Que usted me prefiere sobre él. Y lo mismo de Orson.

Elena suspiró, apesadumbrada.

—¿Ves? Me cegué de tal modo huyendo de su padre que posiblemente lo abandoné demasiado pronto.

La rebeldía creció en el pecho de Axel. Si alguien sabía cuánto había sufrido Elena era ella. Aún recordaba cada palabra de la tarde en que le relató los años junto al conde, aceptando sus infidelidades y desplantes solo por estar con su hijo.

—¡No sea injusta consigo misma! —replicó, molesta—. ¡Usted lo cuidó hasta que se independizó! ¿Ha olvidado que apenas paraba en casa, que siempre estaba de juerga o en el club, con sus amigos o su padre? ¡También él pudo plantearse que no actuaba como un buen hijo cuando llegó del continente y tardó tres meses en venir a verla!

Elena no fue capaz de verlo de aquel modo. Aún le turbaba la furia de sus ojos.

—Si tan celoso está, quizá no acierte a ver sus errores. Me ha dado a entender que mi actitud le duele.

—No estoy segura de que deba mostrarse tan condescendiente. ¡Devon da muestras de arrogancia y soberbia demasiado a menudo!

Axel cortó en seco su diatriba al descubrirlo en el quicio de la puerta. Venía de montar y traía las botas llenas de barro y la fusta en la mano, pero lo que le llamó la atención fue el frío glaciador de sus ojos castaños.

—¿Alguna otra censura? No te pares, *primita*. Me muero por saber cómo me ves realmente —la incitó a seguir con voz calmada.

Elena, que lo tenía a sus espaldas, se volvió con un ademán asustado.

—¡Hijo! ¿No te han enseñado a anunciarte antes de entrar?

Él recibió la reprimenda como si le hubieran tallado en mármol.

—No pensé que fuera necesario. —Retrocedió unos pasos, dispuesto a alejarse—. Mis disculpas.

Axel captó el semblante desencajado de la condesa y dejó caer el bastidor sobre la alfombra, desgarrado el corazón por ambos, resuelta a detenerlo.

Lo alcanzó en mitad del pasillo y lo empujó contra la pared.

—¡Devon, no! ¡Por favor! —Lo asió de las solapas de la chaqueta, tan cerca los rostros que se cruzaron sus alientos—. Lo siento. ¡He sido injusta una vez más! Pero es que tu madre se siente muy perdida. Tiene miedo de no haber sabido demostrarte su amor. ¡Yo solo pretendía darle confianza!

—¿Y necesitabas insultarme para eso?

Pese a que la furia seguía latente en su voz y en sus ojos, no rompió el contacto físico, lo que dio pie a Axel para intentar una broma que borrara su enfado.

—¡No era un insulto! Pecas de arrogante y soberbio —afirmó—. ¡Dijiste que podía ser sincera, aunque no te gustara!

Su abierta confesión derritió la rabia del vizconde. ¡Tenía que reconocerle agallas a la mocosa aquella! Repentinamente divertido, depositó un beso en su

frente, la tomó de la cintura y regresaron al gabinete donde la condesa aguardaba con el corazón en un puño.

Devon soltó a la muchacha y besó a su madre en ambas mejillas.

—Discúlpame, madre. Tengo un mal pronto y Axel lleva razón al tildarme de arrogante. —Sonrió de golpe, con todo el encanto que usaba para cautivar a las damas—. Tal vez me malcriaste un poco.

Elena apretó la cara de su hijo contra su hombro. Verlo bromeando a su lado era más de lo que se atrevía a pedir.

—No hablábamos a escondidas. Es que me dejaste muy preocupada esta mañana y quise compartirlo con Axel.

—Fui desconsiderado. Lo siento. ¡Me porto como un niño y se me olvida que ahora soy un vizconde! —se mofó de sí mismo.

Elena le buscó los ojos, poniendo el alma en sus palabras.

—De todos modos, si este vizconde necesita un hombro, que no dude en usar el de su madre.

Él la besó, cariñoso, y luego rio con descaro al descubrir lágrimas en el rostro de Axel.

—Lees demasiados folletines, *primita* —recalcó el parentesco a propósito—. Sécate las lágrimas porque tuve una idea mientras cabalgaba y necesito conocer tu opinión. —Se volvió, buscando la aprobación de su madre—. Se me ha ocurrido llevarme a Axel a Escocia. Siempre que tío Orson y tú estéis de acuerdo, por supuesto.

La noticia llenó de asombro a la joven, pero también de un inesperado placer que iluminó su rostro. Desde que Orson Birmingham la había rescatado de las calles de Londres no había traspasado los límites de la propiedad o la de los pueblos aledaños. Solo conocía el mundo por los libros. La posibilidad de visitar Escocia se le antojó un sueño inalcanzable.

Elena, mientras, aguardó expectante la explicación de su hijo, el cual se había acomodado en una butaca para plantear sus motivos.

—En Escocia voy a reunirme con un grupo de íntimos. Blake, el conde de Blackmoon, nos ha invitado para celebrar su cumpleaños y, aunque no voy a responder de que mis amistades sean todas recomendables, resultaría una oportunidad única para que Axel aprendiera a relacionarse con gente de nuestra clase. Además, quiero que conozca a Clarence, la esposa de Blake. Es un par de años mayor que ella, pero resulta adorable y sabe mantener a raya a los entrometidos. —Su sonrisa nostálgica evocó antiguos recuerdos—. Estoy

convencido de que pondrá a Axel bajo su protección y le enseñará todo lo que una dama necesita saber en cuestiones protocolarias.

Elena dudó. No estaba convencida del desinterés de su hijo al hacer semejante oferta, pero convino en que la joven condesa podría ser determinante para despejar los miedos de Axel y quizá hallaría el modo de integrarla en el círculo aristocrático que le correspondía. En Marion Hill nunca tendría esa oportunidad.

Tampoco necesitó preguntarle a la interesada. La forma de restregarse las manos en el regazo y la sonrisa de su rostro indicaban que la posibilidad le fascinaba. Así que asintió.

—¿De verdad puedo ir? —Axel se levantó de un brinco y se abrazó a las rodillas de la condesa, exultante—. ¡No puedo creerlo! ¡He leído tanto sobre Escocia! Sus lagos, sus paisajes escarpados, sus castillos... ¡Y la gente, con esas costumbres tan extrañas!

A pesar de su socarrona sonrisa, resultaba evidente que también Devon se sentía satisfecho con el fervor de la muchacha.

—Bueno, William se ha educado al estilo inglés... Pero admito que un tanto peculiar sí que es.

La condesa de Valmont enseguida sacó a relucir su sentido práctico.

—De acuerdo, entonces. Si vas a acompañar a Devon hay que ponerse manos a la obra con tu vestuario. —Se dirigió a su hijo—: ¿Para cuándo planeas la marcha?

—Dentro de cinco días —informó él, comprendiendo la preocupación que se reflejó en el rostro de su madre.

—¡Eso nos da muy poco margen!

Axel, a quien no se le había ocurrido detenerse en esos detalles, les miró asombrada.

—¡Tengo ropa suficiente! —protestó, ruborizada.

Devon, cada vez más encantado con la idea, tomó una decisión.

—Mañana iremos a Londres. Conozco a una modista que nos proporcionará lo que necesitamos. Si a usted le parece bien, madre.

Elena dudó. El viaje implicaría encontrarse con su esposo, pero con un suspiro decidió que por Axel merecía la pena.

—Por supuesto. Saldremos temprano.

—¿Es que mi opinión no cuenta? —Axel se revolvió, molesta—. He dicho que no necesito...

—¡Cállate, hija! Representarás a nuestra familia y la ropa que tienes basta para el campo, pero no para codearte con la nobleza —replicó Elena, animada por el reto—. Harás lo que se te ordene.

—Está bien —rezongó, incapaz de decidir si quería chillar de alegría o de incomodidad.

—¡Y no a regañadientes! —reiteró la dama, incorporándose con presteza—. ¡Eres una Birmingham! ¡Empieza a demostrarlo! —Desentendiéndose de ella, se volvió a su hijo—. Acompáñame, Devon. Hay asuntos que debemos tratar.

El vizconde le guiñó un ojo al salir y ella le sacó la lengua, aunque en realidad hubiera preferido lanzarse a sus brazos para agradecerle el regalo. Si recibir un perfume la había marcado como mujer, viajar fuera de las fronteras de Inglaterra le resultó la aventura más excitante del mundo.

Iba a enfrentarse a retos para los que su tía la había preparado de palabra. Ahora tendría que convertirlos en obra y se prometió que no la decepcionaría.

Capítulo 2

Axel no recordaba Londres. Apenas contaba cinco años cuando lord Birmingham la rescató de las calles y la tomó bajo su protección.

Él le había referido la anécdota en más de una ocasión, pero a ella seguía pareciéndole irreal que en una época de su niñez hubiera sido una vagabunda dedicada a afanar los bolsillos de los ricos. Que Orson la pillara *in fraganti* demostraba su poca maña ya que él era el despiste personificado. Sin embargo, lo decía todo acerca del carácter de su tutor. Se había compadecido de la criatura en vez de molerla a bastonazos; la llevó a su casa y ordenó que la lavaran y despiojaran, extasiado por la mirada inocente de sus ojos verdes. A partir de ahí, la vida de ambos experimentó un giro radical. Axel encontró un padre y él formó una familia.

La voz del vizconde la sacó de su ensoñación.

—Adelante, Axel. Hemos llegado.

El carruaje se había detenido en una silenciosa calle adoquinada, frente a una mansión que parecía ocupar toda la manzana y a la que ella observó con la boca abierta. Marion Hill era una propiedad grande y de cuidada factura, pero aquella residencia resultaba espectacular en su conjunto.

—¿Esta es tu casa?

Devon negó, curioso ante el asombro de las pupilas verdes. No esperaba que Axel encontrara aquel entorno distinto al de la mansión campestre y constatarlo hizo que también él se detuviera a mirarlo con ojos nuevos. Comprendió que estaba habituado a moverse en aristocráticas viviendas y nunca había percibido que aquella fuera distinta. Y aunque tampoco supo dilucidar si lo era, reconoció que la propiedad era hermosa.

—Es la mansión Valmont. No sería correcto que mi madre se hospedara en otra parte.

La información hizo que Axel se olvidara de su pasmo por el edificio y que a su rostro asomara el reproche.

—Pero ella...

Elena, a su lado aún en el interior del carruaje, se adelantó para salir, agradeciendo la mano de su hijo.

—Ya lo hemos hablado; no te preocupes —aseguró él, retornando la atención a Axel una vez que su madre estuvo frente a la verja.

—Ni siquiera espero que coincidamos con el conde —replicó Elena para tranquilizarla, moderando la ironía de su voz—. Lo más probable es que mantenga sus hábitos nocturnos.

Contradiciendo sus esperanzas, la puerta de roble se abrió y dejó paso al mayordomo seguido de un hombre alto y apuesto al que Axel identificó como el conde de Valmont. Aunque lo conocía desde pequeña, nunca había reparado en el asombroso parecido con su hijo, tanto en la complexión como en los rasgos, y hubo de reconocer que resultaba increíblemente atractivo.

El conde se encargó de abrirles la verja en persona, tras lo cual abrazó a Devon con una amplia sonrisa.

—¡Devon, muchacho, te echaba de menos!

El vizconde palmeó las espaldas de su padre con idéntico afecto.

—Buenos días, padre. Veo que recibiste mi recado.

—Llegó hace apenas una hora —asintió—. Aunque no entiendo por qué necesitas anunciar tu llegada.

El asomo de reproche lo hizo mirando a su esposa, antes de besarle una mano con deferencia.

—Tampoco la suya, señora. Esta es su casa.

Obvió el mutismo de su mujer, quien se limitó a contemplarlo con gesto inexpresivo mientras mascullaba un seco «Señor...». Sin embargo, adoptó una alegre sorpresa al descubrir a Axel parada junto a su hijo.

—Dios mío, si no supiera que eres tú no te habría reconocido. ¡Te has convertido en una mujer preciosa, Axel!

Ella aceptó el beso en los nudillos con aturdimiento. Después de las descripciones de su tía, esperaba enfrentarse a un altivo aristócrata, no a un hombre cálido y afable. Farfulló un «Gracias» y aceptó el brazo de Devon para pasar al interior, ya que la condesa guardó las apariencias sosteniendo el de su esposo.

Escuchó su amable voz mientras atravesaban el jardín delantero, tomando

nota de los bancos de hierro, los arriates y el cuidado camino de losas que conducía hasta la escalinata de mármol y el porche con columnas que precedía al vestíbulo.

—Iban a servirme el almuerzo, pero le he pedido a la señora Hanson que lo retrase para que podáis asearos un poco y acomodaros antes.

Axel captó cómo se tensaba la espalda de la condesa. Resultó evidente su esfuerzo para apoyarse en el brazo del conde. La miró aceptar la reverencia del ama de llaves y pasar revista al servicio en actitud circunspecta; nada que ver con la amabilidad que desplegaba en Marion Hill. Saber que su incomodidad se debía al regreso a aquella casa, y que lo estaba haciendo por ella, aumentó su nerviosismo.

—Devon y yo tomaremos un brandy en la biblioteca —informó el conde, ajeno en apariencia a la frialdad de su esposa—. Tenemos muchos asuntos sobre los que ponernos al día.

La condesa inició la subida de las escalinatas sin darle respuesta y Axel percibió el malestar que asomó a la mirada de Devon, disgustado por la descortesía de su madre.

Ella se apresuró a sujetarle el brazo con una mueca de súplica y logró tranquilizarlo.

—Ve —aceptó, resignado—. Las doncellas te indicarán tu habitación.

Axel esbozó una sonrisa aliviada. Conocía el temperamento Birmingham y sabía de su gentileza mientras no se les llevara la contraria, pero también de su aspereza si se sentían heridos.

Su tía lo estaba. Mucho. Y al parecer, también Devon.

El almuerzo se sirvió en un comedor fastuoso, decorado con exquisitos muebles y ostentosos tapices en los que se representaban escenas mitológicas. La mesa que presidía la estancia era para veinte comensales y los condes ocuparon sus puestos de etiqueta, a varios metros de distancia el uno del otro. Devon se sentó a la derecha de su padre y Axel a la de Elena. La escasa conversación estuvo plagada de dificultades, amén de la constante presencia del mayordomo y las doncellas.

Intentando amenizar la comida, Devon contó a su padre las circunstancias que les habían traído a Londres y este se ofreció de inmediato para cederles su carruaje, facilitándoles los desplazamientos. Antes de que su madre pudiera

objetar nada, lo declinó él.

—Te lo agradezco, padre, pero usaremos el mío. No es conveniente que se sepa de nuestro paso por la ciudad o las conocidas de la condesa se empeñarán en enviar invitaciones y nos retrasarán las compras. La idea es tardar lo menos posible.

El conde mostró un rictus de contrariedad, frunciendo el ceño con disgusto.

—¡Había pensado que esta noche acudiéramos a la ópera! Sería una pena que Axel se perdiera...

—En otra ocasión, señor —lo acalló su esposa con acritud—. No hemos venido a divertirnos. Puede seguir con su vida habitual sin preocuparse de nosotros.

—¡Madre!

La protesta de Devon sonó contenida. Comprendía, debido a Axel, los sentimientos de la condesa; no obstante, como hijo, no dejaba de dolerle el orgullo herido de su padre.

El conde de Valmont se incorporó con ademán sereno, producto de sus años de estricta educación, y dirigió la mirada a su joven invitada.

—Ha sido un placer volver a verte, Axel. Deseo que tu estancia en Londres resulte agradable y que logres sentirte en esta casa como si de la tuya se tratase.

Después sus ojos se posaron sobre el rostro hierático de su esposa, manteniendo la calma.

—Para cualquier cosa, todos estamos a vuestra disposición. Buenas tardes.

Sin más comentarios les dejó solos, permitiendo que finalizaran la comida en un incómodo silencio.

La ciudad le pareció a Axel un lugar agobiante, abarrotado y ruidoso. Admitió que las avenidas eran espléndidas, los edificios lujosos y la gente elegante, pero al estar acostumbrada a la tranquilidad del campo, el ambiente se le hizo abrumador.

Devon, incapaz de entender que no apreciara las ventajas de lo que para él era un entorno idílico, se lo reprochó.

—¡No tienes idea de lo que dices! En Londres se puede hacer cualquier cosa. Ir al teatro, pasear por Hyde Park, acudir a fiestas y recitales... ¡No existe un artículo que no se pueda comprar en sus miles de tiendas! ¡Y para los negocios es un lugar apasionante! Permite conocer a gente de todos los rincones del mundo.

—No te lo niego, pero me siento aturdida —confesó mientras miraba el exterior por la ventanilla del discreto landó en el que se habían acomodado. No lucía el escudo de su título y Axel imaginó que lo usaría durante sus correrías nocturnas.

—¡Has vivido desterrada en el campo demasiados años! Ha sido culpa mía —se reprochó la condesa, admitiendo a su pesar que a ella sí le gustaba estar de regreso.

Devon golpeó con su bastón el techo del habitáculo para que el cochero se detuviera. Habían llegado a su destino.

—Todo tiene remedio, madre. Habrá tiempo para que Axel conozca las bondades que se está perdiendo. —Después se volvió a la joven, encantadora, aunque un tanto fuera de moda con su discreto vestido de muselina azul y su capa y sombrero en tonos más oscuros—. En cuanto a ti, jovencita, quedas advertida: te probarás lo que mi madre y yo indiquemos, sin discutir ni mediar palabra delante de la modista. ¿Ha quedado claro?

Axel asintió, nerviosa. Aceptó la mano que el lacayo le tendía y contempló el edificio donde un discreto cartel anunciaba el rimbombante nombre de una modista francesa.

Tras las presentaciones no tuvo ocasión ni ganas de desafiarlo. Resultó evidente que la mujer conocía al vizconde de anteriores visitas, aunque se mostró discreta al saludarlo. La condesa y él escogieron tal cantidad de prendas que Axel se sintió desesperada por tener que probárselas, pero luego aprendió a disfrutar del tacto de las telas y de cómo estas se acomodaban a su cuerpo, realzando sus curvas con elegancia.

Adquirieron ropa de diario, de fiesta e íntima, elegida por el vizconde con desenvoltura, ruborizando a su madre y a la destinataria, además de un fastuoso traje de montar.

En una tienda contigua adquirieron un sinfín de sombreros y, dos calles más abajo, diversos tipos de calzado. Por último, ya de noche cerrada, visitaron al joyero de la familia. Devon adquirió un juego de esmeraldas con el trivial comentario de «Quedarán bien con tus ojos», además de brazaletes, broches y algún que otro collar. La condesa se mostró conforme en todo.

Una vez en el carruaje, ya de vuelta, Axel se desplomó física y anímicamente.

—Estoy ilusionada con las compras, no voy a negarlo, pero... ¡Ha sido excesivo! —La súplica que dirigió a Devon en el apenas iluminado interior no obtuvo respuesta—. Nunca podré devolver...

—Nadie espera que lo hagas, cariño —sonrió Elena, apretándole las manos—. Eres una hija para mí.

—Aunque no seas mi hermana, considéralo una inversión —añadió Devon, capcioso—. Si consigues una buena boda no tendré que gastar nunca más en ti.

Su madre recompuso el gesto, sorprendida.

—Cariño, eso ha sido desconsiderado y poco galante.

La respuesta de su hijo sonó jovial, deshaciendo el equívoco.

—Me temo que Axel no espera galanterías de mi parte, madre, sino que le deje la conciencia tranquila.

Ella no supo ofrecerle una réplica. ¡Cuando se mostraba encantador deseaba abrazarlo y saborear sus besos! Sin embargo, el recuerdo de su confianza con la modista y su facilidad para escoger ropa interior le enfrió el ánimo. No le costó imaginar con qué frecuencia gastaría ingentes cantidades en complacer a su amante de turno.

Se vio a sí misma como una ilusa por no asumir que para un hombre de su experiencia resultaba de lo más pueril provocar *cosquillas* en una ingenua como ella.

Regresaron al campo sin coincidir con el conde. No estuvo presente en el desayuno ni salió a despedirles cuando subieron a su carruaje a media mañana. Nadie lo comentó y, si a Devon le importó, no hizo la menor alusión.

Los vestidos tardarían unos días en llegar porque algunos necesitaban arreglos, pero las joyas sí les acompañaban. Tal eventualidad les hizo llevar una discreta escolta que el mismo joyero puso a su disposición.

En cuanto pisaron Marion Hill, Axel corrió a contarle a Orson, entre efusivas muestras de afecto, sus impresiones sobre la ciudad.

Devon la escuchó en silencio, controlando que sus celos no afloraran al ver la relación que ambos mantenían mientras que la de sus padres era un auténtico desastre. Envidiaba la confianza que se profesaban y le recomía la envidia por no haber sentido jamás aquella afinidad con su familia. Se había criado como un hijo querido, pero en dos mundos separados, el masculino de su padre y el cargado de mimos de su madre; no obstante, nunca había percibido la

comuni3n de ambos. No como Axel la tena con Orson.

Se retir3 para no estropear la dicha de la muchacha, haci3ndola sentir culpable sin que hubiera raz3n de su parte. Ahora, siendo adulto, pod3a entenderlo. De ni3o no lo hizo. De ah3 el abismo que les hab3a separado.

El d3a de la partida, Axel estaba en las nubes. La impaciencia apenas le permiti3 dormir y, en cuanto amaneci3, se ase3 y visti3 con un traje de viaje en tonos p3lidos que su t3a aprob3 con un gesto. El cabello lo recog3 en un mo3o bajo, sin preocuparse por los rebeldes mechones que se le escapaban en las sienes, ya que pensaba prescindir del coqueto sombrero mientras estuvieran en el carruaje.

A media ma3ana, asfixiada por el calor del camino, se quit3 la casaquilla de tafet3n y dej3 a la vista un vestido de seda con escote cuadrado y mangas muy cortas.

Devon tambi3n se desprendi3 de la chaqueta y del almidonado pa3uelo blanco, aunque se dej3 el chaleco gris sobre la camisa.

Viajaron en un c3modo silencio, apenas roto por los comentarios de ella conforme se adentraban en paisajes diferentes de los de Suffolk y la conversaci3n que manten3an en voz baja Betty, la doncella y el cochero, que result3 ser su prometido. La chica pidi3 permiso a la condesa para acompa3arlo en el pescante y la dama se lo concedi3 con la condici3n de que estuviera atenta a las necesidades de su joven se3ora.

Despu3s de una parada en la campi3a para almorzar los sabrosos manjares que la cocinera hab3a dispuesto en cestas de mimbre reanudaron el trayecto. Devon, ligeramente aburrido, se arrellan3 en su asiento. No as3 Axel, que continuaba excitada por la aventura y se mantuvo alerta.

Tras un rato de traqueteo, crey3ndolo dormido, se permiti3 contemplarlo a placer. Hasta que le ruboriz3 la sonrisa que surc3 los sensuales labios que observaba y apart3 la vista de inmediato.

—¿Has terminado el escrutinio?

—¡Eres un idiota! —musit3, nerviosa—. Pens3 que dorm3as.

3l se estir3 con adem3n perezoso, coloc3 los pies sobre el asiento de enfrente y la dej3 encerrada entre el calor de sus piernas.

—Me amodorra el traqueteo del coche, pero no puedo dormir —confes3, acentuando su sonrisa seductora—. Ofrezco una libra por tus pensamientos.

Axel se recompuso, adoptó una postiza pose de tranquilidad e inició una conversación que la ayudara a olvidar su repentino bochorno.

—Pensaba en cuánto te pareces físicamente a tu padre. De no ser por sus canas y sus pocas arrugas, se diría que sois idénticos. No me extraña que tu madre se prendara de él.

Devon entornó los ojos, encantado, preguntándose si ella era consciente del trasfondo de sus palabras.

—Te parezco guapo, entonces.

Axel se percató del alcance de su confesión y volvió a ruborizarse, aunque se negó a dejarse intimidar por él.

—Sabes que lo eres —admitió, en el tono más neutro que halló.

Él se encogió de hombros con petulancia.

—No mal parecido —reconoció.

—Y algo pedante —acusó ella, irritada por su inmodestia.

Devon rio, divertido por la posibilidad de sacar a relucir la fiera que Axel llevaba dentro.

—También, lo confieso. —Una sonrisa traviesa surcó su atractivo rostro—. En cuestión de hombres pareces saber muy bien cómo definirlos... Aunque se te dé fatal tratarnos.

Axel frunció el ceño, picando el anzuelo.

—Nunca he tenido problemas para tratar con los hombres —replicó, amoscada.

Devon mantuvo su postura indolente, provocándola para disfrutar del fulgor de sus ojos y del rubor de sus mejillas. Axel era tan cría que le resultaba muy fácil de manipular.

—No me pareció que manejaras muy bien al señor Lacy —la aguijoneó.

Avergonzada, ella apartó la vista.

—¡Eres insufrible! ¡Nadie te mandó intervenir! Podría haber manejado la situación sin que tuvieras que interrumpirnos.

Sus palabras mudaron el talante del vizconde. Con decisión, bajó las piernas del asiento y asió las pequeñas manos mientras adoptaba un tono comedido para que los criados no lo escucharan.

—Debo ponerte sobre aviso, Axel: ¡No confíes en mis amigos! No me refiero a Blake, por supuesto. Él jamás le sería infiel a Clarence. Pero ten cuidado con el resto. Son un atajo de libertinos. —Un rictus sarcástico marcó sus facciones—. ¡Todos lo somos! Nuestra fama es legendaria en Londres. Y

como sé que les parecerás preciosa, desplegarán sus encantos ante ti —se retractó al captar alarma de los ojos verdes—. No digo que vayan a comprometerte con sus atenciones. Solemos huir de las debutantes y no interferimos en las temporadas, pero eso no quiere decir que no intenten robarte un beso o... mostrarse descarados en su trato.

Axel se apartó, incómoda al escucharlo reconocer su mala reputación sin pudor alguno.

—¿Eso es lo que tú haces, seducir a mujeres indefensas?

Devon no se ofendió.

—Nunca he seducido a una mujer que no lo quisiera. Y por supuesto, jamás a una virgen —aseguró sereno.

Axel volvió a arrebolarse de la cabeza a los pies, pero la curiosidad consiguió que sus hombros se destensaran y el interés asomara a sus ojos.

—Sin embargo, hubo algo entre la esposa de Blake y tú...

La sorpresa fue sustituida enseguida por una sonrisa de placer en su rostro.

—¡Eres muy perspicaz! Admito que estuve interesado en ella, pero Clarence me paró los pies. A mí y al resto. Hechizó al grupo desde el primer instante, pero ella supo enseguida a quien quería.

El interés de Axel aumentó, inquieta por la idea de que iba a presentarse ante una mujer que la haría sentirse bastante mediocre.

—¿Os enamoró a todos? Debe de ser una belleza, entonces.

Devon evocó a la condesa de Blackmoon y suspiró, despertando en Axel una sensación desconocida: los celos. Él, ensimismado, no lo captó.

—Lo es. Una autentica belleza, y no solo de rostro. ¡Da muestras de un carácter único! Ha logrado que la aceptemos en el grupo como uno más, ha reformado a su marido sin recortarle libertad y ha conseguido que la adoremos y respetemos al mismo tiempo... Es divertida, amable, cariñosa...

Axel no supo evitar que su voz sonara desabrida.

—Si tanto te gustaba, debiste insistir.

—Cuando una mujer sabe lo que quiere es inútil obcecase.

Lo dijo convencido, fruto de su experiencia en el campo de la conquista.

Advertido del desasosiego de su acompañante, sintió ternura por la ingenuidad de Axel, de que tuviera envidia de otras mujeres bellas sin advertir hasta qué punto ella se les podía comparar. La tentación de jugar con sus miedos venció al caballero que debió haber sido y la provocó.

—Y tú, ¿sabes lo que quieres?

La respuesta fue demasiado pronta.

—Una vida tranquila.

Devon se cruzó de brazos y como la penumbra dejaba su cara en sombras impidió que Axel distinguiera si brillaba burla en sus ojos.

—Me refería en cuestión de hombres.

El rubor regresó al rostro juvenil.

—No, no sé lo que quiero. Bueno, sí —rectificó—. Quiero que me ame.

—O sea, sentir cosquillas —bromeó él.

Axel lo miró con un aire desvalido que logró estremecer los cimientos del hombre.

—No sé si es lo mismo una cosa que otra. Tú me haces sentir cosquillas y no te amo —confesó, queda.

Aguardó una respuesta, pero como no llegó lo interpeló nerviosa, sin captar el sutil cambio que se había producido en Devon, quien la contempló con semblante serio.

—¡Di algo! Tú sabes de esas cosas.

—De amor, no —replicó él, más seco de lo pretendido—. De amantes.

—¿Tantas has tenido?

A Axel le asombró que una desazón se instalara en sus entrañas mientras que él abordaba el tema con desenvoltura.

—De larga duración, dos. Ambas casadas —admitió, indiferente.

Le pudo su cinismo y la rabia asomó a sus labios.

—¡Eres un inmoral!

—Ellas también —aceptó sin atisbo de remordimiento—. Me buscaron y las acepté. Poco más.

El mundo se tambaleó para Axel. No estaba acostumbrada a aquella depravación y pensar que formaba parte de la naturaleza de Devon le hizo daño. Quizá por sentirse dolida supo ser sarcástica.

—Se supone que un hombre no puede negarse, evidentemente.

Devon rio al verla perder la compostura, pero en el fondo su irritación le sentó como una bofetada. Disimuló cuanto pudo, aunque la mano se le fue a la mejilla donde hubiera recibido el golpe.

—¡Claro que podemos, Axel! Pero en verdad no solemos negarnos. —Sus hombros se izaron con suficiencia—. En mi caso, tanto Marjorie como Sarah son jóvenes y preciosas, casadas con carcamales por conveniencias de sus familias. No se les puede censurar que busquen entretenimiento fuera de sus

alcobas.

Axel ahogó el sofoco, entendiendo a medias su razonamiento.

—Deduzco que para ti no significaron nada. Pero ¿qué me dices de ellas? Quizá su amor fue verdadero.

Una risa cáustica resonó en el interior del carruaje.

—¡Ten por seguro que no! A mi vuelta de Europa las encontré la mar de entretenidas.

Ella se abrazó a sí misma, helada hasta los huesos por semejante carencia de virtudes. ¿Ese era el tipo de personas con las que su tía tenía tanto interés en que se relacionara?

—¡Oyéndote hablar me entran ganas de regresar a Marion Hill! Dudo que me guste ni siquiera un poco ese mundo en el que te desenvuelves —replicó con acritud.

Devon se reprochó haberla alarmado sin necesidad. Si bien era cierto que él gozaba de libertad para hacer lo que le viniera en gana, no sería ese el futuro del que ella disfrutaría. Axel era una dama y ya se encargaría él de que la trataran con el respeto y la amabilidad que merecía.

Dibujó una sonrisa perezosa en su rostro y modificó los derroteros de la conversación, llevándola a un terreno más íntimo. Afuera había anochecido y la penumbra invitaba a las confidencias.

—Hay muchos matices que captar en el mundo, Axel. Ya los irás conociendo. Pero ahora regresemos a donde lo habíamos dejado, a tu hombre ideal. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto al físico?

El enojo quedó sustituido por el rubor y Axel agradeció a las sombras que él no pudiera notarlo. Para su confusión, las pocas veces que soñó con un hombre, siempre llevaba el rostro que tenía enfrente. Fustigada, lo achacó a que era el único varón de su edad que conocía, pero ahora la inquietud se apoderó de ella al recordar cómo la hacían sentir sus besos.

—No, nunca lo he pensado —mintió. Para apartar preguntas indiscretas, se atrevió a indagar—. Y tú, ¿sabes cómo quieres que sea tu futura esposa?

El gesto del vizconde fue tan elocuente como sus palabras.

—No me lo planteo. Es algo que tardará en llegar.

Asombrada, Axel aproximó su torso para inclinarse sobre él, buscando verle la cara.

—¡Pero eres vizconde! El título conlleva responsabilidades. Necesitarás un heredero.

—¡Yo no pedí el título! —replicó con aspereza al recordar la tabarra que su padre le daba con el asunto—. Si el tío Bryan no se casó, puedo seguir sus pasos.

—¡Pero tú no tendrás sobrinos que lo hereden por ti! —objetó ella, no queriendo creerlo tan indolente.

Devon volvió a reír, esta vez con malicia.

—¡Tenlos tú! Le pasaré mi título a tu primogénito.[\[1\]](#)

La mirada con la que Axel lo taladró evidenció que no apreciaba sus bromas.

—No somos hermanos, ¿recuerdas?

—Ya lo sé, *primita*. —Dejándose llevar por un arrebató, tiró de ella y la sentó en su regazo—. ¡Tengo una idea mejor! Concíbelo conmigo y así las propiedades se quedarán en la familia.

Axel se quedó rígida en sus brazos, paralizada por la sorpresa, pero al escuchar sus palabras se apartó como un rayo, cargada de furia.

—¿Un bastardo? ¿Le darías tu título a un bastardo?[\[2\]](#)?

Devon recordó las veces que la había vituperado con ese apelativo y la vergüenza le acertó de lleno. Jamás habría esperado que sus actos causaran tanto daño.

—Eso es venganza. No saquemos las antiguas rencillas a relucir.

—No son...

Le cortó la respiración el profundo beso que Devon puso en su boca. Él lo inició para acallarla, pero una vez empezado sintió que no podía detenerse. El cuerpo de Axel se amoldó al suyo, atrapando sus sentidos, y deslizó las manos por sus brazos para acariciar la suave piel desnuda.

Axel gimió, invadida por las emociones que la acaloraban mientras la descarada boca se deslizaba por su cuello. Se dijo que debía parar, pero los labios se demoraron en su clavícula y le arrancó un jadeo que incendió aún más a Devon.

Un brusco viraje del vehículo les obligó a separarse, haciéndoles reparar del lugar en que estaban. Ruborizados, recuperaron su sitio en los asientos y se miraron, circunspectos.

—Lo siento, Axel —se disculpó Devon—. Sé que no debí...

—Tampoco yo lo impedí —admitió, perpleja por el desaliento de él y aturdida por el ardor que permanecía en su piel.

Devon cabeceó, apesadumbrado. Ella no podía entenderlo. La necesidad

que había sentido de continuar la caricia había sido tan fuerte que aún le oprimía en la ingle y le horrorizó no saber hasta dónde se habría atrevido a llegar de no pararle el bache del camino. Se había portado con Axel como un adolescente atolondrado. Tal circunstancia, además de desconcertarle, lo llenó de inquietud.

—Tú eres una cría, Axel —justificó—. La responsabilidad es mía. Lo siento. Lo siento de veras.

Ella no supo responder. Le hormigueaban las zonas donde él había depositado sus besos y se sentía marcada, como si un reguero de fuego resplandeciera en ciertas partes de su cuerpo. Quería tocarse, comprobar que allí no quedaba nada, pero se obligó a continuar impávida.

La oscuridad en los ojos castaños indicaba que él se arrepentía de su atrevimiento y ella se reconocía demasiado ingenua para diferenciar qué filo de la indecencia habían rozado.

Aturdidos, permanecieron en silencio hasta que llegaron a la posada donde pernoctarían.

El chismorreo de los criados les ayudó a portarse después con normalidad.

El segundo día de viaje amaneció muy caluroso.

Pese al vestido ligero que escogió, Axel sintió que la tela se pegaba a sus piernas. El vizconde prescindió de chaqueta y chaleco. Desde las ventanillas abiertas les llegaba el quedo cuchicheo de la pareja en el pescante mientras una breve brisa les aliviaba el calor.

Axel decidió que no quería pasar toda la jornada en un tenso silencio, así que tomó el mando de la situación.

—Tendremos que hablar, Devon. Esto es absurdo.

Él la contempló, admirado de su falta de convencionalismos. Aunque no dudaba de que su madre le hubiera proporcionado la estricta educación de una dama, Axel sacaba a relucir su indómito carácter cuando lo consideraba preciso. Le recordaba a Clarence, también franca en exceso.

—Pensé que estarías incómoda —admitió queriendo ser galante.

Ella se ruborizó, pero mantuvo la mirada serena clavada en él.

—Sorprendida solo. Pero podemos hablarlo.

—¿Hablarlo? ¿Qué puedo decirte? Me dejé llevar.

Axel mantuvo a raya sus sentimientos. Había pasado la noche dando vueltas

en el lecho, preocupada por si la confianza se había roto en su relación con Devon. No lograba explicarse por qué era tan importante para ella, pero ahora que había encontrado un hombre con el que compartir las ingentes preguntas que brotaban de su interior, necesitaba conservarlo. Necesitaba su sabiduría, su cinismo incluso, para conectar con un mundo que le era ajeno y la llenaba de miedos. Por eso continuó adelante, aun temiendo que él la considerara una frívola o, peor aún, que pensara que llevaba en sus venas sangre de la calle; lo cual no sería extraño, teniendo en cuenta que procedía de ella. Arrancó el sombrío pensamiento y esbozó una sonrisa tímida.

—¿Podemos ser sinceros?

El vizconde asintió.

—Estoy preocupada —confesó—. Cuando ayer... Cuando tú... Sentí cosas... Diferentes. ¿Es normal?

Devon sonrió. Le resultaba excitante mantener una conversación que rayaba en lo perverso saliendo de unos labios inocentes.

—Sé más explícita —pidió, interesado.

Ella se removió en el asiento, con el rostro en llamas, aunque sin ceder a la curiosidad.

—¿Qué sentiste tú?

—Placer —admitió.

Esperaba un «nada especial», conocedora de su pasado mujeriego. Oír algo distinto la alentó.

—¿Eso es lo mismo que...?

—Lo que tú llamas cosquillas —confirmó él, intentando no reír.

—¡Soy tan ignorante! —se quejó, sin percatarse de lo inadecuado de sus palabras tratándose de una dama—. Eres el primer hombre que me toca, Devon. ¡No sé ni cómo llamar a las cosas!

Le provocó ternura el brillo de sus ojos y el rubor de sus mejillas. Le llegaba al corazón que se sintiera vulnerable cuando resultaría un bocado exquisito para el hombre que tuviera la fortuna de conquistarla. Olvidado el deseo que esa mañana le había asaltado viéndola resplandecer con el vestido de verano, sujetó sus manos con afecto e intentó transmitirle confianza en sí misma.

—No importa. Te he entendido.

Axel miró sus manos unidas y se llenó de gozo, reconociendo en el gesto la amistad que Devon le otorgaba. Sin soltarlas, se adelantó para que sus

preguntas no llegaran al pescante y rozó su frente con la del hombre.

—¿Se habla de estas cosas con una pareja? Me refiero a una esposa o... una amante.

Devon rio con franqueza. ¡El ansia de saber de Axel le vigorizaba! Nunca había estado con una mujer, excepto Clarence, que necesitara poner nombre a todo. Pero ella no había llegado tan lejos en sus confidencias; no con él, al menos.

—Debo suponer que con las amantes —reveló—. Pocos hombres llegan al matrimonio por amor y la confianza con una esposa debe tardar en alcanzarse... Digo yo. Sabes que no hablo por experiencia —se dejó llevar por la broma que brotó de sus labios, pero rectificó al percibir que Axel fruncía el ceño—. Disculpa, no quería hacer una burla de esto. —Dejó un tierno beso en su frente, demasiado cercana, y bajó la voz—. Cuéntame qué sentiste.

Axel apartó la mirada, fascinada por la ternura de sus ojos y la calidez del contacto.

—Me... Me ardió todo el cuerpo —admitió, las mejillas a punto de ebullición—. Y anhelé que siguieras. En toda la noche no he podido dejar de evocar tus besos. Creo... —Lo miró de frente poniendo toda la verdad en sus labios y pendiente de su reacción—. Creo que no me hubiera detenido de no hacerlo tú.

Devon notó cómo cierta parte de su anatomía respondía ante sus palabras, aunque lo disimuló respirando hondo. Axel trastocaba sus sentidos, fusionando la lujuria y la ternura de un modo que jamás había experimentado; pero no podía permitir que ella lo supiera. No cuando él mismo se negaba a aceptarlo hasta que tuviera tiempo de enfriarse y canalizar semejante desatino.

—Soy un hombre experimentado, Axel —admitió con voz ronca—. He seducido a muchas mujeres y puedo ser peligroso, aún sin pretenderlo —le besó los nudillos—. Lo siento.

Ella se estremeció por la caricia. Durante unos segundos se refugió en su hombro.

—¿Me pasará con otros hombres? —susurró, confusa.

La imagen de Axel en brazos de cualquiera de sus amigos se le antojó, de repente, insoportable. La sorpresa lo paralizó.

—Supongo. Sí, es posible —farfulló, atónito.

¡Ella le importaba! ¡La deseaba! El descubrimiento provocó un anhelo

súbito de bajar del carruaje y salir huyendo.

Axel, ajena a la alteración que había provocado, se apartó para mirarlo con un toque de desolación.

—¡Es demasiado complicado! ¡Ojalá fuera como lady Blackmoon para reconocer lo que quiero!

—Confío en que os haréis amigas —respondió él, ausente, luchando por reprimir el sobresalto que lo embargaba.

¿Axel? ¡Si apenas dos días atrás era su diana de odio! Continuó hablando como si su boca estuviera desconectada de su mente.

—Podrás tratar estos asuntos con ella y te dará su versión femenina, más certera que la mía. —Forzó la sonrisa, sintiendo los labios tensos.

El rostro de Axel se iluminó, esperanzado.

—¡Nunca he tenido una amiga de mi edad! Mi única confidente ha sido tu madre, pero con ella no podría tratar estos temas —bromeó—. ¡Espero caerle bien!

Devon no supo responder, asombrado por la escasa fe que mostraba en sí misma. En el pasado, cuando descargaba su frustración y sus celos sobre ella y la veía responder con zarpazos de ira, usando un lenguaje impropio de una dama, creía que Axel era una roca indestructible, hecha de material callejero, sin fractura por dónde dañarla. Y ahora descubría que se había enfrentado a una fachada, que era tan vulnerable que ni siquiera se daba cuenta de que podría tener el mundo a sus pies, no solo por su belleza, sino por su dulzura, por el carisma que emanaba de su persona cada vez que algo o alguien le entusiasmaba.

Tomar conciencia de ser el culpable de su inseguridad le puso un nudo en la garganta.

—Axel, me he portado como un canalla contigo —confesó—. Sentí celos desde el primer momento en que nos vimos y te odié cuando mi madre se trasladó al campo y demostró cuánto te apreciaba. Por eso te insulté y te hice creer cosas que ahora me avergüenzan. ¡No se me ocurrió pensar que aquella situación no era culpa tuya! —Se tapó la cara con las manos, azorado—. Machaqué a una niña cuyo único pecado fue nacer pobre y ofrecer amor a los míos. ¡He sido un miserable!

¡Axel había soñado tantas veces con escuchar una disculpa que no dio crédito a sus oídos! Tampoco a su corazón, porque al oírla descubría que le dolía tanto el arrepentimiento de Devon como sus llantos a escondidas, cuando

tras zaherirle con improperios se tiraba sobre su cama y rogaba a Dios que aquel monstruo regresara pronto a la ciudad.

Con los ojos anegados, le apartó las manos y se escondió en su hombro, reconfortándose mutuamente.

—¡No digas eso, Devon! No fuiste cruel. Y si lo fuiste, yo te pagué con la misma moneda. No dejé de lanzarte reproches y tampoco tuve en cuenta tus sentimientos. Olvidemos el pasado y seamos amigos.

Las lágrimas se agolpaban en sus mejillas y él las limpió con las yemas de los dedos, en una caricia tan íntima que ambos lo presintieron. Cuando el beso les aproximó no hubo sorpresa, excepto que esta vez la pasión fue sustituida por una ternura sin límites, que hizo gemir a Axel de placer.

—Gracias —musitó Devon, pegando la espalda al respaldo para no volver a cogerla en sus brazos.

Axel, conmocionada, susurró:

—¿*Amigos*?

Devon asintió, clavando sus ojos en ella con una expresión indescifrable.

—Amigos.

La noche caía sobre Blackmoon cuando el carruaje atravesó la muralla que protegía la fortaleza y se adentró por el empedrado sendero que conducía al patio de armas. El castillo estaba situado en los Borders, una de las zonas fronteriza entre Inglaterra y Escocia, y se alzaba, imponente, sobre una colina rodeada de fértiles tierras regadas por el Tweed.

Durante el trayecto, Axel había contemplado pintorescas aldeas, lagos maravillosos y paisajes rocosos que la habían dejado sin habla, asombrada de que hubiera paisajes tan diferentes de los de Suffolk a una distancia relativamente escasa.

Escocia parecía una tierra de ensueño.

Axel agradeció haberse cambiado de ropa en la posada donde se detuvieron a tomar el refrigerio de media tarde, porque con la caída del sol empezó a notarse un frío que calaba los huesos. Por otro lado, con guantes y sombrero mostraba un aspecto distinguido y, viendo la solemnidad del lugar, supuso que la ayudaría a pasar desapercibida.

Devon sonrió al adivinar sus temores. También él se había acicalado para tener una entrada adecuada en el castillo.

Antes de descender del carruaje, le apretó las manos en un gesto de confianza al que Axel correspondió con una sonrisa nerviosa.

El patio se hallaba iluminado con antorchas. Alrededor de los escalones de entrada a la torre del homenaje se congregaba un nutrido grupo de personas entre los que era fácil diferenciar a los invitados de los sirvientes. Los anfitriones, un hombre de espectacular altura, cabellos negros como el carbón y vestimenta escocesa, y una mujer alta y rubia, con un elegante vestido de fiesta que realzaba sus encantos, dieron un paso adelante para recibirles.

Axel, en estado de shock, apenas captó las primeras palabras de bienvenida. Lo único que alcanzó a sentir fue la mano de Devon en su cintura y la atracción invisible de una mirada que la traspasó desde detrás de las anchas espaldas del anfitrión. No logró ponerle rostro a los intensos ojos, pero la embrujaron de tal modo que impidió a su mente centrarse en el resto de los presentes. Hasta que la voz de Devon logró devolverla al patio de armas.

Se ruborizó al ver que el hombretón moreno le estaba besando la mano y que Devon la presentaba a los reunidos.

—Amigos, me he permitido traeros compañía —comunicó, entre afectuoso y bromista—. Conozco lo bastante a Clarence para saber que no le entusiasma la competencia femenina, así que pensé en provocarla invitando a Axel, por si no había convocado a otras féminas. —Miró en rededor, galante, y guiñó un ojo a todas ellas, que lo escuchaban con divertido embeleso—. Para mi satisfacción, veo que me equivoqué. Buenas noches, señoras. —Después besó la mano de la condesa, que se derretía de risa, con unos ojos brillantes y azules como el océano—. Ella es lady Axel Birmingham, mi prima. Quería conocer Escocia y me pareció oportuno que empezara por Blackmoon.

William Blake miró con sorna a su amigo, pero en cuanto captó que Devon hablaba en serio, dirigió un saludo formal a la joven.

—Bienvenida a mi humilde casa. Espero no defraudar vuestras expectativas.

Su voz tenía un acento peculiar; inglés, pero con un deje extraño, que ella supuso sería escocés.

—Imposible defraudarlas, milord. Si los paisajes ya me han emocionado, la vista de la fortaleza me ha dejado muda —logró articular, azorada—. Os agradezco muchísimo que me aceptéis en ella.

La condesa se lanzó a abrazarla, ajena a los protocolos.

—¡Dios mío! ¡Axel! ¡No os basta lucir ese rostro para que además ostentéis

un nombre asombroso! —replicó, traviesa—. Devon tiene razón; no me gusta la competencia, pero me temo que esta noche haré una cura de humildad. — Tiró de su brazo y la condujo hacia los amigos que aguardaban—. Voy a presentaros al resto. Es hora de cenar y estoy notando caras hambrientas... — Volvió a ruborizar a Axel con su descaro—. ¡Ignoro si de nuestra comida o de vos!

El primer invitado en ser presentado fue el dueño de la mirada insistente. Pese a los nervios, logró escuchar «duque de Ivory» y una advertencia: «Cuidado con él». De porte aristocrático y altura similar a la de Devon, poseía la boca más sensual y el rostro más atractivo que Axel había contemplado en su vida, enmarcando unos increíbles ojos azules.

Él le besó los nudillos con una silenciosa promesa y permitió que la condesa la llevara de grupo en grupo, aturdiéndola con nombres y títulos.

Cuando pasaron al interior, la sonrisa de su anfitriona se mostró solícita y, llevándola a un aparte, la besó con cariño y pasó a tutearla.

—Devon no me había hablado de ti, pero si te ha traído al cumpleaños de William es porque le importas; así que considérame tu amiga y aliada. Después de mi esposo, tu primo es el hombre que más quiero en el mundo y su felicidad me complace. —Advirtió la perplejidad de su invitada y rio con regocijo—. Te estoy aturdiendo; disculpa mi carácter impulsivo. Tendremos tiempo para hablar. Sube a refrescarte y regresa lo antes posible. Mi cocinera se enfada muchísimo si permito que la cena se enfríe...

Detuvo a una muchacha del servicio que pasaba y le encomendó la tarea de acompañarla.

—Emma te mostrará tus aposentos. Imagino que tu doncella te esperará allí. ¡Ah, no te cambies de traje! El que llevas va perfecto para esta noche. ¡Nos vemos enseguida! ¡Si dejo sola a esa horda de libertinos, no dejarán una botella para los brindis del postre!

Le asignaron una habitación coqueta, presidida por una cama con dosel que recogía cortinajes de color marfil en los cuatro extremos. Una gigantesca chimenea caldeaba e iluminaba la estancia, además de los candelabros de exquisita filigrana. Muebles de impecable factura completaban el mobiliario, pero lo que más le sorprendió fue el pequeño aseo que se ocultaba tras un biombo, con tina de madera y lavamanos. Para ser un castillo antiguo estaba muy bien equipado.

Axel curioseó mientras Betty y Emma deshacían su equipaje, distraídas en

un intercambio de información sobre los hábitos de la casa, hasta que una llamada en la puerta la sacó de su ensoñación.

Devon tampoco se había mudado de ropa.

—¿Estás lista? Debemos bajar.

Axel recogió un chal verde oscuro con el que se cubrió los hombros y le ofreció su brazo enguantado.

A Devon no le pasó desapercibido el modo en que se mordió el labio inferior, síntoma de nerviosismo, y en el pasillo, aprovechando que estaban solos, le acarició una mejilla.

—Mi habitación es la última del pasillo. Si me necesitas, en cualquier momento, llámame —informó en un susurro—. Se te ve pálida. —Retuvo los dedos en su barbilla—. ¿Sigues nerviosa?

—Un poco —admitió—. No sé cómo actuar.

Devon, viéndola tan radiante, no entendió sus miedos.

—Te lo dije en el coche. Con naturalidad.

—¿Y si me preguntan...?

Entendió la dirección de sus temores y endureció la mandíbula.

—¡Axel, eres mi prima! ¡Ahijada de lord Birmingham! Nadie va a indagar sobre el particular. ¡Te prohíbo que te angusties por tonterías!

—¡Me siento una impostora! —musitó, aguantando las ganas de llorar.

Él la tomó de los hombros, anhelando borrar el brillo que empañaba sus preciosos ojos.

—No me recuerdes lo miserable que he sido todos estos años, Axel; te lo suplico —le musitó al oído—. Tienes derecho a llevar con la cabeza alta el apellido Birmingham.

Ella le besó en la mejilla, agradecida por su ternura. Y justo entonces, a través del hombro de Devon, volvió a perderse en la intensa mirada azul.

—Veo que los primos os apreciáis sinceramente —opinó la burlona boca que acompañaba a la mirada.

Devon la soltó de inmediato, con una expresión que Axel no llegó a calibrar si contenía disgusto o diversión.

—¡Perry, mal bicho! ¿Qué haces a mis espaldas?

—Intentar cubrírtelas, como siempre —ironizó el otro—. Aunque en esta ocasión no parece necesitarlo.

—¡No seas mal pensado! Ya te han presentado a lady Axel... Por cierto, querida —pese al tono jovial, captó la advertencia—, no permitas que este

libertino practique contigo sus artimañas. Aunque la fama de poeta le corresponde a Sinclair, es él quien embauca a las damas con su oratoria.

A los labios del duque asomó una sonrisa traviesa y sus ojos siguieron sondeándola con un interés tan marcado que la ruborizó. Después se tomó la familiaridad de asirla del brazo para conducirla escaleras abajo.

—¡Exageras! Más peligroso eres tú. Para demostrar que soy de fiar le he rogado a nuestra Clarence que me permita acompañar en la mesa a esta preciosa jovencita. ¿Puedo llamarla Axel, verdad? Lady Birmingham suena pretencioso entre amigos. Yo soy Andrew, por cierto. En Blackmoon sobran los artificios, ¿no es cierto, Devon? —La mirada que dirigió a su amigo fue desafiante—. A ti te ha puesto enfrente, para que nos sirvas de carabina.

Devon asintió, sin perder la sonrisa, aceptando caminar unos pasos por detrás. Se recordó que para eso la había llevado a Escocia, para que se codeara con gente de su posición. Pero el conato de celos que le azuzó al advertir el interés de su amigo volvió a asustarle. No podía permitir que Axel le importara. Le sonaba a incesto.

La cena se desarrolló en un ambiente informal, con cruce de comentarios de doble sentido de un extremo a otro de la mesa. La mayoría se comportaba como un grupo de amigos que llevaban tiempo sin verse y se sentían felices del reencuentro.

Axel se condujo con sencillez, halagada por los agasajos del resto y desconcertada por la solicitud del duque, quien tuvo atenciones continuas proporcionándole pequeñas exquisiteces para comer o rellenando su copa.

Enfrente, Devon intentó no reparar en la manifiesta seducción del duque y se integró en la algarabía general.

La condesa de Blackmoon, en su papel de anfitriona, observó que todo funcionara y analizó la comodidad de sus invitados, pendiente de que a nadie le faltara conversación, además de comida o bebida. En una ocasión su mirada se cruzó con la de Axel y le envió un guiño de complicidad al que ella correspondió con una espontánea sonrisa.

—No repitáis ese gesto o tendré que pedir os en matrimonio —escuchó susurrar en su oído.

Sobresaltada, Axel observó a su acompañante, cuyos ojos no podían ser más elocuentes.

—Lo digo en serio —aseguró él, sin ocultar su fascinación—. No existe en todo el Reino una sonrisa como la vuestra.

—Milord... Andrew, quiero decir... —farfulló, azorada—. Por favor, no digáis esas cosas o no podré trataros con normalidad.

Él se limitó a contemplarla, el semblante inusualmente serio, hasta que tomó un trago de vino para después proseguir el cortejo.

—¿Os gustaría cabalgar al amanecer? Los paisajes son hermosos en esta tierra, pero con la luz del alba parecen de otro mundo.

Axel no supo darle respuesta. Le halagaba cosechar la atención del hombre más apuesto de la fiesta y sentirse deseada; pero estaba convencida de que se trataba de un juego para él y de que estaba acostumbrado a jugarlo demasiado a menudo. ¡Aunque debía de ser la primera que se enfrentaba a una contrincante tan poco hábil! Mortificada, lo disimuló mostrando una confianza que no sentía.

—Me gustaría, pero dudo que sea correcto.

La sonrisa masculina se ensanchó, seguro de su poder de seducción.

—Preguntádselo a Clarence. O a Devon, si os hace sentir mejor.

La persuasión de su voz la puso en alerta. ¡Era demasiado ingenua para competir con él! Pero se rebeló ante lo que sus palabras sugerían.

—No tengo que justificarme con mi primo —replicó, áspera—. Es solo que no creo que sea correcto que dos personas solteras salgan solas a cabalgar. Porque estáis soltero, ¿verdad?

Una sonrisa iluminó con diversión el rostro de rasgos perfectos, desde los ojos azules hasta la sensual boca, pasando por los marcados pómulos y las rubísimas cejas. Su cabello poseía un matiz tan claro que podía pasar por vikingo; eso sí, con un corte a la moda que dejaba su nuca al descubierto y un cuello esbelto, aprisionado por un elegante pañuelo. Vestía como Devon, traje formal y zapatos oscuros.

—Lo estoy. Pensaba que por mucho tiempo —asintió, burlón, consciente del escrutinio que la joven llevaba a cabo de toda su persona—. ¡Disculpadme, no quise ruborizaros de nuevo!

Pero ella lo estaba. Roja como la grana. Y admitió su derrota.

—Disculpad que no sea ducha en galanteos. Os suplico que no abuséis de mi ingenuidad —rogó en un susurro cargado de incomodidad.

El duque de Ivory entornó los ojos, cautivado por su candor. Acostumbrado a los artificios de la Corte, Axel le resultó una tentación irresistible.

—¿Habéis salido de un convento? Devon nunca os mencionó.

—Es una larga historia —replicó, evasiva.

—Espero conocerla —replicó, sin rastro de burla.

Como si Clarence hubiera adivinado el atolladero en que estaba metida y acudiera en su ayuda, la vio incorporarse de la mesa, con su luminosa sonrisa y su encantador talante.

—¡Señoras, estarán como locas por empolvase la nariz! Además, tengo preparado un ameno recorrido por la terraza de la torre, para que disfrutemos de la luna llena antes de que estos lobos de ciudad nos seduzcan con sus encantos... Ustedes, caballeros —hizo una burlona reverencia a su marido—, pueden ir tomándose un brandy en la biblioteca mientras comentan sus pérfidos planes para esta noche.

William respondió con una carcajada alegre. Sin inmutarse por la presencia de los invitados, envió un beso a su esposa con la punta de los dedos y una mirada cargada de promesas que logró que ella se ruborizara de verdad.

Eran once las invitadas a los festejos, pero pese al escaso número, Axel apenas tuvo tiempo de intercambiar un saludo con ellas.

En cuanto estuvieron en la terraza, una doncella le puso una copa de clarete en la mano y siguió de largo, sirviendo al resto. La condesa aprovechó para cogerla del brazo y resguardarse ambas en una esquina.

—¿Estás cómoda, Axel? ¡Me pareció que Andrew te abrumaba un poco! Me rogó que os sentara juntos y no vi motivos para negarme, pero si ha sido impertinente le diré a William que lo ponga en su sitio. Ser duque, entre nosotros, no le concede privilegios.

Ella adoptó la pose que su tía Elena le había enseñado para cuando tuviera que enfrentarse a situaciones incómodas, a medias entre altiva y amable, porque si bien era cierto que lady Blackmoon parecía solícita y encantadora, tampoco había podido intimar lo suficiente. Cuando tuviera oportunidad se lo comentaría a Devon, pero no iba a quejarse de un duque por cuatro frivolidades que le había soltado.

—No me ha molestado. Es solo que no estoy acostumbrada a ese tipo de atenciones —se limitó a señalar.

—Puede resultar insistente si alguien le interesa. Pero no temas. Es íntimo de Devon y jamás se atrevería a excederse —aseguró Clarence.

A Axel se le escapó una réplica.

—No fue lo que Devon me dijo.

La condesa rio, encantada con su sinceridad.

—¡Así que el viejo zorro te advirtió! ¡Son todos iguales! Se saben irresistibles y pretenden que nos arrodillemos a sus pies... Pero confío en tu sensatez.

—Yo no —confesó Axel, seducida por su cordialidad—. Voy a necesitar sus consejos.

La condesa la besó, satisfecha al comprobar que se había ganado la confianza de su invitada.

—Estaré encantada de dártelos. Pero, en primer lugar, Axel, tutéame. Para ti no soy condesa ni esas zarandajas; solo Clarence —pidió—. Ya ves que yo me he tomado esa confianza contigo. Agradezco la posibilidad de que te unas a mis amistades. Cuando conocí a William me hallé muy sola y sufrí no tener a quien confiarme.

Axel correspondió a su alegato con una sonrisa cómplice.

—Según Devon no te hizo falta y te las apañaste muy bien.

Los ojos claros brillaron con nostalgia. Estaba bellísima a la luz de luna, con los cabellos recogidos en una larga trenza que le caía sobre la espalda. Lucía un vestido de noche con el tartán de su marido al hombro, lo que le hacía parecer esbelta como un junco.

—Tuve tentaciones, no creas, porque Devon me atraía a rabiar. Pero William... —Sus ojos lo dijeron todo—. Él enamoró mi corazón.

Axel le devolvió el beso, agradecida por hacerla digna de sus confidencias. Con todo, un sobresalto se instaló en su pecho al descubrir que Devon no estuvo simplemente interesado, sino que también fue correspondido. Se obligó a retribuir su sinceridad.

—Imagino que sabes que te tiene en gran estima. Nunca te consideró un juego.

La sonrisa de Clarence se amplió, complacida.

—Lo sé, por eso le correspondo de igual modo. ¡Aunque aquello ocurrió hace mucho tiempo! Adoro a William y me consta que esos rufianes respetan a las mujeres de sus amigos. Quizá para ti suene lógico, pero no creas que lo es. Las relaciones en la Corte son hipócritas. ¡Cada vez la soporto menos! —confesó mientras la curiosidad vencía a la prudencia—. Pero tú, dime, ¿dónde has estado escondida?

—En Marion Hill, la residencia campestre de los Birmingham. —El vino se le estaba subiendo a la cabeza y la conversación con la anfitriona era fluida, así que se dejó llevar—. Orson... Mi padrino, vive perdido entre sus legajos; quien en realidad me ha criado ha sido mi tía Elena, la madre de Devon.

Los ojos azules brillaron, azuzados por la curiosidad.

—Una dama sorprendente, por cierto. Me encantaría saber más sobre ella.

—¿Sobre tía Elena? Cuando quieras... Es una persona adorable.

La alta figura del conde Blackmoon se recortó en la escalera y Axel supo que la conversación con Clarence había llegado a su fin, así que se apresuró a solventar la duda que la recomía desde el final de la cena.

—¿Una última cosa! ¿Sería correcto salir a cabalgar mañana con el duque?

La condesa ya tenía los ojos posados en su esposo, pero se volvió para advertirla con astucia.

—Deja correr un par de días antes de darle esa satisfacción. Os conoceréis mejor y tú misma decidirás al respecto.

Axel asintió, aunque se permitió insistir.

—Pero ¿es correcto en vuestro círculo?

La risa de Clarence quedó flotando en sus oídos, además de su consejo.

—Estamos en el campo. Y para colmo, en Escocia. Siéntete todo lo libre que puedas.

Axel la miró correr hasta los brazos de su marido, quien la envolvió entre ellos y le atrapó la boca, ajeno a sus amistades.

Provocó en Axel una pizca de envidia por la elocuencia de contemplar un matrimonio decidido por amor.

—¿Estorbo o se me permite acompañarte dentro?

La presencia de Devon le alegró el espíritu, a pesar de su semblante serio. Buscando dulcificar su rostro, le besó una mejilla.

—¿Me encanta tu presencia, *primo*! —se permitió bromear—. Es más, solicito que no me abandones. ¿Crees que resultaría de mala educación que me retirara? Me encuentro agotada.

Devon le respondió con un suave apretón del brazo, satisfecho por la intimidad que le otorgaba.

—Es muy posible que ellos mismos desaparezcan en breve.

Señaló con gesto burlón la mano de William, posada impudicamente sobre el trasero de su esposa.

—¿Se muestran siempre tan espontáneos?

—¡William es un bárbaro por mucho que se refinara en Eton! —se mofó el vizconde—. Y a Clarence le encanta olvidar sus modales de condesa. Pero no, en Londres no pueden portarse así. Blackmoon es un paraíso aparte, donde nos permitimos ser espontáneos.

—Me gusta.

Devon tomó nota del brillo de sus ojos. También del recelo cuando vislumbró la figura de Andrew detrás de él y del modo en que apretó su brazo.

—¿Tomamos una copa, primos Birmingham?

—Axel se retira. Si esperas unos minutos, te acompaño —confirmó el vizconde, intranquilo por el intercambio de miradas.

—¿Nos veremos mañana, Axel?

—Estaré cansada, milord —se atrevió a replicar, segura con Devon al lado—. Otro día, quizá.

—A vuestra disposición. Os deseo felices sueños.

El beso que depositó en sus nudillos le erizó la piel. Su voz sonaba tan sugerente como si la desnudara, lo que aumentó su desasosiego y le hizo apresurar el paso para bajar las escaleras.

Devon se mantuvo en silencio hasta que llegaron delante de su alcoba, pero una vez allí la apoyó contra la puerta y dejó aflorar su preocupación.

—¿Ha sido Andrew incorrecto contigo?

—En absoluto —la respuesta salió rápida, pero no pudo disimular su rubor.

—Entonces, se pasó de galante —adivinó él, molesto.

—No se pasó, Devon —intentó disculparlo, temerosa de provocar un enfrentamiento entre amigos—. Es solo que... Me pone nerviosa.

—¿Por qué? —le sujetó el rostro con ambas manos—. ¿Te provoca *cosquillas*?

La confusión que asomó a sus ojos lo dejó sin aliento y, en lo más hondo de su ser, se arrepintió de haberla traído a Escocia.

—¡Si se atreve a molestarte, le parto los dientes! —susurró con furia.

A Axel le brotó una sonrisa espontánea, cargada de ternura. Con la nariz le acarició el mentón.

—Puedo cuidarme sola, *primo*. Aunque debo practicar un poco.

Devon templó los nervios y posó los labios en los suyos.

—Me temo que no sea una costumbre recomendable, pero adoro besarte —confesó quedo, apoyado en su frente.

Ella contuvo el impulso de decirle que también adoraba que lo hiciera; sin

embargo, se limitó a pasarle los dedos por los labios y a despedirse con un susurro.

—Buenas noches, Devon.

Él tardó unos instantes en apartarse, colgado de su boca.

—Buenas noches, Axel.

[1] Es una broma, puesto que los títulos no se pueden heredar de no ser de padres a hijos varones, de sangre. Las normas son estrictas al respecto.

[2] Tampoco es habitual. Un bastardo no puede heredar el título de su padre a no ser que lo legitime y no exista otro hijo legal con ese derecho.

Capítulo 3

Al día siguiente Axel despertó tarde. Betty no había descornado las cortinas y la penumbra de su habitación la desorientó hasta que la imagen de unos ojos azules la despejó por completo. ¿Cómo podía un simple recuerdo hacerle arder las mejillas?

El duque de Ivory la desconcertaba. Estaba convencida de que bromeaba cuando le decía aquellas bobadas, pero su modo de mirarla le enervaba el estómago y potenciaba la necesidad de acercarse a él como la polilla a la luz. Sin embargo, sabía que no debía confiarse. Devon le había advertido. Ambos eran, en verdad, peligrosos.

Hundió la cabeza bajo la almohada con un gemido. ¡Echaba de menos haber adquirido desenvoltura en el campo del flirteo! Parecía una debutante desorientada.

Una llamada en su puerta la sacó de las cavilaciones.

—¿Axel? ¿Puedo pasar?

Atónita, reconoció al causante de su desasosiego.

—¡Por supuesto que no! Mi doncella...

—Sé dónde está vuestra doncella. La envié yo. Poneos una bata en dos segundos si no queréis perturbarme en serio.

Convencida de que cumpliría su amenaza, corrió hasta el sillón y recogió la vaporosa bata que Devon le había regalado; nada recatada para la visita de un caballero a su alcoba, estaba segura, pero no tenía otra cosa a mano.

Mientras, la puerta se abrió dejando paso al mismísimo duque de Ivory sujetando una bandeja.

—¡Menos mal que no quedamos para cabalgar! Me habría llevado un desplante espantoso —bromeó, dejando su carga sobre una mesa cercana.

—¡Pero...! Disculpad, milord, pero no creo apropiado...

Él la miró, sin molestarse en disimular cuánto le gustaba lo que veía.

—¡Tenía que saber cuál era vuestro aspecto recién levantada! Es importante cuando consideras casarte con alguien, ¿no os parece? —Se sentó en una silla, estirando las piernas con elegante pereza—. Imaginad que ahora parecierais una bruja... ¡Me quitaríais el empeño de golpe! Lo cual no es el caso, evidentemente. —Amplió su sonrisa y se incorporó para servir una taza de té—. ¡Relajaos, Axel! Estamos en Blackmoon. ¿Nadie os avisó de que aquí las normas no existen? Acompañadme en el desayuno.

Remisa, aceptó la taza que le tendía y se acomodó en el otro extremo de la mesa.

—¿Os dijo Devon que mordía? ¿Os ha prevenido contra mí? —Aunque la sonrisa persistió en sus labios, los ojos parecieron serios—. Os aseguro que jamás abusaría de una mujer ¡A no ser que ella me lo pidiera, claro! Pero me temo que eso no ocurrirá con vos.

—¡Por supuesto que no! —afirmó, menos severa de lo que le hubiera gustado.

Él untó una rebanada de pan con mantequilla y mermelada y se lo tendió.

—¿Amigos?

—No pretendo renegar de vuestra amistad —replicó mientras tomaba la tostada, recelosa—. Pero debéis entender que...

—Que no acostumbráis a lidiar con calaveras —adivinó el duque.

—Algo así.

—¿Y si prometo dejar a un lado las galanterías?

—Sería más cómodo —confirmó, relajándose.

—Me resultará duro, pero puedo intentarlo... Después —aceptó Perry, acercándose con ademán perezoso y recogiendo con la punta de la lengua una pizca de mermelada que descasaba en sus labios. La tragó, con evidente placer—. ¡Sois una tentación, Axel, por más que os desespere! Aunque prometo reformarme —concluyó formal.

Ella mantuvo la cara rígida, sofocada por no saber cómo reaccionar.

—No lo repetiré, tranquilizaos. —Terminó de un trago el té y se levantó con pesar—. Mejor os dejo. Debo hacer algunos reajustes mentales para no asustaros. —Le besó la mano con el semblante serio—. Nos vemos en el almuerzo. Con gente delante será menos complicado.

En escasos segundos, Axel volvió a quedarse sola, tan atónita que se preguntó si no lo habría soñado.

La parte trasera de la torre daba a una gigantesca terraza de mármol por cuyos escalones se accedía a un hermoso parque con parterres, fuentes, bancos de hierro forjado y pequeños templetos; decorado todo con la armonía típica de un jardín inglés.

Siguiendo las indicaciones de una doncella, Axel encontró allí a la mayoría de los invitados, acompañando a la condesa.

La anfitriona escribía en un papel los nombres de los presentes y los introducía en dos recipientes distintos. En cuanto la vio aparecer por la contraventana añadió el suyo a uno de ellos.

—Buenos días, querida. Estamos improvisando un juego para esta tarde —le informó, sonriente.

Ella, desconcertada, miró en rededor. Faltaban William y Devon, entre otros. No así el duque, quien la contempló con gesto indolente, tumbado sobre una otomana. Buscó un asiento alejado de él.

—¿Sobre qué versará el juego? —preguntó con curiosidad.

Clarence esbozó una mueca traviesa.

—¡Escoger acompañante! Uniremos los nombres de estas soperas y, por un día, esas dos almas gemelas intentarán complacerse la una a la otra. —Al notar el pasmo de su invitada, se explicó mejor—. ¡Nada censurable, por supuesto! Nadie puede exigir al otro lo que no quiera hacer.

La inquietud se adueñó de Axel, poco convencida de que semejante diversión resultara decente.

—¿Jugaremos todos? No veo a Devon ni a vuestro esposo.

—Pero sus nombres están —aseguró, tranquilizándola con su mejor sonrisa—. Han ido a visitar los establos y se habrán entusiasmado con las últimas adquisiciones del conde. En cuanto regresen, iniciaremos los emparejamientos. Mientras, ¿a quién le apetece una limonada?

Como si aguardaran su señal, un corro de doncellas con jarras de cristal y altas copas apareció en la terraza y se apresuró en servir el refresco.

Perry se incorporó y buscó acomodo junto a Axel.

—Me estáis evitando sin ningún motivo —le susurró al oído.

—Me intranquilizáis, lo siento —admitió. Lo tenía tan cerca que, de mirarlo, unirían sus bocas.

El duque retrocedió y giró el asiento para mirarla de frente.

—Me he concentrado para que los papeles nos unan —confesó sin darle tregua—. Si no lo consigo voy a pasar un mal rato viéndoos con otro acompañante todo el día.

—¿Se puede declinar el emparejamiento? —preguntó, obviando haberlo escuchado.

—Me temo que no. Todos somos de confianza en Blackmoon. El rechazado lo tomaría como una ofensa.

Los ojos verdes tuvieron el poco tino de mirar los azules y Axel notó cómo su piel se erizaba. El interés en las pupilas del duque era palpable y se encontró preguntándose cómo sería ser besada por semejante hombre. Un sonrojo repentino la invadió al advertir en su mirada burlona que le había leído el pensamiento, por increíble que pareciera.

—¡Nos tocará juntos! Confío en mi buena suerte.

Axel no tuvo ocasión de replicar. El grupo que regresaba de las cuadras lo hacía con evidente escándalo, riendo y bromeando entre ellos, con el conde a la cabeza.

—¡Veamos qué nos tiene preparado mi esposa! ¡Ya sabéis que no sabe estarse quieta cuando se trata de imaginar estrategias de movilización!

—¡Habría resultado un excelente militar! —bromeó Devon, acercándose a Axel.

Si le inquietó la proximidad del duque no lo demostró. La besó en una sien y tomó asiento en el lado libre.

—¿Has descansado? Se te ve radiante.

Regalándole una sonrisa, Axel se relajó. Se sentía más cómoda con él cerca.

—Sí, gracias. Dormí de un tirón. ¿Qué tal los caballos del conde?

—¡Espléndidos! Tiene unos alazanes de lujo y unas yeguas que nos han matado de envidia. Te mostraré las cuadras en cuando termine este enredo. — Después bajó la voz—. ¡Sería demasiada suerte que me tocarás tú!

Clarence, ajena a las puyas masculinas, solicitó una mano inocente y se decidió por la de Sinclair. Lo apodaban «el poeta». Axel ignoraba si por dedicarse a dicho arte o por su aspecto melancólico. Era dueño de un rizado pelo oscuro, tiernos ojos marrones y una voz agradable.

La condesa, haciendo gala de su histrionismo, comenzó la lectura de los papeles que Sinclair le iba pasando.

La tercera tanda la emparejó con Devon y un surco de malestar apareció en

el entrecejo del anfitrión: «Te machacaré si le pides un beso, inglés». Su amigo respondió con abierta burla: «Ella se sacó esto de la manga. Aunque no pienso quejarme».

Clarence corrió junto a su marido y le estampó un beso en la boca ante el jolgorio general.

El nombre de Axel salió en décimo lugar, unido al de Andrew Perry. La satisfacción del duque resultó tan manifiesta que Devon sintió deseos de borrarla de un puñetazo.

Axel se limitó a boquear, atónita con la sorpresa y roja como una amapola, mientras él le tendía el brazo.

—Milady... Sois mi pareja durante veinticuatro horas.

Axel miró a Clarence y las soperas, incrédula de que no hubieran mediado trampas, pero la sonrisa franca de su anfitriona le confirmó su inocencia.

—¿Axel? —insistió él con el brazo en ristre.

—¿Dónde vamos? —quiso saber, con abierta desconfianza.

El duque señaló la pequeña calesa que se acercaba por el empedrado del patio, conducida por un criado.

—He organizado un almuerzo campestre —informó, encantado, aunque rectificó al percibir su recelo—. Nada indecoroso.

Ella miró a Devon, quien parecía incómodo con la situación, pero entendió que debía darle la espalda y acompañar a su pareja.

—Diviértete —la tranquilizó el vizconde—. Andrew no se atreverá a sobrepasarse.

Se obligó a asentir para no molestar a Devon y acudió al encuentro del duque, sintiendo las piernas de gelatina.

—¡Lo amañasteis! —le acusó en voz baja—. No sé cómo, pero lo hicisteis.

Él la ayudó a acomodarse en el carruaje antes de negarlo.

—Juro por mi honor que no hubo engaño —aseveró; no obstante, el brillo de sus ojos desacreditó sus palabras—. Pero admito que dispongo de buena suerte.

Axel se mostró renuente a creerlo.

—Y si no hubiera sido yo, ¿seguiría adelante con el almuerzo campestre?

La risa del duque resonó en el patio, haciendo volverse algunas cabezas y sofocando a la joven por la respuesta que llegó enseguida, descarada.

—Con Clarence, tal vez. Con el resto, ni loco.

El criado le cedió su sitio y el duque de Ivory tomó las riendas con

suficiencia, como parecía hacerlo todo. Condujo concentrado en la tarea hasta que atravesaron el portón principal y estuvieron lo bastante lejos del castillo; pero se detuvo a un lado del camino, alarmado al percibir el gesto hosco de su acompañante.

—¡Axel, esto es un juego! Si no os complace, regresemos —sugirió, mostrándose disgustado por primera vez.

Ella estudió sus facciones, intentado descifrar su grado de sinceridad, pero Devon tenía razón: no sabía nada de hombres. Negó despacio, sin querer parecer gazmoña.

—Adelante —musitó—. Disfrutemos de ese almuerzo.

Andrew Perry depositó un casto beso en sus nudillos.

—¿Si os prometo ser solo un buen amigo me regalareis una sonrisa?

Ella asintió, distendiendo la espalda. Después de todo, sentía curiosidad por averiguar cómo era, tras esa fachada frívola, aquel increíble duque.

La calesa les llevó por un estrecho camino entre piedras y matorrales hasta un recodo del río. Bajo un enorme olmo, lord Ivory la ayudó a desmontar, desensilló al caballo y sacó las dos cestas de mimbre que sus criados se habían encargado de llenar. Tras extender una manta, se arrodilló y comenzó a servir las copas.

—Acomodaos. ¿Os gusta el sitio?

Axel tuvo que admitir que el paisaje resultaba precioso, exuberante, tranquilo... Demasiado tranquilo. Pero como nada en los gestos del duque indicó que corría peligro, tomó asiento en la esquina opuesta y aceptó el vino.

—Habládmelo de vos. Es un pecado que Dermont no nos haya presentado antes.

—No soy interesante —replicó, ruborizada.

—Contádmelo y dejad que yo lo juzgue —exigió él.

Mientras hablaba se había quitado la chaqueta y el pañuelo, dejando entrever un pecho atlético bajo la almidonada camisa.

Axel pensó que el duque debía de hacer mucho deporte, aunque no al aire libre, porque su piel carecía del atractivo moreno de la de Devon. Se obligó a no compararles y, con ánimo perverso, decidió darle la información que requería. ¡A ver si después insistía en sus galanteos, sabiendo su procedencia!

—Vivo en Marion Hill, propiedad de lord Birmingham. Ignoro quien es mi

auténtica familia. Lord Birninghan me rescató de las calles cuando tenía cinco años. Según me contó, intenté robar su cartera, pero debía ser muy mala porque me atrapó. —Usó la ironía, sorprendida por el modo en que él enarcaba una ceja con curiosidad, sin rastro de reprobación. —Orson solicitó al rey que le concediera una cédula de apadrinamiento[3] y tía Elena se encargó de ponerme al cargo de unas cuantas institutrices. He recibido la educación de una dama; no obstante, tengo asumido que no pertenezco a vuestro mundo ni tengo el menor interés en hacerlo.

A pesar de su cáustica conclusión, el duque siguió sin mostrarse impresionado.

—Creo que una vez escuché esa historia —confirmó, pensativo—. Pero nunca la relacioné con Devon.

A Axel no le extrañó, dadas sus relaciones en el pasado. Lo que sí le llamó la atención fue la cálida actitud del duque, que alentó su corazón y le permitió relajarse.

—Antes nos peleábamos por todo —confesó con resignación—. De joven, Devon sentía unos celos absurdos de mí, y después, cuando su madre se instaló en el campo, se reforzaron de tal modo que no podía ni verme. —Su semblante mostró cuánto le había dolido ese rechazo—. Pero este verano, a su regreso de Europa, pudimos hablarnos sin rencor y reconciliarnos.

El duque entrecerró los ojos, tomando nota de cada una de sus expresiones.

—En realidad no sois primos —concluyó, pensativo.

—No, no lo somos —negó Axel, confiada.

La actitud masculina se modificó, intensificando la mirada. Era demasiado experto en lides de conquista para no advertir lo que ella misma, al parecer, no reconocía.

—¿Estás enamorada de él? —la tuteó de repente.

La pregunta la tomó desprevenida.

—¿De Devon? —Recordó sus bromas en el carruaje, sus besos... Se sonrojó—. No lo creo. Nunca he estado enamorada —admitió con sinceridad.

Una sonrisa cínica surcó los labios del duque, dolido de haber acertado en su suposición. No obstante, decidió seguir adelante con su juego. Necesitaba conocer los límites de sus posibilidades.

—Puede que tú le intereses —aventuró.

Un gesto de alarma asomó a los ojos verdes.

—¡Somos familia! —protestó Axel. Rectificó tras un titubeo—. En realidad,

no.

La mirada azul sondeó aquel rostro dubitativo y hermoso. La maestría para manejar a las mujeres era prácticamente innata en Andrew Perry y no había nada que deseara más que ganarse el interés de aquella, pero le detenía la promesa que le había arrancado y no acostumbraba a romper su palabra. Sin embargo, ninguna mujer lo había tentado como la inocente Axel.

—Hay tensión entre vosotros, puede notarse. Nada que ver con lazos familiares —murmuró, despechado, sabiendo que la duda que germinara en el pecho de Axel le iría a la contra. Contraatacó, dispuesto a jugar sus bazas—. Pero yo también te atraigo.

Estaban próximos, casi rozando sus rostros. Axel aguantó el envite.

—No aprendí a seducir ni a usar tretas femeninas —admitió ruborizada—, por tanto os seré sincera. Es verdad que me atraéis poderosamente; aunque no sé adónde me lleva eso.

El parpadeo que ocultó el océano de aquellos ojos camufló también el alborozo de su corazón. El duque de Ivory se encontró con ganas de aullar a la luna. Supo que debía aprovechar la ocasión e hizo uso de la más provocadora de sus sonrisas.

—¿Te ha besado Devon?

Axel asintió, seducida por sus maneras.

—¿Te gustaría probar si conmigo es diferente? —susurró en su oído.

Ella parpadeó, nerviosa. Andrew lo tomó como un sí y le quitó la copa de los dedos, atrajo la temblorosa mano hasta su propia nuca, y la acomodó sobre su cuello.

Sin tocarla, con el simple aleteo de sus labios, le recorrió el rostro muy despacio: las sienes, los párpados, el puente de la nariz, las mejillas... Y por último, los labios. Primero el superior, con breves mordiscos, y luego el inferior. Cuando la tuvo confiada su boca se lanzó a saquearla, entrelazando su lengua y atrapando a Axel en un delirio de fuego que la enervó de la cabeza a los pies.

Ella gimió y respondió por instinto, descolocando los sentidos de Andrew, desbordado por su apasionamiento.

Con pesar logró apartarse mientras las sienes le atronaban por el deseo reprimido.

—Pensé que no sabrías besar —murmuró, aturdido.

Axel se perdió en sus ojos, tan ruborizada que ardía.

—Y no sé —musitó, avergonzada.

El duque logró recuperar el control dándolo por zanjado con un último beso del que ella quedó tan prendada que se tambaleó al apartarse. Sus manos la sujetaron, y sus ojos quedaron presos en los verdes.

—¿Quieres ser la condesa de Ivory?

Axel dio un respingo, despertando del ensueño.

—¡No digáis tonterías, duque! Os acabo de confesar quien soy.

La mirada de Andrew no pudo ser más seria ni su voz sonar más ronca.

—La única mujer con la que deseo darme un revolcón y me contengo. Esa eres. ¡Y por Dios, tutéame, al menos en privado!

Ella no supo qué responder. No entendía de artimañas ni hasta donde pretendía llegar el duque, pero sonaban creíbles sus palabras y se asustó.

Entendiendo su desconcierto, Andrew insistió, tan sorprendido como ella por la fuerza de su obsesión.

—Estoy siendo sincero, Axel. Cuando anoche descendiste del carruaje me golpeaste dentro del pecho de un modo que me paralizó. Te juro que hasta que no escuché a Devon presentarte como su prima tuve el estómago encogido, temiendo que fueras su amante. Y sé que tú también reaccionaste, que tu mirada se clavó en la mía, cuando éramos tantos. Comprendo que mi comportamiento no es de fiar, que mi fama de libertino me precede... Pero mi corazón me dice que esta vez es diferente.

Axel ignoró su discurso. La vehemencia del duque le resultaba inquietante, pero no podía aceptarla. ¡Nadie se enamoraba de un día para otro!

—Clarence me advirtió de que sois insistente. ¡A fe mía que se quedó corta! Pero no sé qué más podría ofreceros, ya he traspasado las líneas de la decencia con vos y... Preferiría no verme en la tesitura de... pararnos los pies —fingió bromear, para disimular el bochorno de lo ocurrido minutos antes.

—No hemos traspasado nada, Axel. Y en todo caso, lo ocurrido queda entre tú y yo. Insisto, llámame Andrew y tutéame. Es posible que Clarence tenga razón, me conoce bien. Ni yo mismo entiendo este cúmulo de sensaciones que has despertado. Quizá se trate de un simple capricho —admitió—. Lo malo es que no creo que estés dispuesta a ser mi amante mientras averiguo si lo es o de verdad me has robado el corazón.

Axel negó, divertida por su palabrería. Su ingenuidad era ingente, pero algo le decía que el duque estaba demasiado curtido en lides amorosas y, en verdad, gozaba del don de la oratoria.

—Me temo que no puedo aceptar *tu* oferta... *Andrew* —replicó, risueña.

—¡Entonces, tendremos que casarnos!

Ella reprimió una carcajada y le siguió el juego con una rápida réplica, frunciendo los labios en un mohín de descaro.

—Lo siento, el matrimonio no entra en mis planes.

—No desistiré hasta acostarme contigo —aseguró Perry, de repente muy serio—. Tú decides.

El giro de la conversación, más su rostro que lo dicho, la dejó paralizada. No sabía qué creer o no. Las sutilezas de la seducción la perturbaron hasta el punto de acongojarla.

—Discúlpame, *Andrew*. No sé cómo debo seguir esta conversación.

Su sinceridad logró conmoverlo. Pasado el ímpetu del deseo, se permitió contemplar a la candorosa chiquilla que tenía enfrente con una dosis de ternura.

—¡Dios mío, *Axel*, eres una delicia! ¡Estaba hablando en serio!

Axel notó su cambio de actitud y tomó las riendas en la dirección que le interesaba. Era ingenua, pero aprendía pronto. Y si el descaro era lo que se llevaba entre aquella gente, ella lo tenía de sobra.

—Pues olvida el asunto porque no estoy interesada. Lo que tengo es mucha hambre. Y lo que quiera que hayas traído en esa cesta, huele de maravilla.

Él aceptó darle una tregua, decidido a conocerla en todas las facetas. Captó que sobreactuaba, pero su versátil personalidad le añadía atractivo.

Se disponía a sacar las viandas cuando una mano sobre su brazo le detuvo un instante.

—¡Dijiste que seríamos amigos! —*Axel* titubeó unos segundos—. Lo del beso solo ha sido una prueba, ¿verdad? Por cierto, *Devon* no me ha besado de ese modo, por tanto, no puedo compararos; pero ha resultado... excitante, por si necesitabas saberlo. —Después, con aparente naturalidad, dio otro giro a la conversación—. ¿Esperas que también te tutee en presencia del resto?

El duque asintió con un ligero «por favor», tan dichoso como un chiquillo, cautivado por *Axel*.

Sacó la comida, la colocó sobre el mantel y le sirvió pequeñas porciones en un plato de porcelana.

—¡Has pensado en todo! —se asombró ella, por las viandas y la vajilla.

—Yo no, mis criados —reconoció ecuánime—. Saben lo que me gusta y cómo me gusta.

Ahora le tocó a Axel el turno de burlarse.

—¡Te comportas como un auténtico duque!

Andrew rio, divertido.

—No sé cómo serán en la intimidad los otros duques, pero tuve un padre y un hermano para aprender.

La curiosidad asomó al rostro femenino.

—¿No eras el primogénito?

Una ligera bruma de tristeza oscureció la mirada azul, aunque enseguida el duque se recuperó, recobrando su tono bromista.

—No. Lo era mi hermano Guillaume, pero tuvo la infeliz ocurrencia de morir en un accidente de caza, dejándome el incordio de heredar el título.

Axel omitió referirse a la muerte del mayor de los Perry, porque, aunque quisiera disimularlo, era fácil intuir cómo afectaba al duque, pero sí replicó a la parte final de su perorata.

—Lo mismo dice Devon y no creo que seáis justos —acusó, molesta. Siempre había pensado que la vida no era ecuánime en su reparto y que la obligación moral de los que más tenían debía ser la de ayudar a los menos afortunados—. ¡Con vuestro poder podríais mejorar la vida de mucha gente!

—Ese es parte del problema —asintió él, sacando a relucir su espíritu cínico—. Por un lado, despierta todo tipo de expectativas en los demás, y por otro, resultar productivo se considera vulgar. Me debato sobre cuál camino seguir.

—¡El más lucrativo, por supuesto! —opinó ella, tomando un bocado de sus dedos.

—¡Te salió el alma callejera! —bromeó, cálido.

Axel le sonrió con verdadero agradecimiento.

—¿En serio no te molesta que sea plebeya?

—Lo único que me molesta de una mujer es que sea fea o estúpida —replicó el duque con agilidad—. Y está claro que no entras en ninguna de esas categorías.

Ella rio, divertida, y los ojos azules destellaron de lujuria.

—En serio, Axel. ¡No sabes cómo te deseo!

El susurro y su modo de mirarla la dejó paralizada, aunque hizo el esfuerzo de disimularlo.

—Además del almuerzo, ¿qué más has pensado proponerme?

—Una cosa es lo que puedo y otra lo que podré —admitió con descaro,

ofreciéndole un cuenco con fresas.

Ella tomó una, consciente de que su gesto resultaría sensual. Se chupó los dedos y se lamió los labios, descubriendo que le excitaba el juego. Andrew gimió en su boca.

—No puedes pedir que sea un santo.

—Lo exijo, no lo pido —se burló, metida en su papel.

—¡Te he pedido matrimonio! —recordó, tumbándose a su vera y enredando los dedos en los mechones de su pelo que habían quedado libres. Los bucles rojizos brillaban al sol—. Tu cabello parece fuego. Como toda tú —musitó, besándolos.

—Te dije que no quiero casarme. Y menos con un aristócrata.

Axel se permitió trazar una caricia en su mentón, firme y liso, y Andrew retuvo su mano y se la llevó a los labios. Le mordió los nudillos y le chupó los dedos, dulces del jugo.

—Sabes a fresa. Cuando seas mi esposa, te embadurnaré de mermelada. ¿Lo imaginas? Estoy seguro de que te gustará.

La imagen puso un escalofrío en su piel. La voz de Andrew resultaba un susurro cálido y vigorizante al mismo tiempo.

—Di, ¿lo imaginas? —insistió, mordiendo su palma.

Axel se incorporó con brusquedad, arrepentida de haberle seguido la corriente. El calor amenazaba con ahogarla.

—Dejémoslo, Andrew. Hemos ido demasiado lejos.

Él comprendió que la había asustado y recogió velas, poniendo distancia entre ambos.

—Discúlpame. No pretendía... Bueno, no voy a mentir, sí lo pretendía; pero no quiero que te enfades.

Axel, nerviosa, caminó hasta la orilla. La ropa se le pegaba a la piel por el calor. Recogió agua y se refrescó la nuca. No quería mirar a su acompañante porque lo sentía a su espalda, desnudándola con la vista.

—¿Te atreverías a darte un baño?

—No —negó, rápida—. Sabes que no.

—¿Porque pensaré que no eres una dama?

La burla de su ronroneo la molestó.

—Ignoro qué pensarás —replicó, despectiva—. Pero no lo haré.

Cuando se dio la vuelta, lo tenía detrás.

—Nadie lo sabría...

Axel se estremeció. Odiaba la inseguridad que le daba desconocer si el duque bromeaba o de verdad esperaba seducirla. Ninguna de las opciones le gustaba y se rebeló con rabia, porque, para más inri, no se sentía inmune a sus encantos.

—¡No es la cuestión, Andrew! Me resulta extenuante seguirte el juego; dejémoslo estar.

Él abandonó el flirteo, súbitamente serio.

—¿Y si prometo...?

—¡No me fío de tus promesas! —atajó Axel con frialdad.

—¡Te has enfadado! —Le sujetó el mentón con los dedos, buscando sus ojos.

Axel se vio obligada a admitirlo.

—¡Conmigo! Por coquetear contigo y darte pie. No debí hacerlo.

—¡Axel, cariño, yo no necesito pie! Me tomo mis libertades solito — replicó sin perder la sonrisa, acariciando sus brazos desnudos.

—Prefiero que no me toques —susurró, sofocada.

—Porque te gusta —adivinó, quedo.

Se lo confirmó con rabia, como si en vez de un encuentro amoroso tuviera una pelea sobre un cuadrilátero.

—Sí.

Pareció que él respondería algo impulsivo, pero se detuvo un momento y se apartó, la expresión extraña.

—Tengo una propuesta. Esta noche, cuando la luna esté en lo alto, volveremos a bañarnos. Te esperaré al comienzo del camino, después de que todos se retiren. Si vienes, me harás muy feliz —susurró, meloso—. Si no lo haces... me conformaré.

—No vendré —aseguró Axel, rotunda.

—No quiero saberlo ahora —insistió con calma—. Mi siguiente plan es regresar a Blackmoon. Aquí hace demasiado calor —retomó su tono provocativo—. A no ser que prefieras otra opción.

—Regresar me parece bien —admitió, confusa.

La sacaba de quicio que él pasara de la seducción a la formalidad sin mediar un pestañeo.

—Volvamos pues. Seguiremos conociéndonos al atardecer, durante un paseo en bote por el lago. —Sonrió, con una mueca de feroz diversión—. ¿Quieres que te hable de mi familia? ¡Te vendrá bien conocer sus miserias cuando te

conviertas en duquesa! ¡Ya verás cómo esconden un pasado peor que el de cualquier plebeyo!

—Nunca he subido a un bote —admitió, más tranquila al verlo desistir de sus avances.

—Va siendo hora de que el «nunca» desaparezca de tu vocabulario. Estaré encantado de iniciarte —bromeó él, aunque sus ojos parecían serios.

Axel no supo replicar, descolocada por la distancia entre lo que decían sus labios y lo que sugería su mirada.

Lo ayudó a recoger y regresaron en la calesa en reposado silencio. En la fortaleza, un criado se hizo cargo del carruaje y el duque la acompañó a su alcoba.

—Intuyo que no vas a invitarme a entrar por mucho que te insista... Descansa. Nos veremos a las cuatro. —Besó sus nudillos y luego sus labios —. Vendré a despertarte.

Axel se refugió tras la puerta, las manos sobre el pecho. ¡Escuchaba el tronar de su corazón tan fuerte que temió que lo oyeran en todo el castillo!

Acudió a despertarla, literalmente. Axel sintió un soplo tibio sobre sus cabellos y cuando abrió los ojos encontró los azules presos en ella.

—Miénteme. Dime que soñabas conmigo.

—¿Cómo puedes tomarte tantas libertades? ¿Dónde está mi doncella? —Se incorporó, asustada por su proximidad.

Perry se encogió de hombros, despreocupado.

—Con su novio, supongo. Lo bueno de Blackmoon es que no solo los nobles nos tomamos libertades, también los criados. Esto es como el Edén. ¿Quieres una bata?

No parecía turbado por la intimidad que mantenían. Pero ella sí lo estaba.

—Quiero arreglarme a solas —exigió.

Perry se apartó del lecho, quedando a unos pasos.

—Si es un verdadero deseo, te lo concederé. Si es por tu sentido del decoro, podrías reconsiderarlo.

Casi estuvo a punto de reír con su descaro, pero se contuvo.

—¡Andrew, por Dios! ¿No hay nada sagrado para ti? Se supone que deberías tratarme como a una dama, no como a tu amante.

—¡No tienes ni idea de cómo trato a una amante! —aseguró jovial—. Para

empezar, no llevarías esa camisola, y para seguir, estaría contigo bajo las sábanas.

—¿Puedes dejar de torturarme con esas escenas? No soy de hielo y tampoco una libertina.

Él se mordió los labios con un gesto de asentimiento.

—Nos va urgiendo casarnos. ¿Quieres que hable con Blake? Tal vez pueda arreglarlo en unas horas.

Axel le tiró la almohada, enfadada a medias.

—¡Vete de inmediato! Me reuniré contigo en la terraza, cuando esté lista. ¡Y no se te ocurra volver a invadir mi alcoba!

—Si cumplo esas normas, ¿te casarás conmigo? —replicó el duque soltando el almohadón sobre una silla.

—¡Andrew!

Su grito sonó exasperado y él rio, satisfecho, encaminándose a la salida.

—Está bien, ya me voy —concedió solemne.

Entonces, Axel descubrió la rosa roja sobre la mesilla. Y sin poder remediarlo, sonrió.

Mientras bajaba las escaleras se preguntó dónde estaría el resto de los invitados. Las estancias que atravesaba se hallaban silenciosas; por eso, creyendo haber escuchado cuchicheos en la biblioteca, golpeó con discreción en la puerta, temiendo interrumpir. Para su regocijo, una voz conocida le dio paso.

—Adelante.

Devon y Clarence jugaban una partida de ajedrez frente al ventanal, en actitud relajada.

La sonrisa surgió espontánea en los tres.

—Cualquiera diría que la gente se ha evaporado —musitó, acercándose a ellos.

Devon se levantó, solícito, para ofrecerle una silla.

—¿Estás bien? ¿Cómo fue todo?

—¡Por supuesto que estoy bien! —asintió, sonrojada ante la idea de que ambos supieran lo ocurrido en el río—. El duque es... muy amable.

Devon frunció el ceño al tiempo que Clarence soltaba una carcajada.

—¡Querida, de Andrew puede decirse cualquier cosa, pero jamás que es

amable! —aseveró la anfitriona.

—¡Pues lo ha sido! —insistió, arrebolada hasta las orejas, sintiéndose cogida en falta—. Y ahora dime la verdad ¿Lo amañasteis para juntar nuestros nombres?

La mirada de Clarence mostró la evidente curiosidad que sentía.

—¿Me consideras capaz de algo así? ¡Quedamos en ser amigas, Axel! —la recriminó—. Jamás daría esa prerrogativa a Andrew. Lo que ocurre es que suele tener buena suerte. ¿No es cierto, Devon?

—Sí, muy buena suerte —admitió él, enfurruñado—. ¿Seguro que no se ha... sobrepasado?

—No más de lo que yo le consentí.

La risa volvió a brotar de la anfitriona mientras él se enfadaba.

—Es difícil sustraerse a su encanto —admitió Clarence.

Devon permaneció de pie, muy serio, pendiente de cada gesto de Axel.

—¿Ya sabes lo que quieres?

—No, Devon; pero en ello estoy —replicó, molesta por su encono—. Me trajiste aquí para eso, ¿no?

—Eso parece —admitió de mal humor.

Lady Blackmoon asistió a la conversación con los ojos entornados, percatándose del trasfondo. Y como aquel par de tontos parecía no darse cuenta, optó por intervenir.

—¿Tienes algún interés en Andrew, Axel?

—No lo sé —admitió confusa—. Me ha pedido en matrimonio y me he negado. ¡No sé cómo tratarlo! Se lo toma todo a la ligera...

Al escuchar la noticia, Devon dio un respingo, pero su amiga lo reprimió sujetando su brazo con una mirada de advertencia.

—Puede que se lo tome todo a la ligera; sin embargo, es la primera vez que piensa en una lady Ivory.

—No creo que lo diga en serio. Es solo que...

—Que se muere por meterte en su cama —bufó Devon.

—Eso dijo —admitió, avergonzada.

—¡Dios bendito! Sí que le ha dado fuerte. —El rostro de Clarence se tornó prudente—. ¡Pues tienes un problema, Axel! Si algo puede asegurarse del duque es que es perseverante.

La muchacha sintió su rostro en llamas. Le resultaba difícil lidiar con Andrew, pero poner en palabras sus intenciones se le había hecho más duro

aún. Y encima Devon parecía realmente molesto. ¿Tendría razón Perry? ¿Estaría interesado en ella?.

—¿También estuvo detrás de ti cuando conociste a Blake? —indagó para apartar sus dudas.

La obvia inclusión del vizconde en el también hizo que ambos se miraran. Y sorprendentemente, Clarence se sonrojó.

—Sí, también —asintió, sin querer mentir a Axel—. Aunque no de ese modo. De todas formas... Todos sabían que, de no ser por William, mi elegido hubiera sido Devon.

El aludido sonrió y ella le apretó una mano, turbada.

—Lo sabías, ¿verdad?

—Sabía que no podía luchar contra William —admitió él con ternura—. Ponías el alma al mirarlo.

Axel sintió una punzada de celos por la intimidad que compartían y envidió la seguridad de Clarence pese a su arrebol. Todo en aquella mujer indicaba que controlaba su vida.

—¿Nunca tuviste dudas? —quiso saber, incómoda.

—Serias, no —rebató la condesa—. Pero soñé con Devon a menudo. Me imaginé... cosas. —Apartó la mirada de su amigo, abochornada; intentando ser leal con Axel—. En el fondo de mi corazón sabía que escogería a William. Y tú, ¿has mirado en el fondo del tuyo?

Axel negó con un gesto, queriendo corresponder a la sinceridad de la condesa. Aunque se conocían de tan solo unas horas, Clarence se estaba exponiendo por ella ante Devon; porque, si bien mostraban familiaridad, quedó en evidencia que no habían confrontado sus sentimientos del pasado.

—No le concedas ninguna confianza al duque hasta que lo hayas hecho —recibió en respuesta—. Es una recomendación. De una amiga a otra amiga.

Axel se incorporó y la besó en las mejillas, con agradecimiento.

—He tenido mucha una suerte al conocerte, Clarence. —Después miró a Devon, quien se mantenía en un aparte, enfurruñado—. Debo dejaros. Andrew me espera para llevarme al lago. Disfrutad de vuestra... compañía.

El vizconde hizo ademán de decir algo, pero se contuvo. Ella lo besó al despedirse.

—Nos veremos en la cena.

El duque de Ivory paseaba por la terraza a grandes zancadas, dando muestras de impaciencia, pero cuando Axel apareció en la puerta con una chaqueta sobre el vestido verde, varios tonos más claros, y un sombrero a juego, se detuvo a contemplarla con adoración.

—Disculpo que hayas tardado una eternidad. Ha merecido la pena — confesó con galantería, besándole los nudillos.

Axel rio, divertida con sus halagos.

—Lamento decirte que tardé muy poco, pero me entretuve con Devon y Clarence en la biblioteca.

Una sonrisa juguetona bailó en los bien formados labios del duque.

—¿Jugando al ajedrez?

—¿Cómo lo sabes? —le asombró su intuición.

—No tiene misterio —rio él—. Cuando Clarence quería darle celos a Blake, solían hacerlo. Se escondían en las habitaciones de Devon para que William terminara encontrándolos —declaró con suficiencia.

La mirada de Axel se llenó de curiosidad.

—¿Y cómo estás seguro de que no... ocurrían otras cosas?

—Solo el pobre William estaba tan enfermo de celos que no veía la adoración de Clarence —aseguró, mordaz.

Caminaron hasta el lago a buen paso, aprovechando el frescor de la tarde. El sol se estaba poniendo. Y Axel quiso saber más.

—¿Nunca pensaste de ella que fuera... licenciosa?

La risa del duque resonó en el eco del campo.

—¡Me encantan las mujeres licenciosas! —bromeó—. Pero no, no lo pensé. De serlo, se hubiera acostado conmigo.

—¿Se lo pediste también?

Andrew la miro a los ojos. Aunque sus labios sonreían, las pupilas estaban serias.

—Sí, pero a ella no le ofrecí matrimonio.

Axel le correspondió con un rictus irónico. Empezaba a sentirse cómoda en el arte del flirteo.

—¡También eras más joven! Los años deben pesarte —se burló—. Y necesitarás un heredero.

—Jamás me ha preocupado ese asunto —admitió tranquilo, aunque enseguida recuperó su buen humor—. Eso sí, un hijo de ambos rompería moldes en los salones de Londres. Solo por eso, deberías pensártelo.

Axel rio, de verdad divertida.

—Andrew, ¿dime que hay una parte formal en ti!

Él la miró con cariño.

—Debe de haberla, imagino.

La llegada al embarcadero interrumpió la conversación. Un criado les ayudó a subir y entregó los remos al duque, quien a su vez le dio la chaqueta y se volvió a quedar en mangas de camisa. Resultaba tremendamente atractivo y Axel retiró la vista para no quedarse embobada. Bromeó para romper la tensión.

—¿De verdad sabes usar eso?

—¡En Oxford gané más de una regata! —informó sin dejar de comérsela con los ojos—. ¡Y a William, que ya es difícil! No temas, estás a salvo conmigo.

—¿Seguro? —no pudo menos de coquetear.

—Más segura que en ningún sitio —asintió él, provocador—. A no ser que decidamos adelantar el baño de esta noche.

Ella volvió a reír.

—¡Te advertí de que no iré!

—Y yo a ti de que siempre mantengo la esperanza.

Ella se encogió de hombros decidida a no discutir.

—Dejémoslo. Prometiste ponerme al día sobre tu familia.

—¿Estás pensando en aceptar mi propuesta?

—Tú instrúyeme y ya veremos —replicó, juguetona.

Andrew rio, satisfecho; incapaz de decidir qué le hechizaba más de aquella mujer, si su apariencia física, su carácter o su candor.

Devon les vio entrar en el recibidor, risueños. Axel traía el pelo alborotado y las manos del duque asían su cintura con familiaridad. La ayudó a quitarse la chaqueta y el sombrero y se los entregó a Betty, que aguardaba junto a la escalera.

—Llegamos tarde a la cena. No me cambiaré —avisó a la doncella antes de descubrirle—. Hola, Devon. Buenas noches.

Él no logró contener un comentario sarcástico.

—¡No son horas para regresar del lago!

—Andrew me entretuvo con viejas historias.

Parecía tan contenta que los celos le reconcomieron y una rápida mirada de

su amigo le confirmó que lo había notado. Pese a todo, lo enfrentó.

—Andrew... Confío en tu caballerosidad.

—Puedo asegurarte que Axel me obliga a mantenerla —replicó el aludido con marcada ironía.

La respuesta del vizconde murió en sus labios al aparecer la anfitriona, perfectamente engalanada.

—¿Dónde te habías metido? ¡Tenemos que hacer la entrada juntos! William está un poquito molesto conmigo. ¡Qué celoso es! —Reparó en la presencia del resto y les saludó con brevedad—. Buenas noches, Axel. Deberías peinarte para la cena. Brenda te ayudará —ordenó a una doncella que pasaba por allí—. Y tú, Andrew, anúdate bien ese pañuelo. ¡Eres un duque, por Dios! ¡Pero no os entretengáis, que todos llegamos tarde!

Sujetó el brazo de Devon y se quitaron de en medio. Axel y Andrew, a una, soltaron una carcajada. Era del todo inusual ver a Clarence nerviosa.

Durante la cena, el duque de Ivory estuvo más pendiente de su amigo que de la mujer que le acompañaba, pero este no lo notó, absorto en sus pensamientos. Tras la despedida de Axel, Clarence había iniciado un interrogatorio tenaz para el que no tuvo respuestas.

¿La amaba? ¿Cómo podía saberlo? ¡Apenas se conocían! Axel entró en su vida cuando contaba doce años y ni siquiera se relacionaron durante las breves estancias que pasó en el campo en verano o Navidad. Ella estudió con institutrices, debido a que a su tío no le agradaba vivir en Londres, pero su madre siempre mostró predilección por aquella chiquilla humilde, escondida tras los libros y amante de los animales. Cuando pasaba tiempo en la finca se ocupaba de ella y, Devon, harto del estricto trato de Eton, odió compartir el cariño materno. Después, tras la fastuosa celebración de su decimoctavo cumpleaños, durante la cual tomó posesión de su herencia como vizconde, su madre se mudó a Marion Hill y Axel pasó a convertirse en su encarnizada enemiga. Para él, ella era la causante del abandono de hogar de la condesa. No halló otra explicación. Y la odió con una intensidad que rayó en la inmadurez. Ahora entendía las razones de fondo para el comportamiento materno y se avergonzó de no haber profundizado antes de portarse como un rufián con ambas. Pero en todo caso, dejando esas consideraciones aparte, era consciente de que apenas conocía a Axel. Sabía que era estudiosa, apasionada, ingeniosa,

divertida. Y que anhelaba casarse por amor. ¿Quién era él para decidir si le convenía Andrew o no? ¡Jamás había visto a su amigo tan entregado a una seducción! ¿Y si ambos se enamoraban? El título de duquesa sería una puerta abierta para su ingreso en la farisaica sociedad londinense. Nadie ignoraba que lord Birmingham estaba soltero, con lo cual, Axel solo podía pasar por bastarda o recogida. Pero nadie se atrevería a rechazarla siendo la esposa de un duque.

Sin embargo, no podía mirarla y no desearla.

Sus ojos se cruzaron con los de Andrew y advirtió el escrutinio del duque. Supo que se había dado cuenta. Se conocían demasiado para no comprender que eran rivales.

Sonrió cansinamente y tornó su atención a Clarence, la cual ejercía de anfitriona con el resto de comensales.

—En vista de que nuestro juego termina mañana a mediodía, he decidido ofrecer algún entretenimiento extra, para que no os veáis en el apuro de cómo ocupar las horas nocturnas. Decentemente, quiero decir. —Su sonrisa burlona recorrió a todos los presentes—. Si de aquí sale algún matrimonio mal avenido, mi adorado William no me lo perdonará jamás, así que hacedme el favor de comportaros con decoro y dejad los atrevimientos para Londres. —Suspiró con teatralidad—. Como decía, habrá baile en el salón principal. Los músicos de la aldea tocarán para nosotros hasta el amanecer. Estáis todos invitados.

Con un cómico saludo, solicitó el brazo de lord Dermont y abandonó el comedor.

Axel subió a cambiarse el vestido por otro más apropiado para el baile y retocar su peinado.

Betty, encantada con la ausencia de etiqueta y la libertad de que gozaba todo el mundo, se explayó mientras la ayudaba y la puso al corriente acerca de los cotilleos de la planta inferior: que si lady Blackmoon y su esposo se pasaban días enteros sin salir de sus aposentos, que si lord Sinclair y la señora Vernot se veían a escondidas, que si lady Elizabeth estaba locamente enamorada del vizconde Dermont...

—¿Lady Elizabeth? ¿Quién es?

Betty introdujo nuevas horquillas en el alto moño que dejaba los hombros y

el cuello de Axel al descubierto y la miró a través del espejo.

—¿Lady Beth? Una dama muy guapa; bastante joven, creo. Tiene los ojos claros y el pelo rubio. No llama la atención porque es bajita y tímida, pero hay varios caballeros detrás de ella. Sin embargo, Lizzy, su doncella, asegura que llora todas las noches porque lord Dermont ni siquiera la mira y se siente muy desdichada.

Axel no supo qué decir. Imaginar a alguien enamorada de Devon no le resultó extraño, dado su atractivo. Pero ¿para llorar? ¡Nunca se había planteado llorar por un hombre! Quizá porque nunca había estado enamorada. Eso la llevó a otra pregunta: ¿*Qué era* lo que sentía cuando Devon la besaba? ¿Deseo? Las caricias del duque eran más atrevidas y ejercían un fuerte poder sobre ella, de eso no cabía duda; las piernas le flaqueaban y sentía anhelos de que no parase, pero... No eran las cosquillas de Devon. El aleteo en el estómago no lo sentía con Andrew.

Dos golpes en la puerta la obligaron a reaccionar.

—Es el duque —informó Betty, con una sonrisa de oreja a oreja después de abrir.

Antes de que tuviera tiempo de poner pegas, le había ofrecido una moneda a la doncella, indicándole que les dejara solos.

—Parece que no tendremos baño en el río.

Sonó apesadumbrado, lo que la hizo reír.

—Te dije que no iría, así que el baile te ha venido de perlas.

—Siempre me quedará la duda —insistió, acariciándole el cuello—. Te favorecerán las esmeraldas de mi familia. Harán juego con tus ojos.

—Ya tengo unas —admitió, avergonzada—. Devon me las regaló.

—Muy generoso el vizconde —masculló el duque, sin dejar de rozar su piel con los nudillos.

—Andrew... —Le apartó la mano—. Por favor.

—Necesitaré un beso —susurró, perdido en su mirada—. Al menos uno, si he de comportarme ahí abajo.

Estaban tan cerca que Axel sintió un escalofrío. Él tomó su silencio por un sí y la atrajo a su pecho, sorprendiéndola con la caricia. Esperaba algo apasionado y resultó, por contra, muy dulce.

—Me importas, Axel. Entiendo que te resulte difícil de creer porque a mí también. Pero me importas.

Ella lo estudió con detenimiento. ¿Ese era el Andrew verdadero, el que

quería conocer? ¡Le gustaba! Lo besó en los labios por iniciativa propia.

—Puede que sea recíproco —admitió en un susurro.

Andrew Perry suspiró, sin pensar en aprovechar el momento. La imagen de Devon Hunt no se le quitaba de la cabeza. Su amigo y él habían tenido intereses comunes muchas veces y ambos habían respetado el campo contrario. Pero esta vez era distinto. Él quería a Axel. Y aunque no llegaba a conocer en qué medida, a Devon le pasaba igual. Aquello había pasado a ser algo más que un juego.

—Bajemos. Los demás se estarán preguntando dónde estamos —sugirió, asiendo su cintura.

Ella se dejó llevar, subyugada por su encanto.

La banda sonó algo desafinada en los temas palaciegos, pero cuando William Blake sugirió que tocaran música de la tierra los acordes tornaron el aire más vibrante. El sonido invitó a danzar sin normas, con aleteo de faldas y brazos en alto, como demostraron Blake y su esposa con un grito de júbilo. Los invitados, animados por los anfitriones, decidieron probar.

Axel, divertida, se dejó conducir por los brazos de Andrew que demostró ser un experto bailarín. También compartió bailes con Blake, Sinclair y todo el que se atrevió a invitarla. En una pieza tranquila se encontró en los brazos de Devon.

—Te brillan los ojos —advirtió él en su oído—. Y se te alborotó el pelo... No imaginaba que pudieras seguir ese ritmo con tanta gracia.

—Ha resultado emocionante —admitió, feliz—. ¡Me está encantando Escocia!

Su alegría ensombreció el semblante masculino. Sin comentarios, Devon la aproximó a su cuerpo, pero para Axel no pasó desapercibido su cambio de humor.

—¿Estás enfadado conmigo?

Su perspicacia molestó al vizconde.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadado?

Axel se apartó para estudiar las atractivas facciones.

—Tu actitud. La distancia que marcas.

El vizconde se encogió de hombros, disgustado consigo mismo por no saber disimular.

—Pareces feliz con Perry y no he querido interferir.

Axel intuyó que mentía. ¡Empezaba a conocer las inflexiones de su voz! Se tensó y moduló las palabras despacio, para que solo él pudiera escucharla, ya que si quería hablarle al oído como había hecho él, tendría que empinarse y no pasarían desapercibidos.

—He venido a conocer gente, ¿no? Ese era tu plan.

El vizconde sintió su acusación como un puñetazo en el estómago y se rebeló, tensando la mandíbula.

—La idea era que aprendieras a desenvolverte en este ambiente, sí. No obstante, Andrew te acapara en exclusiva y tú te muestras satisfecha.

La incertidumbre se instaló en el corazón de Axel. *¿Aquello era un conato de celos? ¡Desde luego lo parecía!* Una sonrisa apareció en sus labios, dichosa de imaginar que él pudiera tener sentimientos profundos por ella.

—Me agrada —admitió—. Aunque si estamos juntos es por el juego. A partir de mañana me gustaría confraternizar con el resto. —Bajó la voz, adoptando un matiz sensual sin pretenderlo—. Y contigo. ¿Podríamos salir a cabalgar por la tarde? Me vendría bien un intercambio de opiniones.

El vizconde contuvo un suspiro de placer y la sonrisa le brotó espontánea.

—Perfecto. ¿A las cinco en las cuerdas?

—Allí estaré —prometió.

Sin pensarlo, él estampó un beso en su mejilla.

En ese preciso instante, Axel recordó la imagen de lady Elizabeth, sentada en un extremo del salón y, horrorizada, pensó que, de haberles visto, el gesto le rompería el corazón.

—Devon, ¿puedo pedirte un favor?

Él le acarició la barbilla, rendido.

—Sabes que sí.

—¿Conoces a lady Elizabeth?

La sorpresa se reflejó en los ojos castaños.

—¿La hija del conde de Almont? Claro, ¿por qué?

—Deberías... sacarla a bailar.

El gesto masculino mostró un asombro absoluto.

—Nunca lo he hecho —replicó, sin entender su interés.

—Ya lo sé. Por eso te lo pido.

El vizconde entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Qué estas tramando?

—No tengo la certeza de que sea buena idea. Pero si se tratara de mí, me gustaría guardar ese recuerdo. Si estuviera enamorada de ti —confesó, insegura del paso que daba.

—¿Beth? ¿Enamorada?

Ella sujetó su mentón, impidiéndole buscar a la joven con la mirada y él se estiró bajo su mano, como si hubiera recibido un calambre. Axel también sintió la energía del contacto y rio, turbada.

—¡No podemos tocarnos!

Devon se limitó a mirar su rostro ruborizado con tal intensidad que los nervios invadieron su estómago y tuvo que rehacerse de prisa, para no dar de qué hablar. Lo que la llevó a recordar a la jovencita enamorada.

—¿Bailarás con ella? —insistió—. Por favor.

¡No podría negarse si ella se lo rogaba de semejante modo!

—¿Te has sentido alguna vez el patito feo del baile? —se protegió tras la burla—. ¡No sé por qué eres tan compasiva!

—Ella no es fea —le recriminó, aunque no tenía una imagen nítida de la muchacha—. Y aunque lo fuera, sueña contigo. No seas cruel.

—Tal vez resulte más cruel crearle ilusiones —objetó él, en absoluto atraído por montar una pantomima.

—¿No podrías, quizá, interesarte por ella? ¡Tu corazón está libre!

Nada más decirlo se arrepintió. Los ojos castaños se enfriaron, poniendo distancia entre ambos.

—Lo esté o no, Beth no me atrae —replicó, cortante—. Lo siento.

—Devon...

La súplica en los ojos verdes atenuó su enfado.

—¡Está bien! Un baile —aceptó.

Ella correspondió con un fruncido de nariz que intentó ser cariñoso.

—Muéstrate amable. Que no sospeche que lo sabes.

—¡Axel, soy un caballero! —cortó con aspereza, más interesado en perderse en su boca que en seguir sus deseos.

Esta vez fue ella quien dio por terminado el baile con un casto beso en la mejilla.

—Nunca lo he dudado. Gracias.

Regresó a la compañía del duque. Conversaba en un corro de damas, haciéndolas reír, pero cuando la vio llegar posó una mano en su cintura con ademán posesivo. El gesto no pasó desapercibido para el resto y, aunque puso

color en sus mejillas, no se atrevió a reprenderlo.

Una vez en la pista coincidieron con el vizconde y su joven acompañante. La muchacha mostraba un semblante luminoso.

—¿Has tenido algo que ver en eso?

Axel volvió a admirarse de su perspicacia.

—¿Es que lo sabes todo?

Él acercó su rostro, complacido.

—Todo no. Cosas banales, casi siempre. Pero que Beth Swan se muere por los huesos de Dermont lo sabe todo el mundo. Menos él, como es típico.

La sonrisa de Axel se desvaneció, pensando en la joven.

—¡Dios, qué vergüenza! ¡Sois unos cotillas descarados!

Él no captó cómo la afectaba y continuó explicándose.

—Beth no disimula. Claro que es muy joven aún y su madre la azuza para que encuentre marido antes de la próxima temporada. Andan escasos de fondos.

—¡Andrew!

Axel le recriminó, visiblemente enfadada, y él comprendió que su enojo era genuino así que trató de explicarse.

—¡No hay secretos en nuestro círculo, Axel! Es de dominio público cualquier cosa, buena o mala, que nos ocurra. Si no se sabe a través de los clubes, son los criados quienes nos informan. Bastante repugnante, no lo niego, pero es así.

—¡No me gusta! No quiero formar parte de este mundo —negó, asustada.

—¡Ya lo estás! —aseguró, serio—. Desde que Devon te puso en la mira de todos, formas parte del circo.

Ella endureció el gesto, llena de rabia.

—¡Durará poco! Regresaré a Marion Hill y me olvidaré de que os he conocido.

Andrew Perry le regaló una sonrisa mientras le acariciaba el mentón.

—¿Ya no quieres ser duquesa?

—¡No bromees! —suplicó en un intento de que la tomara en serio—. ¡Lo digo de verdad!

El duque insistió.

—Yo también.

Ella dio un paso atrás, abandonando la pista.

—Voy a retirarme. Estoy cansada.

—¡No lo hagas! —El duque se preocupó, captando al fin la magnitud de su enfado—. No te atosigaré más —prometió.

Axel perdió parte de la ira, pero se mostró inflexible. Necesitaba desaparecer de la vista de aquellas personas ante las cuales, de repente, se sentía una intrusa.

—Estoy cansada, Andrew. Ha sido un día muy largo. ¡Por favor!

Él asintió, derrotado, pese a no entender por qué ella había mudado de humor a causa de un simple cotilleo. Estaba tan habituado a los salones de la Corte que no percibía maldad en la frivolidad de los de su clase.

Le ofreció el brazo y la acompañó sin incordiarla con bromas ni zalemas. Ante la puerta, únicamente le besó la mano.

—Buenas noches, Axel.

Ella respondió con un gesto y, aunque no se lo dijo, agradeció que dejara a un lado sus atenciones. De haber hecho cualquier intento de seducción lo habría aborrecido al instante.

[3] Información libre de la autora al no hallar datos al respecto.

Capítulo 4

Durmió hasta muy entrado el día porque le costó conciliar el sueño. La evocación de los comentarios sobre lady Elizabeth le dio una idea de cómo debía hallarse ella en boca del resto. No le cupo duda de que su relación con el duque estaba siendo observada con lupa y se le quitaron las ganas de relacionarse con nadie.

El recuerdo de la cita con Devon fue lo único que la impulsó a levantarse.

Agobiada por el parloteo de Betty, vistió el traje de amazona, recogió su rebelde melena en un moño bajo y acudió a los establos. No encontró a ningún invitado por el camino y suspiró de alivio al comprobar que el vizconde estaba solo.

Devon frunció el ceño, preocupado por sus ojeras.

—No tienes buena cara...

—Me costó dormir —admitió con aspereza—. ¿Nos vamos?

Devon intercambió unas palabras con el mozo de cuadra y en pocos minutos dispusieron de dos hermosas yeguas.

Axel comprobó que le había pedido una silla normal y no lateral, como las que usaban la mayoría de las mujeres, y le agradó que lo hubiera tenido en cuenta. Aunque su tía le había recriminado desde muy pequeña que cabalgara como una amazona, ella se saltaba las reglas cada mañana, nada dispuesta a abandonar el placer de cabalgar sintiendo al animal bajo sus piernas.

Con gesto firme, el vizconde la ayudó a montar. Ella, sin darle tiempo a dirigir el paseo, azuzó al caballo e inició un galope rápido, campo a través. Devon la siguió en silencio y durante un rato solo escucharon el silbido de viento sobre la superficie del lago, al que fueron rodeando.

Habían dejado lejos el castillo cuando Axel refrenó al animal y señaló unas rocas.

—¿Nos sentamos ahí?

Devon asintió, a cada minuto que pasaba más hosco por la actitud femenina, aunque le ofreció su ayuda para desmontar y la acompañó hasta el montículo.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —Sin pretenderlo, su voz llevaba implícita una severa acusación.

—No lo sé —replicó, incómoda al percibir su enojo—. ¿Y tú?, ¿quieres preguntarme algo?

—Tal vez.

—Pues hazlo.

Las miradas se enfrentaron en un duelo de voluntades. Finalmente fue él quien sucumbió.

—¿Qué ocurrió anoche? Andrew y tú desaparecisteis temprano.

El gesto de Axel pasó a ser atónito.

—¿Estás insinuando que Andrew y yo... que nosotros...?

—No insinúo —atajó, circunspecto—. Pregunto.

Los ojos verdes lo contemplaron con extrema frialdad, llenándolo de confusión.

—Dímelo tú. ¿Me crees capaz de haber pasado la noche con él?

Devon se levantó, violento. Deseaba zarandearla, carcomido por los celos, y al mismo tiempo arrastrarla hasta el suelo y devorarla a besos. La incertidumbre lo tenía loco desde la noche anterior.

—¡No lo sé! Eres demasiado inocente, Axel, pero te advertí contra él. Conozco bien las malas artes de Andrew...

Sus lágrimas detuvieron la regañina. Contempló las pálidas mejillas húmedas y la mueca de morderse los labios para no echarse a gritar y pensar que lo había provocado él le atenazó el corazón. Movido por el remordimiento, se arrodilló a su lado, aunque el rechazo verbal le dolió aún más hondo.

—¡Que otros puedan creerlo! ¡Pero tú! —gimió ella, desolada.

—Axel, ¿no lo entiendes! No es por ti. —Devon se sintió apesadumbrado—. ¡Es Andrew! Ninguna mujer se le resiste.

—Clarence, sí —recordó ella, mordaz.

—Clarence, sí —admitió, lamentando sus dudas—. Ninguna más.

—Yo también —afirmó, limpiándose las lágrimas con el dorso de los guantes—. Aunque en su honor, confieso que no lo intentó.

Sus palabras atenuaron la quemazón que tampoco le permitió pegar ojo esa

noche. Se sintió mezquino pero aliviado.

—Os fuisteis juntos —acusó, no obstante.

—Me acompañó hasta la puerta. Después no sé dónde fue —replicó, molesta.

—No regresó al baile —insistió el vizconde.

Axel se encogió de hombros. No tenía ninguna explicación que ofrecer. Devon, sin embargo, reaccionó con rabia.

—¡Maldito imbécil! ¡Debió pensar en ti! Debió suponer que daría lugar a rumores si no regresaba al salón.

—¡No le apetecería volver! —se encontró defendiéndolo sin saber por qué.

—¡Debió pensar, Axel! ¡No somos unos críos! Si la reputación de una mujer está en juego, no podemos permitirnos esa irresponsabilidad.

Ella tuvo que darle la razón. Pero recordando el rostro de Andrew al despedirse, lo disculpó de nuevo. Parecía abatido por haberla enfadado. Estaba segura de que no había actuado de mala fe.

—¡Olvidemos mi reputación! Tampoco importa. Cuando volvamos a casa no veré a esta gente nunca más.

—¿De qué hablas? —Ella esquivó su mirada, pero Devon le enmarcó el rostro entre sus fuertes manos—. Anoche querías confraternizar con todos y hoy les huyes ¿Por qué?

—¡No quiero saber nada de tu maldita sociedad! —replicó, reviviendo su furia—. Ya te dije que no iría a Londres. No me equivoqué en mis apreciaciones acerca de cómo me verían.

—Nadie ha hablado de ti. —La sorpresa de Devon fue patente—. Te lo puedo jurar.

—¿Tú qué sabes? Anoche Andrew admitió que estaba enterado de lo de lady Elizabeth. Conocía cosas de ella. ¡Incluso que su familia está arruinada! ¡Y aseguró que todos lo sabían! Si una dama está en boca de sus amigos, ¿por qué no iba a estarlo yo, que no les importo?

Devon se tranquilizó al comprender sus temores. Le cogió una mano y se la llevó a los labios, conciliador.

—Verás, Axel, si en Blackmoon todos sabemos unos de otros es porque somos amigos; o al menos muy conocidos. Tenemos negocios juntos o hemos estudiado en los mismos sitios. Lady Beth se encuentra aquí porque es prima de Clarence. Supongo que su tía se lo pediría como un favor personal al enterarse de que nos reuniríamos un grupo de jóvenes casaderos. Por

desgracia, es cierto que el conde de Almont está arruinado. Le pierde su afición al juego. Y Beth no es la única hija; debe colocar a dos más... Así están las cosas. —Se encogió de hombros, escéptico—. Que lo sepamos no quiere decir que enjuiciemos a Beth. Ella no tiene la culpa de las miserias de su padre. Y te aseguro que, si me sintiera atraído por su persona, la cortejaría pese a todo. Igual que Andrew hace contigo, aunque sepa que no eres una Birminghan de nacimiento.

—No habló en serio al proponerme matrimonio —se defendió, ruborizada.

—Me temo que sí —admitió, contrariado—. Puede permitirse acallar las habladurías. Con él serías respetada en Londres.

—¡No voy a ir a Londres! —insistió con terquedad.

—¡Irás! No puedes encerrarte en Marion Hill. Ni perpetuar tus miedos. Has comprobado que te desenvuelves a la perfección. Además, contarás con el apoyo de los Blackmoon, sin contarme a mí o al duque.

—¿Por qué ese empeño? Soy feliz en el campo, con Orson y tu madre.

—Lo eras —reflexionó él, acariciando sus muñecas sin percatarse—. De ahora en adelante añorarás tener vida social. Has conocido otro ambiente y tarde o temprano querrás recuperarlo.

—Un ambiente al que no pertenezco —le cortó, irritada.

Devon apretó su frente contra la de ella y cerró los ojos antes de confesarle en un susurro la verdad que lo atormentaba.

—Axel... Tengo que volver a Londres. Y la vida sin ti se me haría cuesta arriba.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, conmovida.

—Lo que dices no tiene sentido.

Él se encogió de hombros, arrepentido de su arrebato, y se apartó para guiñarle un ojo.

—Disfruto de tu compañía. Me he acostumbrado a consultarte de todo... Y... Me había atrevido a soñar que convenciéramos a mi madre de volver a casa.

—¡Pero si tú vives en tu propia casa! Y tu madre es feliz en Marion Hill.

—¿No notaste lo a gusto que estuvo mientras hacíamos tus compras? Estoy seguro de que, con un aliciente, querría regresar. Y es cierto que tengo mi casa, pero viviríamos muy cerca. Además, así no tendrías prisa por aceptar a Perry. Podrías conocerlo mejor.

Ella negó. Ninguna de esas alternativas le parecía suficiente para abandonar

la comodidad de su hogar y enfrentarse a un mundo desconocido en el que se sentiría permanentemente observada.

—No, Devon, lo siento. No iré a Londres.

Sin embargo, la certeza de no volver a compartir momentos con él la llenó de angustia y el llanto la desbordó de nuevo.

Devon la sostuvo contra su pecho hasta que se desahogó.

Cuando volvió a mirarlo, le brillaban los ojos, pero ensayó una sonrisa.

—¡Ya está! Fue un pronto —le besó una mejilla—. Gracias por aguantarlo.

—Me has mojado la camisa; no sé si basta para disculparte...

Buscó hacerla reír y Axel agradeció su cariño con un beso en los labios, breve pero tierno.

—¿Vale así?

—Podría mejorarse —replicó con una chispa de humor.

—¿Beso mal?

—¡No me provoques, Axel! —La intimidad había vuelto y con ella la alegría a los ojos castaños.

—No es mi intención —musitó, desconcertada—. Pero, dime, ¿beso mal?

Devon la estrechó en sus brazos y encajó su boca en la que lo excitaba, necesitando apagar la necesidad que ella creaba en sus terminaciones nerviosas, loco por desfogar la pasión que le inspiraba.

Axel se ciñó a él y convirtieron el beso en una caricia interminable.

Cuando Devon logró apartarse le silbaba la respiración, pero sonrió con una mueca para romper la intimidad que se había creado entre ellos, sin saber cómo tomaría Axel el asalto.

—¿Cosquillas de nuevo?

Ella asintió, consternada. Pese a la vergüenza, necesitaba que Devon volviera a estrecharla en sus brazos y siguiera tocándola, que le hiciera no sabía qué para quitarle la desazón que ponía hormigas en su piel.

—¿También las notas con Andrew? —se obligó a preguntar él.

—No del mismo modo.

La respuesta lo anonadó. Sentía tantos celos que no estaba seguro de querer saber. Pero insistió.

—¿Te ha besado así?

Axel le sostuvo la mirada.

—Sí, y de otros modos.

Un rugido apagado murió en sus labios mientras apretaba los puños para no

golpear las piedras.

—¿De qué otro modo?

—Con suavidad. Tú siempre me besas... apasionado. Bueno, la otra noche, no; pero casi siempre.

Él la atrajo de nuevo y la sentó en su regazo. Sus ojos se habían tornado del color del whisky, aclarados por el deseo. Comenzó a acariciarla despacio, a besos lentos por todo el rostro.

—¿Así?

Axel asintió, aferrando sus solapas. Las manos se le iban a los fuertes brazos, a su espalda... Pero la sensación de urgencia no la abandonaba.

—Devon... —gimió.

—¿Qué? —le mordió el lóbulo de una oreja y lo chupó después, sintiéndola arquearse en sus brazos.

—¡No sé! ¡Más!

Él se detuvo a mirarla con la respiración agitada. Las pupilas verdes lo contemplaban, dilatadas, y la piel ardía donde posaba sus dedos. Tenerla a su merced le hizo vibrar de júbilo... aunque al mismo tiempo supo que debía pararlo.

—¡No es buena idea!

Ella, ajena a razones, adosó sus curvas al pecho ancho y fuerte y le buscó la boca, obcecada. La necesidad de saciar el calor de su cuerpo era superior a su raciocinio. Y confiaba en Devon.

Él, maldiciéndose en silencio por no tener la fortaleza de apartarla, profundizó el beso y dejó que sus manos se deslizaran bajo la ropa. Apartó la chaquetilla y desabrochó los botones de la camisa con los dientes, acariciando con su lengua la piel expuesta.

Axel permitió que le besara los pechos, que mordisqueara sus pezones, mientras los largos dedos arremolinaban la falda en su cintura y buscaban bajo su ropa interior el lugar exacto donde palpitaba su ansiedad.

Escuchar sus jadeos colmó de alegría a Devon, pero lo excitó de tal modo que temió por sí mismo ante la necesidad de reprimir su lujuria. Sentía tanto daño en su miembro comprimido por los pantalones que, en un mal pensamiento, creyó que se quedaría eunuco. Sin embargo, se olvidó de su placer y continuó trazando caricias hasta que Axel se tensó y se liberó en su mano, con un grito de asombro. Cuando la apartó de su pecho, ambos jadeaban, acalorados.

—¡Dios mío! —la exclamación de Axel salió espontánea, por la experiencia vivida y por la palpable necesidad que sentía bajo sus nalgas.

—¿Estás bien? —la voz de Devon sonó ronca. Tuvo que hacer uso de todo su control para no continuar lo que habían empezado.

—Sí, creo que sí —musitó insegura—. Pero ¿tú...?

—Se pasará.

—Eso... —Miró el bulto pronunciado bajo los pantalones—. ¿Lo he provocado yo?

Devon rio, entre divertido y doliente.

—Más bien.

—Lo siento.

Devon recuperó el tacto de su rostro, enmarcándolo entre sus dedos que olían a ella. Estaba tan arrebolado que le recordó a una cría cogida en falta, lo que le hizo reír con ternura.

—Yo no. Has tenido tu primer orgasmo.

Los ojos verdes brillaron de entusiasmo.

—¿Se llama así? ¡Pues ha sido maravilloso!

Devon la besó con dulzura, marcado por su inocencia.

—Gracias. Es un elogio para mí, por si no lo sabes.

Ella lo contempló, pensativa. Después le acarició el mentón y lo besó también.

—He tenido contigo mi primer beso y mi primer... ¿orgasmo, dijiste? ¡Eres mejor que una institutriz!

El comentario le arrancó una carcajada. Su cuerpo había asimilado que ya no habría más juegos y recuperaba la normalidad, así que se atrevió a levantarse y dejarla en el suelo.

—Necesito respirar un poco.

Axel tragó saliva. Aún sentía los miembros lasos.

—Devon... Gracias.

—¡Te aseguro que para mí también ha sido un placer! —aseguró, con la euforia palpitando en su sangre—. Pero me temo que deberíamos irnos. Va a caer la noche y no estoy seguro de reconocer el camino de vuelta.

Ella asintió, confortada por su naturalidad.

Después de ayudarla a montar, Devon le colocó los mechones tras las orejas y depositó un cálido beso en sus labios.

—Esto queda entre nosotros, Axel; no temas.

—Ya lo sé —sonrió, traviesa—. Eres un caballero.
El vizconde Dermont rio, encantado con su sentido del humor.

Durante la cena, Axel ocupó un asiento cercano a la condesa Blackmoon. Al duque de Ivory lo posicionaron enfrente y a Devon a su lado. Cuando miró a la anfitriona, con una muda interrogación, esta le guiñó un ojo.

—Mañana quisiera disfrutar de un rato a solas contigo. ¿Sería posible?
—Será un honor —aceptó, intuyendo una segunda intención en sus palabras.
—Desayunaremos en mis aposentos, entonces. ¿A las ocho?
—Allí estaré —prometió con una sonrisa.

La cena prosiguió en un ambiente distendido. Axel y Devon se limitaron a picotear la comida, respondiendo únicamente cuando les interpelaban. El resto parecía más necesitado de recuperarse de los excesos de la noche anterior que de alboroto. La muestra fue que se retiraron en tropel cuando terminaron los postres.

El duque apartó la silla de Axel y le solicitó un paseo por el jardín. Al percibir un conato de duda, la presionó con un ferviente: «¡Por favor! Solo será un paseo».

Lo había notado callado durante la cena y, por una vez, Axel no encontró indicios de seducción en su actitud, así que, sin mirar a Devon para no averiguar cómo se lo tomaba, accedió. Pidió una capa ligera a su doncella y lo acompañó al fresco de la noche.

Andrew caminó a su lado en silencio, consiguiendo que Axel se relajara acerca de sus intenciones y disfrutara del aroma silvestre, del viento que llegaba del lago y del paisaje nocturno, iluminado por una inmensa luna llena.

—Siento como si nos conociéramos desde siempre —susurró un rato después, sin detener los pasos.

—No puedo verlo de ese modo. Apenas sé nada de ti —objetó, tratando de ser honesta.

—¿No bastó lo que te conté en el lago? —Aunque parecía una broma, sus ojos refulgían serios.

Axel se detuvo, asiéndole las manos. Le resultaba desconcertante atisbar una parte sombría en el duque.

—¿Qué ocurre, Andrew?

Él miró sus manos unidas, y a Axel le pareció escuchar un suspiro antes de

que tomara de nuevo la palabra.

—No lo sé —confesó, abatido—. Esta tarde tuve una larga charla con Clarence.

Axel frunció el ceño, notando que el desasosiego crecía en su pecho.

—¿Tiene que ver con nuestra cita de mañana?

Andrew respondió con un gesto típico, encogiendo sus soberbios hombros bajo la chaqueta.

—Quizá —admitió. En sus labios se perfiló una mueca indescriptible.

Ella no supo qué responder. Separó su mano de las del duque y caminó unos pasos. Él la siguió, dubitativo.

—¿Puedes contarme de qué hablasteis? —se atrevió a preguntar Axel.

El duque respondió con sinceridad. A ella le dejó atónita el hecho de que actuara sin prejuicios, con la confianza de saberse un par del Reino al que era difícil negarle nada. Y que podía hablar, por tanto, con la libertad que le daba su posición.

—Le confesé mis sentimientos; la terrible sensación de no saber cómo controlar la necesidad que has despertado en mí. —A sus ojos asomó un rictus de amargura—. Jamás una mujer me ha quitado el sueño o el apetito, y sin embargo tú me has descolocado. No tengo la menor idea de si es amor o simple deseo, pero es un hecho que mi cuerpo te reclama con una intensidad que me asusta. —Tras un breve silencio concluyó con una observación—. Clarence se quedó muy sorprendida, pero no creo que confíe en mí.

Axel respiró hondo antes de replicar, porque para ella era inexplicable que un hombre se le declarase en medio de una conversación a la que, sin embargo, no parecía conceder mayor importancia. Decidió destacar solo la última parte de su parrafada.

—Estás siendo injusto. La condesa es tu amiga y confía en ti.

La mirada que Andrew le devolvió fue dura, aunque sus palabras no lo reflejaron porque adoptó un tono frívolo.

—Clarence solo confía en William y en Devon. De mí solo piensa que soy una cabeza vana. Cosa que, por otro lado, es bastante cierta.

—¿Por qué te empeñas en menospreciarte? —le indignaba que lo hiciera y lo asió de los codos con vehemencia, retomando el contacto—. ¡Eres buena persona! Finges ser un libertino, hacer como que nada te importa, pero tienes un fondo excelente.

El duque sonrió, con la típica expresión irónica que, de seguro, conocían

todas sus amantes de Londres.

—¡Qué cándida resultas, Axel! ¡Imagino que por eso me tienes trastornado! Esa dulzura tuya, esa forma inocente de ver las cosas... ¡Después de tanta ponzoña palaciega resultas un soplo de aire vigorizante!

Ella pensó que parecía estar diciéndoselo a sí mismo y se quedó sin palabras. No podía desmentir su opinión. Sabía que era ingenua, que no estaba hecha para moverse en aquel mundo, pero sí tenía intuición con las personas. Y creía firmemente en que tanto Devon como Andrew mantenían en Londres una fachada que no se correspondía con su verdadero carácter.

Mientras ella cavilaba, la pasión volvió a asomar a los iris azules, aunque sus manos no la tocaron, temeroso de que pudiera rechazarlo.

—No te asusté anoche, ¿verdad? No es cierto que vayas a desaparecer... ¡Te buscaría bajo las piedras si lo hicieras! —prometió, solemne—. Acudiré a Marion Hill y me hospedaré allí hasta que te aburras de aguantarme o lord Birmingham te eche de casa para perderme de vista. ¡Haré lo que sea! Pero no te dejaré ir.

Axel, apabullada por el absurdo arrebató, se obligó a mantener la calma.

—No voy a casarme contigo, Andrew —afirmó, tajante—. No sé si me tomas el pelo o tu propuesta es seria, pero no lo haré. Me casaré enamorada. Y no lo estoy.

El silencio duró muy poco porque él replicó, convencido.

—Puedo esperar. Tengo suerte y soy persuasivo, ya lo sabes.

Axel suspiró, incapaz de añadir argumentos. Por un lado, le fascinaba ejercer semejante poder sobre el duque, un hombre con capacidad de elegir a quien quisiera, por su título y su aspecto; pero por otro, su corazón le recordaba que no había *cosquillas* con él.

—Como prefieras, no tengo potestad para impedirte que lo hagas, pero he sido sincera —arguyó—. ¿Volvemos?

Andrew la contempló al tiempo que asentía. Necesitaba comprender por qué sus sentimientos estaban trastocados, por qué deseaba a aquella mujer con tanto anhelo que lo demás resultaba superfluo. Axel era bonita; la mujer más bonita de la reunión, incluyendo a Clarence, pero él había disfrutado de mujeres exóticas y preciosas... y no había sentido aquella atracción. Le descorazonaba sentirse vulnerable.

La acompañó en silencio. Cuando llegaron frente a su alcoba, se limitó a acariciarle una mejilla.

—Buenas noches, Axel. Felices sueños.
Ella esbozó una sonrisa limpia que lo cautivó.
—Gracias, Andrew. Te deseo lo mismo.

Horas después, sin conciliar el sueño por culpa del recuerdo ardiente de la tarde pasada con Devon y de la conversación con Andrew, lanzó un suspiro resignado y ocultó su camisón bajo una capa para bajar a la biblioteca. El único remedio que aliviaba su insomnio solía ser un buen libro.

Sin embargo, mientras bajaba por la escalera, los compases del piano en la sala de música recondujeron sus pasos.

Para su sorpresa, era Devon quien ejecutaba una hermosa pieza.

—Ignoraba que supieras tocar.

Su murmullo resonó en la sala desierta. Era un lugar construido para el eco, sin apenas muebles y con altos techos.

Él levanto la mirada del teclado, con una mezcla de asombro y deleite.

—¿Qué haces levantada? Debe de ser muy tarde.

Axel asintió, sin desviar sus ojos de él mientras el recuerdo de ambos en el campo ruborizaba sus mejillas.

—No podía dormir —admitió.

Devon se hizo a un lado en la banqueta.

—Acompáñame, entonces.

Ella aceptó la invitación y sus rodillas se tocaron, pero el vizconde tenía, pese a su calidez, un aire ausente.

—Suenas muy bien —opinó con cariño, tomando nota de la tristeza de sus facciones.

La sonrisa de Devon fue como un aleteo de puro cálida.

—Gracias. Me ayuda cuando estoy melancólico.

—¿Por qué te sientes así? —Frunció el ceño, desconcertada—. También Andrew lo estaba.

—Será una epidemia —replicó, volviendo a tocar.

Axel le interpeló de nuevo, curiosa.

—¿Qué es? No lo había escuchado nunca.

—¿Te gusta? —Devon acariciaba las teclas sin mirarla, consciente de su cercanía.

—Mucho.

—La compuse hace tiempo. La titulé *Nostalgia* y se la dediqué a mi madre.
—Bajó más la voz—. Aunque ella no lo sabe.

—¡Devon! —Entristecida, apretó su brazo, interrumpiendo la melodía.

Él giró el cuerpo para mirarla.

—Fue una mala época —musitó—. Ya está superada.

Devon le acarició los pómulos y ella retuvo el ansia de llorar que la atenazó.

—Tú no tuviste la culpa —afirmó, convencido.

—Ya lo sé. Pero me odiaste.

Sus brazos la cercaron, encerrándola en su pecho.

—No te conocía —susurró, besándole el cabello. Lo llevaba suelto y enredó los dedos en sus mechones, dominándose para no dejarse llevar—. ¿Qué es lo que te quita el sueño?

—El duque. Sigue empeñado en conquistarme —confesó, callando que también él perturbaba sus pensamientos.

Devon controló la rigidez de su cuerpo. Detestaba contemplar a su amigo como un rival y, pese a todo, no podía evitarlo.

—¿Y tú qué deseas? —necesitó saberlo, aunque le mortificara.

—No lo sé. —El temblor de su voz inundó al vizconde de ternura—. No soy Clarence.

—¡Ni falta que te hace! —le alzó la barbilla y admiró sus ojos verdes, transparentes—. Tú eres tú. No quiero que cambies.

Axel clavó su mirada en él, intentando descifrar sus sentimientos... No obstante, sus palabras fueron otras.

—¿Por qué me siento tan perdida?

La fuerte mandíbula se cuadró en un gesto duro.

—¿Andrew te importa?

Ella asintió, incapaz de mentir.

—¿No crees que quiera burlarse de mí?

«¿Quién mejor que él podría saberlo?», se preguntó.

—No, Axel. Creo que está confuso —«como yo»—. Nunca se había interesado de ese modo por una mujer —«yo tampoco»—, y está asustado —«yo también».

Ella se mordió los labios, sin captar el fondo de lo que él le explicaba.

—Entiendo —mintió—. ¿Podrías seguir tocando? Es relajante.

Devon asintió. Notaba el cuerpo de ella en su costado, su mejilla contra su

hombro... Con tan solo girarse podría besarla, pero no lo hizo. Lo último que deseaba era confundirla más. Le otorgaría libertad, y si Andrew era a quien ella escogía, aprendería a soportarlo.

Cuando un rato más tarde sintió su aliento en el cuello comprendió que se había dormido. La tomó en sus brazos con delicadeza y la devolvió a su alcoba. Le quitó la bata, disfrutó del espectáculo de sus formas envueltas en un sofisticado camisón que él le había comprado, y la metió en la cama.

La besó con ternura, deseándole buenas noches. Y ella le respondió, inconsciente bajo las sábanas.

Betty la despertó a la mañana siguiente con tiempo suficiente para arreglarse, aunque no dejó de reprocharle su aspecto cansado. Le retiró el cabello en un moño trenzado que estiraba sus facciones y le pellizó las mejillas para darle color. También supo elegir el vestido apropiado, uno de tonalidad verdemar que le sentaba como un guante. Cuando ambas se miraron en el espejo, asintieron complacidas.

—Ya puede presentarse ante el mundo sin que mi trabajo sea cuestionado — bromeó la doncella.

—Gracias, Betty. No sé qué haría sin ti.

La muchacha se ruborizó de placer antes de abrirle la puerta.

—La acompañaré. Brenda me mostró anoche el camino.

Atravesaron corredores que dejaban atrás el ala de invitados y pasaron a una zona elegante y muy cálida, con enormes ventanales que daban al bosque. Pese a que la temperatura era agradable, quedaban rescoldos en la chimenea de la sala de encuentro.

Clarence, al percibir la sorpresa en el rostro de su invitada, se sonrojó.

—Buenos días, Axel. Disculpa que te reciba sin haberme acicalado. — Llevaba una bata de encaje sobre el camisón y el cabello rubio suelto—. William y yo... Bueno... Anoche nos entretuvimos hasta muy tarde.

Axel rio con espontaneidad, divertida por el rubor de la anfitriona.

—¡Estás en tu casa! No me des explicaciones, por favor. Solo me sorprendió lo del fuego. Está haciendo un calor increíble este verano.

Clarence solicitó a la doncella que dejara la bandeja sobre la mesa y después se marchara.

—Nos serviremos nosotras, si te parece —decidió mientras engullía un

rollito de carne con deleite—. Quisimos estrenar una alfombra turca que nos regaló Michael y como soy tan friolera, William encendió la chimenea — confesó con una leve turbación.

Axel volvió a reír. No sabía si entraba dentro de lo correcto sonsacar información a una dama, pero era novedoso ver aturullada a la condesa.

—Resulta encantador y me llena de envidia lo que sentís el uno por el otro —admitió.

—Entiendo que no es habitual. Pero siendo una cría decidí que me casaría enamorada o no lo haría —reveló, sirviendo té para ambas—. Influencias de mis lecturas románticas, supongo.

La sonrisa de Axel se ensanchó.

—Yo aspiro a lo mismo.

—Devon me lo contó. Y también que los aristócratas no te son simpáticos por culpa de su padre.

Terminó el pastel y engulló un panecillo con miel, asombrando a Axel, que apenas desayunaba.

—Es de mala educación preguntarlo, pero... —se atrevió, no obstante—. ¿Dónde echas lo que comes? ¡Tu cuerpo es perfecto, aunque parece tener un apetito insaciable!

La carcajada de Clarence resonó, espontánea. Bebió un trago antes de responder.

—A William también le admira. Supongo que soy así, simplemente. De todas formas, después de... estar con él, suelo sentirme hambrienta. Consume toda mi energía.

Axel rio, contenta de compartir confidencias tan íntimas. Eran cuestiones que no se habría atrevido a plantearle a su tía, y ahora que percibía sensaciones ambiguas, agradecía contar con una amiga.

—Clarence... Disculpa mi curiosidad, pero no tengo a quien recurrir. — Esperó al beneplácito de la condesa para continuar—. Cuando estás con William, ¿qué sientes?

—¡Pasión! —admitió Clarence, enardecida—. Una pasión arrebatadora. ¡A todas horas! Lo amo con locura.

Hubo un destello de envidia en los ojos verdes.

—¿Y antes de casarte con él cómo era?

—Mis piernas temblaban cuando lo veía llegar; me daban sofocos, me aturullaba. Y si no estábamos juntos, no paraba de pensar en él.

Axel se mordió los labios, contagiada por el apasionamiento de su cómplice.

—Sin embargo, te gustaba Devon.

—¡Muchísimo! —asintió sin perder el buen humor—. ¡Pero no podía quedarme con los dos! Y mi corazón sabía que era William. Su rostro se me aparecía en sueños. Podía imaginarme estando con ambos, pero mi subconsciente escogía al conde.

—Comprendo.

Clarence se limpió los dedos antes de apretar la mano de la joven, mostrándole su simpatía.

—Posiblemente no fuera tan fácil entonces. Ahora lo veo con distancia y es más fácil hablar así. Pero me alegro mucho de la decisión que tomé porque sé que Blake es el hombre de mi vida.

—¡Ojalá yo también sepa elegir si me llega el momento! —suspiró desalentada.

—Sabrás. Confío en tu sensatez.

—Gracias. —Sirvió más té para las dos y adoptó una actitud nueva, provocadora—. Cambiando de asunto, cuéntame, ¿hay algún motivo oculto para este desayuno privado?

Clarence no se dejó impresionar y rio con la mirada brillante de burla.

—¡Por supuesto que sí! Por un lado, tenemos a Perry, con su destartalado corazón; y por otro... Quería que me hablaras de lady Valmont.

—¿De tía Elena? —la sorpresa fue genuina—. Sí, claro, lo que quieras; pero... ¿Por qué te interesa?

Clarence se arrellanó en el sillón, abandonando la comida. Su mirada azul se había tornado seria.

—Sabes cuánto aprecio a Devon. Si algún día tuviera que recurrir a un hombre que no fuera William, solo confiaría en él. Con esto quiero que entiendas cuán sólido es nuestro lazo. Conozco cada detalle de su vida y por eso sé que su madre lo hizo infeliz. ¡Nunca he comprendido el comportamiento de esa mujer! Yo pensaba que era cruel y fría; y sin embargo tú pareces adorarla.

Axel entendió la actitud de Clarence, pero se lanzó a defender a Elena con la certeza que le daba el conocerla tan bien.

—¡Es que tía Elena es adorable! ¡Ni de lejos tiene que ver con la mujer que imaginas! Es una dama cariñosa y considerada que se hace querer por todos

los que la tratan. Los criados de Marion Hill acuden a ella con sus cuitas porque siempre les atiende. En cuanto a mí, me trata como a una hija. ¿No voy a quererla?

—Pero abandonó a Devon... —objetó Clarence, permaneciendo a la defensiva.

—¡Él acababa de cumplir dieciocho años! ¡Recapacita, Clarence! —Axel bajó el tono de su exaltación, dispuesta a pagar la sinceridad de Clarence con la misma moneda—. Devon me confesó hace unos días que vivió ese momento como un abandono, pero luego lo entendió, cuando le hice saber el martirio en el que había vivido su madre. ¿Te imaginas enamorada de William, conviviendo con él y que no te mirase? ¿Que estuviera con otras? ¿Cómo te sentirías? ¿Podrías soportarlo? ¡Pues ella lo hizo! Por Devon. Esperó a que estuviera situado, en su propia casa, para dejar la ciudad. ¿Crees, en conciencia, que se la puede tildar de egoísta? Yo sé que tía Elena ama a su hijo con toda el alma. Sin ninguna duda.

Clarence guardó silencio. Se tenía por una mujer justa y esa versión de la historia lo cambiaba todo.

—No podría sopórtalo... —admitió.

—¿Qué...? —Axel no la entendió, encendida aún por su alegato.

—¡No podría soportar saber a William con otra mujer! ¡No podría soportar que no me amara a mí!

Axel le acarició una mano, impulsada por el afecto.

—No tienes de qué preocuparte. Los dos os casasteis enamorados. El matrimonio de los condes fue concertado —explicó, fatalista—. Tía Elena quedó prendada de él nada más conocerlo, pero el conde nunca le devolvió el interés. Ni antes ni durante el matrimonio.

—¿Por qué se casaron, entonces?

—Ella tenía diecisiete años. ¿Cómo iba a imaginar que las cosas serían de ese modo? Tenía confianza en sus sentimientos. Pero el conde no le dio ninguna oportunidad. Al menos, eso me dijo.

Clarence se mostró impresionada.

—Entonces, le odiará.

Axel negó, sin ocultar su tristeza.

—Demuestra amargura cuando se ven; pude comprobarlo recientemente. Sin embargo, sigue enamorada del joven con quien la casaron. Imagino que se trata de una quimera, pero sus ojos se nublan al hablar del conde. Además, gracias

a él tiene a Devon. Me contó que el día más feliz de su vida fue cuando nació su hijo. Devon se convirtió en su razón de vivir, se volcó en él. —Durante unos instantes se detuvo a recapacitar—. Quizá esa dedicación le llevó a añorarla tanto después. Puede que eso no lo hiciera bien, debo concedértelo.

—Yo no soy quién para juzgarla —se disculpó Clarence, contrita—. Perdona que antes fuera tan dura.

Axel se encogió de hombros, sin disimular la melancolía que aquel tema le causaba.

—Lo entiendo. Simplemente conociste una parte de la versión.

La mirada azul resplandeció de curiosidad.

—¿Sería curioso conocer también la del conde!

—Sí, lo sería —concedió Axel—. La última vez que nos vimos me pareció un caballero agradable. Quizá esté arrepentido.

—¿Quieres que lo investiguemos este otoño? ¡La vida en la ciudad es tan aburrida que supondría un aliciente!

El rostro de Axel pasó de la tristeza a la turbación.

—No voy a vivir en Londres —confesó, quedo.

—¿Cómo? —Clarence casi saltó de su asiento—. ¿Pretendes seguir encerrada en el campo? ¡Tienes edad para hacer mil cosas!

Axel se negó a continuar ese tema. Aún no lo había meditado con suficiente objetividad y jamás tomaba decisiones a la ligera.

—Lo discutiremos más tarde, por favor. Debo pensar en ello.

Clarence frunció el ceño, intentando mostrarse respetuosa; pero lo hizo a regañadientes.

—Como gustes. De todos modos, nos toca el siguiente asunto: el duque de Ivory, Andrew para nosotras.

Axel sintió que sus mejillas se tornaban de arrebol, temerosa de que su franqueza le llevase a admitir detalles de la intimidad que había compartido con el duque.

—No sé qué podemos tratar sobre él.

La mueca de los sensuales labios de Clarence resultó suficiente. Dejaba a las claras que lo consideraba un loco.

—Lo asustado que está. Te conoce de dos días y piensa en casarse.

—Insisto en que no habla en serio —replicó con nerviosismo.

—¿Tendrías que haberlo visto ayer! —replicó Clarence, absorta—. Se retorció las manos, sudaba... Tu rechazo lo lleva por la calle de la amargura.

Los ojos verdes se abrieron con asombro.

—¡Pero si yo no lo he rechazado!

—¡A nadie le había pedido que fuera su duquesa! En los años que nos conocemos ha tenido amantes a cientos, unas en secreto y otras con su descaro habitual, pero *jamás* —enfaticó Clarence—, *jamás* pidió en matrimonio a nadie.

—Ni creo que a mí me lo dijera en serio —se defendió Axel—. Además, no estoy enamorada de él. Tendría que darme la oportunidad de tratarlo antes, al menos.

—Lo hablamos. Le da pavor que después de ese tiempo le digas que no.

Axel no supo qué replicar. Pero optó por seguir sincerándose. Al menos, Clarence sabía lo que era sentir pasión por un hombre. ¡Algún consejo podría darle!

—¡Es tan atractivo que quita el aliento! Nada más bajar del carruaje, percibí su mirada y me sentí hechizada —admitió—. Me atrae, pero... No sé si es el hombre de mi vida, como tú sabes que lo es William. ¿Me entiendes?

—Perfectamente. De todos modos, ¿existe otro por quien puedas sentir algo parecido?

Axel no podía hablarle de Devon. Ambos compartían un alto grado de intimidad y le dio vergüenza confesar sus dudas. ¿Y si Clarence intervenía y, de algún modo, influía sobre él? La posibilidad de que Devon acudiera a ella porque se sintiera obligado creaba una sensación de rechazo en sus entrañas. Si la seducía quería que lo deseara realmente. Por eso mintió.

—Supongo que no.

—¿Supones?

—No, no lo hay.

Clarence no quiso presionarla. Si Axel no quería asumir la verdad, sus motivos tendría.

—Entonces, dale una oportunidad.

Recordó las palabras de Devon. Todo el mundo parecía tener claro lo que debía hacer, así que se dejó llevar.

—De acuerdo, se la daré. Pero hazme un favor, no deseo pasar tanto tiempo con él; intervén cuando me veas agobiada. Necesito reflexionar.

Clarence asintió, comprensiva.

—Estaré atenta. Cuenta conmigo.

Axel la besó en las mejillas en un gesto espontáneo.

—Gracias. Precisaba de una amiga.

—Te garantizo que la tienes —aseguró. Después se apartó con una sonrisa pícar—. Ahora permite que vaya a acicalarme. Si mi marido me encuentra de esta guisa puede que no salgamos a atender a los invitados hasta pasada la media tarde.

Correspondió riendo, con una mirada soñadora. ¡Anhelaba un matrimonio como el de los condes! ¡No se conformaría con menos!

Esa misma mañana, Andrew buscó a Devon en la biblioteca. Sabía que lo hallaría con William, tratando asuntos económicos. Ambos se habían asociado en la compra de una antigua factoría a la que querían convertir en una moderna fábrica de producción textil y siempre que sacaban un momento libre revisaban sus negocios. Le habían propuesto formar parte de la sociedad y estaba tentado de aceptar, pero no era ese el motivo que lo llevó a buscar a su viejo amigo.

Le inquietaba su obsesión por Axel Birmingham y, desde lo más profundo de su ser, intuía que Devon Hunt tampoco era ajeno a ese tipo de sentimientos. Necesitaba confirmarlo. Aunque ella le importaba mucho, necesitaba saber a qué atenerse para no perder la amistad de uno de los hombres con los que había compartido los mejores momentos de su vida.

Cuando la puerta se abrió tras dos secas llamadas, Hunt leyó las intenciones de Perry en sus atormentados ojos. Se conocían bien.

Igual pasó con Blake, quien suspiró hondo mientras apagaba el cigarro con ademán resignado.

—Creo que sobro. Seguiremos en otro momento.

Hunt asintió, más nervioso de lo que le hubiera gustado.

—Servíos una copa. No hay nada que un brandy escocés no pueda limar —masculló Blake sin pizca de ironía antes de cerrar la madera tras de sí.

—¿Nos hace falta una copa? —preguntó Andrew, tanteando la escena.

Devon suspiró antes de negar.

—Ambos sabemos lo que quieres tratar. Dejemos los rodeos y las copas. Es algo temprano para calentarnos la sangre.

Andrew tomó asiento sobre una butaca con gesto abatido.

—No sé si la quiero —confesó en un susurro.

El vizconde le sostuvo la mirada, identificándose con el ánimo de su amigo.

—Tampoco yo —confirmó.

La mirada azul tanteó la de su compañero de fatigas, deseando encontrar una pista que le permitiera no sentirse un miserable por competir con él, pero el rostro de Devon era inescrutable; solo sus puños apretados daban a entender su malestar. Andrew suspiró, apesadumbrado.

—La deseo con locura, Devon; de un modo irracional.

Las pupilas castañas se achicaron, y las manos siguieron más rígidas, si cabe, pero el vizconde mostró una voz neutra cuando admitió:

—También yo.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Tuvo que ser Hunt quien lo rompiera porque Perry parecía destrozado.

—No creo que nosotros importemos, Andrew —terminó reconociendo—. La decisión es solo suya. Quiere amor.

Un asomo de ironía marcó las facciones del duque.

—¿No es lo que quieren todas?

—¡No seas cínico! Sabes que no —rebató el vizconde—. Algunas quieren dinero; otras, poder... Pero Axel solo quiere amor. Ni tu título ni el mío le importan.

Perry asintió, escondiendo el rostro entre las manos, incrédulo de sentirse vulnerable.

—Supongo que eso la hace diferente. ¿Cómo pudiste tenerla cerca tanto tiempo y estar tan ciego?

La recriminación ya se la había hecho él muchas veces, así que se encogió de hombros. Ya no tenía remedio.

—Me dijo que le gustas —confesó a su indeseado rival—. Y yo la animé para que te conociera. Si te crees capaz, hazla feliz. —Surgió un destello salvaje en sus ojos—. Pero si juegas con ella o le haces daño, te juro por lo más sagrado que te mataré.

El duque lo miró, aturdido.

—¿Me estás dejando el campo libre?

Devon negó, con un gesto frío que nunca antes le había visto.

—Se lo estoy dejando a ella. Si la enamoras, nada podrá impedir que esté contigo. Es tan decidida y sincera que no sabrá callárselo. Pero si no te ama... Te quitarás de en medio.

Andrew Perry jadeó, atónito, vislumbrando el alcance de los sentimientos de su amigo.

—¡Estás loco por ella! —resolló—. ¡Estás tan loco por ella como yo, realmente! —Se mesó el pelo con desesperación—. ¿Cómo ha podido pasarnos esto? ¡Precisamente tú! ¡Si eres un hermano para mí, Devon!

A su amigo se le humedecieron los ojos, sintiendo lo mismo.

—Ni siquiera Axel debería romper eso, Andrew.

Es un arrebató, los dos se abrazaron. Y esta vez la decisión la tomó el duque.

—Juguemos limpio, Devon. Que sea ella quien decida.

Hunt asintió, asombrado de cómo les había cambiado la vida. Meses atrás eran los galanes más solicitados de Inglaterra, y en apenas una semana una sencilla muchacha les había convertido en dos marionetas zarandeadas por los sentimientos.

Tal vez fuera justicia divina por los muchos corazones que habían dejado rotos a su paso... O una ironía del diablo que jugaba con ellos a complicarles la existencia. El tiempo lo diría.

Capítulo 5

Durante dos días Axel no se concedió un respiro: cabalgó por los parajes agrestes de Blackmoon, paseó en bote por el lago y visitó las pequeñas aldeas, realizando compras para Orson y Elena. Aunque en ningún momento el duque se despegó de su lado, no la atosigó y pudo relacionarse con todo el grupo. Trabajó especial amistad con lady Elizabeth, con lo cual, obtuvo el incondicional cariño de Clarence, que adoraba a su desvalida prima. La muchacha la tomó como modelo y ella disfrutó mostrándole cuán simples eran sus conocimientos en realidad, reforzando la confianza en sí misma de la chiquilla.

Devon Hunt frunció el ceño ante aquella amistad repentina, apartándose voluntariamente de las mujeres para no dar pie a ilusiones innecesarias. Por otro lado, le conmovió comprobar que Axel fuera capaz de apartar la atención de su persona para dar protagonismo a otra mujer. Resultaba tan inusual en su ambiente que temió por Axel. Si nada lo impedía, la despedazarían en Londres.

Llegó la gran noche de la celebración del trigésimo cumpleaños de William Blake. Durante el día no habían cesado de llegar invitados de todo el país, así como multitud de regalos. La mansión resplandecía con velas y flores, las mesas rebosaban de delicadas viandas y los músicos tocaban en los amplios salones.

Antes de la cena, una representación de los vasallos del conde rindió homenaje al señor de las tierras y lord Blackmoon les recompensó con un discurso en gaélico que poco de los presentes fue capaz de seguir.

Axel, deslumbrada por el alarde de magnificencia, disfrutó de la ceremonia

con la mirada atenta y su mano en el brazo de Devon, su pareja de esa noche.

El vizconde lucía una sonrisa satisfecha, prendido del entusiasta rostro y del generoso escote que ella adornaba con las esmeraldas que le regaló.

El vestido de Axel destacó de inmediato, por su color plateado y por el modo en que se amoldaba a su figura, resaltando el generoso busto. Incluso Clarence había mostrado un mohín de celos ante su aparición, a pesar de que también ella estaba radiante con un tul rojo que la favorecía sobremanera.

—Cierra la boca —le aconsejó, burlón, para disimular la desazón de su entrepierna. El simple contacto de sus dedos le provocaba las ganas de estrecharla en sus brazos—. Solo es una ceremonia de homenaje.

Axel lo miró, cogida en falta, y luego sonrió, encandilada.

—¡Es fascinante! Parece que estuviéramos en plena Edad Media.

—No te garantizo que los escoceses no anden por ella todavía —susurró irónico.

Ella le pellizcó levemente, cómplice de su broma.

—Si te oyen, te cuelgan.

—O algo peor. Ya sabes que son unos bárbaros ¿No te parece ridículo tener que llevar estas faldas?

Axel negó, embelesada. Todos los hombres lucían ropa típica de la tierra: kilt, camisa blanca y chaqueta negra, amén de calcetines de cuadros hasta la rodilla y lustrosos zapatos. También se adornaban con los sporrans correspondientes. El del vizconde era de cuero, con un curioso escudo de plata que llevaba incrustado un dibujo celta. Más adelante se daría cuenta de que era el mismo que portaban el anfitrión, Andrew y Michael, y él le contaría que había sido un regalo de juventud del conde, de cuando afianzaron su amistad en Eton.

A la mayoría el atuendo les sentaba bastante bien, pero Devon estaba sumamente atractivo, debido a su altura y su porte esbelto. Al menos así se lo pareció a ella. Y se lo dijo.

—Deberías ponerte falda más a menudo. Estás muy guapo.

Devon sonrió de un modo tan sensual que Axel quedó prendada de sus labios. La corriente que fluyó entre ambos no les pasó desapercibida, sonrojándose ella y excitándose él. Axel, avergonzada, apartó la vista e intentó centrarse en la ceremonia... Pero ya no fue capaz de olvidar la boca de su acompañante. Cuando la puesta en escena terminó, se unieron al grupo habitual y la mano de Andrew buscó su talle con familiaridad.

—¿Bailamos, Axel?

—Me temo que el primer baile le corresponde a Devon —intervino Clarence—. Es su pareja oficial esta noche.

El duque frunció el ceño, pero tuvo que callarse. Era un baile de etiqueta y sabía que no podía mostrar más intimidad de la debida con Axel Birmingham sin haber un anuncio de compromiso de antemano; lo contrario implicaría ponerla en boca de los demás. Y esa noche había acudido mucha gente ajena a su círculo para arriesgar la reputación de la muchacha.

—El segundo será tuyo, Andrew —replicó ella, captando su malhumor.

—Estaré esperando —aceptó, con un beso en su dorso.

Mientras caminaban hacia la pista, Devon buscó los ojos verdes, enfadado.

—¿Hubieras preferido bailar con él?

—¿Por qué dices eso? ¿Me ves incómoda contigo? —le enojó su actitud pueril.

Él se limitó a enlazar su cintura con una mano y a acercarla a su cuerpo más de lo debido. ¡Al cuerno con los prejuicios! Sentía unos celos tan infernales del cariño de Axel por Perry que estaba tentado de besarla ante todos y comprometerla.

—Devon... —El sofoco le enrojecía las mejillas—. No me sujetes así, por favor.

La mirada angustiada le hizo volver a la realidad. Aflojó la presión y suspiró con pesar, disgustado consigo mismo.

—Disculpa. No pretendía molestarte.

—No me molestas. ¡Beth nos mira y no quiero romperle el corazón!

—¿Beth? —El desconcierto se reflejó en su rostro—. ¿Es por ella?

—No suele disgustarme que me abrases en privado, ¿recuerdas? —replicó sin asomo de coqueteo.

—¡Dios mío! Axel, en este momento te besaría como un demente! —confesó quedo—. ¡Y tú pensando en Beth!

—Es una chiquilla. No puede evitar sus sentimientos.

Devon admiró su bondad, pero la devoró con los ojos sin el menor disimulo. Tuvieron la suerte de que la pieza terminaba y en el revuelo de cambios de pareja nadie lo advirtiera. Excepto Andrew que estaba al acecho. Pero no puso objeción.

Horas después, Axel se sentía aturdida. Se acercaba el amanecer, apenas quedaban invitados de fuera del círculo privado de los Blackmoon y ella había bebido y bailado demasiado. Sin pretenderlo, atrajo el interés de varios escoceses de la baja nobleza, conocidos de William o vasallos suyos, y aceptó todas las invitaciones a bailar.

Andrew apenas tuvo oportunidad de compartir algunos instantes con ella y Devon no había vuelto a acercarse tras el baile de entrada, pero a la luz del nuevo día fue él quien acudió en su auxilio.

—Los ojos te brillan peligrosamente. Ha llegado el momento de recogerse.

—¿Piensas que estoy bebida? —el coqueteo le salió espontáneo.

Llevaba toda la noche bromeando con unos y otros, sin traspasar los límites. Pero con Devon se sentía diferente.

—No lo pienso, lo estás —susurró él en su oído, estremeciéndola.

—Solo un poco mareada. Las gigas son extenuantes.

—Y el brandy también. ¡Se te ha olvidado que las damas beben limonada! —rio, divertido.

La condujo del brazo hasta la salida, tras enviar un gesto de despedida a los anfitriones. A Perry no lo vio por ningún lado.

Una vez fuera del salón, Axel se percató de que estaba agotada. Se dejó caer sobre el brazo que la llevaba y suspiró, consternada.

—¡Los zapatos me han destrozado los pies!

Devon miró en rededor para comprobar que estuvieran solos, la acomodó sobre una silla del pasillo y le quitó los esarpines de seda. Evitó mirar la esbelta pierna que se exhibió ante sus ojos mientras ella se masajeaba el tobillo con un gesto de deleite.

—No podré andar en una semana —susurró, agotada.

Devon le entregó su calzado, la tomó en brazos y subió con ella la amplia escalera que conducía a los dormitorios. Una vez ante su puerta, la bajó, pegada a su cuerpo.

—¿Un beso de buenas noches?

—¡No te vayas aún! —Se le había pasado el mareo al contacto con sus manos—. Comprueba si Betty está dentro. No podré quitarme el vestido yo sola.

A Devon se le nublaron los sentidos ante la idea de desnudarla. La miró lo más serio que pudo y negó con un gesto.

—La buscaré.

—Devon... —no lo dejó terminar. Atrapó la solapa de su camisa y lo atrajo a su boca—. Pasa por favor. Sé que Betty no está.

Él no lo pensó dos veces. Empujó la puerta y entraron en la estancia. Cuando cerró la madera a sus espaldas, los ojos verdes parecían imanes. El anhelo de Axel era real, pero Devon se preguntó cuánto sería producto del alcohol y cuánto de sus verdaderas intenciones.

—¿Me explicas qué pretendes? —se obligó a preguntar.

Ella estaba a apenas unos centímetros de distancia. Se pasó la lengua por los labios, nerviosa, y sonrió de golpe.

—Beth me contó que los escoceses no se ponen nada debajo de la falda. Llevo toda la noche preguntándome si es cierto.

El regocijo apareció en la mirada masculina, seducido por su curiosidad.

—¿Por qué no se lo has preguntado a alguno de los que te han tenido tan ocupada?

—¡Soy una dama! —Se aproximó a él y le acarició el cuello con los nudillos—. Solo contigo puedo adoptar esas confianzas.

A Devon le dio un vuelco el corazón. El recuerdo de su amigo le vino a la cabeza, pero se negó a mencionarlo. ¡Por nada del mundo estropearía ese momento! Era a él a quien Axel se lo regalaba.

—¿Nunca has visto un hombre desnudo? —susurró en su oído.

—Sabes que no. —La lengua de Axel acarició sus labios, enervándolo—. Los de las láminas de arte, pero esos no cuentan.

—¿Y es lo que quieres? ¿Ver un hombre desnudo?

—A un hombre, no; a ti —confesó.

No sentía ni pizca de pudor. El recuerdo de lo que le había hecho unas tardes atrás la había martirizado cada noche en su cama y ansiaba repetirlo.

—No sé si es buena idea —se resistió.

—¡Por favor!

Él le sujetó la cara y besó su boca con ferocidad, atrapándola en el círculo de sus brazos. Axel gimió, entregada. Pero tras un avance a sus pechos, Devon respiró, agitado, y se apartó.

—¡No, no podemos hacer esto!

—Confío en ti —susurró ella con la mirada turbia.

—¿Para qué exactamente?

Axel se encogió de hombros. No estaba nerviosa, únicamente no sabía explicarse.

—Lo que hiciste en el campo. Lo deseo.

Devon sonrió, halagado.

—¿Un orgasmo?

—Por favor —asintió ella, esperanzada.

Devon se sintió exultante. ¡Las manos que Axel asociaba a las caricias eran las suyas! Ignoraba qué relación mantenía con Andrew, pero comprendió que la intimidad quedaba descartada. ¡No era tan iluso de creer que su amigo no pudiera proporcionarle idéntico placer!

—Haré lo que me pides si me dejas llevar la batuta.

Axel asintió, con la boca seca. Sus sentidos necesitaban su tacto en cada poro de piel.

—¿Me has oído, Axel?

Volvió a asentir, excitada.

—¡Dilo! Quiero oírlo —insistió él.

La estaba llevando al límite y lo sabía.

—¡Maldita sea! ¡Sí, te he oído!

Devon sonrió. Quería estar seguro de que era la peleona muchacha que toda la vida lo había torturado quien estaba con él, aunque se escondiera tras la fachada de una ninfa de plata.

Con gesto calculado comenzó a quitarse la chaqueta, luego tiró los zapatos y los calcetines de cualquier modo, se desabotonó la camisa lentamente... Contuvo el ademán de correr a besarla cuando ella se mordió los labios. Aún tenía un zapato en la mano y el cabello despeinado, como una chiquilla traviesa. Sonrió, más feliz de lo que se había sentido en su vida, y deslizó la prenda por sus hombros hasta que únicamente quedó la falda de cuadros.

El latido del cuello de Axel podía percibirse a través de su fina piel y él deseó morderlo.

—Ven —pidió sereno.

Axel se preguntó cómo podía contenerse de aquel modo. No era tan cándida como para ignorar que el bulto que levantaba la falda se debía a un estado de incuestionable excitación; sin embargo, ejercía un férreo control sobre sus deseos. Ella, por el contrario, sentía la garganta seca y las piernas de gelatina.

—Ven —insistió Devon sin moverse de su sitio.

Ella fue. Tiró el escaipín y se quedó a unos milímetros de su cuerpo. Podía oler su aroma a jabón y deseo.

Devon alargó una mano y la atrajo a su pecho. Le besó con deliberada

lentitud el cuello y el lóbulo de una oreja, los succionó y después mordió donde su sangre palpitaba.

Axel tuvo que sujetarse a sus brazos para no caer, expectante y sensible.

—Date la vuelta —rogó él, con voz ronca.

Axel obedeció y sintió cómo los dedos desabrochaban los diminutos botones mientras los labios iban dejando un rastro de besos por su espalda desnuda. Cuando llegó a la cintura, bajó el corpiño, le desató el corsé y le mordió los hombros, arrancándole un gemido. Quiso volverse, pero él lo impidió con el simple ademán de tomar sus pechos y acariciarlos, en una tortura que le puso la piel de gallina.

—Devon... —La humedad de su sexo la avergonzaba, pero al mismo tiempo intuía que lo necesitaba allí con premura.

—Llevo la batuta, ¿recuerdas?

—¡Me tiemblan las piernas!

—Yo te sostendré —aseguró con firmeza.

Le dio la vuelta y enterró la boca en sus pechos, besando y mordiendo hasta que ella tomó la iniciativa y llevó la mano sobre la falda.

—¡No me toques! Te deseo tanto que no podría contenerme —aseguró.

—¡Aún no te he visto desnudo! —intentó bromear, abrumada por lo lejos que estaban llegando y su nula intención de detenerlo.

—Yo a ti tampoco —aseveró Devon.

Le bajó el vestido. Solo quedó la camisola transparente. Respiró con fuerza antes de quitársela con un rápido ademán, pasándola por encima de la cabeza, y Axel pudo verse a través del espejo, con unas medias y el collar de esmeraldas por toda indumentaria.

—Parezco una cortesana —murmuró, sorprendida.

Devon rio en su boca.

—¿Cuándo has visto tú a una cortesana?

—Nunca, pero leí sobre ellas. La biblioteca de Orson oculta verdaderas curiosidades —bromeó, nerviosa—. Después de tu beso quise saber qué os interesa a los hombres, averiguar lo que ofrecíais.

—¿Y ha sido como imaginabas? —Le fascinó su ansia de aprender.

Axel negó, más dueña de la situación.

—No. Es mejor.

Con una sonrisa ahogada, enterró la boca en su cuello y volvió a morderlo. La anhelaba.

—¡Eres lo más bello que he visto nunca!

Axel le obligó a levantar la mirada y buscó sus ojos. Parecían puro líquido; ambarinos y cálidos.

—¿Lo dices de verdad?

—Lo juro —afirmó con el semblante sereno.

Axel llevó sus manos a las trabillas de la falda y las desabrochó. Después se apartó para contemplar su cuerpo desnudo y un jadeo de asombro arreboló sus mejillas.

—¡Dios mío, Devon, tú sí que eres bello!

Él rio, complacido, antes de atraerla a su boca.

—Ya hemos jugado bastante por esta noche. Déjame que te regale ese orgasmo, Axel.

Sin nada que objetar, se dejó conducir hasta un sillón, pero cuando él le acomodó las piernas sobre los brazales abrió mucho los ojos, incrédula y avergonzada.

Devon acalló sus temores con una sonrisa pícaro.

—La batuta es mía. Lo prometiste.

—Pero...

—Será como aquel. O mejor —prometió solemne.

Se arrodilló a sus pies y Axel gimió de asombro cuando la intrépida boca buscó su húmedo sexo. Se centró en la sensación de la lengua penetrándola, dentro y fuera, como imaginaba que haría con su miembro de llegar más lejos. Sintió el calor que desbordaba su cuerpo y se abandonó al placer que le regalaba. Cuando pensó que no podría soportarlo más tiró de su pelo para apartarlo, pero la catarata de sensaciones que le cruzaron la columna, desatando un caos de escalofríos y jadeos, la dejó extenuada y se relajó en el sillón, con algo parecido a estar flotando.

Devon la observó con un destello de vanidad, porque sin percatarse, ella se había dejado ir pronunciando su nombre. Culminó la proeza restregando la nariz contra el pronunciado clítoris, lo que la hizo estallar en llamas por segunda vez.

Axel, esta vez sí, sujetó sus cabellos y le miró los ojos, desenfocada.

—Por favor... ya...

Con una sonrisa perezosa Devon se incorporó y la besó en la boca, dejando en ella el rastro de los jugos que había engullido.

—Te gustó —confirmó, bajándola del sillón a la alfombra.

—¡Fue... indescriptible! ¡Gracias!

La risa de Devon resonó mientras se deslizaba a su lado en el mullido asiento. Axel, realizando un esfuerzo supremo para superar la laxitud de sus miembros, apoyó las manos en el amplio pecho, húmedo por el esfuerzo, y contempló el falo que se elevaba con toda su excitación frente a su vientre. No lo pensó dos veces para tocarlo.

—¡Axel, no! —El gemido se acalló pese a la caricia inexperta.

—¿Cómo puedo darte placer?

—¡Se pasará! Si dejas que respire, se pasará —aseguró, con los ojos vidriosos.

—¡Pero yo no quiero que pase! Tú me has dado placer. ¿Cómo puedo recompensarte? Enséñame.

La imagen de ella entre sus piernas fue tan poderosa que sintió cómo su semen brotaba en la punta, pero no podía pedirselo. No en su primer contacto con un hombre.

—Pasaré, Axel. —La determinación en los ojos verdes lo empujó a aceptar su mano y a guiarla sobre su miembro—. Deberías ir despacio, pero me temo que voy a acabar en un momento. Ha sido... demasiado excitante... contemplarte. —Aceleró el ritmo y se corrió, estimulado por la mirada curiosa de ella, atenta a cada latido de sus dedos. ¡Amaba esa capacidad suya para desear aprenderlo todo, incluso lo que debería estarle prohibido!

Axel le acarició el rostro, tenso por el espasmo, y después se incorporó de un salto y regresó con una toalla húmeda para limpiarlo. El brillo del semen le dio la absurda idea de que, si lo embadurnaba con él, resplandecería como una estatua de mármol. Rio, divertida, por su perversión. Después se quedó colgada de la mirada intensa de Devon.

—Ven.

—¿Aún llevas la batuta? —le asustó su propia audacia.

—No estoy muy seguro, pero ven.

Devon señalaba sus piernas y ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

—Debería sentirme avergonzada —admitió sin apartar la vista de sus ojos brillantes.

—No quiero que lo estés. Lo que pase entre nosotros, queda entre tú y yo.

Ella lo besó en los labios, de repente soñolienta.

—Gracias, mi caballero andante.

Devon la estrechó entre sus brazos, con una calidez que la desarmó.

—Siempre que desees un orgasmo, pídemelo.

—¿Puedo? ¿En serio?

—Siempre —afirmó, seguro hasta la médula de que aquella mujer le había tocado el alma.

—¿Y no pensarás mal de mí?

—Nunca pensaré mal de ti, Axel —aseguró muy serio—. Jamás. Te lo juro. Ella se dejó caer sobre su pecho, extenuada.

—Gracias. Ahora necesito dormir.

Alcanzó a escuchar su risa antes de caer rendida. No se enteró de cómo la llevaba a la cama, limpiaba los restos de lo ocurrido entre sus piernas, le quitaba las medias y el collar y la cubría con las mantas tras depositar un dulce beso en sus labios.

Antes de marcharse, Devon recogió sus ropas y las dejó sobre una silla. Ni siquiera Betty debería sospechar lo que había ocurrido en aquella alcoba cuando regresara horas después.

Axel durmió hasta tan tarde que no se enteró de la despedida de la mayor parte de los invitados. Cuando se incorporó en la cama sentía agujetas en sus miembros y el recuerdo de lo ocurrido con Devon la hizo gemir de vergüenza. No se arrepentía, pero sí le abochornaba portarse con tamaña desenvoltura en la intimidad.

Recordó a Andrew Perry y se preguntó cómo sería disfrutar de su compañía. No dudaba de que el duque fuera tan experto como su amigo, pero, aunque la atraía con locura, no se creía capaz de permitirle las mismas libertades que a Devon.

Betty la sacó de su ensoñación.

—La condesa ha dicho algo así como: «Saca a tu señora de la cama o iré en persona a obligarla a mover el... culo». No me ha parecido muy apropiado de una dama —opinó, perpleja—, pero aquí todo el mundo se muestra de lo más informal.

Axel rio, divertida, mirándose en el espejo. Esperaba hallarse diferente, pero excepto por algunos moratones en los brazos, que bien podría ser el resultado de los ajetreados bailes, no había marcas en su piel.

Se bañó escuchando el parloteo de la doncella y escogió un sencillo vestido verde con mangas hasta medio brazo que ocultaban los morados. El cabello lo

recogió en un moño favorecedor y eligió una cinta, también verde, para el cuello en vez de una joya.

Lady Beth fue la primera en abalanzarse a saludarla, cuando apareció en el saloncito, seguida por la mirada burlona de Clarence, lo que le hizo temer que supiera algo, aunque confiaba en que no por boca de Devon.

El vizconde la contempló con calidez desde su puesto junto a la chimenea, donde tomaba brandy con el resto de los hombres. El duque, sin embargo, parecía adusto. No esbozó ni media sonrisa al saludarla alzando su copa.

—Buenas noches a todos. Siento haber sido tan desconsiderada de dormir todo el día —se disculpó con ligereza para ocultar el bochorno.

—¡Y que lo digas! —gruñó Clarence, con teatralidad—. Beth y yo hemos tenido que tragarnos las despedidas, además de soportar sus continuos «Esperamos coincidir con lady Birminghan en Londres» —remedó la engalanada voz de los caballeros—. ¡Qué empacho! ¡Le robaste a William todo el protagonismo!

Antes de que Axel pudiera tomarla en serio, la voz de Blake llegó hasta ellas, rebosante de burla.

—No me pongas de excusa, cariño. Lo que realmente no soportas es que Axel te quitará el protagonismo *a ti*.

—Bueno, después de todo, yo era la anfitriona —admitió Clarence, sin abandonar su postura.

—Y estabas preciosa, prima —aseguró lady Beth—. ¡Pero es que Axel estaba arrebatadora! Jamás había visto un vestido tan bonito.

—¡Lo escogió Devon! —se arrepintió nada más decirlo, por el velo que empañó los ojos de la muchacha, e intentó rectificar—. En realidad, escogió toda mi ropa. Ya te conté que soy una provinciana sin el menor conocimiento de moda.

—No te quites méritos —replicó la chica, sin apartar las manos de su cintura—. Cómo lo lucías era lo importante.

—Gracias, Beth, pero no me halagues de ese modo o me convertiré en una tonta vanidosa.

—¿Como yo, quieres decir?

El tono jovial de Clarence arrancó la risa de Axel y acudió a sentarse a su lado.

—Tú eres la más malévola de las damas. Tendrás que enseñarme muchas cosas si decido ir a Londres.

—¡Por supuesto que irás! —La sobresaltó la voz de Devon, quien había acudido junto a ella para ofrecerle una copa de jerez—. Ya has visto que se te espera con expectación.

—Razón de más para no ir —musitó, mirándolo.

—Si me dejas sola con Clarence entre tanta bruja como participa en la temporada, no te lo perdonaré —aseguró lady Beth asiendo su mano—. Sois las únicas capaces de subir mi autoestima.

—¿No te importa la competencia que esta *provinciana* pueda hacerte? —se burló la condesa con un deje de cariño.

—Yo nunca podría hacerle la competencia a Axel, prima. Tengo espejos.

A pesar de sus palabras, no parecía dolida, pero Axel se rebeló.

—¡Ni yo soy una belleza ni tú eres fea, Beth! Además, lo importante es el corazón de las personas, no su aspecto.

Se hizo un silencio intenso en la habitación hasta que William Blake llegó a su lado y le besó una mano.

—¡Eres lo más hermoso que ha pasado por esta casa después de mi esposa! Si no estuviera loco por ella me rendiría a tus pies. Pero tendrás que perder esa inocencia, Axel. Londres es una cloaca donde la gente busca dinero y honores. Les importa un higo la belleza interior.

Perry intervino, muy serio, sin moverse del rincón.

—No permitiremos que la despedacen, William; no te preocupes.

—¿Te has decidido a pedir su mano por fin? —se interesó Michael, visiblemente curioso.

La voz de su amigo sonó pesarosa.

—¡Ojalá me lo permitiera! ¡Pero depende de ella!

Axel sintió que sus mejillas se ruborizaran. Le faltaba acostumbrarse a que las intimidades se airearan con tamaña desenvoltura.

—Sabes cuánto te aprecio... —replicó, pese a todo, dolida por el abatimiento del duque.

—No obstante, solo te casarás por amor —concluyó él, realizando un brindis.

—Las mujeres sois muy raras —sonrió William—. A Clarence también le dio por ahí.

—¿Y no te satisface el resultado? —le increpó Axel.

—No tengo quejas —admitió el escocés, divertido—. Estoy loco por sus huesos.

—Pues lo mismo deseo para mí. Y también Beth. ¡Dudo que existan mujeres que no lo busquen!

La joven lady no dijo nada, aunque su furtiva mirada a Devon no pasó desapercibida para ninguno.

Que una doncella les interrumpiera, anunciando la cena, salvó la conversación, que se encauzaba en derroteros difíciles.

Pasaron a un salón de reducidas dimensiones, con las sillas justas para los presentes. Unos leños caldeaban la estancia y varios candelabros la iluminaban.

—Encargué a la cocinera una cena sencilla. Después de los excesos de anoche, me pareció aconsejable —informó Clarence, mientras tomaba asiento junto a su esposo, ignorando normas y etiquetas.

Axel no consideró que salmón al eneldo, perdiz escabechada y pudín de almendras pudiera considerarse «cena sencilla», pero tras degustar el primer trozo descubrió que la azuzaba un hambre canina. Con Andrew a un lado, sirviéndole ligeras porciones, y Beth a otro, parlotando sin cesar, se le pasó la comida en un soplo.

Devon, situado entre Michael y Clarence, apenas probó bocado. Su rostro se mantuvo impenetrable con la vista en los platos.

Pasando de la separación por sexos después del postre, tomaron café y brandy de vuelta al saloncito.

En esta ocasión, Michael, futuro marqués de Beverley, aprovechó para buscar su compañía en el sofá, la intriga reflejada en el rostro.

—Desde que llegaste llevo preguntándome de dónde ha salido tu nombre. ¿Tienes alguna explicación?

A nadie le pasó desapercibido el sonrojo que tiñó sus mejillas ni que Devon se adelantara a responder por ella.

Axel se irguió, sorprendida, al sonar su voz. No alcanzaba a verle los ojos, oculto por el humo del tabaco. Su actitud durante la cena la había intranquilizado. ¿Se habría arrepentido de la intimidad que compartieron la noche anterior? Su tono, comedido, le calmó los nervios.

—Os he hablado muchas veces del carácter excéntrico de mi tío Orson, lord

Birmingham; de su manía de vivir escondido entre legajos antiguos. Yo sentí la misma curiosidad que Michael y acudí a él para que me descifrara el enigma. Así supe que el nombre de Axel tiene dos orígenes: en hebreo es masculino, un derivado de Absalón, que viene a decir: «Mi padre es paz». —Dejó asomar a sus atractivos labios una mueca burlona—. ¡Como os podéis imaginar, por ahí no van los tiros! La segunda fuente es germana, y se nos escapa si se usa para hombre o para mujer, porque tiene dos acepciones muy diferentes.

Devon sonrió al percibir la expectación de la concurrencia.

—Axel igual puede significar «hacha de guerra» que «regalo del cielo». ¡Para mí que se lo puso por lo del hacha! —Le guiñó un ojo, mostrando su devoción y arrancando una sonrisa deslumbrante de sus labios—. Pero para Orson resultó lo que siempre había estado esperando... —su voz se hizo un susurro, tenue y cálido—. Un regalo. Su regalo del cielo.

—Le viene que ni pintado —susurró Andrew, igualmente entregado.

Axel disimuló, conteniendo un suspiro, pero sus ojos mostraron un brillo emocionado.

—El tío Orson me confesó que se pasó la juventud huyendo de compromisos, que no quería esposa ni hijos que lo alejaran de sus libros. Pero cuando encontró a Axel fue incapaz de apartar su mirada de ella. Comprendió que aquella niña colmaría su vida de afecto. Y me consta que jamás se ha sentido decepcionado.

Todos captaron el cariño que traslucían sus palabras y después de tantos años de sufrir su desprecio, para Axel fue una recompensa percibirlo también.

Se hizo tal silencio por el conmovedor discurso que Devon se vio en la obligación de aligerarlo, descargando definitivamente su culpa.

—Nunca supisteis de Axel porque yo la odiaba. Le tuve unos celos enfermizos cuando éramos niños. —Fingió un mueca burlona—. En fin, ella era una niña, yo ya estaba crecidito. Pero llegó esta mocosa y me quitó el protagonismo en la familia. Ya sabes, Clarence, lo mal que llevamos esas situaciones los egocéntricos como tú y yo —rio entre dientes para pasar el trago.

Su amiga le siguió el juego, haciendo gala de la lealtad que les unía.

—Imagino lo duro que te resultó, sí. ¡De no ser por Beth, me pensaría lo de presentarla en sociedad! ¡Va a ser aborrecible tenerla haciéndome sombra!

Axel rio, emocionada. Comprendió las bromas y lo que significaba pertenecer a un grupo, algo desconocido hasta esa noche. Por eso se lanzó a

exhibir sus sentimientos en público, como había hecho Devon.

—Yo era una rabiosa endiablada —se obligó a confesar—. No me extraña que Devon no me soportara.

—¿Te tiraba de las trenzas? —se horrorizó lady Beth.

Ella recordó sus comentarios mezquinos, sus alusiones ofensivas... Negó con un gesto.

—No, se limitaba a ignorarme.

Devon le agradeció su silencio, pero la mirada de complicidad no pasó desapercibida para el resto. Por ello, Clarence intervino, desviando la atención de sus personas.

—Se acabó tratar de Axel. ¡Ya tendré suficiente con sufrirla en Londres! Propongo una partida de cartas.

La aludida fue la primera en aceptar. Su estado rozaba la melancolía y no quería terminar en los brazos de Devon. No después de presenciar la intensa desazón de la mirada del duque.

Los expresivos ojos azules no le dieron respiro clavados en ella, pero carecían del encanto que la había seducido la primera noche, enturbiados por una capa de tristeza. Axel ignoraba si se trataba de una treta, parte del juego de seducción que usaba, pero se propuso averiguarlo. Al día siguiente partirían de Blackmoon y no sabía en qué circunstancias volverían a encontrarse, así que prefirió aprovechar el ambiente relajado de normas del castillo.

Tras jugar unas partidas se retiró de la mesa.

—Necesito mover las piernas. ¿Me acompañas a un paseo por el jardín, Andrew?

Sintió sobre sí la mirada taciturna de Devon y la asombrada del interpelado; pero recuperar la viveza de las pupilas azules la recompensó de la vergüenza por haber hecho una proposición a quien no ocultaba su intención de seducirla.

—Será un placer —asintió él, poniéndose en pie.

—Coge el chal que dejé sobre el sillón, Axel. Fuera hará fresco.

—Gracias, Clarence. —La sintió como una verdadera amiga a pesar de cuánto le tomaba el pelo y, embargada por el cariño, la besó en la mejilla—. ¡Procuraré que no me sienta tan bien como a ti!

La carcajada de William fue lo último que escuchó a sus espaldas.

Durante un rato pasearon en silencio. El duque de Ivory acompasó su caminar al de ella bajo el cielo estrellado. No hizo ademán de tocarla, por eso Axel asió su brazo y lo condujo hasta el cenador, en un extremo del jardín.

—¿Estás molesto conmigo, Andrew? ¿Algo en mí te ofendió?

La sorpresa de su acompañante resultó espontánea.

—¡Por supuesto que no! ¿Qué te ha hecho creerlo?

—¿Quizá tu mirada? —le reprochó—. Pareces un perro apaleado.

Él se detuvo y analizó los ojos verdes, aunque mantuvo el silencio; lo cual obligó a Axel a insistir.

—¿Dónde te perdiste anoche? Bailamos un par de piezas y no te vi más.

—No hubiera sido correcto y tampoco pensé que lo notarás. Parecías ocupada —comentó sin asomo de censura.

Habían llegado al templete y Axel se acomodó sobre el banco de piedra. Perry permaneció de pie, contemplándola.

—¡Hubiera resultado grosero rechazar las invitaciones! Eran los invitados de William; sus vasallos, como dicen aquí.

—No te lo recrimino. Ni tampoco a ellos. Beth tiene razón al afirmar que fuiste la reina de la fiesta. ¡Estabas preciosa con ese vestido plateado! Te deseé tanto que tuve que irme —confesó en voz baja—. Sentí celos de los hombres que te tocaban; incluso de sus miradas. ¡Nunca había experimentado un desatino semejante!

A Axel le pasó por la cabeza qué diría de conocer su relación con Devon, pero Andrew, abrumado y lanzado, reanudó la declaración, sin permitirle recapacitar.

—Estoy acostumbrado a despertar interés, a ser el perseguido. La faceta de salir de conquista me resulta novedosa. Y peor aún encontrar competencia. Pero anoche comprendí que no soy más importante para ti que los tipos con quienes bailabas. Esa certeza me destrozó el corazón.

—¡Andrew...! —Las lágrimas se agolparon en sus ojos. No alcanzaba a entender qué sentía por aquel hombre, pero su tristeza la trastornó—. ¡Lo que dices no es cierto! ¡Me importas mucho!

—Pero no me amas.

—No, mis sentimientos no son tan profundos —admitió con honestidad—. ¡Si apenas nos conocemos! Me divierte tu ingenio y me gusta tu carácter

extrovertido, pero el matrimonio es un asunto serio. ¡No miento cuando digo que envidio a los Blackmoon! La pasión que transmiten... ¡Es a lo que aspiro!

Perry apoyó las manos en el pretil de mármol, cabizbajo.

—¡Yo lo siento! Siento que te amo —confesó.

Le conmocionaron sus palabras. Parecían pensadas a conciencia.

—¿No lo confundirás con deseo, Andrew? Yo también te deseo —admitió en un susurro, apartando la mirada—. A menudo me pregunto cómo será recibir tus caricias. Pero eso no me basta para crearme enamorada.

Axel reconoció la vehemente pasión en el azul de los ojos que se volvieron a mirarla, como la noche anterior la percibiera en los de Devon. Sin embargo, en un ejercicio de contención, Perry se mantuvo a distancia.

—¡Sé que es amor! —su réplica sonó rotunda—. ¡Me costó la resaca de una botella de whisky! Pero a pesar del dolor de cabeza puedo sacar conclusiones. ¡No había deseado casarme hasta que te conocí!

—Supongo un reto para tu orgullo —insistió Axel con terquedad.

—¡Por supuesto que lo supones! Pero no te busco para una noche. ¡Te deseo en mi vida!

Axel se perdió en sus ojos. Durante un instante el recuerdo de Devon la detuvo, pero tampoco podía asegurar qué sentía por él. Tal vez solo fuera el primer hombre que la llevó a experimentar emociones adultas y ella lo confundía con sentimientos profundos. ¿Cómo diferenciarlo? Tanto Devon como Andrew eran dos expertos calaveras. Necesitaría intimar con Perry, descubrir si el anhelo por Devon era deseo o algo más intenso.

Por otro lado, ¿era justo utilizar a Andrew? ¿Y si finalmente descubriría que amaba a Devon? La cabeza le dio vueltas.

—Dime qué te preocupa —suplicó él, leyendo sus dudas.

—¡No sé! Me gustaría tener la oportunidad de conocerte mejor, pero no puedo garantizar...

—¿Me estás dando carta blanca para cortejarte? —su voz sonó esperanzada.

—No de un modo oficial. No quiero que te sientas...

—¿Humillado si me rechazas? —ironizó con amargura.

—¡Andrew!

Él la incorporó para encerrarla en sus brazos.

—¡Correré el riesgo! —aseguró mientras pasaba los dedos por sus sienes—. Pero permitirás que te seduzca en privado—. El asombro en los ojos

verdes le arrancó una carcajada de euforia—. No hablo de sobrepasar los límites. Hay mil maneras de conocernos sin llegar a cruzarlos.

Si no hubiera estado con Devon antes, Axel no hubiera sabido a qué se refería. No obstante, se sonrojó.

—¡Dime que podré! Dime que seré un pretendiente más a la vista de todos, pero me concederás libertades —susurró en su boca.

—No deseo ir a Londres —gimió, acobardada.

—No tienes alternativa —bromeó él, seguro del terreno que pisaba—. Lord Birmingham te hará el equipaje si se le llena la finca de huéspedes. Aseguran que es un eremita entregado.

—¡No serías capaz! —rio, cómoda en su red.

—¿De instalarme en tu casa? Soy duque, ¿recuerdas? Mi voluntad es ley. Lady Valmont me aceptaría dichosa.

—No lo dudo —musitó, encandilada.

Volvía a ser el Andrew de la primera noche, el de la mirada que la sedujo. De no existir sus ambiguos sentimientos por Devon le dedicaría sus fantasías a él. Cerró los ojos y saboreó el beso. Resultó intenso, desde el principio. Andrew almacenaba mucho deseo para ser considerado. Las manos del duque se deslizaron por sus brazos, llegaron a su cintura y subieron a sus pechos sin liberar en ningún momento la atadura de su boca.

Axel gimió cuando él acarició los pezones sobre el vestido y los labios se deslizaron por su cuello hasta el borde del escote, depositando ardientes besos.

—Necesito más, Axel —musitó en su oído mientras las manos se ocupaban de los lazos y le aflojaban el corsé.

Ella se sintió incapaz de resistir el asalto. Le permitió besarle los pechos, se humedeció entre las piernas cuando le mordió los pezones y gimió contra su cuello cuando una de sus manos se amoldó a su sexo sin apartar la tela.

—Me vuelves loco, cariño —musitó él, más fuera de control de lo que se había sentido nunca.

Axel supo que no mentía; además de sus dedos notaba la dureza de su miembro contra su vientre. Alargó una mano y lo acarició sobre la ropa, logrando que Andrew jadeara por la sorpresa.

—¡Dios santo! ¡Sí, tócame, Axel! —rogó, desabrochando el pantalón y guiándole la mano hacia el rígido apéndice.

Axel sintió que las mejillas le ardían y el corazón galopaba en su caja

torácica, pero no se amilanó. Tampoco Andrew, demostrando su talento en semejantes lides. Guio la mano de Axel sobre sí mismo mientras con la otra apartaba la ropa y encajaba dos dedos en su vagina, acompasándolos a las caricias que recibía. Se dieron placer mutuamente, mirándose a los ojos y compartiendo besos hasta que llegaron al final. Axel se apoyó en el fuerte pecho para rendirse con un grito ahogado e, instantes después, Andrew la imitó, para reír a continuación, movido por el entusiasmo.

—Si antes te deseaba, ahora me vuelves loco, «regalo de cielo».

—No me llames así —suplicó ella—. Me da vergüenza.

Andrew izó su barbilla y le miró los ojos, empañados por la pasión.

—Ni en sueños te habría encontrado un nombre más apropiado —aseguró antes de besarla con dulzura.

Le acomodó la ropa, recompuso como pudo su aspecto y volvieron a caminar bajo las estrellas en silencio, reconfortados por lo ocurrido.

—No vayas a recapacitar cuando te quedes a solas y te arrepientas de lo que hemos hecho, Axel —le suplicó frente a la torre—. Ha sido el momento más hermoso que podías ofrecerme... Por ahora.

Le besó los nudillos y la invitó a pasar.

Parecía que todos se hubieran recogido y el interior estaba silencioso, así que Andrew Perry, duque de Ivory, se portó como un caballero y la acompañó hasta su dormitorio. En la puerta, tras un breve beso, le deseó buenas noches.

Axel esperaba sentir remordimientos, vergüenza, expectación... Pero en cuanto llegó a la cama y se desnudó con ayuda de Betty, quien ya tenía recogido el equipaje, se quedó dormida.

Capítulo 6

La mañana transcurrió en medio de un intenso ajetreo. Betty le llevó un suculento desayuno a la cama por orden de la condesa y Axel no se cuestionó contrariarla, imaginando que algún motivo tendría para no desearla en el comedor. Tomó un baño y vistió el conjunto de viaje con el que llegó. Cuando bajó las escaleras, su equipaje ya estaba cargado y Devon esperaba en la escalinata de entrada, acompañado de los anfitriones.

—Michael recibió un aviso urgente de su padre —la informó Clarence, consternada—. Su madre ha empeorado del mal que padece y Andrew se ofreció a acompañarlo—. La llevó a un aparte para darle el mensaje—. Me pidió que te despidiera en nombre de ambos y que te asegurara que no ve llegado el momento de encontraros en Londres.

Axel se ruborizó y la condesa intentó leer más allá de su gesto, pero la llegada de Beth, efusiva como siempre, lo impidió.

—Te he buscado la novela de la que te hablé. Toma. —Le entregó un volumen de discreto tamaño—. Ya me darás tu opinión.

Axel las abrazó con cariño. Conocer a Clarence y a Beth, compartir ratos de complicidad en su compañía y saber que podía contar con el apoyo de ambas había superado con creces las expectativas con las que llegó a Escocia.

—Nos veremos en Londres —se despidió, con una cálida sonrisa.

—¡Por supuesto! Buen viaje —sonrió Clarence.

Beth la colmó de besos. Aunque hubiera dado cualquier cosa por ocupar su lugar, por lograr una mínima atención de Devon Hunt, su carácter bondadoso le impedía sentimientos desleales contra su amiga. Envió una última ojeada al hombre de sus sueños y aguantó con serenidad a que él ayudara a Axel a subir al carruaje. Después entró en la casa, controlando su tristeza con la perenne sonrisa que la caracterizaba.

Por su parte, Axel, una vez instalada, se despidió del castillo de Blackmoon con melancolía, convencida de que añoraría un reducto tan especial. Ahora comprendía por qué Devon y sus amigos lo consideraban un enclave mágico.

Durante buena parte de la mañana no se atrevió a mirar al vizconde, aterrada ante la idea de que lo sucedido con Andrew la noche anterior se reflejara en su rostro. Pero cuando se dio cuenta de que él estaba ausente, perdido en Dios sabe qué pensamientos, optó por dirigirle la palabra.

—¿Qué ocurre, Devon? ¿Estas preocupado por la madre de Michael? ¿Qué es lo que tiene?

La respuesta llegó de una boca renuente a hablar y de unos ojos que preferían mirar por la ventanilla a contemplarla a ella. Aunque Axel no quiso darse por aludida.

—Padece demencia. Perdió la cabeza hace tres años, pero su marido no quiso recluirla en ningún hospital y la familia la cuida —informó con frialdad.

—Y ahora está peor —aventuró Axel.

La voz del conde sonó tan dura como su mirada:

—¿Sería una suerte si muriera! Todos sufren y ella ni siquiera los reconoce.

Axel no supo qué replicar. Si bien su distanciamiento le causaba desazón, tampoco sabía cómo afrontarlo, temerosa de que llegara el momento de las preguntas. Pero no tuvo que aguardar mucho porque Devon apartó la vista del paisaje y, estirando las piernas sobre el asiento, la atrapó en medio.

—Duró bastante vuestro paseo.

Ella simuló no entenderle.

—¿Te molestó?

—¿Debería?

Axel optó por plantar cara al pétreo semblante que la acusaba.

—Creí entender que me dabas carta blanca para conocer al duque...

En respuesta recibió un silencio hosco. Lo que Axel decía era cierto, pero Devon no conseguía eludir los celos.

Ella lo contempló, confusa.

—No soy de tu propiedad, Devon. No hay nada entre tú y yo. ¿O estoy equivocada?

—No lo sé.

Tardó en responder, perdida la mirada en el cristal de la ventanilla.

Axel se obligó a insistir. Si Devon la quería, su corazón lo escogería de inmediato; pero si no era el caso, no echaría a perder su futuro como Elena Birmingham, enamorada de un hombre que no la correspondía. Pese a la actual atracción física, ¿qué le garantizaba que él no se aburriera después de unos cuantos escarceos? ¡No encadenaría su corazón a una quimera! ¡Necesitaba un hombre de carne y hueso a quien amar!

—¿Qué no sabes exactamente, Devon? ¿Si me amas o solo me deseas?

Él le sostuvo la mirada, aturdido por su franqueza.

—¿Y tú? ¿Tienes claro lo que quieres? —inquirió, más despiadado de lo necesario.

—Lo mismo de antes. Enamorarme —afirmó con serenidad.

—¿Has logrado definir lo que sientes por Perry?

—No lo amo —aseguró, sofocada al recordarse en sus brazos—. Pero me atrae su compañía.

—Está decidido a cortejarte —a la voz de Devon asomó un regusto amargo.

—Sí, le di permiso para hacerlo.

Él se enfrascó en otro largo silencio hasta que Axel lo rompió, adoptando un tono conciliador.

—¿Deshace eso el acuerdo que tenemos? Me refiero a...

Al suspiro de Devon le siguió una tenue sonrisa.

—¡Sé a qué te refieres! Y no, Axel. Sigue en pie.

—Gracias.

El vizconde estuvo tentado de seguir indagando. Se moría de inquietud por saber si la noche anterior habían intimado, lo cual, conociendo a Andrew, sería de esperar; pero la simple imagen de Axel en otros brazos le destrozaba el estómago y decidió guardarse sus dudas.

Ella, ajena a sus celos, se trasladó a su lado y le besó en la mejilla.

—¿Amigos?

—Siempre —aseguró, perdido en sus ojos.

—Excelente —bromeó, evitando otro instante de intimidad—. ¡Porque me siento agotada y te necesito de almohada! Despiértame a la hora de comer.

Sin aguardar su reacción, se acomodó en su hombro y cerró los ojos. Devon, esbozó una sonrisa, cautivado por su ingenio, y le besó la frente. ¡Perry tendría posibilidades, pero él no desaprovecharía las suyas!

Almorzaron en una posada concurrida, compartiendo mesa con la doncella y el cochero, comentando entre chanzas las idas y venidas de los demás.

Devon había resultado un señor afable con el servicio, capaz de relacionarse de igual a igual con los criados, lo cual sorprendió gratamente a Axel, habituada a las altaneras costumbres de los nobles. Cuando terminaron, los hombres salieron al exterior a fumar y Betty y ella estiraron las piernas paseando por los alrededores.

—Milady, le aseguro que jamás olvidaré lo que ha hecho por mí. Este viaje ha sido la experiencia más emocionante de mi vida.

Los ojos castaños de la muchacha refulgían de felicidad y arrancaron una sonrisa a Axel.

—Parece que te fue bien con Jimmy...

—¡Mejor que bien! Vamos a casarnos —confesó, con la mirada soñadora clavada en el aparte donde los hombres fumaban—. Él y yo hemos... Bueno... Hemos estado juntos. Blackmoon es un lugar...

—Mágico —concluyó Axel, contagiada de la felicidad de la joven.

—¡Eso es, mágico! Antes nos gustábamos, pero estar allí ha sido definitivo. ¡Hemos tenido tanto tiempo para pasarlo juntos! Usted ha sido un ama muy complaciente. De verdad, gracias.

Axel sonrió, avergonzada. Si su doncella supiera cómo también ella se había aprovechado de sus ausencias, no se lo agradecería tan efusivamente.

—El señor Birmingham nos dará permiso, ¿verdad? Quiero decir que vivimos en su casa y...

Axel la tranquilizó. Aunque la norma general en las grandes mansiones impedía que los criados establecieran vínculos personales, lord Birmingham no se guiaba por los convencionalismos.

—No tienes de qué preocuparte. Le agrada que la gente esté a gusto a su alrededor.

A pesar de sus palabras, el rostro de la doncella se ensombreció cuando otra idea se abrió paso en su mente.

—El señorito Devon volverá a Londres, pero usted... Usted no se irá, ¿verdad?

Axel tardó en comprender su inquietud hasta que relacionó las confidencias anteriores con las posibles repercusiones: si ella se trasladaba, necesitaría a su doncella y Betty tendría que separarse de Jimmy. Era lógico que tal contingencia la asustara. Como a ella le asustaba la idea de dejar marchar a Devon sin saber cuándo volverían a verse. La incertidumbre ensombreció su rostro. Suspiró antes de responder.

—No lo sé, Betty. Cabe la posibilidad. Pero te daría la opción de quedarte en Marion Hill o de que ambos nos acompañéis.

Las pupilas de la doncella se abrieron con júbilo, acentuando sus expresivos rasgos.

—¿Nos llevaría a Londres? ¡Nunca he estado en una ciudad!

Axel sonrió, desprevenida por la expectación de la muchacha. Ella llevaba viviendo trece años en el campo y no añoraba otro tipo de existencia. Quizá porque su idea de la ciudad no tenía que ver con espacios bonitos, sino sucias calles y rostros mezquinos.

—¿Te gustaría acompañarme?

—Si viniera Jimmy, me encantaría —confesó, emocionada.

Axel le apretó las manos en un gesto de cariño antes de dirigirse al carruaje desde donde Devon ya les hacía señas.

—Por el momento, no le des vueltas; aún no he tomado ninguna decisión. Pero si me fuera buscaríamos el modo de arreglarlo —prometió.

—¿Puedo contárselo a él?

—¡Por supuesto que puedes! —asintió, sorprendida de que le solicitara permiso para un asunto personal—. Pero, de acompañarnos, no puedo garantizarle trabajo.

—¡Jimmy puede emplearse en cualquier cosa! Es un hombre muy listo. Mientras consigamos un techo para cobijarnos bastará.

Axel envidió la fe de la joven en su hombre y lo poco que necesitaban para ser felices. Solo querían estar juntos. ¿Por qué para ella no podía ser igual si deseaba exactamente lo mismo?

Devon la notó abstraída cuando subió al carruaje, pero decidió no indagar. También él tenía asuntos en la cabeza. Logró adormilarse con el traqueteo del coche hasta que un zarandeo inesperado lo despertó de repente.

—¡Maldita sea! ¿Algún problema Jimmy? —gritó, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Un árbol en el camino, señor —avisó el cochero, con recelo.

Devon masculló antes de abrir la portezuela y coger un arma de debajo del asiento. Axel se alarmó.

—¿Qué haces?

—No es tiempo de tormentas. Puede que el árbol sea un señuelo de salteadores de camino. William me dijo que no solía haber, pero no debemos confiarnos.

—¿Sabes usar eso? —La pistola de duelo parecía una antigualla.

Devon rio antes de gritarle a los de fuera.

—¡Jimmy, vamos a ver ese tronco! ¡Betty, baja con tu señora! —Luego la miró a ella, más serio de lo que hubiera querido—. Hay otra debajo del asiento. Si hubiera jaleo, no dudes en sacarla; ni en disparar... Al menos para asustarlos.

El miedo en los ojos verdes lo tornó irreflexivo. Tomó su barbilla y la besó en boca sin reparar en la presencia de los criados.

—No te preocupes. Te protegeré siempre.

Ella no tuvo tiempo de confesar que era por él por quién temía, no por sí misma, pero el pavor en los ojos de Betty la indujo a sonreír.

—Será una falsa alarma, seguro.

Durante un rato los hombres no se confiaron. Devon se quitó la chaqueta y se arremangó la nívea camisa para ayudar al cochero a mover el tronco sin perder de vista sus armas. Cuando quedó despejado, ambos respiraron de alivio.

—¡Sigamos! Nos queda un largo trecho hasta la siguiente parada.

El joven se llevó la mano a la gorra en señal de respeto.

—Sí, señor. Gracias por echar una mano.

Devon Hunt, vizconde Dermont, sonrió con burla mientras recogía sus ropas.

—¡Para algo deben servir tantas horas de boxeo, Jimmy!

Una vez en el carruaje y con Betty en el pescante...

—Lo siento. No quise asustarte, pero en pleno bosque nunca se sabe.

—¡No estoy asustada! ¡Deja de tratarme como a una histérica! Soy yo, Axel, ¿recuerdas? ¡La del carácter endiablado!

Él rio, dejando a un lado su chaqueta, pero bajándose las mangas. Aunque no lo admitiera, la notaba nerviosa.

—¿Qué te preocupa entonces?

—¡Tú y tu maldita arrogancia! Seguro que, de habernos asaltado, te habrías empeñado en hacer de héroe y hubiera tenido que presentar tu cadáver a tu madre. ¿Te imaginas cómo nos sentiríamos las dos?

—Me imagino la desolación de mi madre ya que soy su hijo del alma; pero tú... Pasarías página, supongo —la provocó.

Axel lo fulminó con la mirada antes de cruzarse de brazos y decidir ignorarlo. No reconocería ni bajo tortura el miedo que había pasado al

imaginarlo enfrentado a unos bandidos. La posibilidad de un mal desenlace le había revuelto el estómago.

Devon, adivinando sus pensamientos, clavó en ella sus ojos castaños y acarició el mentón altivo, los pómulos altos, los ojos de fuego y su frente despejada, fruncida por el mal genio.

—¡Vamos, cielo, sabes que bromeaba! —Avanzó el torso y tocó la nariz con la suya, pero Axel se retiró—. No hagas eso, me tientas más.

—No estoy de humor, Devon.

Comprendió que hablaba en serio y se arrellanó en el asiento. No obstante, estiró las piernas y la acorraló entre ellas, como le gustaba hacer.

—Hablemos de algo que lo suavice, entonces. He ideado un plan y necesito tu opinión.

—¿Qué tipo de plan? —Aunque desconfiada, le picó la curiosidad.

—¿Estás convencida de que mi madre sigue enamorada de mi padre? Lo comentaste la primera noche que entré en tu habitación.

Axel, confundida por el viraje de la conversación, no respondió y Devon no supo interpretar su silencio.

—¿Has cambiado de parecer? Dijiste...

—Sé lo que dije, pero no entiendo dónde quieres ir a parar —confesó, perpleja.

Devon se mesó el pelo, mostrando un nerviosismo inusual en él.

—¡Ni yo mismo lo sé! —admitió—. ¡Bueno, sí! He tenido tiempo para pensar estos días, y he llegado a la conclusión de que me gustaría ver feliz a mi madre. Es joven aún y, además, lo merece.

Axel sonrió con melancolía.

—Yo también daría lo que fuera por verla feliz, Devon. Y puedo confirmarte que, excepto por el modo en que trató a tu padre en Londres, le brillan los ojos al nombrarlo. También sé que atesora recuerdos suyos. Una vez la sorprendí con su escapulario en las manos. Contiene un retrato del conde y lo lleva colgado en su cuello. Todos los días.

Devon suspiró, apesadumbrado.

—¿Estás segura de que mi padre no la quiso nunca?

—¿Manteniendo amantes declaradas desde el inicio de su matrimonio? ¿Tú qué dirías? Eres un hombre. Tal vez lo entiendas —replicó con dureza.

A la mirada de Devon asomó resentimiento.

—Axel, yo no soy mi padre.

Ella recordó cuánto les había detestado a ambos en el pasado y rectificó, intentando ser justa.

—Es cierto. Y quizá, igual que estuve equivocada contigo, también lo esté sobre él, puesto que únicamente conozco una parte de la historia. Aunque admito que es descorazonadora.

Devon la contempló con gratitud. Su corazón anhelaba que ella tuviera razón.

—Lo es, mucho. Y puede que mi padre sea una mala persona, pero me cuesta creerlo. Su actitud conmigo fue siempre impecable.

Axel se removió incómoda en el asiento. No le gustaba juzgar a los demás y se hallaba confusa respecto al conde. Se había pasado años odiándolo, pero después de la visita a Londres no lo reconoció en el demonio de su imaginación. También la curiosidad de Clarence le había dado qué pensar. Sería muy interesante conocer su versión de los hechos.

—¿Y bien? —quiso saber, al fin—. ¿Cuál es ese plan?

El rostro del vizconde se transformó con una sonrisa diabólica.

—¡Enamorarlos!

Axel abrió los ojos, fascinada, mientras la voz de Devon sonaba dudosa.

—¿Te parece factible?

—¡Sería maravilloso! —admitió Axel, romántica hasta la médula.

La alegría no le duró mucho. Su mirada se ensombreció al sopesar los contras.

—¡Más vale que el plan sea excelente! ¡Me ha venido a la memoria el encuentro en Valmont House y se me hieló la sangre! ¡Tu madre llegó hasta la descortesía con él! Tampoco parece dispuesta a residir en Londres.

Devon no perdió la sonrisa y le mostró sus cartas.

—Contamos con una baza importante. Si en algo está empeñada mi madre es en que tengas tu temporada, y si acudes a Londres no va a dejarte sola. —Le guiñó un ojo—. No debe saber que cuentas con el patrocinio de Clarence. Si se lo ocultamos, se sentirá obligada a acompañarte.

Axel meditó pros y contras y después asintió.

—Podemos intentarlo. Pero en una pareja hacen falta dos. ¿Cómo engatusarías a tu padre?

—Puede que tuviera amantes en el pasado, pero te garantizo que lleva mucho tiempo solo. Son cosas que los hombres sabemos. Se hablan en el club —explicó ante su interrogante—. No hay nada que un noble haga que no se

sepa al día siguiente.

Ella guardó silencio un instante. Luego, su voz tembló.

—¿Es una advertencia? ¿Quieres decir que... estaremos en boca de todos si... no somos cuidadosos?

El rostro de Devon se puso serio, casi tenso.

—Absolutamente, Axel. Y lo mismo sirve para Perry. Él es duque, y no hay madre con hija casadera que no lo observe con lupa. Si se le olvida, lo mataré a puñetazos —prometió, haciendo recordar a Axel lo molesto que se mostró cuando se retiraron de la fiesta—. Pero dejemos ese asunto. Confío en ti. Sé que tienes la cabeza en tu sitio y no olvidarás que Londres no es Blackmoon.

Ella le apretó las manos, deseando tranquilizarlo. No le gustaba verlo enfadado.

—¡No lo haré, Devon! No dejaré en mal lugar el apellido Birmingham.

Devon le rozó la frente con un beso.

—¡No es el apellido lo que me importa! ¡Es que no soportaría que esas arpías te destrocen! —Bajó más la voz, desazonado—. Y créeme, Axel, pueden hacerlo.

—No lo olvidaré —asintió ella, más asustada de lo que dio a entender.

Devon se retiró, recuperando la serenidad.

—Volviendo a nuestro plan. ¿Me ayudarás?

La sonrisa de Axel se lo dijo todo, y él siguió exponiendo los detalles.

—Ya que compartirán techo, buscaremos oportunidades para que se encuentren a solas. Tú meterás ideas temerarias en mi madre y yo haré lo mismo con mi padre. —Discurrió algo que antes no había pensado—. Creo que... ¡Sí, me mudaré con vosotros! Mejor que esté cerca.

—Pero ¿y tu casa? Vives independiente desde hace años.

—Necesita unas remodelaciones. Puede que haya llegado el momento de llevarlas a cabo. —Se encogió de hombros, conspirativo.

Axel asintió, satisfecha, presintiendo que la idea podía llegar a buen término.

—Suena creíble.

Devon se vanaglorió con una última afirmación.

—¡Otro motivo más para la presencia materna! ¡No podrías quedarte en una casa con dos hombres solos!

El entusiasmo de Axel la llevó a palmotear, y él rio encantado. Lo uno llevó a lo otro y sellaron su pacto con un breve beso.

—Tengo que quitarme esta costumbre —musitó Devon en su boca.

Axel se lo confirmó con un gesto pese a saber que, de decidirse a cumplirlo, lo echaría de menos.

El resto del viaje lo disfrutaron tramando eventos a los que los condes de Valmont podrían acudir acompañados. La imaginación de Axel era desbordante, pero le asustó comprobar en cuantos actos sociales tendría que participar y con cuánta gente debería alternar. Solo le tranquilizó saber que Devon estaría a su lado.

Cenaron en una posada al lado del camino, compartiendo de nuevo mesa y charla con sus criados y después ambas mujeres se retiraron a la misma habitación. Devon consiguió una en otra planta, porque el local estaba a rebosar, y Jimmy durmió en el establo con el resto de criados y los caballos.

El segundo día, salieron temprano para soportar mejor las inclemencias del verano y ambas parejas disfrutaron de su relativa intimidad, haciendo diferentes tipos de planes.

Cuando lograron avistar Marion Hill, atardecía.

Una vez pisó el umbral de su amado hogar, Axel sintió que regresaba distinta, madura, con una visión más amplia de lo que le aguardaba en la vida.

Por su parte, lady Valmont también supo que su pupila no era la misma chica que salió rumbo a Escocia. Su modo de actuar y sus ojos risueños hablaban de una mujer enamorada. Lo que le inquietó fue preguntarse quién era el objeto de ese amor.

Hasta el almuerzo del día siguiente no se reunieron para compartir las peripecias del viaje. Los recién llegados durmieron de un tirón y se saltaron el desayuno, lo que les condujo a la mesa con un hambre voraz y unos rostros risueños.

Los hermanos Birmingham cruzaron las miradas, sin salir de su asombro, ante los chispeantes comentarios que los jóvenes intercambiaban y las bromas que se prodigaban plato tras plato. Incluso lord Birmingham, de habitual despistado, pensó que jamás les había visto tan compenetrados. En cuanto a la condesa, no podía dejar de mirar a su hijo con sospecha, inquieta ante la posibilidad de que él hubiera olvidado su responsabilidad de caballero y

hubiera seducido a su ahijada.

—Entonces, lo has pasado bien.

—¡Más que bien, Orson! ¡Ha sido fascinante! —asintió Axel con ardor—. He alternado con un grupo encantador y los paisajes de Escocia son maravillosos. ¡Tienes que ir a Blackmoon! Seguro que los condes te recibirán encantados. ¿Verdad, Devon?

Llevaba un vestido de muselina con flores amarillas y el cabello suelto, enmarcando su ilusionado rostro. Lucía tan atractiva que a Devon le costaba apartar su mirada y ni su madre ni su tío dejaron de percibirlo.

—Seguro —asintió, hechizado.

—Entonces, ¿ya no rechazas la idea de pasar la temporada en Londres? —insinuó Elena, atónita por el descarado interés de su hijo.

Fue él quien respondió.

—Para la temporada falta mucho, madre. Nos iremos en unas semanas.

El silencio planeó sobre el comedor hasta que el vizconde se obligó a romperlo, explicando los motivos.

—Axel ha hecho amistades muy importantes, madre. Mi amigo Andrew, el duque de Ivory —logró reprimir el rechazo que su mera mención le provocaba, pensando que servía como excusa perfecta—, se mostró interesado en cortejarla. Amenaza con presentarse en Marion Hill si ella no acude a Londres y, si mal no recuerdas, no acepta un no por respuesta. Creo que debemos aprovechar las circunstancias, ya que es un momento propicio para Axel.

—¿Y a ti te interesa el duque, cariño?

Ella creyó leer sorpresa en los ojos castaños de su tía.

—Es un hombre muy... atractivo —admitió sin mirar a Devon.

—No esperaba que eso te cegara. —Todos advirtieron que el comentario conllevaba un reproche.

—Axel siempre ha demostrado ser sensata —intervino Orson, cada vez menos cómodo con el devenir de la charla.

Adoraba a su hija adoptiva y no se había planteado qué ocurriría cuando ella creciera. Nunca se le pasó por la cabeza que quisiera abandonar el tipo de vida que llevaban, pero si era su intención, la secundaría.

—Gracias, Orson. Haré todo lo posible por no defraudar tu confianza. —

Axel entornó los ojos, a la defensiva, cuando respondió a su tía—. En cuanto a Andrew, tía Elena, es un hombre cálido y encantador. Ya sé que tiene una fama pésima, pero le recuerdo que la comparte con Devon, y ya ve cómo él, en la intimidad, no tiene nada que ver con el hombre que la gente imagina.

A Devon le escoció la ardorosa defensa de su amigo, aunque tuvo que reconocer que resultó efectiva. Las mejillas de su madre se sonrojaron por la vergüenza.

—Lo siento, Axel; no quise ofenderte.

La muchacha se levantó de su asiento para abrazar a su protectora y la llenó de besos, obligándola a sonreír.

—¡Basta, ya sé que me has perdonado!

—Yo jamás tendré que perdonarle nada, tía Elena —aseguró cariñosa—. Le debo todo lo que soy.

Devon envidió la complicidad que ambas mujeres compartían. No podía evitar los celos cuando su madre o su tío hacían patentes sus sentimientos por ella, de los que se sentía excluido; pero en esta ocasión, como si Axel hubiera presentido su resquemor, se acercó por detrás y le besó la coronilla antes de acomodarse en su asiento.

—Anda, Devon, cuéntale a tu madre los planes que tenemos.

Los Birmingham cruzaron las miradas de nuevo. Aquellos dos ocultaban algo. ¿Es que no se daban cuenta? ¡La proximidad que les unía los ponía en evidencia!

El vizconde, ajeno a la expectación levantada, le siguió el juego a Axel.

—Tío, después mantendremos una conversación en privado, pero te adelanto que Axel vendrá conmigo a Londres. Y doy por hecho que mi madre nos acompañará.

Su tío frunció el ceño ante la promesa de una explicación posterior. Por su parte, la condesa negó, nerviosa, por las expectativas de su hijo.

—Yo estoy cómoda en Marion Hill, Devon. No deseo volver a Londres. Le pediré a alguna de tus tías que presente a Axel llegado el momento...

—¡Es que no tendrás más remedio, madre! Axel no puede vivir en Valmont House con mi padre, ni tampoco conmigo, aunque seamos parientes. Sería un motivo de escándalo asegurado.

—¿Por qué ibas a vivir en nuestra casa? ¡Tienes la tuya!

—Necesita reformas. Llevo tiempo queriendo acondicionarla con tuberías para el agua y otras comodidades —informó con fingida indiferencia—. Me

trasladaré con vosotros mientras duren las obras.

—¡Pero yo no puedo...! ¡Tendría que volver a vivir con tu padre!

Elena miró a su hijo y luego a la joven, con tal angustia que Axel estuvo en un tris de retractarse, pero Devon le pisó un pie bajo la mesa, adivinando su intención.

—La mansión es enorme, madre. —Devon se negó a ablandarse, sabiendo que, si no la forzaba, no podrían llevar a cabo sus planes—. No tendréis ni que veros. Además, estarás muy ocupada presentando a Axel a todos tus conocidos.

Elena calló, reflexiva. Cuando alzó la mirada de nuevo, pareció resignada.

—¡Está bien! Lo haré por Axel.

—Tía Elena, yo...

La angustia afloró en la mirada jade. Axel adoraba a su tía y odiaba hacerla pasar un mal trago. Pero Devon la atajó a tiempo con una promesa que sirvió para ambas.

—Te garantizo que no te arrepentirás, madre.

Terminado el almuerzo, los dos hombres se retiraron a la biblioteca para tomar un brandy. No era costumbre en Orson Birmingham, pero ya que su sobrino parecía andarse con tanto secreto, pensó que necesitaba algo fuerte.

—Y bien, querido vizconde, ¿qué te traes entre manos?

A pesar de la sorna, Devon notó que su tío estaba inquieto.

—Solo pretendo que Axel sea feliz.

—¿Y no te parece que ya lo era antes de que le metieras tantos pájaros en la cabeza?

Devon contempló a su tío con detenimiento. A pesar de su desinterés por los asuntos mundanos, su mirada mostraba un alto grado de inteligencia y entendió que le debía una explicación razonable.

—Puede que lo fuera; pero ha perdido el miedo a moverse en sociedad y puede aspirar a una vida que no la retenga entre cuatro paredes o la obligue a casarse con un terrateniente de los alrededores.

—¿De verdad crees que la vida en Londres será mejor que esto?

Devon suspiró antes de tragar el contenido de su copa de un golpe.

—Comprendo tu miedo a que resulte herida. Pero eso no ocurrirá. Yo estaré alerta.

—¿Cómo de alerta? ¿Acaso estás interesado en ella? En realidad, no sois familia... —aventuró, esperanzado.

Devon se admiró de la perspicacia de su familia. O eran muy observadores o realmente ellos era muy malos fingiendo.

—No voy a negar que me gusta Axel. Muchísimo. Pero ella quiere amor, tío. Y yo no sé si puedo ofrecérselo. Eso es todo por ahora.

Orson asintió, satisfecho con la honestidad de su sobrino.

—¿Y ese duque?

—Está loco por ella. Pero Axel no logra decidirse.

—¿Y si lo escoge a él?

Los dos hombres se mantuvieron la mirada. Fue el más joven quien la apartó primero con una nube de tormenta.

—No lo sé, tío Orson. No quiero pensar en eso. Estoy... obsesionado con Axel. Pero no sé si es porque he descubierto lo maravillosa que resulta o porque quiero purgar lo hijo de perra que he sido con ella durante años.

Su tío se sirvió otra copa y le pasó la botella.

—Ella parece adorarte. Nunca te había mirado así.

Una sonrisa surgió, espontánea, en el atractivo rostro del vizconde. Le halagó escucharlo.

—Nos hemos hecho buenos amigos.

Lord Birmingham suspiró, sabedor de que la partida estaba decidida de antemano y el futuro lo apartaba de Axel.

—Hay otra cosa, hijo... El dinero.

—Eso no es problema —lo acalló el joven.

—Ya has gastado mucho dinero en ella. La temporada resulta cara y Axel es orgullosa. ¿Aceptará tu ayuda?

—Lo he estado pensado. Y no, no la aceptaría. En caso de que te preguntara, le dirás que hace años creaste un fideicomiso para su matrimonio y que puede emplearlo ahora.

Orson admiró la planificación de su sobrino. Que hubiera calculado todos los detalles le confirmó su interés por la muchacha.

—¿De cuánto sería?

—¿Cinco mil libras? —sugirió impertérrito.

Orson rio, escéptico.

—No lo creerá. Axel no es tonta y sabe que no manejo tanto dinero.

—Nunca le informaste de tu ruina, que yo sepa...

—No, por supuesto que no. Pero la vida es de natural austera en esta casa. Ella no ha sido dada a malgastar en caprichos, por eso no sentí la necesidad de advertirle.

—Tuviste buen criterio. —Devon encendió un habano—. No tratemos más de dinero; no lo merece. Quiero que seas nuestro cómplice en otro asunto. Voy a explicarte el motivo por el que estoy obligando a mi madre a venir con nosotros.

Y pasó a relatarle lo que Axel y él habían planeado.

A lord Birmingham no le pasó desapercibido el «nosotros» y apenas prestó atención a lo que escuchó después. Deseaba lo mejor para Axel y, visto cómo se entendían los dos, se convenció de que lo mejor era Devon. En el pasado no se había atrevido a soñarlo por el tratamiento tan feroz que el muchacho le había dado, pero ahora... Ahora presentía que Axel, «su Axel», podría ser la siguiente vizcondesa Dermont. Sabía que un título la protegería de la maldad de Londres y, aunque confiaba en Devon, no ignoraba que, por encima de todo, lo único capaz de callar las malas lenguas era el «sello de calidad» que imprimía un rango en la Corte.

Cuando logró enterarse de que su sobrino pretendía, además, arreglar el matrimonio de sus padres, asumió que debía dejarlo todo en sus jóvenes manos. Él no estaba para conspiraciones e intrigas. En realidad, jamás había sabido moverse en esos campos. Por algo adoraba la paz de Marion Hill. Su casa. Aunque la mantuviera Devon.

Axel era consciente de que sus hábitos se trastocarían en cuanto pusiera los pies en Londres, así que se dedicó en cuerpo y alma a Marion Hill. Quería aprovechar todo el tiempo posible la sensación de «ser ella», la protegida, la mimada hija de Orson Birmingham.

Dedicó largos ratos a conversar con él en la biblioteca, a recorrer los jardines y repasar juntos la botánica que tanto les fascinaba. Visitó a los arrendatarios uno a uno, asegurándose de que el invierno lo pasarían en buenas condiciones. Quedó tranquila al saber que un administrador de confianza del vizconde se haría cargo de las cuentas y de que Richard, el hijo de la cocinera, se ocuparía del trato directo con los campesinos. Axel lo conocía desde que eran pequeños y respondía de su desenvoltura.

Mientras, tanto Elena como Devon se preparaban para regresar a la ciudad.

La condesa recogiendo sus pertenencias más preciadas y mentalizándose del cambio de vida que la aguardaba. Él, encerrado en su despacho, entre papeles. Tenía pendiente la compra de algunas empresas y William Blake le había enviado material suficiente para quebrarse la cabeza.

Un atardecer, ya próximo al viaje, salió a despejarse y halló a Axel absorta en el cenador. La imagen le trajo el recuerdo de la vez que allí mismo la aplastó con violencia contra la columna, sujetándola entre las piernas para cubrirse de sus peligrosas rodillas. La vergüenza, a la par que el deseo, se reflejó en su mirada.

—¿Alguna inquietud, *primita*?

Ella despertó de su melancolía y dejó que una sonrisa asomara a sus labios.

Devon se detuvo en el contorno de su boca, asombrado por cómo le atraía; en el verde intenso de su mirada, en su cabello desparramado sobre la espalda de encaje del vestido veraniego, en sus brazos apenas cubiertos por la transparencia de las mangas...

Axel, encandilada por su escrutinio, sintió el deseo nacer desde lo más profundo de sus entrañas. Se mordió el labio inferior, buscando el control, y lo único que consiguió fue que Devon la atrapara en sus brazos y le devorase la boca.

—Te he echado de menos —afirmó, reteniéndola, una vez lograron contenerse.

—Has estado ocupado. Y yo también.

—¿Despidiéndote de Marion Hill? —Notó cómo le erizaba la piel con su aliento y creció su anhelo.

—Algo así.

—Volveremos —aseguró, acariciando su mejilla con ternura—. Tú perteneces a este lugar y tío Orson seguirá aquí. Es nuestro refugio de vacaciones.

—Para mí lo es todo. Es mi hogar —confesó ella, sintiendo que la desbordaban las lágrimas.

Devon las secó con sus besos y, mientras, una idea acudió a su cabeza. ¡Tenía que hablar con Orson! Pero eso sería después. En ese momento debía devolverle la sonrisa a Axel.

—No llores por las cosas buenas. Aprende a apreciarlas. Y sonríe. ¡Así! ¡Estás preciosa cuando lo haces!

Axel recordó que Andrew Perry la había halagado de ese modo la primera

noche que se conocieron, pero lo desechó enseguida. No podría comparar lo que les unía con lo que sentía por Devon. Instintivamente, lo abrazó más fuerte.

—Estarás a mi lado, ¿verdad?

—¿Te refieres a Londres? ¿Es lo que te preocupa? —Devon frunció el ceño, inquieto.

—Sí. Tengo miedo de todo. De no ser admitida, de que yo... ¡No quiero comportarme como esa gente, Devon! Quiero continuar siendo yo misma.

—¡Y lo serás, cariño! —aseguró, convencido, mientras le besaba los pómulos; le siguió la frente y terminó en su boca—. Voy a estar allí, Axel. Te juro que te defenderé hasta de mí mismo si es preciso.

Ella no entendió sus palabras, pero tampoco le importó. Las sensaciones que sus manos provocaban sobre su cuerpo al acariciarla y el tormento de su boca era todo lo que necesitaba sentir.

Lady Valmont se miraba, en ese mismo instante, en el espejo de su tocador. La imagen le devolvió a una mujer bella, de apenas cuarenta años, con el cabello sin una cana y los ojos tristes.

Suspiró, desalentada. Detestaba a Stephen Hunt por lo que le había hecho a su vida, convirtiéndola en un infierno desolado, pero también se despreciaba a sí misma por no ser capaz de superarlo. Consideraba a su marido una adicción, una droga que se le había metido en la sangre desde el momento en que lo vio y que no había logrado sacarse de encima.

Durante un instante, un conato de rebeldía asomó a los ojos castaños. ¡Debía olvidarlo! Si iba a volver a Londres, no lo haría como una pobre ilusa, como la mártir que había sido durante veinticinco años... ¡Se merecía algo mejor! Y si ello implicaba cambiar su moral y sus convicciones, lo haría. Intentaría enamorarse o echarse un amante, lo que fuera; pero no se iría a la tumba habiendo sido simplemente «la esposa y la madre de».

Con decisión se quitó el escapulario que escondía entre sus senos y lo guardó en un baúl. Lo llevaría con ella, pero dejaría de sentirlo pegado a su piel.

Lord Birmingham no disimuló su sorpresa cuando su sobrino lo siguió a la

biblioteca tras el desayuno. Durante el transcurso del mismo no le había mostrado ningún indicio de querer mantener una conversación privada. Devon, con desenvoltura, cerró la puerta tras de sí.

—Tenemos que hablar.

El conde esbozó una mueca, socarrón.

—Sí, ya lo veo. ¿Quieres que mire tras las cortinas? —Divertido por su falta de comprensión, se explicó—. Parece que andemos de secretitos.

—Algo parecido, porque no quiero que Axel lo sepa.

La mirada del hombre se ablandó. Solo escuchar su nombre lo ponía triste. Entendía que su pupila tuviera que marcharse, pero en los últimos días había tomado conciencia de cuánto la iba a echar de menos y no pudo evitar rebelarse.

—¿Estás convencido de la bondad de esa idea, Devon? ¡La despellejarán a la menor oportunidad! Todos saben que no es mi hija.

—No, no lo saben a ciencia cierta. Más bien la suponen un desliz de tu juventud. —La palabra «bastarda» le vino a los labios, pero solo de recordar cuánto le dolía a Axel, se sintió incapaz de pronunciarla—. Perry y yo nos encargaremos. ¡Nadie se atreverá a volverle la cara teniendo el apoyo de un duque! De todas formas, no es de eso de lo que quiero hablarte. He mandado llamar a mi abogado. Llegará a media tarde porque hay un asunto que debemos dejar resuelto.

Ante su gesto decidido, Orson tomó asiento en su sillón habitual y Devon lo acompañó en el de enfrente.

—¿Has testado?

La confusión asomó al rostro de su tío.

—Sí, claro. Lo hice para proteger a Axel.

—Bien. ¿Y cuál fue el acuerdo que tomaste?

Orson entornó los ojos en un guiño que le hizo recordar a Devon un típico gesto de Axel. No cabía duda de que habían pasado muchas horas juntos.

—El primero lo redacté nada más tomarla bajo mi protección. La nombré mi heredera universal; exceptuando algunas minucias para tu madre, para ti, y para los empleados de esta casa. Pero después lo modifiqué. Cuando tú... Cuando pasaste a ser el auténtico dueño de Marion Hill.

—¡Nunca he sido el dueño de Marion Hill! La propiedad no ha dejado de estar a tu nombre. Solo saldé las deudas. ¿Por qué no me lo consultaste? —replicó, contrariado.

—¡Vamos, sobrino! ¿Qué iba a decirte? ¿Que me heredara la joven a la que odiabas a muerte, cuando eras tú quien pagaba las facturas? —respondió con sensatez.

Él cabeceó, nervioso, dándole la razón. No podía negar que su antipatía por Axel había sido obsesiva. Suspiró para controlar su malhumor.

—Lo siento, tío. Lo siento de verdad. Fui un maldito engreído y un irresponsable. Quiero que vuelvas a corregir el testamento. Revierte los términos a como estaban al principio.

—Eso no sería justo. Tú mantienes los gastos. Y son muchos.

—También manejo las ganancias.

—Pero me las entregas a mí; no soy tonto.

Devon se incorporó, incómodo.

—Mi madre vive contigo. También ella tiene gastos y me parece justo asumirlos. ¡No le demos mayor importancia! De todas formas, me quedo un dos por ciento de los beneficios; no me creas un santo...

—¿Deseas de corazón que Axel se quede con Marion Hill?

—Sí. Yo no lo necesito. Heredé el título y las propiedades del tío Bryan. En un futuro, que espero lejano, heredaré el condado de Valmont. Y además, me dedico a los negocios, por poco elegante que resulte. Te aseguro que Blake y yo estamos logrando una fortuna con las fábricas de Londres. Incluso había pensado invertir alguna cantidad en tu nombre y en el de Axel... Los beneficios son ingentes.

—Lo dejo en tus manos —aceptó su tío—. Sabes lo nulo que soy para la administración. En cuanto a lo de esta casa...

—Eso está decidido, será para ella. Si quiere casarse no tendrá que hacerlo por dinero. Su futuro estará asegurado.

—¿Y si el escogido es el duque? ¿No te importará que pase a sus manos?

—Andrew no necesita estas tierras. Me precio de conocerlo. Él no se opondría a mis planes si tuviera que enterarse algún día... —aseveró con certeza—. La posesión es de Axel, y solo de Axel. Habrá una cláusula especial por la cual su marido no podrá disponer de ella. Pasará directamente a sus hijos. Y si no los hubiere, regresaría a los Birmingham.

—Lo has calculado todo.

—Lo he intentado, al menos —admitió, práctico—. ¿Estás de acuerdo con mis disposiciones?

—Absolutamente. La dejas bien protegida.

—Como si fuera mi hermana...

—Sería más fácil si fuera tu esposa —replicó Orson con dulzura.

Devon sonrió entre dientes.

—¡Quién sabe, tío! Con todo, también la protejo de mí. Axel tiene derecho a su independencia.

Orson le sujetó de un hombro cuando ya se iba y lo estrechó entre sus brazos.

—Gracias, hijo. Gracias por cambiar.

La mirada castaña mostró confusión, aunque agradeció el abrazo. Por un instante se permitió sentirse parte del mundo de Axel.

—¡Siento haber estado tan ciego! Por cierto, cuéntale que es tu heredera. Metí la pata y le eché en cara que mantenía la casa, pero dile que has invertido en mis empresas y has recuperado tu fortuna... ¡Lo que sea! Pero que no se sienta en deuda conmigo.

—¿Piensas que va a creerme?

—Si le dices que te he asesorado, podría ser.

Se despidió con una sonrisa, contento de haber puesto una garantía firme en el futuro de Axel. ¡Haría lo que fuera necesario por desbaratar sus miedos!

¡La última noche en Marion Hill! Una profunda tristeza invadió a Axel desde por la mañana. Devon lo captó, pero la llegada de su administrador le obligó a acompañarlo por toda la propiedad. Regresaron a la hora de la cena, la cual resultó formal por la presencia del invitado.

Axel se retiró pretextando jaqueca, y él la siguió en cuanto le fue posible.

Entró sin avisar, como dos meses atrás. En esta ocasión no leía. Contemplaba, desde el banco de piedra que rodeaba su ventanal, las traseras de la casa, el inmenso jardín y los verdes prados. Llevaba un recatado camión blanco y el cabello cobrizo le cubría la espalda.

Devon tragó saliva. «¿Lo que sentía por ella era amor? De no serlo, ¿por qué sentía como propio su dolor? ¿Cómo podía querer defenderla de las tristezas que la asaltaban?». Las dudas le carcomían, pero no pensaba esperar a despejarlas para acudir en su auxilio.

Cuando Axel se volvió, tenía los ojos anegados en llanto. Sin mediar palabra, la acogió en sus brazos.

—Lo siento. Llevo todo el día intentando librarme de Peterson, pero no he

podido —musitó en su oído.

—No sé por qué estoy triste.

—Porque nos vamos. —Izó su barbilla y depositó un beso cálido en ella—. Y porque tienes miedo. Pero todo va a ir bien. —Subió hasta su boca—. Te lo prometo.

Ella lo abrazó con fuerza, angustiada.

—Quédate esta noche. Duerme a mi lado.

Él sostuvo su mirada y después suspiró, asintiendo. ¡Al demonio los convencionalismos! ¡Estaban en casa! Mañana irían a Londres y allí no podrían ser descuidados. La cogió en brazos y la llevó hasta la cama. Hacía frío. Atizó la chimenea y apagó las velas para desvestirse con la tenue iluminación de las llamas. Cuando se acostó a su lado, desnudo, Axel lo estrechó en sus brazos.

—Creí que era una invitación a dormir —susurró, burlón, perdido en los ojos que seguían tristes.

Una chispa de diversión apareció al fin en ellos.

—Tú sabes cómo dejarme agotada —replicó quedo, besando su oreja.

Devon no necesitó más. Atacó su boca con ansia, le quitó el camisón por la cabeza y la acarició desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Cuando inició el camino ascendente, Axel ya se retorcía en sus manos, gimiendo, febril por recibir su tacto.

Satisfecho del poder que ejercía sobre sus sentidos, se demoró en su boca hasta que los labios magullados gimieron: «Más, Devon». Exultante, bajó trazando un sendero de fuego por sus pechos, lamió su ombligo y se detuvo entre los bucles de su sexo para devorarla, instándola a correrse una y otra vez mientras controlaba su propio deseo con una concentración extrema.

Cuando Axel cayó desmadejada sobre las sábanas, empapada en sudor, Devon se apartó para aliviar el dolor que amenazaba con castrarlo; pero ella, curiosa como siempre, no se lo permitió.

Su mudo interrogante le ofreció la oportunidad de confesarle lo que deseaba. Se tumbó de espaldas, le acarició los labios con sus dedos húmedos de los jugos de ambos y le acercó la cabeza hasta su cadera.

Axel, precavida, tanteó con sus labios el sexo hinchado y duro que se le ofrecía, vacilante de cómo proceder, pero el gemido de Devon ante su solo contacto le otorgó seguridad; lo tomó a fondo y comenzó a lamerlo como él le había hecho, lento primero y rápido después. La mano de Devon en su cabeza

le marcó el ritmo y una sonrisa victoriosa nació en los ojos verdes cuando sintió tensarse el cuerpo masculino, tan húmedo como el suyo. Llevó las manos hasta el escroto y lo acarició con fuerza al tiempo que el semen se escapaba a chorros hasta sus pechos y le desbordaba la boca.

Aturdida por la sorpresa, se atoró y comenzó a reír mientras Devon la miraba con una mezcla de admiración y felicidad.

—¡Dios bendito, Axel! ¡Ha sido glorioso!

Ella rio, asombrada por lo que acababa de hacer, y se tendió sobre los soberbios músculos de Devon para besarle en la boca.

—¡Endemoniadamente glorioso! —asintió, satisfecha de sí misma.

Devon le susurró caricias sobre la frente mientras ambos sentían que sus sentidos se adormecían, pero antes tuvo la cautela de incorporarse y limpiar sus cuerpos. No quería que las sábanas les delataran. Aunque no le importaba que el tío Orson le pidiera responsabilidades, no era así como deseaba un compromiso con Axel. Ella se acurrucó a su lado, agotada, suspirando con indiferencia. No estaba para pensar en criados, tan satisfecha con la noche pasada que solo quería dormir para rememorarla en sueños.

La condesa Valmont realizó el viaje a Londres intrigada por las miradas cómplices entre Axel y su hijo. Él prefirió cabalgar y lo hizo en paralelo al carruaje, dentro del cual ellas mantenían un ominoso silencio. Detrás, dos vehículos cargados de pertenencias, les seguían a un paso más lento.

Despedirse de Orson había sido duro, con muchas lágrimas por parte de Axel y una terrible sensación de pérdida para ella. Elena sentía que dejaba atrás unos plácidos años de paz y retornaba al salvaje mundo de las apariencias. Sin contar lo mucho que le alteraba el recibimiento de su esposo. Le había enviado una carta explicándole los motivos de su inminente llegada y en respuesta recibió un lacónico «Valmont House es su casa», con lo cual, ignoraba si la noticia lo enfurecía, alegraba o lo dejaba indiferente.

Caviló sobre el asunto mientras controlaba las idas y venidas de los ojos verdes a los castaños y las sonrisas que florecían en las bocas de ambos. ¿A qué estaban jugando? No entendía por qué Axel, tan sensata siempre, no se percataba de que estaba loca por Devon, ni por qué su hijo, tan indiferente a las atenciones del otro sexo, se desvivía por hacer feliz a la muchacha que durante años había humillado. Tenían que haberse enamorado, no cabía otra

explicación. Y sin embargo, los dos negaban la evidencia, tratándose como compenetrados amigos. ¿Seguirían así en Londres? La gente no era tonta. Nadie iba a irle detrás a Axel Birmingham si veían al vizconde Dermont interesado en ella... ¡Tendría que cruzar unas palabras con Devon!

Devon cabalgó controlando el paso de los carruajes que les acompañaban a la ciudad. La idea de permanecer junto a Axel en un espacio tan pequeño, teniendo que aspirar su perfume y reprimiendo sus impulsos por la presencia de su madre, le había llevado a elegir la montura. Por otro lado, necesitaba aire fresco para recuperar la prudencia y disimular el cansancio.

Apenas había dormido con ella pegada a su costado, torturado por el deseo, mordiéndose los puños para no cercarla de nuevo en sus brazos. Ya no se conformaba con tocarla, besarla o acceder a sus íntimos rincones; se moría por entrar en ella, por entrelazar sus cuerpos y volar juntos hacia un orgasmo. La quería para él; solo para él.

Imaginarlo lo endurecía de primitivo deseo. Jadeó, desesperado por disimular, y azuzó el caballo unas yardas, necesitado de enfriar su mente.

Cuando regresó del falso paseo de reconocimiento, la mirada de su madre no le dejó lugar a dudas. Intuía que algo estaba ocurriendo.

Capítulo 7

La incertidumbre de la condesa quedó disipada cuando las puertas de la mansión se abrieron de par en par ante la llegada de los carruajes y el mismísimo conde precedió a los criados para recibirles. Lucía una sonrisa correcta que se intensificó al abrazar a su hijo.

—Me ha dicho tu madre que te quedarás un tiempo...

—Solicito asilo; si no tendré que buscarme un piso de soltero —asintió con cariño, devolviendo el abrazo.

El conde palmeó los hombros de su hijo, orgulloso de su prestancia.

—Tu habitación te espera —aseguró mientras se volvía a su esposa y modificaba la sonrisa por un gesto amable—. Señora, bienvenida. Robert y la señora Hanson están deseando ponerse a sus órdenes, como siempre.

Turbada por su cordialidad, la condesa reprimió la acidez que acostumbraba a usar como defensa.

—Gracias, señor.

El conde pareció olvidarse de besar la mano de su esposa; sin embargo, tomó las de Axel y rozó sus enguantados nudillos con un gesto galante.

—Querida, lo dije hace unas semanas y lo reitero, estás preciosa. Espero que disfrutes mucho de tu estancia en Londres.

Ella se limitó a sonreírle y el conde la soltó para asir el codo de su esposa, guardando la etiqueta.

—Pasad a refrescaros. La cena está lista pero no hay prisa. La tomaremos una vez os acomodéis.

Valmont House ocupaba una manzana completa. Tenía jardines tanto delante como detrás de la casa. Se accedía al recinto a través de una verja de hierro

forjado, pero el interior quedaba oculto a la mirada de los viandantes por un muro de piedra. El pórtico de entrada, formado por un frontón triangular y cuatro columnas jónicas, proporcionaba un aspecto elegante a la fachada, que se dividía en dos pisos. La primera planta se dedicaba a las relaciones sociales y la segunda a las privadas.

Los criados, con excepción del ama de llaves y el mayordomo, tenían sus dependencias en un ala anexa a las traseras del edificio. Allí fueron enviados Betty y Jimmy cuando terminaron con sus respectivas ocupaciones. Se habían casado una semana atrás en Marion Hill y Devon se encargó de proporcionarles alojamiento, a pesar de que el antiguo cochero trabajaría en una de sus fábricas y no como empleado de la casa.

Axel contempló desde su ventana la plaza que se extendía delante de la mansión, limpia y silenciosa, algo difícil en Londres, lo que le dio idea de la categoría de la zona. Su habitación tenía amplitud suficiente para acoger a dos invitadas más. Incluía el dormitorio, un vestidor con bañera de mármol y un saloncito privado donde se apresuró a acomodar sus libros.

Tanteaba el colchón, grande y cómodo, cuando unos golpes en la madera le hicieron incorporarse de golpe. Era Devon.

—Vamos a cenar —comunicó a modo de saludo—. ¿Te gusta tu alcoba?

Las mejillas arreboladas de Axel le dijeron en qué pensamientos la había interrumpido y su cuerpo se tensó de inmediato.

—¿Todo bien?

—Muy bien —asintió ella, atragantándose con la saliva.

Devon cerró la puerta y la besó en la frente.

—Gracias por lo de anoche. ¡No tengo palabras para adorarte! Pero aquí debemos ser cuidadosos. Los criados de mi padre no son de confianza.

—¡Solo estaba probando el colchón cuando llegaste! —se defendió, avergonzada.

La risa le llegó en un susurro mientras abría la puerta y la sacaba al pasillo.

—¡Veré el modo de llegar hasta él! —aseguró burlón, tirando de su mano y llevándola al comedor.

Los condes de Valmont aguardaban en la mesa, frente a frente. Stephen, muy serio, calentaba una copa de vino en su mano mientras Elena, con los ojos bajos, bebía un poco de agua.

Devon besó a su madre tras acomodar a Axel a su derecha y saludar a su padre. Los criados se apresuraron a servir la sopa.

—Con tu permiso, padre, considero que comer en una mesa de tres metros cuando estamos en familia resulta un tanto envarado. El saloncito azul goza de una vista magnífica y está cerca de las cocinas. Deberíamos probarlo.

A pesar del tono prosaico de su hijo, Stephen Hunt cogió la indirecta.

—Por mí, de acuerdo; pero esa decisión le atañe a tu madre. Ella es la señora.

—En Marion Hill siempre comíamos en un salón pequeño —intervino Axel, aunque enseguida se sonrojó por dar su opinión sin que se la pidieran.

La condesa les miró uno a uno, desconcertada.

—¿Creéis que me gusta guardar la etiqueta en mi propia casa? Podemos comer donde queráis.

—Entonces decidido. —Devon levantó la vista hasta el mayordomo, quien supervisaba el ir y venir de las doncellas—. A partir de mañana, Robert, las comidas se servirán en la salita azul.

—Como milord disponga.

La reprobación pudo captarse, no obstante, en sus palabras, lo cual hizo reír al vizconde.

—Ya veo que lo desapruebas. ¡Eres tan envarado como un duque del dieciséis!

—Si usted lo dice, señor...

Axel asistió, atónita, al intercambio. Para su gusto, Devon le estaba faltando el respeto al criado, pero tampoco el mayordomo parecía el sumun de la cortesía al replicar sus órdenes.

La llegada de segundos platos dio la oportunidad a Elena de felicitar a la cocinera por sus creaciones: pichón confitado, salmón a las finas hierbas, trucha asada... De postre degustaron tarta de arándanos, la favorita de Devon, y delicias de chocolate.

El carácter de Axel volvió a jugarle una mala pasada cuando, asombrada ante el despilfarro gastronómico, hizo una mueca de disgusto que no pasó desapercibida para la condesa; aunque esta no se explicó hasta que quedaron solos con el café.

—Lo que no comemos nosotros lo hace el servicio, Axel. La comida no se tira nunca. Quédate tranquila.

La explicación dejó perplejo al conde, quien se detuvo a mirarla con

curiosidad.

—Parece que estabas acostumbrada a una vida austera en Marion Hill.

—Más que austera la definiría de económica, señor. Jamás eché nada en falta —replicó Axel a la defensiva—. Pero disponer de tanta variedad en la mesa... —Se sonrojó de repente—. Discúlpeme, conde, nada más lejos de mi intención que criticar sus costumbres.

La risa del hombre sonó tan franca como la de su hijo. Para remate, puso un brillo atractivo en los ojos castaños que no pasó desapercibido para ninguna de las mujeres.

—No me has ofendido, pequeña. A veces conviene que te hagan observar lo que das por sentado. A nosotros no nos cuesta gastar porque nos sobra el dinero, pero puede ser ofensivo si se piensa cuánta gente malvive en las calles pasando hambre...

Sin pretenderlo, se ganó la admiración de ambas, y notarlo le complació. De Axel porque le gustaba la muchacha, y de Elena porque estaba cansado de provocar su rechazo. Esta era la primera muestra de aprobación que lograba arrancar de su semblante.

—Bien —interrumpió Devon, prefiriendo disfrutar de un ambiente frívolo en la sobremesa—. Después de tan didáctica perorata nos interesaría planear nuestras futuras apariciones sociales —se dirigió a su padre—. Es importante que Axel esté arropada por toda la familia y había pensado que quizá no te importaría acompañarnos a algunos actos públicos.

—Me tenéis a vuestra disposición —aseguró el conde mientras sacaba un cigarro—. ¿Puedo? —la pregunta fue para su mujer.

—Nunca me ha molestado el humo —afirmó, agradeciendo la cortesía—; tampoco a Axel. Orson fumaba con nosotras a menudo.

—Perfecto, así no tendremos que irnos a otra sala tras los postres.

Le ofreció a su hijo y Devon lo encendió con parsimonia, disimulando con gesto contenido la erección que le provocó imaginarse a Axel con un habano en los labios. Cuando logró recuperarse, esbozó una sonrisa poco convincente, aunque la voz le salió firme.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? ¿Qué se está cociendo en Londres?

—Teatro, tertulias, algunas fiestas... Hasta abril no empezará la temporada, pero nunca faltan eventos a los que acudir. Ayer recibí una invitación para el baile en la mansión Russel. Es el sábado. Puede ser un buen momento para presentar a Axel —respondió su padre, satisfecho de ser útil.

—Entonces habrá que proporcionarle el vestido adecuado.

—¡Pero tía, tengo los de Blackmoon! —protestó Axel avergonzada.

—Ya los has lucido. Ha de ser algo nuevo —le corrigió Devon con tranquilidad.

—Has gastado demasiado... —La mirada de Devon, autoritaria, la obligó a callar.

Stephen rompió la tensión con un comentario jocoso.

—Mi hijo está forrado, Axel. No tengas compasión de su bolsillo.

Ella miró a ambos hombres mostrando su desacuerdo, pero Elena ya estaba planificando.

—¡No hay más qué hablar! Mañana saldremos de compras. Si me disculpáis, voy a retirarme. —Se incorporó sin esperar a que le retiraran la silla—. El viaje ha sido largo y nos espera mucho ajeteo.

Axel aprovechó para salir también, enfadada de que se tomaran decisiones sin considerar la suya.

—Te acompaño, tía. Yo también estoy cansada. Buenas noches.

Ambos hombres las despidieron de pie. Devon, con una mirada, le advirtió de que la vería después.

Axel extrañaba su cama. Echaba de menos su acogedor cuarto en Marion Hill, pero sobre todo se sentía furiosa. ¿Cómo pretendía Devon obligarla a seguir comprando? ¡La deuda que contraería con él sería imposible de pagar! Golpeó la almohada con los puños imaginando en ella su cara.

Él captó su malhumor al traspasar la puerta, aunque fingió ignorarlo.

—¡He tenido que esperar a que mi valet se largara! Inconvenientes de la vida en Londres —bufó con aparente enfado. Mejor atacar que ser atacado, pensó.

Vestía una bata azul de terciopelo oscuro que le llegaba a las rodillas y mostraba los pies descalzos. La mirada de Axel lo recorrió de arriba abajo, hallándolo de un atractivo devastador, pero no se dejó cegar.

—¿Por qué alientas a tu madre a comprarme más cosas? Tengo ropa de sobra, y zapatos y...

Él subió al colchón y la acalló con un beso rotundo por más que ella intentó rechazarlo. Cuando se apartó, la diversión asomaba a sus ojos.

—¡Estás en Londres! Me temo que tendrás que acostumbrarte a ese tipo de

frivolidades. Será tu presentación en sociedad y te van a juzgar desde los petimetres hasta las doncellas, quienes buscarán despellejarte o copiar tus novedades para sus señoras... Esto es la ciudad, un nido de víboras, como te advertí. —Volvió a acallar sus protestas con un beso, esta vez más suave—. Pero no vas a rendirte. Vas a demostrar que incluso en una cloaca como esta, Axel Birmingham es diferente. Por otro lado —le acarició distraídamente una oreja—, piensa en mis padres. La cosa va bien. Mi madre no ha soltado una sola mirada envenenada y acudirán juntos a todos los actos que programemos. Si no por ti, hazlo por ellos, mi cielo.

Axel sintió que se derretía con su contacto y sus palabras; sin embargo, el recuerdo de lo que la aguardaba al día siguiente la tensó de nuevo.

—Todo eso está muy bien, pero sigo sin ver la necesidad de abarrotar mi armario.

La mirada de Devon se endureció y sus manos se apartaron de ella.

—¿Es el dinero lo que te preocupa! No soportas que siga manteniéndote, ¿verdad? ¿Preferirías que fuera Andrew quien corriera con tus gastos?

Los ojos verdes se dilataron de asombro. ¿A qué venía semejante majadería? Únicamente un ataque de celos explicaba tal arremetida.

—¿Jamás permitiría que él pagara mis gastos! Sin ser su esposa, quiero decir. —La mueca desdeñosa en los labios masculinos evidenció sus pensamientos—. Tú llevas manteniéndome un montón de años y no me he quejado. Es del despilfarro de lo que no quiero participar.

Devon tuvo una idea repentina y le dio forma con agilidad.

—¿Y si el dinero fuera tuyo? Le pedí a Orson que te lo explicara, pero tal vez ha preferido dejarlo para más adelante.

El ceño fruncido le indicó que no lo creía. Devon insistió.

—Te conté que llevo la administración de Marion Hill y no mentí, pero antes de irnos a Escocia le propuse a mi tío una participación en mis negocios. Me quedé con un dos por ciento de los beneficios de la Hacienda y el resto lo invertí. He conseguido hacerle ganar mucho dinero y me rogó que una parte estuviera a tu nombre.

Ella negó, incrédula.

—¿No es cierto!

—¿Lo es, Axel! —Decidió arriesgar el todo por el todo—. También hay otro asunto que debes saber. La propiedad pasará de Orson a ti. Eres su única heredera. —La miró tan a fondo que Axel se sintió traspasada—. ¡No tendrás

que casarte por necesidad! Disfrutarás de un patrimonio propio.

La cabeza de Axel dio vueltas, presa del aturdimiento, y negó de nuevo, asustada.

—¡No es posible! Tu tío me acogió, pero no soy Birmingham de nacimiento. La casa debe ser para tus hijos. Además, tú... Tú eres su familiar más cercano.

—Mi padre tiene razón, cielo; tengo más dinero del que podré gastar en la vida. Voy a heredar un condado, además. ¿Crees que necesito Marion Hill? — Su mano volvió a sus hombros y la acarició con ternura—. Te pertenece por derecho. Tú eres una hija para Orson. Él te adora y tú lo idolatras. ¿Qué más se puede pedir?

—Pero no es Orson quien me lo da, eres tú —musitó ella con voz débil.

Devon no supo rebatirlo y Axel se desasíó de sus manos, nerviosa.

—¡Al final es a ti a quien deberé todo!

—¡Basta ya, Axel! —la voz masculina se tornó violenta y su mirada expresó una dureza pareja a la de los viejos tiempos—. ¡Déjate de tonterías! Ya no eres una niña. ¿Cuándo vas a dejar de sentirte el patito agradecido de la casa? ¡Te has ganado esas tierras porque eres de la familia! Desde el momento en que mi tío te acogió eres una más, por mucho que yo lo negara. ¡Deja de hacerme sentir culpable de mis actos, por Dios! —atajó su réplica—. ¡Y no me estoy redimiendo! ¡Maldito Orson! Debió dejarte claro todo esto antes de venir, pero él siempre se escabulle de solventar los problemas...

Axel quedó tan aturdida por la intensidad de su enfado que solo pudo sujetarle una mano para calmarlo.

—No te enfades con Orson —rogó, preocupada.

—Le dije que te lo aclarara ¡Si te sientes en deuda conmigo, no se lo perdonaré jamás!

Sonó tan exaltado que Axel lo atrajo a su pecho y lo abrazó con ternura, hundiendo los dedos en su pelo para apaciguarlo con sus caricias.

—Está bien. Asumo que soy una Birmingham, asumo que heredaré una casa, asumo que tú cuidarás de mis intereses... Y no me sentiré en deuda contigo porque lo haces como un hermano.

Sus palabras le arrancaron una carcajada y se separó para mirarla.

—¡Y un cuerno un hermano! ¿Quieres que cometamos incesto?

Axel rio también, al fin distendida.

—Lo dejaremos en primos, entonces.

—Eso podría ser menos complicado —musitó antes de perderse en su boca, satisfecho con el numerito que acababa de montar.

Se besaron con tanto ardor que Axel comenzó a gemir, descontrolada, y una vez más tuvo que ser él quien impusiera cordura.

—Debo irme. En esta casa no me siento seguro. No quiero que Robert o la señora Hanson puedan sospechar de nosotros.

Axel ocultó su desilusión, sin imaginarse el esfuerzo que suponía para Devon dejar su cama y sus brazos.

—Te echaré de menos —musitó arropándose.

Mientras se acomodaba la bata y depositaba un beso en su frente, Devon se hizo una promesa. Si en dos meses Axel no se había decidido por Andrew, la pediría en matrimonio. Era imposible que la pasión que encendía su pecho fuera solo un capricho. ¡Debía de estar enamorado! No podía ser otra cosa.

Cuando al día siguiente regresaron a la mansión tras una agotadora sesión de compras, Axel y Elena encontraron el hall abarrotado de ramos de flores. Los había de todos los tamaños y variedades. Uno, muy pequeño, hizo sonreír a la muchacha cuando leyó la tarjeta que lo acompañaba: *Para mi adorada amiga, bienvenida a la guerra.* firmada por lady Elizabeth. Otro, mayor, pertenecía a los Blackmoon, quienes también apreciaban su regreso. Lo mismo de Sinclair y demás amistades de Escocia. Al parecer, la noticia de su llegada había corrido como la pólvora.

Hallaron, además, invitaciones para numerosos eventos destinados a lady Axel y el vizconde Dermont.

Pero lo que dejó atónitos a todos fue la tabla de cristal de Murano con el nombre de Axel grabado en color esmeralda. La nota que lo acompañaba, rezaba: *Espero que tus ojos disfruten al mirarlo tanto como yo al contemplarte.* Firmaba con un sencillo: *Andrew.*

—¡Por Dios, ese hombre sabe cómo quitar el aliento! —musitó la condesa, asombrada por la calidad de la pieza—. Aunque se haya saltado todas las normas del cortejo al enviarte un regalo.

—Es precioso, ¿verdad? —asintió, anonadada.

—Y debe haberle costado una fortuna —replicó el conde, risueño, desde el quicio de su despacho—. Dejaron el paquete a primera hora y me moría de

curiosidad por abrirlo, pero ya veo que hice bien en esperar. Seguro que al duque le habría encantado ver tu expresión.

—¿Lo traje personalmente? —La posibilidad la desconcertó. ¡Sería el colmo de la irreverencia!

—No, un lacayo; pero reconocí su librea. —El conde miró a su mujer, buscando su complicidad—. Parece que tendremos que acostumbrarnos a ver la casa invadida... La llegada de esta jovencita ha levantado mucha expectación. —Sin transición, les ofreció pasar a la biblioteca y sirvió una limonada—. ¿Os fueron bien las compras?

—Hemos discutido —informó Elena, tomando asiento en el canapé con naturalidad—. Ha consentido en adquirir un vestido para el baile y dos de noche para otros actos; nada más.

A pesar de la queja, Axel sonrió. La imagen que presentaban los condes era esperanzadora. Se estaban tratando como un matrimonio normal y corriente. Incluso captó calidez en los ojos de Stephen. Llevada por un impulso se acercó y le besó en la mejilla, tomándolo por sorpresa.

—No le he agradecido todavía su acogida, señor. Y quiero que sepa que significa mucho para mí.

Él se acarició la mejilla, regalándole una sonrisa afectuosa.

—No hay razón para estar agradecida. Eres ahijada de mi esposa y, por tanto, también mía. Si Devon u Orson no se hubieran hecho cargo de ti lo hubiéramos hecho nosotros. Además, esta casa estaba muerta. Le viene de perlas un soplo vivificante como el tuyo.

La condesa le sostuvo la mirada, atónita por su afabilidad. ¿Dónde quedaba el déspota que pasaba de ella y de sus lágrimas? ¿Tanto había cambiado el conde como para ser un hombre amigable?

Él pareció notar su sorpresa porque le envió un gesto de disculpa.

—Sé que no me porté bien en el pasado, señora; pero espero que pueda perdonarme. Si no por mí, por ella y nuestro hijo.

Elena parpadeó, aturdida. No estaba dispuesta a olvidar con facilidad, pero tampoco deseaba retomar el rencor de antaño. Dejó su vaso en la bandeja y se retiró con un débil: «Disculpadme».

Axel y el conde se miraron, con las emociones encontradas.

—No será fácil que me perdone —admitió él.

—No, no lo será —asintió ella, aunque enseguida se arrepintió al vislumbrar su amargura y le acarició un brazo—. No pretendía juzgarle,

conde, perdóneme. Pero idolatro a tía Elena y sé cuánto ha sufrido por su culpa. Hasta hace unas semanas, yo le odiaba. Ahora entiendo que las cosas no son blancas ni negras, y tal vez algún día pueda comprender por qué la trató tan mal.

Él forzó una sonrisa, ocultando su pena.

—En algún momento te contaré mi versión. No para que me disculpes, sino para que... —Se atusó el pelo en un gesto tan igual al de Devon que Axel sintió cariño de inmediato—. Para que no me odies.

—¡Ya no le odio! —aseguró, volviendo a besar su rasurada mejilla—. Y si me ofrece la confianza de sus confidencias, estaré encantada; aunque a quien debe darle esa explicación es a ella.

—También lo haré —prometió el conde, reteniéndola en un abrazo—. Gracias por devolverme a mi familia, Axel. Tengo una deuda contigo.

Ella abrió los ojos como platos, sorprendida.

—Yo no he hecho nada de eso, señor.

—Stephen, por favor; en privado Stephen. Y claro que lo has hecho, aunque no te des cuenta. —Bajó la voz para convertirla en un susurro que a ella le pareció tan sensual como los de su hijo—. ¿Podríamos ser amigos? Quiero decir... contar el uno con el otro.

Ella lo miró sin pestañear, risueña.

—¿Es una proposición decente?

La risa del conde resonó en el salón.

—¿Decente? ¡Totalmente honorable! Mírate, por Dios. ¡Eres una ninfa, adorada por todos los dandis de la ciudad! Solo busco un brazo en el que apoyarme para dar paseos y una compañera de charlas. Soy un pobre viejo sin amistades interesantes —concluyó, nostálgico.

—¿Pobre viejo? ¿Está buscando que le regale el oído, conde? Es usted el hombre más atractivo, después de Devon, que he conocido nunca; y él no cuenta porque es su viva imagen.

La risa del hombre resonó de nuevo.

—¡Dios mío, qué vigorizante resultas! Me has quitado varios años de encima. Insisto en lo de ser tu amigo.

La puerta se abrió y dejó paso a un estupefacto vizconde. Aún llevaba abrigo y sombrero y Robert lo seguía como una sombra, detrás.

—¿Qué significa ese vergel de ahí fuera?

—Nuestra Axel, que ya ha empezado a brillar —sonrió su padre.

Ella recogió sus guantes dispuesta a irse, pero antes dio la espalda al recién llegado y se centró en el conde. Le respondió muy bajito.

—Acepto lo de ser amigos. Siempre y cuando lo intente también con tía Elena. Yo estaré disponible cuando ella no pueda.

La mirada de Stephen mostró sorpresa primero y reconocimiento después. Le acarició la mejilla con sus nudillos, provocando que su hijo frunciera el ceño, incrédulo de presenciar semejante muestra de intimidad.

—¿Estás tramando algo?

Ella le besó muy cerca del oído, traviesa.

—Tendrás que descubrirlo, Stephen. Nos vemos en el almuerzo.

Por «saloncito azul» se referían en Valmont House a una amplia habitación de techos acristalados con una inmensa claraboya. Le daba el nombre el papel de las paredes, en un tono cobalto con listas blancas. Una gran chimenea ocupaba parte de una pared mientras que dos ventanales franceses comunicaban con el jardín. La mesa del centro tenía un diseño ligero, al igual que las sillas, y aunque en ella cabrían al menos ocho personas, se podían mantener conversaciones privadas sin necesidad de dejarse oír por los criados.

Durante el almuerzo la condesa se mostró distante con su esposo, como si la conversación de un rato antes no hubiera tenido lugar. Narró a su hijo los avatares de las compras e hizo comentarios acerca de los conocidos con los que habían coincidido. Aunque elogió los modelos escogidos por Axel, recriminó su escasez.

Ella prefirió no replicar.

—Tendré que acompañaros la próxima vez, ya que la última no nos fue tan mal —sugirió él, burlón, reprendiéndola al ver cómo le sacaba la lengua—. Da gracias de que Robert no lo haya presenciado. Aparte de darle un patatús, te consideraría una mala influencia para mí.

—Dudo que pueda empeorar su opinión sobre tu persona —replicó el conde con ironía—. Por cierto, ¿cómo te ha ido la mañana?

El atractivo rostro del vizconde mostró lo satisfecho que se sentía.

—Hemos adquirido el solar del que te hablé. Vamos a ampliar la fábrica y a comprar nueva maquinaria. Blake agradece tu participación en el capital.

—Vistos los beneficios, merece la pena —afirmó su padre, complacido.

Axel se interesó por el asunto y abandonó la copa de clarete que bebía, negando con un gesto al mayordomo que le sirviera de nuevo. La ponía nerviosa la presencia constante de otra persona a su espalda, pero sabía que debía acostumbrarse.

—¿De verdad son tan productivas esas fábricas? ¿Más que el campo?

—Pronto serán el eje de la economía —le explicó Devon, atento siempre a saciar su curiosidad—. Blake y yo poseemos dos fábricas textiles en las que trabajan seiscientos empleados, entre hombres y mujeres. Compramos a los Estados Americanos el algodón de sus plantaciones y les vendemos las prendas ya elaboradas. También comerciamos con India y algunas islas del Caribe. Traemos frutas exóticas, maderas, café... A cambio les entregamos telas de diferentes tejidos. —Sonrió ante su asombro—. Te dije que mi fortuna es enorme. Ya ves que no mentí.

—La inversión, por otro lado, es arriesgada —opinó su padre—. Los barcos pueden perder la mercancía por naufragio o piratería; los barrios donde se asientan las fábricas están en malas condiciones y a veces se producen incendios...

—Por eso, las nuevas instalaciones serán de piedra —declaró Devon, orgulloso de sus logros.

Stephen Hunt sonrió, complacido.

—Sí, es muy posible que esas fábricas sean el futuro. Además, cada día hay más gente que llega del campo buscando trabajo. Serán buena mano de obra en cuanto aprendan a manejarse.

—¿Trabajan niños en ellas? Una vez leí en el periódico que se abusaba de ellos —se interesó Axel.

—En las nuestras, no. A veces es difícil negarse, porque muchas familias dependen de su sustento, pero Blake y yo decidimos no contratarlos.

—¿Y qué pasa con ellos, entonces?

Devon suspiró. Por su mirada, entendió que Axel se lo estaba tomando como un asunto personal.

—¡No podemos salvar a todo el mundo, Axel! En conciencia, no me gusta tener niños trabajando para mí. Hay sitios que lo permiten; pero yo no.

—Y me parece loable, aunque de algo tendrán que vivir.

—Existen orfanatos, querida —intervino Elena, asustada por la congoja que asomó a los ojos verdes.

—¿Cuántos? ¿Y los que no son huérfanos pero no tienen comida ni techo?

—¡Axel! —la advertencia de Devon sonó tajante—. Estás en Londres. Hay miles de niños vagando por la ciudad, no esperes apiadarte de todos.

—Es fácil para ti decirlo. —Se incorporó, desbordada por el llanto—. Pero recuerda que yo fui una de ellos.

Abandonó la mesa como un ciclón, dejándoles a todos con una intensa sensación de vergüenza.

Se habían servido los postres cuando reapareció. Aunque se había lavado la cara, las huellas del disgusto se reflejaban en sus rasgos. Parecía tan azorada que Devon reprimió el deseo de estrecharla en sus brazos para confortarla, consciente del asombro que causaría en sus padres, así que se limitó a apartarle la silla mientras la consolaba con un ligero apretón en los hombros.

—Perdón. No era mi intención ofrecer un espectáculo —se disculpó, pasando la mirada por los comensales.

—Entendemos tus motivos, Axel —aseguró Stephen, apretando sus manos sobre el mantel.

—Gracias, milord. Es que... —Se le rompió la voz y tragó saliva para no volver a llorar—. Muchas veces he pensado cómo habría sido mi vida si lord Birmingham no me hubiera encontrado.

—¡Pero lo hizo, Axel! Fue una suerte para ti, pero también para nosotros.

Lady Valmont le acarició una mejilla al tiempo que su mirada se cruzaba con la del conde. Ambos se notaron turbados por la tesitura.

—Gracias, tía. Vosotros me disteis la posibilidad de otro modo de vivir ¡Quién sabe cuántos niños podrían tenerla si alguien se ocupara de ellos!

—¿Prefirieres que les acepte en las fábricas? —inquirió Devon, pese a lo mucho que le incomodaba esa contingencia—. ¿Bastaría para mitigar tu angustia?

—No. Lo correcto sería invertir en ellos —opinó, cual revelación, su padre—. Buscarles trabajos acorde con su edad estaría bien, pero crear un lugar donde pudieran acudir cuando estuvieran desesperados, sería mejor. Algo como un orfanato, pero sin necesidad de ser huérfanos, como dice Axel.

Los tres lo miraron con la boca abierta. Axel, por su parte, no consiguió retener las lágrimas por su emotividad a flor de piel.

—¡Oh, Stephen! Eso sería... sería maravilloso.

—Podríamos recaudar fondos a través de fiestas y actos benéficos —opinó

la condesa, imbuida del espíritu de su marido.

—¡Costaría una fortuna! —exclamó Devon, llevado por su sentido práctico.

—Estoy dispuesto a aportar el cinco por ciento de mis beneficios en tus fábricas para crear ese sitio. ¿Cuánto estarías dispuesto a poner tú? —le retó su padre.

—¡Dios mío! Lo estáis pensando en serio, ¿verdad? —El joven miró a sus progenitores, atónito.

—¿No quieres, Devon?

Los ojos verdes semejaban agua de mar, de tan líquidos... y su congoja le encogió el corazón.

—¡Se supone que soy un hombre de negocios, no un misionero! —rezongó, herido en su orgullo—. ¡Pero de acuerdo, lo haré! Aportaré otro cinco por ciento. Y supongo que podría lograr lo mismo de Blake.

—¡Y de Andrew! —exclamó Axel, impulsiva—. ¡Oh, tía Elena, ahora sí que tenemos trabajo por delante! ¡Esto es más interesante que salir de compras! —Besó las mejillas de la condesa, alborozada, y luego siguió con la de los hombres—. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Ejem, ejem... —interrumpió el mayordomo.

—¿Sí, Robert? —preguntó la condesa, tomando las riendas de una situación que debía tener sombrados a los criados.

—¿Quieren que se sirva ya el café?

Su tono antipático puso el contrapunto al momento emotivo, lo cual arrancó una sonrisa del conde. ¡Siempre se podía confiar en el hosco carácter del mayordomo para recuperar la sobriedad de las formas!

—Por supuesto. Cuando quiera.

Elena cruzó otra mirada con su esposo. Sin palabras se dijeron que nunca habían conocido tanta emotividad en su mesa. Pero les gustó.

Poco después, hacían planes.

—Antes de actuar sería importante conocer en qué estado se hallan los orfanatos que ya existen —opinó Devon, práctico de nuevo.

—En Marion Hill abrimos una escuela para los hijos de los arrendatarios. ¿No podríamos crear algo parecido?

—Pero ellos tenían para comer, Axel —replicó lady Valmont—. En la ciudad no, por eso roban.

«Como hacías tú», pensaron todos.

—Un comedor entonces —sugirió el conde, tan entusiasmado con el tema

que su mujer parpadeó, incrédula—. Con albergue temporal para los que no tienen casa.

—¿Y quién va a encargarse de administrarlo? Un centro tan complejo necesitaría una organización. —Devon se mostró escéptico.

—¡Tus padres y yo lo pondremos en marcha! Además, estoy segura de que Clarence y Beth querrán implicarse. ¡Ellas conocen a mucha gente en Londres!

El entusiasmo desbordaba a Axel y él se vio incapaz de negarse.

—Está bien —concedió, resignado. Después se dirigió a su padre—. Podríamos contratar a Martin Stevenson. Es el administrador más competente que conozco. Podría encargarse de localizar un local y de buscar gente que lo atienda.

—Quiero participar del proyecto, no verlo desde fuera —informó Axel.

Devon la contempló un segundo. Verla radiante le calentó el corazón y le hizo preguntarse si no había hallado el modo de posicionarse en primer lugar en el de ella con el paso que estaba dando. Su egoísmo ganó al sentido práctico y optó por seguir adelante.

—Entonces acompaña a mi padre cuando lo entreviste. Stevenson te agradecerá. Se crio en un orfanato, pero salió del arroyo con la ayuda de un noble. —Su mirada le advirtió: «No te vayas a entusiasmar con él», y ella sonrió, cómplice—. De todas formas, aunque os impliquéis, la parte práctica debe llevarla él. Nuestro cometido será recaudar fondos. Y deberán ser abundantes si queremos que un sitio así funcione.

—Tú y yo montaremos una campaña en Brooke's^[4]. También podemos pasarnos por White's. Tengo numerosos conocidos en el club —estipuló el conde—. Tu madre y Axel se movilizarán en Almack's^[5]. Hasta podríamos empezar en la fiesta de los Russel.

—¡No! Esa noche será la presentación de Axel y nos centraremos en su persona —replicó la condesa—. ¡Bastante dará que hablar en cuanto el duque de Ivory no se le despegue! Dosificaremos las noticias.

El recuerdo de Andrew fue un jarro de agua fría para Devon. Era cierto que lo esperaba de un momento a otro. ¡Mucho se estaba comportando teniéndola tan cerca! Pero resultaba evidente que tras la fiesta del sábado sería una constante en sus vidas. Su madre lo había comprendido muy bien.

—Convenceré a Andrew de que se incorpore al proyecto —aseveró Axel.

—Lo tienes en muy alta estima, cariño, pero hasta ahora no ha sido otra cosa que un petimetre engolado. ¡Y no me recuerdes que Devon también! —

Elena alzó una ceja, despectiva—. ¡Resulta evidente que ya no lo es!

Axel sonrió, antes de levantarse.

—¡Confío en el duque! Y usted también lo hará —afirmó—. Me voy a la cama. Con tantas emociones estoy agotada. —Besó a su tía y al conde, que se lo agradeció con afecto; a Devon le revolvió el pelo—. Buenas noches, señor pudiente.

Axel se durmió esperando la visita de Devon. Ignoraba que él ahogaba sus celos en coñac, debatiéndose entre aprovechar las circunstancias que le daban ventaja sobre su amigo y la promesa del plazo que él mismo se había impuesto.

A la mañana siguiente, cuando Axel y su tía disfrutaban del desayuno, el mayordomo anunció la llegada de lady Blackmoon y lady Elizabeth con su habitual rostro inexpresivo.

La condesa las invitó a pasar y Axel se lanzó a sus brazos nada más verlas, mostrando su júbilo.

Clarence, muy elegante con un vestido azul y sombrero a juego, moderó su entusiasmo y se presentó a la anfitriona con refinada educación. Después hizo lo mismo con su prima.

Lady Valmont, para sorpresa de ambas, las abrazó con evidente aprecio y las invitó a acompañarlas.

—Axel no se las quita de la boca. Es un placer conocerlas al fin —afirmó, sirviendo personalmente el té—. Aseguró que usted, lady Blackmoon era una beldad, pero no le hizo suficiente justicia —sonrió con complicidad—. En cuanto a usted, lady Elizabeth, me recuerda a una delicada porcelana. ¡No me extrañaría que escribiese poesía!

La muchacha se sonrojó de un modo tan elocuente que su prima se apresuró a acariciarle una mano.

—Eso ha sido Axel, que no sabe guardar secretos.

—¡Sí que sé! —se defendió la aludida—. Lo que ocurre es que tía Elena es muy intuitiva. —Después esbozó una sonrisa radiante y contuvo un palmoteo porque sabía que no sería correcto—. ¡Tengo un millón de cosas que contaros!

—¡Y nosotras a ti! —aseguró Clarence—. Para empezar, asistirás al baile de los Russel, ¿verdad?

—Sí, ya tengo el vestido. ¿Por qué es tan importante?

—¡Porque el Regente acudirá también! —exclamó Beth emocionada—. Y William me consiguió una invitación.

Axel miró a Clarence por un instante, sin comprender, hasta que luego cayó en la cuenta. Los Almont no debían de ser muy populares si tenían tantas deudas...

—Entonces iréis los tres.

—¡Así es! —palmeó Beth entusiasmada.

—Si lo preferís, puedo dejaros solas —intervino la condesa, creyéndose desplazada.

—No tenemos secretos con usted, tía —negó Axel, confirmando con una mirada la aceptación de sus amigas—. Además, en cuanto les hable de nuestros planes deberá intervenir. Usted tiene un papel muy importante en ellos.

—¿De qué planes hablas? ¿Hay algo menos aburrido en Londres que ir de fiesta? —se interesó Clarence, afectando la voz, arrancándoles unas risas.

—¡Ni te imaginas! —aseguró Axel, excitada.

Durante hora y media compartieron confidencias y esbozaron ideas. Cuando salieron de Valmont House, el proyecto *Niños de la calle* estaba en marcha y un mismo entusiasmo unía a las cuatro damas.

[4] Club de caballeros cuyos socios se asocian al partido liberal. Los de White se vinculan con el conservador.

[5] Club presidido por damas de la alta sociedad. Se organizaban bailes y se admitía la presencia de caballeros.

Capítulo 8

El baile era, sin duda, el acontecimiento del otoño y toda la nobleza inglesa estaba presente. La recepción de los Russel, con el Regente al lado, se alargó más de dos horas durante las cuales Axel sintió deseos de gritar y quitarse los zapatos, aunque lord Valmont aprovechó para presentarla a sus conocidos. Cuando al fin les tocó el turno, un lacayo anunció a bombo y platillo: «Los condes de Valmont, el vizconde Dermont y lady Axel Birmingham».

Axel hizo una reverencia ante el príncipe de Gales, un hombre alto, de cabellos rizados y ojos penetrantes. Después saludó a los anfitriones, pero lo que despertó una amplia sonrisa en sus labios fue tropezar con la mirada azul de Andrew, expectante, en un lateral.

En cuanto se apartaron de la fila, él se acercó a grandes pasos.

—¡Creí que no os tocaría nunca! —exclamó eufórico, besando la mano de Axel. Recordó al resto y se dirigió a ellos con formalidad—. Conde, lady Valmont. Es un inmenso placer volver a verla. Tenía deseos de agradecerle que haya criado usted a la única mujer capaz de romperme el corazón —aseguró, con descarnada sinceridad—. Hola, Dermont, tienes buen aspecto.

—El tuyo tampoco está mal —replicó el aludido, más frío de lo habitual.

—¡Si casi soy un cadáver! Aguardar a Axel, perdón, a lady Axel, ha resultado una agonía. —A pesar de sus palabras, los ojos azules brillaban con picardía y ella rio sus maneras atrevidas.

—Demasiado Shakespeare, me temo...

Los condes asistieron con asombro la intimidad entre ambos. Lo que llevó a la condesa a recelar de las ojeras de su hijo. Se temió que Axel tenía más que ver con ellas que el exceso de trabajo, como había pretextado. Tampoco Valmont fue ajeno al escrutinio y decidió mediar, y de paso tomar las riendas de la situación.

—¿Debo entender, duque, que pretende a mi ahijada?

—¿No se lo has contado, Axel? —Frunció el ceño, simulando ofenderse—. ¡Me casaría con ella mañana mismo si me lo permitiera! Pero... ¡ah, sí! —pareció recordar, histriónico—. Acordamos que sería un pretendiente más por algún tiempo. ¡No sé si podré soportar que otro te galantee, Axel! Igual los puños se me van sin querer o reto en duelo a quien se atreva a pedir tu mano.

—¡Andrew! —le recriminó, intentando no reír—. ¡Lo prometiste!

Él se encogió de hombros, fatalista.

—¡Haré lo que pueda! En cuanto a usted, conde, dé por conocidos mis sentimientos. Con respecto a los demás, no se preocupe, sabré guardar las formas y respetar los deseos de mi dama. Pero por el momento voy a ocupar los bailes que me corresponden en su carné. No hay problema, ¿verdad?

—Si mantiene el decoro, ninguno.

—Gracias. —Sujetó su mano y la apartó de ellos—. La devolveré en breve.

Imposible estar solos, rodeados de una multitud que, por otro lado, no les quitaba ojo, aunque Axel sintió cómo Andrew la devoraba con la mirada mientras se movían por la pista de baile.

—Ha sido una suerte que al Regente se le ocurriera venir, sino hubieras sido la comidilla de la fiesta. ¿Cómo haces para deslumbrar con lo que lledes? ¿Esta vez también eligió Devon el vestido? —inquirió con resquemor.

—No, lo hice yo solita —simuló no darse por enterada de sus celos sin borrar la sonrisa—. ¿Te gusta?

Él miró el tul que la envolvía, de un pálido crema que favorecía su cutis y resaltaba su cabello, recogido en un moño alto con mechones sueltos. Los hombros quedaban al aire por el escote en forma de corazón. Dos rubíes en sus orejas y un brazalete a juego completaban el atavío.

—Fascinante —admitió—. Pero preferiría quitártelo...

Los ojos verdes brillaron con euforia. Axel no había echado de menos al duque; sin embargo, al tenerlo cerca, le agradó contarle entre sus amistades. No obstante, recompuso el gesto y adoptó una pose seria.

—Me advertiste de que en Londres debíamos ser precavidos.

—¡Maldición, es cierto! —Pero ajustó la mano en su espalda y la atrajo contra sí—. ¿De verdad no quieres reconsiderar un matrimonio rápido? He dispuesto todo para cuando me aceptes.

Ella lo acarició con la mirada, negándose a seguir ese camino.

—Gracias por tu regalo. Aunque inadecuado, es precioso.

—Todo lo que puedo proporcionarte es precioso, Axel —aseguró, momentáneamente formal—. Recorrería el mundo por ofrecerte lo más bello de cada país. Aunque lo más hermoso lo tengo en mis brazos.

Ella contuvo el impulso de besarlo, emocionada. Recordó que estaban rodeados de gente, de personas que ni siquiera la conocían y que se estarían preguntando quién era la extraña que acaparaba al deseado duque de Ivory.

—No me hables de ese modo en público, Andrew —susurró—. Me entran ganas de besarte y no puedo hacerlo.

—¡Estoy habituado a dar escándalos! —replicó ágil, acostumbrado a bromear. Luego se desdijo—: ¡No, tienes razón! Está en juego tu reputación. Devon me mataría si la pusiera en entredicho. Y tampoco yo me lo perdonaría —admitió.

Axel se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Qué es lo correcto con respecto al baile? ¿Estamos sobrepasándonos?

—Tal vez —concedió, desanimado—. Diría que llevamos dos. ¡Pierdo la cuenta contigo en brazos! Te llevaré con los condes y pediré el último del que dispongo antes de que os vayáis. ¿Te parece bien?

—El experto en etiqueta eres tú —aceptó Axel, tan poco deseosa de abandonarlo como él a ella.

—¿Paseamos mañana por Hyde Park? Podrías cabalgar con Clarence. Yo me encargo de que quedéis —sugirió mientras se acercaban a los Valmont. A Devon no se le veía por ninguna parte.

—De acuerdo —aceptó, encantada.

Desde ese momento no tuvo tiempo de pensar. A lo largo de la noche, bajo el patrocinio de los condes, aceptó peticiones de un numeroso grupo de jóvenes que quiso conocerla y no paró de bailar.

Cuando se interesó por Devon, supo que se había marchado.

Regresaron de madrugada. Solo el mayordomo permanecía levantado, esperando su llegada. Axel se despidió de sus tíos antes de pasar a su dormitorio. Tenía el palpito de que Devon la estaría aguardando en él, pero no fue así.

Se desvistió con parsimonia, ayudada por una doncella a la que el mayordomo envió y que ella despidió en cuanto se desprendió del vestido. Se entretuvo rememorando los bailes y las adulaciones que había escuchado

mientras se cepillaba el cabello.

Sonaron las cuatro en el carillón de la entrada cuando se decidió a averiguar por qué seguía sin saber nada del vizconde. Caminó descalza hasta la otra punta del pasillo y golpeó con cuidado en la puerta de su dormitorio, pero nadie respondió. Indecisa, dio media vuelta y regresó a su alcoba.

Devon escuchó sus pasos. No estaba lo bastante aturdido por el alcohol como para seguir los dictados de su corazón, que le gritaba que la metiera en su cama. Había bebido sin control para olvidar la sonrisa que iluminó su semblante al descubrir a Andrew Perry tras la fila de la recepción y para no recordar los comentarios envenenados acerca de la buena pareja que hacían aquella desconocida y el duque de Ivory, bailando con una proximidad que pecaba de inmoral.

No soportó verla en brazos de su rival, triunfando en una noche que le hubiera gustado fuera suya. Por eso había huido. Pretextó sentirse aburrido y su madre no le contradujo, atenta a su tenso rostro, preocupada por la amargura de los ojos castaños.

Durante una semana, Axel no tuvo un instante de respiro. Acudió a Hyde Park el domingo, disgustada por no hallar a Devon tampoco en el desayuno, aunque enseguida los galanteos del duque le distrajeran la mente y disfrutó de los cotilleos divertidos de sus amigas, quienes la guiaron por los concurridos itinerarios del parque. Salió de compras con su tía varias tardes y recibió visitas e invitaciones para el té y algunos recitales. Hasta el viernes por la noche no volvió a coincidir con Devon. Acudieron al teatro en compañía de los condes, pero lo hicieron por separado, porque se presentó después.

Cuando entró en el palco, la mirada de Axel fue escudriñadora, casi enfadada. La del vizconde aparentó una correcta indolencia al saludarla. No le permitió sentarse lejos y palmeó un asiento a su lado.

—¿Dónde has andado? ¿Se suponía que teníamos un plan! —replicó, señalando a los condes.

—No parece necesitarme. Los veo juntos.

A Axel le desconcertó su actitud envarada. Alargó la mano para tocarlo, pero él la detuvo con un frío ademán.

—Estamos en público, Axel. No sería de buen tono.

—¡Al infierno con el buen tono! —masculló enfadada—. ¿Qué te pasa conmigo?

La mirada castaña la traspasó, impasible.

—No sé a qué te refieres. ¿Cómo va todo? ¿Habéis avanzado con el proyecto de los niños o ya te has olvidado?

Al propio Devon le asombró ser capaz de mantener semejante postura cuando los ojos se le iban a la piel cremosa del escote, apenas cubierto por un chal de fina seda, y al brillo horrorizado de sus ojos.

—¿Cómo puedes hablarme así? Tu padre y yo nos reuniremos mañana con el señor Stevenson en su oficina. Ha estado demasiado ocupado para atendernos. Y tú, ¿dónde te has metido? Llevamos una semana sin vernos.

—¡Te supuse «demasiado ocupada» para darte cuenta! —replicó, mordaz—. Olvidas que soy un hombre de negocios y que estoy reparando una casa, además.

Ella le sostuvo la mirada, dolida, pero no pudo continuar la charla. Se apagaron las luces y dio inicio la función. Desde su llegada a Londres estaba ilusionada por acudir a su primera obra de teatro y, sin embargo, no fue capaz de enterarse del espectáculo, centrada en la indiferencia de Devon y en contener las lágrimas por su conducta. En otros momentos había demostrado celos por Andrew, pero esa noche ni siquiera aparentaba rabia. Su desafecto le recordó los viejos tiempos, cuando la odiaba.

En el descanso, numerosos conocidos se llegaron al palco a saludar a la familia, entre ellos los Blackmoon y lord Ivory. El vizconde se mostró distendido con todos, pero al comienzo del segundo acto se disculpó con sus padres y abandonó el teatro. De Axel se despidió con un simple movimiento de cabeza.

Lady Valmont terminó de cepillarse el cabello, despidió a su doncella y permaneció un rato pensativa, mirando la noche a través de la ventana. La angustia atenazaba su corazón. Un pensamiento acudió a su mente, pero lo esquivó por imposible. ¡No podía irle a su esposo con sus preocupaciones!

Decidió bajar a la cocina para tomar algo caliente que calmara su ansiedad cuando la luz de la biblioteca la atrajo. Pensando encontrar al objeto de su desvelo, pasó sin llamar y quedó paralizada. No era Devon, sino el conde

quien bebía un brandy frente al fuego.

También él dio muestras de sorpresa, pero la invitó a pasar.

—Es muy tarde. ¿Qué haces merodeando por la casa?

—No conseguía dormir —confesó, aturdida, consciente de que solo llevaba una bata sobre el camisón y de que Stephen parecía igualmente incómodo en batín y babuchas. Con bochorno recordó que solía acostarse desnudo—. Bajé a buscar un vaso de leche.

—El brandy suele ayudar en ocasiones así —señaló la botella.

—No acostumbro a beber.

—Tampoco hablas conmigo a solas y lo estamos haciendo —objetó con una sonrisa sardónica, tuteándola.

Elena lo miró con prevención. ¿Llevaría mucho rato allí? No era habitual que tuvieran intimidad en su trato; antes solo ocurría si él había consumido suficiente alcohol. Aunque debía admitir que le fascinaba cómo había cambiado desde que vivieron juntos.

Stephen le sirvió una copa y la invitó a sentarse a su lado. Se encontró aceptando.

—Durante la obra no has estado atenta al escenario, sino a nuestro hijo. ¿Qué es lo que te angustia?

La amabilidad de su voz terminó de desarmarla. Dio un trago largo al brandy antes de mirarlo, con los ojos al borde del llanto.

—Devon no es feliz.

La mirada del conde se detuvo en su rostro. Después suspiró con melancolía.

—¿Qué extraño, no? ¡Como si alcanzar ese estado fuera fácil!

—¡No seas cínico, Stephen! Estamos hablando de nuestro hijo —replicó, dolida.

—¿Piensas que no me he dado cuenta? ¿Que no me gustaría verlo dichoso? Lo estaba, y mucho, cuando llegasteis del campo. Tal vez sea la ciudad quien lo consume.

—Sabes que no —negó ella, tragando otro sorbo.

Stephen le quitó la copa de las manos.

—¡Se te va a subir a la cabeza! —Sin transición, lo confirmó—. Es Axel. Está loco por ella.

—¿Verdad que es evidente? ¿Por qué ellos no lo ven?

—Me temo que tu hijo sí lo ha hecho. Pero ella... ¡No sé! —suspiró—. ¡Las

mujeres sois tan complejas!

—¿Complejas? ¡Axel solo quiere un matrimonio por amor! Pero si ya lo ama, ¿por qué no lo aclaran?

Un silencio incómodo se cernió entre los dos. Stephen apuró su copa y se puso en pie.

—De jóvenes nos resulta complicado exponer los sentimientos. Tal vez por miedo al fracaso o por inseguridad hacia la otra persona, o... ¡No lo sé! Tampoco soy el indicado para opinar después de lo mal que he conducido mi vida. Especialmente contigo.

Elena se sonrojó por lo inesperado de la confesión.

—Algún día te explicaré los motivos de mi terrible comportamiento, Elena —musitó, avergonzado—. Pero será otro día; a la luz del sol y sin tanto brandy encima. Sé que te lo debo. Buenas noches.

Se volvió con la puerta abierta.

—En cuanto a los chicos, no podemos hacer nada. Si acaso, estar. Para alentarlos o recoger sus pedazos. ¡Al menos tendrán más de lo que nosotros tuvimos!

Elena permaneció quieta en el sofá, luego tomó la copa y la apuró hasta el fondo antes de regresar a su alcoba. Tardó muchas horas en poder dormirse.

Lord Valmont contempló a la muchacha que lo acompañaba en el landó cubierto. La mañana había amanecido típicamente londinense, con niebla y llovizna y ambos iban abrigados. Cuando cruzaron sus miradas, notó que ella estaba preocupada.

—¿Algún problema, Axel? ¿Hay algo que quieras tratar antes de que veamos al señor Stevenson?

—No se trata del proyecto, Stephen —negó con tristeza—. Es Devon.

—¿Qué ocurre con él?

—Parece que volviera a odiarme —gimió, apesadumbrada.

El conde disimuló una sonrisa al escucharla. Alargó la mano y apretó la enguantada de ella entre las suyas.

—Te adelanto que eso es absurdo, pero dime qué te ha llevado a pensarlo.

—¡Ha cambiado tanto! Nos hicimos amigos en Marion Hill, y luego en Escocia. —El recuerdo de sus besos casi la hace llorar—. Sin embargo, desde que llegamos a Londres me evita. Cuando hablamos no parece él, de puro frío

y distante.

—Está muy ocupado con las fábricas. Y también con la casa —recordó, conciliador.

—Eso dijo —musitó, insegura—. Pero no le creo. No es el mismo de hace unos meses.

—Lo añoras —adivinó el conde, con cariño en sus gestos.

—Terriblemente —admitió Axel, derrotada.

—¿Por qué no se lo dices?

—¿Porque no tengo oportunidad! —replicó, con muestras de enfado.

Estaban llegando a las oficinas del administrador y tuvieron que dejar la conversación. No obstante, antes de abrirle la puerta, Stephen la miró a sus ojos.

—¿Vas en serio con el duque?

—¿Con Andrew? ¿Qué tiene que ver el duque en esto?

—Eres una mujer preciosa, Axel. Los hombres se interesan por ti —informó, encogiéndose de hombros con idéntico gesto a cómo lo hacía Devon.

—No está celoso —aseguró. «Esa sensación la reconozco», se dijo para sí —. Es otra cosa.

Stephen le ofreció su brazo para ayudarla a bajar.

—Entonces, querida, tendrás que averiguarlo.

La reunión resultó tan productiva que el estado de ánimo de Axel había mudado por completo a la salida. Concretaron la compra de un local en Chelsea, un barrio venido a menos donde la adquisición saldría barata, y Martin Stevenson se identificó tanto con el proyecto que decidió realizar las entrevistas de personal él mismo, con el apoyo de Axel.

El conde de Valmont firmó un cheque sustancioso y se comprometió a entregarle otro en quince días. El plan *Niños de la calle* estaba en marcha.

—¿Vamos a celebrarlo? Te invito a comer —propuso el conde.

Ella asintió, entusiasmada.

Acudieron al Lincon House, un hotel con restaurante de finales del siglo pasado, enclavado en una céntrica calle y de selecta clientela. Los caballeros solían frecuentar sus clubes privados para los almuerzos, pero como en ellos no estaba permitida la presencia de damas, los lugares como aquel eran el recurso apropiado al que solían recurrir ambos sexos.

—Nunca he comido en un hotel —comentó Axel, mirando con curiosidad el amplio salón con ventanales acogedores y mesas apartadas entre sí.

—Espero que la experiencia te sea grata —sonrió el conde, cómodo en su compañía.

Ella alargó una mano para acariciar la del hombre sobre la mesa. Se habían quitado los guantes y el gesto tuvo un tono íntimo. Cuando se dio cuenta la retiró, pero la sonrisa afectuosa de él le restó importancia.

—Espero ser lo bastante mayor para no provocar habladurías. O que sepan que eres mi ahijada. Aunque de estas mentes perturbadas todo se puede esperar.

—¿Por qué todo el mundo murmura de los demás en Londres? —inquirió, desdeñosa, hojeando la carta que el maître había dejado sobre su plato.

—Porque la hipocresía nos molesta a todos, pero todos la practicamos.

Ella le mantuvo la mirada un instante, sopesando sus palabras. Luego bajó la voz.

—Stephen, ¿puedo hacerte una pregunta muy íntima?

Él rio, sorprendido.

—Puedes. Más si te decides a llamarme por mi nombre.

La llegada del maître para tomarles nota interrumpió el instante, pero en cuanto el conde decidió por ambos, reanudaron la charla.

—¿Y bien?

—¿Por qué te portaste tan mal con tía Elena?

El semblante del conde mudó del buen humor a la pesadumbre.

—Responderé a eso después, si no te importa. Cuando no haya testigos.

Axel aceptó, asombrada de haberle despertado un pesar tan hondo. Improvisó una banalidad sobre el tiempo y continuaron con los planes del proyecto hasta concluir el almuerzo.

Al salir a la calle había escampado y unos tímidos rayos de sol asomaban entre las nubes.

—¿Paseamos por Hyde Park? ¡Me convendría bajar el pastel de carne! —sugirió el conde acariciándose la panza.

Axel rio y aceptó, a gusto en su compañía.

—Stephen acababa de cumplir diecinueve años cuando conoció a Amelia, la nueva doncella de su madre. Desde el momento en que la vio supo que se había enamorado. Estaba recién llegado de Oxford y tenía grandes planes de futuro. Su padre había apalabrado su matrimonio con Elena Birmingham, pero

como ella tenía quince años la familia consideró que eran jóvenes y debían esperar. Al parecer, tía Elena prefería vivir en Marion Hill, lejos del bullicio de la capital.

Axel detuvo su relato, observando la atención que sus amigas le prestaban. Se hallaban en la residencia de los Blackmoon, donde habían quedado a tomar el té y distribuirse la búsqueda de financiadores para el proyecto, pero, ante la novedosa información, el asunto había quedado relegado a un segundo plano.

No era el chismorreo lo que le había llevado a compartir las confidencias de Stephen con sus amigas, sino la necesidad de modificar la imagen que ambas mujeres tenían sobre él. Después de escucharlo, supo que se lo debía. Y ellas correspondían con auténtico interés; tanto el rostro de Clarence como el de Beth mostraban expectación.

—Sigue, Axel. Nos tienes en ascuas —musitó la anfitriona después de dar un largo trago a su bebida.

—La doncella trató de evitarlo, pensando que él solo quería aprovecharse de su posición, pero los sentimientos de Stephen fueron en aumento. Se enamoró con locura de Amelia. Y ella terminó por aceptarlo.

—¡Dios mío, qué romántico!

—¡Para nada, Beth! Él era conde y encima estaba comprometido —gruñó Clarence con sentido práctico.

Axel asintió con tristeza a sus palabras.

—Cuando Stephen quiso darse cuenta había pasado año y medio. Su relación con Amelia marchaba viento en popa. Se encontraban a escondidas todas las noches...

—¿Y mientras Elena...? —interrumpió Clarence.

—Coincidían de tarde en tarde, en algunas fiestas. Durante una semana él acudió a la finca de los Birmingham, pero solo le sirvió para darse cuenta de cuánto añoraba a Amelia. A su regreso, se sinceró con su padre.

Los dos pares de ojos azules no pestañearon, expectantes. De no ser por lo triste del asunto, Axel se hubiera reído.

—La respuesta de su progenitor fue que siguiera viéndose con la criada. Mientras fuera discreto, no le importaba. Él mismo tenía una amante, aunque de mejor alcurnia. Le aseguró a Stephen que lo arreglaría para que se la llevara consigo tras su matrimonio.

—¡Menudo cerdo! —masculló Clarence.

—Insistió en no seguir adelante, pero su padre amenazó con desheredarle y

despedir a Amelia. Stephen aseguró que haría pública su relación con la doncella para obligar a las familias a romper el compromiso, pero su padre se rio en su cara. Le aseguró que a lord Birmingham esa menudencia no le importaría, que lo único que deseaba era un buen acuerdo para su hija.

—Entonces... —Beth se mordió una uña, impresionada por la fuerza de los sentimientos del conde.

—Entonces Amelia se suicidó. —Axel bajó la voz, recordando la congoja del conde al contárselo a pesar de que ya habían transcurrido veintiséis años—. Se tiró al Támesis y se ahogó. Dejó una nota en la que le explicaba que no podía destruir su mundo. Aunque tenía certeza de que la amaba, tuvo miedo de que terminara aborreciéndola cuando se viera desprovisto de su estilo de vida y de sus amistades. Prefirió morir a afrontar un futuro incierto a su lado.

Un gemido salió de las gargantas femeninas y las tres se sintieron desbordadas por el funesto desenlace.

Clarence consiguió serenarse la primera.

—¡Demonios, sí que fue patética la historia!

—A partir de entonces —continuó Axel—, empezó el calvario de tía Elena. A Stephen ya no le importó el matrimonio. Tomó amantes para fustigar a su familia por lo que habían desencadenado, y se casó cuando llegó el momento. Pero su corazón siguió sangrando por Amelia —suspiró—. Al principio sintió compasión por su joven esposa, pero no abandonó a sus amantes para desafiar a su padre. Cuando tía Elena quedó embarazada, solo pudo pensar en el hijo que podría haber nacido del amor... y se apartó con encono de su mujer. ¡Hasta hace unos años no comprendió cuán injustamente se había portado! Logró vencer su odio y perdonó a su familia, pero no fue capaz de sincerarse con tía Elena.

—¿Le diste algún consejo? —quiso saber Clarence.

—Le confesé que ella lo ama. No sé si hice bien, pero si existe una mínima posibilidad de que intente un acercamiento... ¡Estoy convencida de que podrían ser felices! Ambos lo merecen —sollozó, afligida.

—Hiciste lo correcto —asintió la condesa.

—Lady Valmont lo entenderá. Habiéndole amado tanto, comprenderá lo que supuso para él perder a Amelia —susurró Beth.

—¿Se lo has contado a Devon? —se interesó Clarence.

La mirada de Axel se perdió un instante. Por atención a Beth no quiso quejarse.

—No, está tan ocupado que aún no he tenido tiempo.

Una llamada en la puerta interrumpió el momento de intimidad.

—¿Qué ocurre, Liz? —indagó la condesa, molesta por la intrusión.

—El duque de Ivory solicita ser recibido. Dice que sabe que tiene visita, pero que espera no molestar.

Clarence refunfuñó un «¡Mentecato, no molestar!», que arrancó unas risas a sus amigas. Pero terminó cediendo de mala gana.

—¡Está bien, Liz! Hazlo pasar. Trae una tetera nueva, por favor.

Con su presencia, las tres dieron por terminadas la tarde de confidencias.

—¿Vas a decirme qué te recome por dentro, Devon?

Blake y él se hallaban en las oficinas de una de sus fábricas, trabajando hasta altas horas de la tarde. El humo de los habanos flotaba en la habitación mal ventilada por culpa del frío.

Blake había dejado sus papeles para concentrarse en el rostro adusto de su amigo. Llevaba de mal talante desde hacía semanas y no parecía dispuesto a cambiar.

—No pasa nada, William. Olvídalo.

—Lo olvidaría si fueras mi contable o el herrero de la esquina, pero resulta que eres mi mejor amigo, aparte de mi socio.

—¡No creo estar fallando en mis obligaciones! —replicó, desagradable a sabiendas.

—¡Devon! —amenazó el escocés—. ¡Ni que hiciera falta ser un lince! Es evidente que la culpable es Axel, pero ¿por qué diantres no te ocupas del asunto y lo arreglas de una vez?

Él dejó las carpetas que tenía entre manos y le lanzó una mirada envenenada.

—¿Qué demonios quieres que haga? ¿Que le prohíba ser feliz con Andrew?

—¿Te has molestado en hacerle la competencia, al menos? Según Axel, no te ve el pelo.

—¿Cotilleas de mí con tu mujer? —replicó, airado por semejante posibilidad.

—¡Yo con ella, no! —rio, burlón—. Ella conmigo, todo el rato. ¡Está tan enfadada contigo que puedes alegrarte de no ser su marido!

Devon ni siquiera asimiló la broma. Se sentía demacrado y exhausto. Le

costaba dormir y concentrarse en algo distinto de Axel. Axel y Andrew siempre juntos.

—¡Incluso se ha metido en el proyecto de los niños! Está hasta en la sopa —bufó en voz alta sin darse cuenta.

—¡Es listo! Sabe lo que quiere. La cuestión es si tú lo sabes también.

—¿Qué más da? Lo importante es que ella sea feliz, ¿no? Y parece que lo es.

—Me pareció bastante feliz cuando aparecisteis en Blackmoon, y entonces no conocía a Andrew —apostilló William—. En serio, Devon, él también es mi amigo, pero... ¡Prefiero que la conquistes tú! —Soltó una risotada—. ¡Aunque solo sea por no escuchar a Clarence!

Esta vez el vizconde sí sonrió.

Axel se llevó una sorpresa cuando bajó a desayunar y encontró a Devon en el saloncito azul. Ojeaba un periódico que apartó en cuanto la sintió llegar para dedicarle una sonrisa.

—Buenos días. Tienes buen aspecto.

Su mirada pasó de atónita a ilusionada al notarlo receptivo. Aceptó el plato que le sirvió la doncella y aguardó a que se retirara para contestar.

—Buenos días. ¿Hoy no tienes trabajo?

—Había pensado visitar el local de Chelsea. Mi padre dice que todo está a punto. ¿Te apetece acompañarme?

Axel respiró hondo. ¡Había esperado tanto ese momento que temió echarse a llorar!

—Me encantaría.

Devon dobló el periódico con parsimonia antes de levantarse.

—En una hora entonces.

—¡En media, si quieres! No necesito más.

La sonrisa del vizconde se hizo más amplia.

—Sea, en media.

Axel contuvo las lágrimas mientras tragaba el té. De repente no tuvo apetito, solo una necesidad apremiante de enseñarle lo que había organizado en las ocho semanas que llevaban sin tratarse.

La casa contaba con dos plantas. En la fachada, remodelada, un gran cartel anunciaba: Children's Paradise. «El nombre lo escogió tu madre», informó

Axel al traspasar el umbral. El vestíbulo se abría a un vasto comedor que se comunicaba con las cocinas, en cuyos fogones ya trabajaban algunas mujeres. Un patio y una sala de estudios, casi una biblioteca, conformaban el resto de la planta baja. A través de unas amplias escaleras de piedra se accedía a los dormitorios y baños del segundo piso. También había habitaciones para los vigilantes nocturnos, uno de cada sexo, además del despacho para el director del centro.

—No puedo presentarte al señor Alvin porque tiene reunión con Martin en su despacho —le explicó mientras acariciaba con delicadeza la mesa donde el director trabajaba—. Abrimos el día de Nochebuena y fue a recoger fondos para cerrar unas compras de última hora.

—¡Has realizado un trabajo impresionante! —admitió Devon, henchido de orgullo.

Ella se sonrojó, complacida.

—He contado con mucha ayuda. Sobre todo de tu padre.

—Sí, ya he oído que os lleváis muy bien.

Axel no supo cómo tomar el comentario.

—Le he cogido mucho cariño. Y él a mí también.

—¿Es posible no cogerte cariño, Axel?

La ternura con que se lo dijo la hizo llorar. Llevaba reprimiendo las lágrimas desde su encuentro de la mañana y no pudo controlarlas.

—¡Pensé que tú me lo habías perdido! —gimió, desolada.

Devon la estrechó en sus brazos, sacudido por el remordimiento.

—He sido un imbécil —susurró, aferrándola contra su pecho—. ¿Podrás perdonarme?

—Solo si me prometes no repetirlo —asintió, hipando.

Devon le izó el rostro. ¡La había echado tanto de menos! Acarició sus labios con deliberada lentitud y luego se dejó llevar por la intensidad de su deseo.

—¡Axel! ¡Mi Axel!

Ella se aferró a su chaqueta y respondió a su beso con ferocidad. Ninguno de los escarceos que había tenido con Andrew le provocaba las sensaciones que la boca de Devon. Había soñado con ella continuamente. Tampoco esta vez la defraudó.

—¡No vuelvas a enfadarte conmigo! —suplicó.

Devon depositó lentas caricias en su frente, en los pómulos, y regresó a los

labios.

—Si lo hago, envía un matón a romperme las piernas.

Ella rio, encantada de tenerlo de vuelta.

Almorzaron juntos en el Lincoln House por iniciativa de Axel. Durante la comida le relató cuáles serían las condiciones para la acogida, cómo se les exigiría la asistencia a la escuela y a los talleres de formación y la posterior ayuda que se les prestaría para encontrar empleo. También le explicó que tanto su padre como el duque de Ivory habían conseguido contribución económica de políticos y nobles para sostener el proyecto sin tener que renunciar a su carácter privado. Le habló de la aportación de lady Elizabeth, que trabajaría como maestra y sería remunerada por su trabajo, y de la campaña de su madre y de la condesa de Blackmoon en Almack's, que había servido para que muchas damas se apiadaran de los muchachos y prometieran aceptarlos a su servicio una vez formados.

Mientras conversaban, el brillo de entusiasmo convertía los ojos verdes en esmeraldas líquidas y Devon sintió que se le contraía el estómago. Axel despertaba en él sentimientos desconocidos y tenía miedo y anhelo a la par. Miedo de haberla perdido por la inmensa estupidez de dejarle vía libre a su amigo, y anhelo por estrecharla en sus brazos y no dejarla escapar.

Axel, ajena a sus pensamientos, le instó a repetir el recorrido que hiciera con el conde y, paseando por Hyde Park, le contó la historia de su padre. Cuando finalizó, el semblante de Devon era un poema.

—¿Se confió a ti de ese modo?

—Ya te advertí de que nos queremos mucho.

—¡Dios mío! ¡Te lo has metido en el bolsillo! ¡Nunca hubiera imaginado a mi padre confesando intimidades! ¿Lo sabe mi madre? ¿Se lo has contado?

Axel, contrariada, frunció el ceño.

—¿Cómo voy a defraudar la confianza de tu padre? Es él quien debe decírselo, no yo.

—¿Y si nunca lo hace?

La certidumbre regresó a su semblante.

—¡Lo hará! ¿No has notado el tiempo que pasan en la misma habitación? No hacen nada especial, pero están juntos. Se sienten cómodos. Algo ha cambiado en ellos.

—Y no por mi implicación —se recriminó él, incómodo—. Aunque fuera mi plan.

—Sea lo que sea, ha funcionado. ¡Igual solo necesitaban compartir espacio y hablar! —Cambió de tema, captando nubes de enojo en su mirada—: Nos acompañarás a la inauguración del centro, ¿verdad?

A Devon le emocionó la expectación de sus ojos y la envolvió con una sonrisa, ya que con sus brazos era imposible en semejante espacio público.

—¡Cuenta con ello! No me lo perdería por nada del mundo.

Ella se apretó contra su brazo, feliz de haberlo recuperado.

—¡Gracias! Será un día muy importante para mí.

Capítulo 9

Durante la cena navideña, Devon se entretuvo en contemplar a sus padres. La condesa mantenía una expresión serena, sonreía a menudo y sacaba temas de conversación con su esposo o respondía a sus preguntas. Cierto que solían girar alrededor del centro para niños, pero la cordialidad era palpable.

Axel intervenía con aportaciones de interés e incluso lord Birmingham, llegado a la ciudad para la ocasión, mostraba una actitud relajada.

Llevado por el entusiasmo, levantó su copa y propuso un brindis al que todos se sumaron con expectación.

—¡Por Axel! Por la felicidad que ha aportado a esta familia.

El sonrojo de la homenajeadada despertó sonrisas. Lady Valmont incluso esperó un anuncio en las palabras de su hijo, pero él se limitó a beber con la mirada fija en los resplandecientes ojos que le respondieron con ternura.

—No merezco...

—Lo mereces, cariño —la interrumpió el conde—. Absolutamente.

Ella tragó saliva antes de beber y después, con un gesto, les indicó que no se sentaran.

—En ese caso, yo quiero hacer otro brindis. —Miró uno a uno a la cara mientras alzaba la copa—. Por mi familia. ¡Toda mi familia!

Lord Birmingham suspiró, emocionado.

—Pequeña Axel... ¡Regalo del cielo!

Ella corrió a su lado para abrazarlo.

—Nada de lo que vamos a iniciar esta noche hubiera empezado si tú no me hubieras recogido. ¡Es a ti a quien esos niños deberán su felicidad!

—Mi bolsillo se siente un poco ignorado —bromeó Devon, apartándole la silla para que volviera a sentarse.

—No te preocupes. Axel no permitirá que esté así mucho tiempo —se burló

su padre.

Elena les miró a ambos, tan parecidos, y las lágrimas nublaron sus ojos. ¡No podía creer que estuviera sucediendo, que disfrutara de tener una familia! Su mirada se cruzó con la del conde y él pareció reconocer sus pensamientos porque tuvo un gentil encogimiento de hombros y una leve sonrisa para ella.

—Deberíamos concluir la cena. Nos esperan unas cuantas horas de trabajo por delante —opinó en voz alta.

—¿Llamas trabajo a una fiesta? —se sorprendió su esposa.

—De no ser por los chicos, preferiría una copa en la biblioteca —admitió—. Pero hemos invitado a media ciudad y estaría feo no comparecer —musitó sin perder la sorna.

Lord Birmingham se encogió en su asiento arrancándole una carcajada a Axel.

—¡Tranquilo, Orson! Solo será una noche. Si te aburres, puedes pedirle al cochero que te traiga de regreso.

—Sabes que lo hago por ti —susurró, abrumado.

—Lo sé —asintió ella, apretando su mano sobre el mantel—. Y te lo agradezco. Es muy importante para mí que todos estemos en esto.

Por una vez, Devon contempló la escena sin asomo de celos, integrado en el calor familiar. La mirada que depositó sobre Axel estaba colmada de gratitud, aunque ella no llegó a captarla. Lady Valmont, sí.

Chelsea se vio esa noche abarrotado de elegantes carruajes cuyo destino era el Children's Paradise. La casa se iluminó hasta el último rincón para que los asistentes pudieran apreciar en qué gastarían su dinero. Una orquesta, situada en un extremo del comedor, amenizaba las conversaciones con suaves melodías, sin interferir en ellas.

El íntimo grupo de Blackmoon ejerció de anfitriones junto a los Valmont y Birmingham, desplegando cada uno su encanto para captar inversiones.

Lady Blackmoon, con un espectacular vestido rojo y amplia sonrisa, informó de cómo al día siguiente los pequeños iniciarían su andadura, mientras lady Elizabeth, resplandeciente con un suave tejido azul a juego con sus ojos, contó cómo se había seleccionado a treinta niños y veinte niñas, escogiéndolos según su grado de necesidad.

Lady Valmont mostró los dormitorios, amenizando su charla con anécdotas

de los críos que había conocido durante el periodo de selección. Elogió a su esposo y al duque de Ivory, quienes habían promocionado el centro en las tabernas y tugurios de los barrios bajos, despertando la curiosidad de los desfavorecidos.

Devon presenció cómo su amigo Perry presentaba a Axel a su interminable grupo de tíos y primos. Era palpable la intimidad que compartían y el vizconde apretó los puños y se reprochó haber dejado el campo libre al duque en la puesta en marcha del proyecto. Sofocó el impulso de marcharse al notar el cariño con que ella le correspondía porque sabía lo mucho que esa noche significaba para Axel. ¡No pensaba ceder terreno una vez más!

Regresaron a Valmont House a altas horas de la madrugada, cansados pero satisfechos. La fiesta había sido un éxito del que se hablaría a lo largo de los meses venideros.

Cuando la doncella se despidió tras haberla atendido, Axel continuó cepillándose el cabello ante el espejo. Esperaba la visita de Devon. Lo había visto portarse con extrema cortesía durante la inauguración, un poco reservado al regreso, pero lo atribuyó al cansancio después de cuatro horas de incansable charla. No obstante, en ella permanecía la euforia por el triunfo de la empresa y nada más lejos de su intención que ponerse a dormir. Rememoró a Andrew, encantador como de costumbre, incitándole a romper las normas y perderse con él unos minutos, aunque ella no aceptó. La había presentado a su familia con intención de presionarla, pero se mantuvo reservada. No podía inclinar la balanza a su favor. ¡No cuándo Devon volvía a mirarla de aquel modo!

Con cierta incomodidad recordó los avances de Perry. No podía negar que le había concedido al duque pequeñas licencias, que sus labios la besaban más a menudo de lo que el decoro sugería, que sus manos se perdían bajo las ropas y la hacían sentir un intenso placer... Pero todo se difuminaba con una mirada de Devon. ¡Era a él a quien deseaba! Estuvo tentada de ir en su búsqueda... Pero el recuerdo del brindis la detuvo. La consideraba artífice de la unión familiar y en sus ojos había brillado una ternura especial cuando brindó por ella; pero ¿era una muestra de amor o de simple gratitud? De repente triste, se echó sobre la cama y apretó la almohada contra su mejilla. ¡No quería llorar en semejante noche! Tampoco podría dormir.

Muchos metros más allá, Devon se debatía con la ropa aún puesta porque había despedido a su valet con abierta destemplanza. No estaba de humor para cotilleos. En él solo persistía una imagen: Andrew y Axel juntos, sonrientes.

Cogió la botella de brandy que había tomado del salón y escanció una copa que tragó de golpe. ¡Anhelaba correr al dormitorio de Axel para exigirle una explicación! Necesitaba saber si sus sentimientos hacia el duque se habían definido. ¡Necesitaba saber si tenía alguna esperanza! Pero fue cobarde.

La posibilidad de que ella rompiera sus sueños se le hizo insoportable. Se sirvió otra ración y la bebió sin vacilar. Necesitaba emborracharse. Era eso o buscarla a ella. Venció su miedo.

Mientras, en el otra ala de la casa, dos toques ligeros rebotaron en la puerta de lady Valmont. Su doncella acababa de marcharse, así que abrió pensando que se le habría olvidado algo. Cuando descubrió que era su esposo, en bata y descalzo, parpadeó por la sorpresa y se ruborizó al instante. El conde le mostró una botella y dos copas mientras esbozaba una sonrisa insegura.

—¿Estás muy cansada?

—Han sido muchas emociones. No sé si podré dormir —admitió, inquieta.

—Tampoco yo. Me pareció que esto sería más efectivo que la leche caliente.

Ella se apartó para dejarlo pasar. Hacía veinticinco años que no realizaba aquel gesto. Nerviosa, apretó la bata sobre su cuerpo y aceptó la copa que su marido le tendía.

—Ha sido un éxito —musitó el conde sirviendo el champán.

—Di que lo será. El futuro se presenta apasionante —asintió ella, chocando el cristal.

—Apasionante, sí —susurró, entornando los ojos.

Hacía un tiempo que había empezado a valorar a su mujer; sus ojos castaños, que parecían pura miel cuando estaba feliz; sus pestañas espesas, su boca sensual; incluso sus formas esbeltas. Pero, sobre todo, le atraía su calidez; su manera de hacer sentir bien a los demás sin importar su condición social.

Aquella noche la había escuchado elogiarlo y su corazón se esponjó de

orgullo. Comprendió que Elena Birmingham no le era indiferente, que incluso sentía un pinchazo de celos cuando hallaba a otros hombres mirando sus caderas con aquel contoneo especial que ponía al andar.

La mirada se le había perdido y ella lo sacó del ensueño, sonrojada como una adolescente.

—Stephen, me estas mirando...

—Como si te deseara —admitió él.

Hubo un breve silencio incómodo durante el cual él tragó su copa y se sirvió otra, no muy convencido del significado de la expresión de Elena.

—¿Estás seguro de ese sentimiento? —se atrevió a musitar, llena de asombro.

—Lo estoy.

—No me deseaste cuando engendramos a Devon...

El recuerdo aún dolía, aunque la herida se había cerrado tras conocer la historia que él le había relatado una noche en la biblioteca, al amparo de una copa de brandy. Ella había llorado, afligida, escuchándolo. Después, él la había dejado ir, apesadumbrado, pero con la conciencia en paz.

—No —confirmó Stephen, aguantando el reproche—. Pero de eso hace mucho tiempo.

La mirada de Elena acarició a su marido. Parpadeó para evitar las lágrimas y abandonó el champán sobre un mueble cercano.

—Nunca he estado con otro hombre —le advirtió—. Ni he amado a nadie que no fueras tú.

—Déjame recompensarte, entonces.

Sus manos se posaron sobre los temblorosos hombros y la acercaron a su pecho. También él se sentía extraño, pero no dudaba de su deseo. Tampoco Elena dudó cuando lo tuvo cerca.

—Por favor —musitó, antes de que los labios de Stephen la silenciaran.

Desde la niñez, a Axel no le gustaba el invierno. Adoraba la luz del sol y los días largos en los que podía salir a caminar por los prados; pasar tiempo en el invernadero y los jardines, trabajando codo con codo con su tía y el viejo Ulises, y sobre todo montar a caballo. Los ratos pasados a lomos de Luna eran su mejor recuerdo de juventud al aire libre. Los otros eran los de las horas pasadas en la biblioteca, estudiando antiguos legajos de Orson, o

leyendo novelas románticas al abrigo de la chimenea. Cuando llegaban las brumas y la lluvia, esa actividad era su refugio favorito, aunque a veces debía soportar las tediosas labores de costura y bordado, o la de tocar el piano, para lo que no estaba dotada por mucho que su tía insistiera. Lo único que le arrancaba una sonrisa en los oscuros días invernales era la nieve. Cuando alfombraba los campos de blanco corría hasta el pueblo y jugaba con los niños y Matty, la maestra, a tirarse bolas hasta que quedaban empapados, muertos de risa.

El día de Navidad fue su primer día de nieve en la ciudad. Tras una pésima noche aguardando a Devon, se permitió pensar que era un pequeño regalo que el cielo se dignaba a brindarle.

Betty la interrumpió con la noticia de que el duque de Ivory aguardaba en el hall. Mientras la ayudaba a asearse y vestirse, la doncella bajó la voz y se permitió un cotilleo.

—Sé bien que no le gusta conocer lo que los criados hablamos de ustedes, ¡pero esto se lo tengo que decir, lady Axel! ¡El señor ha dormido en las habitaciones de la condesa! —relató, con el semblante feliz.

—¿Tía Elena y...? —Su rostro expresó el mismo placer que el de Betty.

—¿No es maravilloso?

Axel rio, contagiada de su alegría.

—Sí, sí que lo es —asintió—. Al menos para mí. Pero ¿por qué a vosotros os importa tanto?

Betty dudó si debía sincerarse. Luego recordó que Axel jamás la había defraudado en su confianza.

—Yo lo he sabido después de instalarnos en Londres —aclaró—. Al parecer, toda la ciudad ha sido testigo del sufrimiento de la condesa por los desplantes del señor. Y de que ella nunca ocasionó escándalos, demostrando que es una dama. Los criados tenemos sentimientos, milady, y creemos que la condesa se merece que le devolvamos el cariño que nos ha transmitido... Por eso, el cambio de los últimos meses nos alegró mucho. Pero ¿que compartieran alcoba? ¡Ha sido inesperado y gozoso! —Su sonrisa volvió a asomar, cálida—. ¡La señora se merece que la quieran!

Axel sintió un asomo de lágrimas. Llevada por un impulso, abrazó a la doncella.

—¡Gracias, Betty! ¡Ojalá sea como dices! Yo también deseo que mi tía sea feliz.

La chica se apartó, presta y risueña.

—¡Dios mío! ¡El duque me va a despellejar! Dijo que la llevara a su presencia antes de que la nieve se derritiera en Hyde Park o se convertiría en mi peor pesadilla.

Axel soltó una carcajada mientras se colocaba los guantes.

—¡No le permitas que te amenace en tu propia casa! ¿No sabes que él aquí no es nadie?

—Siento diferir, lady Axel. El duque puede hacer lo que le plazca en cualquier parte —suspiró, cómica—. No solo por su posición. ¡Es tan guapo que nadie se le resiste!

Axel asintió, divertida. El poder de persuasión de Andrew estaba más en su persona que en su título. Era el encanto personificado.

—¿Dónde vamos? Le habías hablado a Betty de Hyde Park.

En el interior del carruaje no hacía frío; estaba tapizado de terciopelo oscuro y lo caldeaba un pequeño brasero.

A la boca de Andrew asomó una sonrisa diabólica mientras la atraía con firmeza a su regazo.

—Allá te llevo —susurró en su oído.

—¡Pero has corrido las cortinas! No vamos a ver las calles nevadas —protestó, recibiendo el primer beso en la sien.

Andrew no se molestó en responder. Sus manos desataron con maestría los lazos del sombrero, que cayó al suelo sin hacer ruido, y los pequeños botones de su abrigo. Cuando lo hubo retirado de sus hombros, siguió con los del vestido de grueso paño azul marino, con los lazos del corsé y con los tirantes de su camisa...

A esas alturas, Axel se sentía desmadejada, atrapada en la lengua que recorría su cuello y su espalda. Andrew poseía la capacidad de prodigarle mil caricias a la vez.

—Anoche no me concediste ni un instante a solas y apenas he podido dormir —confesó mientras le mordía el lóbulo de la oreja y tomaba los generosos pechos en sus manos, haciendo rodar los pezones entre sus dedos—. Estás castigada.

Axel ahogó una queja, arqueándose contra él. El ritmo que imponía a su roce era desesperadamente lento y su cuerpo le suplicó en silencio que lo

aumentara. Andrew, victorioso, ahogó un gemido de satisfacción.

—¿Sí, mi amor? —Mordió la palma que le buscaba el rostro y la colocó en su cuello.

Axel pudo sentir cómo sus venas latían desenfundadas.

—Por favor...

Le volvió la cara mientras acariciaba la zona interna de sus muslos muy despacio. Tenía la falda arremolinada en las caderas, pero aún no la había tocado donde ansiaba.

—Dime qué quieres —exigió, tan excitado como ella.

—¡Lo sabes! —jadeó, indefensa. Se arqueó cuando sus dedos llegaron a su pubis y la palma abierta lo cubrió—. ¡Sigue, maldito seas, sigue!

A la risa masculina que le llegó desde su espalda, le acompañó el placer que inició su camino *in crescendo* cuando sus dedos entraron en ella y el pulgar se acomodó en su clítoris, nublándose la vista y logrando que le zumbaran los oídos. Axel notó el miembro rígido de Andrew contra su trasero. Por un instante, él se detuvo, le apartó la ropa, la alzó sobre su estómago y dejó al descubierto el ariete que se curvaba buscando acomodo.

—¡Tócame, Axel! Acaríciame como te enseñé —le escuchó susurrar en su oído, salvajemente excitado.

Mientras él retomaba la posesión de su sexo, Axel lo sujetó con firmeza y lo masajeó de abajo arriba, abarcándolo entero.

—¡Más duro, Axel! ¡Más fuerte!

Escuchó su voz entre brumas, sintiendo que llegaba al final, que las espirales contraían su vientre y sus ojos se cerraban al éxtasis, pero forzó a su mente a aguardar para no defraudarlo y alcanzarlo juntos. Lo consiguieron. Jadearon a la par, Axel desmadejada en su pecho y él en su espalda. Después, una risa bronca le acarició la columna.

—¡Dios mío, cariño! ¿De verdad no quieres ser mi esposa? ¡Cualquier día nos van a sorprender y nos van a postrar delante del mismísimo Regente por escándalo público!

Axel se incorporó para besarlo, pero no respondió, lo que apagó la alegría del duque. Entendía que no debía presionarla, pero su obstinación en mantener las distancias en público lo estaba matando. Dispuesto a mostrarse paciente, la ayudó con la ropa y terminaron sentados con formalidad, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Hyde Park? —sugirió, adoptando el tono bromista con el que

acostumbraba a disfrazar sus miedos.

Axel asintió, arrepentida de lo ocurrido. No le resultaba difícil leer la desilusión en sus ojos azules, pero, pese a disfrutar de las caricias, su corazón seguía atormentado. ¡Con él no había *cosquillas*!

El parque estaba concurrido. Muchas doncellas conducían cochecitos de niños o vigilaban sus juegos, y numerosos londinenses paseaban por los caminos trazados con cuidado de no tropezar.

Axel y Andrew charlaban sobre la noche anterior, seguidos de cerca por Betty, a quien el duque había pagado un carruaje para que les aguardara a la entrada puesto que Axel no podía mostrarse en público sin carabina, cuando un caballero patinó con su caballo sobre la hierba mojada y salió despedido. Antes de que el público pudiera reaccionar, el hombre se puso en pie hecho una furia y golpeó con saña a su montura.

Axel, sin detenerse a pensar, corrió hasta él y le quitó la fusta.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —gritó el desconocido.

—¡Es usted un animal! —le reprochó ella, cegada por la ira.

—¿Cómo se atreve? ¡Es mi caballo y lo mataré si hace falta!

—¡Merecería haberse roto la crisma! ¡Tiene que estar chiflado para salir a cabalgar con tanta nieve!

Se había formado un pequeño grupo de curiosos alrededor, pero el duque prefirió no intervenir. Intuyó que Axel no se lo perdonaría.

—¡Váyase al infierno! —El hombre le arrebató el látigo y golpeó al animal de nuevo.

Lo siguiente en la concatenación de hechos fue una tremenda bofetada que enrojeció el rostro del individuo, al que se añadió un silencio sepulcral. Cuando el iracundo desconocido levantó la mano en dirección a Axel, una voz de hielo lo detuvo.

—Me lo pensaría antes de tocarla, señor. Soy el duque de Ivory y le aseguro que le exigiría una compensación.

Los ojos del hombre se desorbitaron mientras jadeaba, sorprendido e irritado. Axel se preguntó si de miedo por la fama como duelista del duque o por su poderoso título. Cogió las bridas del caballo y abandonó el escenario, mascullando un audible: «¿Por qué permitirán pisar la calle a las mujeres?».

Axel aprovechó que estaba sola en casa para dedicarse a la lectura. Afuera el día lucía gris y no le había apetecido acompañar a la condesa a su ronda de visitas. Se hallaba tan absorta en el libro que no escuchó la aldaba de la entrada y se sobresaltó cuando el adusto semblante del mayordomo le tendió una bandeja de plata con una tarjeta.

—Milady, un caballero solicita verla.

En contadas ocasiones una sonrisa asomaba al rostro del hombre y a Axel le incomodaba no haber sabido ganárselo como al resto del servicio. Una noche se lo comentó a Devon y él se rio con marcado sarcasmo: «Es más fácil que veas doblegarse un roble a que Robert se tome confianzas. Lo educaron así».

Miró el rectángulo con elegantes letras azules donde rezaba: *Steve Cameron. Cameron y Asociados. Boston*. No le dijo nada.

—¿Está seguro de que pregunta por mí?

Le picó la curiosidad. No tenía ni idea de quién era el tal Cameron.

—Lady Birmingham —asintió Robert, seco y conciso.

Axel se puso en pie y se alisó la falda del vestido.

—En ese caso, es evidente que sí. Hágalo pasar.

—Si prefiere no recibirlo...

Su actitud reprobadora la incitó a mortificarlo.

—No veo por qué debería rehusar su petición. Ignoro de quién se trata. Hágalo pasar y saldré de dudas.

Mientras el mayordomo desaparecía, visiblemente contrariado, reflexionó sobre la conveniencia de recibir sola a un caballero por mucho que la casa estuviera llena de criados. Pero se respondió a sí misma con una máxima de lord Birmingham: «Las personas están por encima de las normas sociales».

Le sorprendió reconocer a su visitante. No había parado de cruzarse en su camino en las últimas semanas, aunque no habían sido presentados.

Engalanado con un traje castaño de impecable factura y lustrosos zapatos marrones, llevaba pelo negro y liso, recogido en una coleta que desbarataba la imagen formal que pretendía aparentar. Recordaba a un pirata. «Un pirata guapísimo». El mentón cuadrado y la frente despejada hablaban de un hombre acostumbrado a hacer su voluntad, pero se notaba que no se sentía demasiado firme sobre el terreno que pisaba. No en casa del conde de Valmont.

—Lady Birmingham —se adelantó para besarle la mano que Axel le tendió.

—Señor Cameron —aceptó el saludo mientras con el rabillo del ojo

captaba la indeseable presencia del mayordomo junto a la puerta. ¡Empezaba a saturarse de etiqueta londinense!

—Steve Cameron, milady. Si me permite, necesito hablarle de un asunto. En privado. Entiendo que no es correcto, pero sí importante.

El carraspeo del mayordomo colmó el vaso de la paciencia de Axel, pero aun así se obligó a mostrarse cauta.

—Me temo que... No nos conocemos.

—No hemos sido presentados —rectificó él.

—¡Exacto!

Continuaron de pie, indecisa Axel sobre su proceder.

—Hemos coincidido durante el último mes en diferentes acontecimientos —pareció haber recuperado el aplomo, aunque lanzó una mirada de soslayo al criado—. Créame, es importante que hablemos.

El malhumor del empleado terminó por decidirla.

—De acuerdo. Siéntese, por favor. —Señaló el sillón frente al suyo y se dirigió al mayordomo—. Robert, ¿sería tan amable de dejarnos solos?

Axel atajó el recriminator gesto con voz cortante.

—Deje la puerta abierta si le parece; pero no monte guardia. Si necesitamos algo, se lo haré saber. Y por favor, dígame a la señora Hanson que nos envíe una tetera.

El hombre acató sus deseos. Como mayordomo de una casa aristocrática sabía que su obligación era estar ciego y sordo ante ciertas libertades, pero lo de aquella joven le parecía el no va más de las malas maneras.

Axel se desentendió del criado y prestó atención a su invitado.

Él, una vez recibido, esbozó una sonrisa comprensiva.

—Solo cumple con su deber. No se amosque con él. ¡Los ingleses son tan rígidos en sus costumbres! ¡Aunque tampoco yo permitiría a mis hermanas quedarse a solas con un desconocido! —admitió, acentuando la sonrisa.

—Así que no es usted inglés...

La curiosidad se plasmó en su cara. Axel intuyó que no era la galantería lo que le había traído hasta ella y no había nada que la intrigara más que una incógnita.

—Americano —informó él.

—Boston, sí. Lo ponía en la tarjeta.

—¡Exacto!

Le hizo gracia que replicara con su anterior respuesta. Barruntó que se

llevarían bien.

—Prosigamos. ¿De qué desea tratar conmigo?

—Le va a parecer extraño...

Axel rio, divertida por la absurda conversación.

—¡A estas alturas, no creo que eso importe! Ya que está aquí, hablemos.

La presencia de una doncella con el servicio de té les interrumpió.

—¡Gracias, Sara! Puedes dejarlo sobre la mesa. Yo me encargaré de servirlo.

Axel actuó como una correcta anfitriona. Sirvió los tés y se acomodó con una pasta entre los dedos para darle ocasión al desconocido de explicarse. Él interpretó su gesto y usó aquel acento tan sensual que tenían los americanos.

—Sabía que estaba sola en casa. Llevo días observándola...

—¡Empieza a darme miedo!

Axel sostuvo la taza ante sus labios, en suspenso, aunque sus ojos brillaban de un modo seductor, casi juguetón.

El desconocido rio con desenvoltura.

—¡Intuía que no me equivocaría con usted! ¡Estuvo espléndida cuando golpeó a aquel rufián! Demostró tener coraje.

Axel se sonrojó al recordar el incidente en el parque. Le había costado un pequeño disgusto con Andrew, pero no se arrepentía de haberlo hecho.

—Así que lo vio...

—Digamos que se me adelantó. Mientras yo lo pensaba, usted actuó.

Axel se sonrojó de placer, por segundos más cómoda en su compañía.

—Fue un desagradable incidente. No soporto que se golpee a los animales.

—Yo tampoco —admitió con franqueza, relajado en el sillón. Estiró las piernas tras dejar su taza en la mesa—. ¿Podemos pasar de los preliminares?

—Lo estoy deseando.

La carcajada del hombre resonó en el salón y Axel dirigió su mirada a la puerta, convencida de que Robert no andaría lejos, dispuesto a pillar lo que pudiera de la conversación. Cuando retomó su atención a Cameron él había recuperado la seriedad.

—Verá... Soy el hijo menor de una familia adinerada de Boston. Mis hermanos se dedican a la compraventa de maderas, tejidos y otras materias primas. Me enviaron a Londres para iniciar una apertura de mercado. —Una mueca burlona afloró a su rostro—. Lo cierto es que me quitaron del medio porque mantenía un romance con una cupletista y no se fiaban de mí. Pero, en

fin, eso no viene a cuento.

Los ojos verdes lo interrogaban, interesados, y él extendió la sonrisa a los labios antes de continuar.

—Cuando llegué a Londres estaba reformado. Me incorporé al mundo de los negocios, contacté con personas de interés... y me metí en otro lío.

Axel entrecerró los ojos. La historia le resultaba entretenida, pero no entendía qué pintaba ella en el asunto.

Cameron le leyó el pensamiento.

—No se preocupe, ahora entenderá el resto. La estoy poniendo en antecedentes. Como le decía, me metí en un lío. Acudí a una casa de juegos. Y me topé con el conde de Almont.

Axel contuvo el aliento. ¡El padre de Beth!

—Sabe de quién le hablo, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Es el padre de una querida amiga.

—Eso me pareció.

—Sigo sin comprender...

—Ya le dije que es un poco complicado. —Se despejó el mechón que le caía sobre la frente con un gesto mecánico que a Axel le pareció fascinante. ¿Sabría aquel hombre lo guapo que era?—. ¿Me permite continuar?

—Por favor —asintió, expectante.

—Mantuvimos varias partidas fuertes; de esas que... Bueno... ¡Debió dejarlo mucho antes del final! Yo estaba en racha y el resto abandonó cuando pudo, pero él no; se empeñó en continuar. Y apostó su casa.

Axel contuvo el aliento, horrorizada.

—Le advertí de que yo no aceptaba ese tipo de apuestas, pero no me permitió dejar la mesa. Exigió la revancha una y otra vez. Finalmente acepté... y gané.

Miró a la mujer que lo contemplaba, adelantada, con los ojos como platos. Estaba realmente hermosa, con el sonrojo en el cutis y la boca anhelante; aunque él no estaba interesado.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que soy el dueño de la mansión de los Almont —asintió terriblemente serio.

—¡Dios mío! Pero Beth no me ha dicho...

—Lady Elizabeth no lo sabe. Sospecho que nadie en su familia lo sabe. El conde me pidió dos meses para condonar la deuda y yo acepté. Sin embargo, y

visto cómo continúa jugando, me temo que no recibiré el dinero.

—¿Por qué hizo eso? Creía que las deudas de juego se cobran enseguida.

—Es lo habitual. —Se encogió de hombros—. Pero yo no necesitaba la casa. ¡Hasta me arrepentí de haber ido a aquella maldita timba! No me hace gracia saber que voy a dejar a una familia decente en la calle.

—¡Dios mío! ¡La situación de los Almont es desesperada! Ese hombre malgasta todo el dinero que cae en sus manos.

—Fue lo que escuché. Tras la partida me impuse averiguar quién era mi oponente... Y entonces la conocí. —Parecía realmente conmocionado y cuando su mirada chocó con la de Axel, lo confirmó—. Lady Elizabeth. Estoy aquí por ella.

—¡Beth! —Una espontánea sonrisa iluminó su semblante, pese a la sorpresa—. ¡Le interesa Beth!

—Le ruego que me disculpe. No es el modo más lógico de proceder. Tal vez malinterpretara mis intenciones y pensara que usted... Es, sin duda, preciosa, lady Birmingham, pero...

La risa divertida de ella lo detuvo.

—¡Ni por asomo pensé que viniera a galantearme! Pero tampoco esperaba lo de Beth —admitió, feliz—. ¿Necesita mi ayuda para conocerla?

—¡Justo lo que tenía en mente! —afirmó, satisfecho por su disposición.

Los dientes blancos de Axel relucieron en su rostro.

—¡Estaré encantada de mediar entre ambos! Solo existe un pequeño problema —recordó después.

—¿Que lady Elizabeth está enamorada de su primo, el vizconde Dermont?

—¡Vaya, parece que ha estudiado a fondo el terreno! —Axel no disimuló su sorpresa.

—Tengo los ojos y los oídos abiertos. Ya le dije que soy comerciante y en esta ciudad, termina por saberse todo.

—No le falta razón —asintió, molesta—. Incluso puede que esta sorprendente visita.

—¡Espero que no! He intentado ser discreto para no poner en entredicho su honor. Sin embargo, no hallé otro modo de acercarme para hablar sin que nos interrumpieran. Sé que son ustedes amigas; amigas auténticas. Por eso me atreví.

Axel entornó los ojos, cavilando. Steve Cameron tenía aspecto de tahúr, era endemoniadamente atractivo y al parecer contaba con medios económicos para

ayudar a las Swan. ¡Tenía que intentarlo! Sabía con certeza que Beth jamás conseguiría el favor de Devon así que, ¿por qué no abrirle los ojos de una vez con el americano?

—¿Cómo puede confirmarme que sus intenciones son honorables? Adoro a Beth como si de mi hermana se tratara y... —Calló cuando él le tendió un documento que sacó de su bolsillo—. ¿Qué es eso?

—La cesión de la propiedad de los Almont a lady Elizabeth Swan. Aun cuando ella no me aceptara, le regalo su casa. Debe saber que el documento estipula que ella es la única propietaria y que no podrá venderla, como mínimo, hasta el fallecimiento de su padre. De no cumplirse esas normas, queda invalidado.

El asombro de Axel amplió la sonrisa del bostoniano.

—Llevo observándolas mucho tiempo. Sé que la trata con un cariño poco habitual entre la gentuza de Londres, y perdone la grosería, pero he escuchado demasiados cotilleos como para no despreciar a esas ridículas damas que solo se mueven por el interés. Me enamoré nada más verla, en Hyde Park, y no sé cómo llegar a ella. Por eso pensé en usted.

—¿Se enamoró nada más verla? —Axel se mostró esquiva—. ¿Quién asegura que no es un capricho como lo de esa... cupletista? ¡A ella ya la ha olvidado!

—Estoy seguro porque desde entonces no he tocado a otra mujer —aseguró él, destilando pasión por sus ojos negros—. Porque me cautiva cómo se preocupa de los demás, cómo afronta la humillación constante de sus padres, ofertándola como una mercancía... Y porque sueño con ella todas las noches.

Supo que había tocado el corazón de Axel con esas últimas palabras por el jadeo entrecortado que ella reprimió. Lo que le sorprendió fue que avanzara en su asiento hasta cogerle las manos.

—¿Quiere casarse con ella? ¿De verdad?

—¡Se lo juro! —Se llevó la mano al corazón con un gesto teatral que arrancó la risa de Axel.

—¿Por qué no la pide en matrimonio? Como bien ha comentado, sus padres la ofrecen al mejor postor.

El rostro del hombre se ensombreció y su voz sonó ronca.

—No dudo de mi capacidad para conquistar a una mujer, pero ella está convencida de amar al vizconde. No quiero que me acepte por imposición. Podría enamorarla después, pero no deseo que se sienta infeliz el día de su

boda.

Axel, conmovida por su delicadeza, se dejó llevar de su impulsividad y le besó la rasurada mejilla.

—¡No lo será, señor Cameron! Tiene en mí una aliada. Lo que necesitamos ahora es elaborar un plan.

Cuando lo acompañó hasta el hall y llamó a Robert para que le entregara el abrigo y el bastón había transcurrido más de una hora.

El mayordomo mostró su desdén por la familiaridad con que ambos se despidieron, pero el colmo fue cuando escuchó a Axel subir las escaleras hacia su dormitorio silbando bajito una tonada. Bufó, desesperado, y las criadas rieron, muertas de curiosidad hasta que Betty averiguara la identidad del guapísimo visitante y les contara el jugoso cotilleo.

Capítulo 10

Durante la cena Devon contempló, estupefacto, cómo sus padres se sonreían por encima de las servilletas, enviándose miradas cómplices. Era de *vox populi* en la casa que el conde dormía con su esposa todas las noches, pero la pareja no había comunicado a nadie el cambio en su relación.

En cuanto a Axel, parecía radiante a pesar de que el mayordomo se había quejado al señor porque un joven desconocido había pasado dos horas con ella aquella mañana. Su padre había indagado durante el almuerzo, pero lo único que le sonsacó fue un: «No es nada de lo que debas preocuparte, Stephen; mi reputación no corre peligro».

Devon llevaba toda la tarde molesto por su secretismo y porque, para colmo, Axel había añadido otro hombre más a su vida.

Ella, ignorante del motivo de su malestar, aunque no de este, que quedaba en evidencia por su ceño fruncido, le acarició una mano con gesto amigable.

—¿Vuelves a tener mucho trabajo? No hay forma de verte.

—Me paso los días en la fábrica. Ya sabes que Blake está con Clarence en Brighton y tenemos compromisos que cumplir.

—Comprendo. —Su voz sonó melosa, pero la mirada que le envió le dijo: «No te creo»—. ¿Podrías acompañarme mañana al teatro? Estrenan una obra en la que tengo interés.

Devon buscó una segunda intención a sus palabras, sin encontrarla. Suspiró, maldiciendo lo complicado que resultaba entender a las mujeres.

—Si de verdad lo quieres...

—Quiero, pero solo si tú quieres también —asintió, de repente molesta. No entendía los altibajos emocionales de Devon, sus «Te quiero» y sus «Te odio» de un día para otro. ¡Al menos Andrew era constante en sus atenciones!

—¡Parecéis a punto de batiros en duelo! —comentó el conde con un asomo

de burla.

—En absoluto, padre. Sin embargo, Axel está tan solicitada que me asombra que eche de menos mi compañía. —No pudo evitar la acritud de su tono, aun siendo consciente de que sonaba ofensivo—. Te lo agradezco, *prima* —enfaticó el parentesco—. Será un placer acompañarte.

Ella se mordió la lengua para no replicar, pero se mantuvo en silencio hasta el término de la cena. Tras los postres se excusó y abandonó la mesa. Escuchar el susurro enfadado del conde a su hijo: «¿Se puede saber que mosca te ha picado?», pero no esperó a la respuesta.

Había empezado a leer, tumbada en la cama, cuando Betty la interrumpió con una sonrisa cómplice. Traía un paquete en la mano.

—Iba a retirarme cuando lord Dermont me ha entregado esto para usted, milady.

Se tragó las ganas de mandarlo al infierno, furiosa por la frialdad con que la había tratado en la mesa.

—Déjalo sobre el tocador, gracias.

—¿No piensa abrirlo?

Betty no se molestó en ocultar su interés. Al igual que el resto de los criados, estaba convencida de que la relación de ambos terminaría como la de los condes.

—Más tarde, quizá —replicó con displicencia—. Buenas noches.

La doncella se encaminó a la puerta, cabizbaja, cuando la voz de Axel la detuvo.

—¿Jimmy está contento en la fábrica?

—¡Mucho! —asintió la chica, transformada por la alusión a su esposo—. Empezó descargando mercancías, pero lo han ascendido. El señor lo ha convertido en su recadero para asuntos de confianza y él está muy orgulloso con el puesto.

—Me alegro —sonrió Axel, sincera—. Lo demás, ¿todo bien?

Ambas sabían de qué hablaban.

—¡Muy, muy bien! Jamás imaginé que el matrimonio sería tan... ¡Es como si siguiéramos en Escocia! —confesó ruborizada, divirtiendo a Axel.

—Disfrútalo, entonces. ¡Vete ya! —la apremió—. No le hagas esperar.

—Hasta mañana, milady. —Envió una mirada pícara al tocador—. ¡Y no olvide su regalo!

En cuanto la puerta se cerró, abandonó el libro sobre la colcha y corrió a

abrirlo. Estaba envuelto en un papel brillante que reconoció como de la librería *Hatchards* de Picadilly, establecimiento del que era asidua cliente. ¡Le encantaba subir las escaleras de caracol y perderse entre los miles de tomos que llenaban los seis pisos repletos de estanterías! Rompió el lacre y resbaló sus dedos por la portada del ejemplar: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley. ¡Aún olía a imprenta! Sabía que esas Navidades lo habían lanzado a la venta con una discreta publicidad. Por desgracia, la obra de una mujer no merecía ser destacada a bombo y platillo.

Apretó el libro contra su pecho y regresó a la cama. Era temprano para acudir a la alcoba de Devon a darle las gracias. Esperaría a que su impertinente ayuda de cámara se fuera a dormir.

Caminó decidida, apretando la bata sobre su cuerpo desnudo. La alfombra acallaba sus pasos. Lo último que quería era encontrarse con el rostro enfadado de Robert o la mirada condenatoria de la señora Hanson. No golpeó la puerta, solo la abrió y pasó al interior.

Se le secó la boca al descubrir a Devon descansando en actitud indolente en un sillón, con un batín por todo ropaje mientras bebía de una copa. Su pecho dorado se adivinaba bajo el satén entreabierto y sus largas piernas estaban desnudas, al igual que sus pies. Verlo y desearlo fue todo uno.

—¡No deberías beber solo! Es una mala costumbre —reprochó, por decir algo.

—El brandy me ayuda a dormir —confesó, esperanzado al tenerla en su alcoba.

—¿No podías darme el libro en persona? ¿O lo has hecho para disculparte por tu grosería de esta noche?

—Pensaba regalártelo en Navidad, pero se complicaron las cosas —aseguró, atento a sus gestos.

A la luz de la chimenea, Axel semejaba una aparición. Su cuerpo reaccionó sin control y las pupilas se le oscurecieron. La vio acercarse, parpadeó cuando se sentó en su regazo, y la piel se le erizó cuando lo olfateó y le mordisqueó el mentón.

—Quiero que me lleves a la cama. Te echo de menos.

Su sexo reaccionó presionando contra ella, pero su mirada todavía se mantuvo cauta.

—Me dijiste que podía pedírtelo —musitó, de repente insegura.

—Y lo mantengo —replicó tenso, sin atreverse a abrazarla.

—Entonces... ¿Qué te detiene? —Ella le sostuvo la mirada, adivinándolo
— ¿Es Andrew?

—¡No lo quiero entre tú y yo! —rugió, molesto.

—¡Jamás lo ha estado! Tampoco ahora —afirmó sin apartar sus ojos de los castaños—. Son tus manos las que anhelo, tus besos, mis *cosquillas*...

Mientras hablaba acarició su rostro con pequeños besos, desde la frente al mentón. La anatomía de Devon respondió de inmediato y no dudó en echar la bata hacia atrás y quedar desnuda en sus brazos.

—Llévame a la cama. Quiero estar contigo.

Devon se olvidó de cualquier cosa que no fuera complacerla. La aferró contra su pecho y la dejó caer sobre el lecho saboreando la visión de su cuerpo, adelantando en su mente las locuras que haría con él. Se quitó el batín con un rápido gesto y se arrodilló entre sus piernas, pero Axel lo atrapó con las manos y le obligó a escucharla.

—Quiero una noche salvaje, Devon. Lenta y salvaje —exigió.

Ver la excitación en sus pupilas la calentó de tal modo que se sintió preparada para él, húmeda de inmediato. Aunque Devon no lo sabía, ella perseguía un fin. ¡No quería una noche más! ¡Lo quería todo!

Devon pensó que el pecho iba a estallarle, además de su miembro. Aspiró con profundidad para no portarse como un adolescente, recordándose a sí mismo que era uno de los libertinos más reputados de Londres y como tal debía complacerla. Ordenó sus latidos, inició un sensual recorrido de besos por su cuello, descendió hasta su ombligo y terminó en la punta de sus pies. Cuando chupó uno a uno los pequeños dedos, los jadeos de Axel le hicieron esbozar una sonrisa lobuna.

—¿Es lo bastante lento? ¿Lo bastante salvaje?

Ella asintió, incapaz de coordinar un pensamiento. Sentía que las venas le ardían, que toda su piel era una cubierta excitada, alerta al siguiente movimiento de manos y boca. Devon subió a mordisquitos por sus piernas, ignoró el pubis, que lo llamaba elevándose a su paso, y tomó un pecho con los dientes mientras el otro lo acariciaba con sus dedos húmedos por la saliva de Axel. Ella se estremeció con violencia. Le tiró del pelo para atraparlo y buscó sus ojos, vidriosos por la pasión.

—Devon, te quiero dentro —suplicó.

Por un instante pensó que iba a rechazarla, pero fue tan breve que una sonrisa de victoria asomó a sus labios.

—¿Estás segura?

Axel tomó su boca con una ferocidad que lo desarmó. En un último intento, Devon la miró buscando verificarlo, pero ella masculló: «¡Ahora!», y su mano se cernió sobre la palpitante carne y la acercó a su sexo, necesítándolo con urgencia.

Axel no esperaba que le doliera tanto tras el primer envite y se quedó rígida, de repente asustada entre los brazos de Devon, pero al ver la alarma en los ojos castaños y el inicio de retirada, se aferró a sus hombros e intentó adaptarse.

—Lo siento, mi amor. —Él le besó el rostro y lamió sus lágrimas—. Soy un bruto. ¡Discúlpame!

Calló a tiempo para no confesar lo que le había estado torturando. Estaba convencido de que Andrew no habría desaprovechado la ocasión de llevarla a la cama, en un intento por forzarla a aceptarlo, y había asimilado de tal modo que ella ya no era virgen que le rompió el corazón comprobar su error.

—¡Cállate, por Dios! ¡Solo haz que sea bueno! —Pese al dolor que la atravesaba consiguió que brillara una pizca de humor en sus ojos—. ¡Se supone que eres un experto en esto!

Devon la contempló, desarmado y rebotante de amor. Aunque nunca había compartido cama con una virgen, sospechaba que no debía ser normal adoptar semejante desenfado. Besó sus labios con gesto dulce y le acarició el clítoris, sin moverse en su interior.

—Cálmate. Estás muy tensa, por eso te duele.

—¡Antes no lo estaba! —refunfuñó.

—Pero acabo de invadirte. Hazme caso, cariño.

Ejerció más presión entre sus piernas y la escuchó jadear al tiempo que los ojos se volvían transparentes y sus músculos se relajaban. Mordisqueó su cuello, su oreja, sus pechos. Mientras, allá abajo su miembro reclamaba seguir empujando, pero le ordenó esperar. Consiguió que Axel se olvidara de que lo tenía dentro y la llevó al borde del orgasmo con los dedos. Comenzó a moverse con cuidado, controlando los tiempos, atento a sus resuellos, hasta que las uñas de Axel se clavaron en sus antebrazos mientras gritaba su nombre en un estallido final. Él se dejó ir detrás.

En el pasado nunca fue descuidado de no tomar precauciones, pero con

Axel ni siquiera se lo planteó. Lo que su corazón anhelaba era plantar su semilla en ella. La besó con dulzura mientras las respiraciones se acompasaban y después se retiró.

—¿Te hice mucho daño?

—¡Ya se olvidó! —aseguró, extasiada—. ¡Ha sido... fascinante!

El brillo de sus ojos la hizo amarla con locura. La atrajo hasta su pecho y la acunó contra él.

—Gracias, Axel. Eres mi regalo máspreciado.

—¡Te echaba tanto de menos! —Ella le acarició el mentón, perezosa y lánguida en sus brazos.

Devon se estremeció. Volvió a tumbarse sobre su cuerpo y le devoró la boca.

—¿Crees que yo no? ¡Estaba desesperado porque me abordararas!

—¡Si me has estado dando esquinazo! —replicó, dolida.

—Te quería libre y convencida cuando vinieras a mí. Porque... Lo has hecho, ¿verdad, Axel? ¡Te casarás conmigo! Después de esta noche...

Ella se incorporó, inquieta.

—¿Tenemos que casarnos porque hemos hecho el amor? ¿Qué diferencia hay entre hoy y otras veces?

Devon frunció el ceño, incapaz de entenderla.

—¡Te has entregado a mí, Axel! ¡Me has regalado tu virginidad!

—Si la hubiera perdido con Andrew, ¿me lo habrías pedido también?

Él la miró endureciendo la mandíbula, sin contener la dureza que asomó a sus ojos.

—¡No me hubiera dado esa oportunidad! Ambos sabemos lo que implica estar con una mujer su primera noche. Un caballero no dejaría de cumplir con su honor.

Axel se apartó, rebelándose contra sus palabras.

—¿Es por eso que me lo pides? ¿Por honor?

—¿Por qué demonios tienes que malinterpretar lo que digo? ¡Sabes que te quiero!

—¡No, no lo sé! —Se alzó como una valquiria, erguida y desnuda, con sus ojos centelleantes—. Sé que me deseas, como yo te deseo a ti, pero de amor no hemos hablado nunca.

—Bien, pues te lo digo ahora: ¡te quiero!

Su voz sonó brusca y supo que la había herido.

Axel se levantó hecha una furia, recogió su bata y sus chinelas y se cubrió como si un tornado la estuviera empujando.

Devon, atónito, se sentó en la cama.

—¿Quieres explicarme qué ocurre? ¿Qué he dicho para enfadarte?

Cuando lo miró, sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero no de tristeza, sino de ira.

—¡Maldito seas, Devon! ¡Maldito seas por estropear la mejor noche de mi vida!

Salió dando un portazo.

El paso de las horas transcurrió lento y desesperante. Axel lloró tanto que le escoció la piel de las mejillas, pero ni siquiera el cansancio logró rendirla. Le dolía el corazón y entre las piernas.

Rememoró cada paso de los momentos vividos con Devon y la excitación se apoderó de su cuerpo traidor.

Sabía que estaba enamorada de él. ¡Ahora sí! Con Andrew, las sensaciones no pasaban de ser placenteras. La percepción de pertenecer, de compartir, de ser uno, le correspondía a Devon en exclusiva. Lo que la enfurecía y desgarraba era que no podía asegurar que para él fuera igual. La palabra matrimonio no había salido de sus labios hasta esa noche y la idea de que se debiera a su maldito sentido del honor le hacía apretar los puños. Después de los ratos compartidos, de haberle descubierto el sexo, ¿qué importancia tenía que la hubiera desvirgado? Ciertamente que no aceptó complacer a Andrew porque sabía que era un manipulador y lo esgrimiría para presionarla al matrimonio. ¡Pero es que el duque se lo pidió la misma noche de conocerla!

¿Y si hubiera cedido ante Andrew? ¿Reconsideraría Devon su demanda? Es más, ¿seguiría manteniéndola de contarle lo íntimas que habían sido sus relaciones? Apartando semejantes premisas, abordó otra cuestión. Debía comunicarle a Andrew que desistiera de pretenderla. Con la certeza de no amarlo, no seguiría dándole esperanzas. Aunque no se casara con Devon, que era lo que le pedía su cabeza, tampoco se comprometería con Andrew. El duque le importaba demasiado. Pese a no amarlo, lo quería. ¡Hubiera sido el elegido de no existir Devon!

¡Devon, el maldito Devon, que volvía a romper sus sueños una vez más, como años atrás rompía la paz de su vida con cada visita!

El recuerdo de Marion Hill le hizo añorar su hogar y estuvo tentada de cargar los baúles y marcharse con Orson. Pero entonces, ¿qué pasaría con todo

lo que había puesto en marcha? Al día siguiente, en breves horas, tenía una entrevista con el señor Stevenson y otra con los educadores que habían contratado, entre ellos Beth.

¡Beth! Para esa tarde había organizado el encuentro entre Steve Cameron y su amiga. ¡No podía fallarles! ¡No podía regodearse en lamerse las heridas y apartar las cosas por las que había luchado!

Después de todo, era una Birmingham. De acogimiento, pero una Birmingham. ¡Ellos jamás fallaban a la palabra dada!

Devon se paseó como un tigre enjaulado por su alcoba. Le recomía la tentación de acudir a la de Axel y sacarla de la cama a empujones para hacerle después el amor sobre la alfombra, mordiéndola, arañándola, hasta conseguir que gimiera de deseo y aceptara su proposición.

¡Por Dios! ¿Qué había hecho mal? ¡Si incluso le había confesado que la amaba! Estaba dispuesto a hacerla su esposa, aunque el duque la hubiera seducido.

Desde su paso por Escocia se culpaba de haberla empujado a los brazos de su amigo, sabiendo que era una criatura vulnerable frente a un libertino de merecida reputación.

Pero su respuesta lo había trastornado. ¿Qué significaba su rechazo? ¿Cómo podía estar arañándole la espalda entre jadeos de placer y minutos después enfurecerse por una petición de matrimonio? ¿Tan poco convencida estaba de lo que sentía por él que le horrorizaba la posibilidad de compartir sus vidas?

Había aprendido a apreciar a su padre y a confiar en él, ¿por qué no podía otorgarle el mismo trato? ¿Temía que le fuera infiel, que la dejara de lado una vez casados?

¡Maldita Axel! ¿Nunca dejaría de amargarle la vida?

Se encontraron en el desayuno. Un rápido vistazo a sus respectivas ojeras les hizo adivinar la mala noche pasada, pero ninguno dio el paso para arreglarlo.

Por el contrario, la lozanía en el cutis de Elena y el brillo en los ojos de Stephen hablaban de circunstancias muy diferentes. Aunque a ambos se les cayó el alma a los pies cuando los hallaron frente a frente, sin dirigirse la

palabra y con expresiones distantes.

Cautelosa, la condesa despidió a la doncella después de que le sirviera el té.

—¿Has dormido mal, Axel?

—Sí, tía. Tuve insomnio —admitió, tensa.

—¿Algún problema? —se interesó Stephen sin aparentar darse por enterado del macilento rostro de su hijo ni de la palidez de ella.

—La mañana será agitada. Supongo que me desvelé por eso.

Mintió con tan poco aplomo que los demás hicieron como que la creían.

—Visitarás al señor Stevenson... —El conde continuó con la pantomima para evitar un embarazoso silencio.

—Sí. Y esta tarde le mostraré el centro al señor Cameron, el americano que me visitó ayer por la mañana. —Presintió el ceño fruncido de Devon, aunque no se atrevió a mirarlo—. Está muy interesado en colaborar con nosotros.

—¿De dónde ha salido ese hombre? —indagó Elena, intuyendo que su hijo no se atrevería a preguntarlo.

—Es un comerciante de Boston. Lleva una temporada en Londres y escuchó hablar del proyecto. Como nadie le ha invitado a ayudarnos, vino a ofrecerse en persona.

—¿Es que no conoce las reglas de cortesía? Encontrarse contigo a solas no fue lo más correcto —criticó el conde—. Pudo haberse presentado al director.

—Llevábamos coincidiendo en varios actos sociales, Stephen. Además, es americano. Ya sabes que las formalidades les interesan poco. Por otro lado, ¿qué más da? Lo importante es que su dinero sirve como el de los demás. ¿No te parece?

—Me parece. ¿Quieres que te acompañe con él?

—No, lo hará Beth —le salió la vena irónica—. ¿Te convence la carabina?

Stephen cabeceó, queriendo esbozar un severo rictus de reproche y logrando que le saliera media sonrisa. ¡Aquella indomable chiquilla era su debilidad! Aunque esa mañana hubiera dado parte de su fortuna por saber qué pasaba entre ella y su hijo para que ambos parecieran dos bloques de hielo.

—¿Te vas a la fábrica, Devon?

—Sí, claro. —Desvió la sombría mirada de la angustiada de su madre, sin fuerzas para ofrecer explicaciones—. ¿Me necesitas para algo?

—No, cariño. —Ella lo abrazó impulsiva, besando sus mejillas rasuradas—. Que tengas un buen día.

—Gracias, madre. Tú también. —Durante un instante clavó su oscura mirada en Axel—. Vosotros también.

Ella apretó los puños, pero se mantuvo en silencio, temerosa de que le traicionara la voz. La irritante frialdad del vizconde le ponía un nudo en el estómago y le provocaba unas vergonzosas ganas de llorar. Pero no iba a darle la satisfacción de que la supiera dolida.

La charla con Martin Stevenson le arrancó a Axel algunas sonrisas. Era un hombre interesante a pesar de su apariencia anodina. Hablaba con dulzura y serenidad, sin importar el tema, y tenía, además, la cualidad de captar la esencia de los problemas y darles solución. Tratar los asuntos del centro con él resultaba estimulante porque se le ocurrían múltiples ideas y cómo llevarlas a cabo. Poseía la capacidad de razonar como una persona culta y al mismo tiempo entendía el comportamiento del más mísero ciudadano. Había sido un niño de la calle y no lo olvidaba, igual que Axel.

Ese día estudiaron los informes de ciertos candidatos que ingresarían en los talleres para formarse, pese a que continuarían viviendo con su familia. Ese tipo de alternativa estaba previsto que se ofreciera más adelante, cuando contaran con mayor financiación; pero por el momento comenzarían con tres. Sus progenitores trabajaban en una fábrica y los niños pasaban el día solos, en malas compañías. Acudir al centro sería un modo de evitar el peligro. La madre se lo había rogado a Stevenson, aunque él no quiso comprometerse sin consultarlo con Axel.

La mañana continuó con una reunión de educadores. Excepto Beth, eran gentes de cierta edad, liberales y comprometidas. Anteriormente habían sido preceptores o institutrices; también había una exmatrona y dos enfermeras. Para los talleres especializados contarían más adelante con la aportación de especialistas en diferentes ramas: tintoreros, ebanistas y constructores; pero la reunión de esa mañana se limitó a los contratados. Se discutieron los problemas que presentaron los niños en los primeros días y el modo de afrontarlos. Terminaron tan tarde que Roger Alvin, en calidad de director, la invitó a participar del almuerzo colectivo y ella aceptó con entusiasmo.

A pesar de los intentos de los cuidadores por mantener el orden, la algarabía reinaba en el comedor. Se trataba de niños de la calle, habituados a robar y gritar por cualquier circunstancia. Con todo, la presencia de Axel, tan

distinguida con su vestido verde oscuro y su sombrero, les aplacó unos instantes. Hasta que una enorme sonrisa ensanchó sus labios y saludó con el mejor acento callejero.

—Hola, chicos. Espero que os guste la comida.

El escándalo volvió a ser monumental, entre codazos y risas de los comensales.

—¡Podría estar mejor! —gritó uno, con ropas limpias y pelo revuelto.

—¡No seas desagradecido! —recriminó otro—. ¡Por lo menos está caliente!

—Si tenéis alguna sugerencia, se la podéis hacer a las cocineras —aseguró el señor Alvin.

—¡A mí no me gustan las verduras! —gimió una chiquilla pecosa—. ¡Yo quiero patatas!

Las risas del resto corearon su queja y Axel se le acuclilló delante y le acarició el pelo.

—Las patatas están riquísimas, pero debes aprender a comer de todo. ¿Quieres que me siente contigo? Podemos pasarnos la comida de plato —susurró con un guiño cómplice.

En breve todos imitaban los movimientos de Axel. Ella, que se dio cuenta, teatralizó sus gestos y les hizo reír, consiguiendo que usaran los cubiertos con cierto donaire.

Alvin, desde su mesa, le envió una sonrisa afectuosa.

La tarde transcurrió aún mejor. Steve Cameron se presentó a la hora señalada, con impecable traje azul y botas negras. El abrigo, de cuello de castor, atrajo la atención de los chicos que merodeaban por el vestíbulo y él dejó que lo tocaran, sin dejar de bromear.

Cuando Axel y Beth lo recibieron, estaba rodeado de críos que manoseaban su prenda.

—Ejem... chicos, creo que deberíais respetar la ropa de nuestro invitado —amonestó Axel, insegura de cómo interpretaría la osadía de los muchachos.

La risa franca del hombre acentuó sus rasgos de pirata, provocando un jadeo espontáneo en ambas. Axel se mostró divertida, pero a Beth se le acentuó su habitual sonrojo.

—¡Solo es un abrigo, lady Birmingham! —se apresuró a besar su mano con una sonrisa canalla que derretiría el rigor de la más estrecha damisela.

—¡Pero lo necesitará a la salida! Arthur, por favor —replicó ella, burlona, antes de dirigirse al conserje—, recoja la prenda de nuestro visitante y póngala a buen recaudo. No quisiera disgustos después.

—No habrá problema, se lo aseguro —insistió, encantador. Después miró a Beth—. ¿Me presenta, por favor?

—Por supuesto, discúlpeme. Señor Cameron, la señorita Swan.

Beth había decidido utilizar su apellido y omitir el «lady» en el centro, para no intimidar a sus compañeros y porque, además, su familia veía como un ultraje que se hubiera «rebajado a trabajar», en «semejante sitio», además, y «recibiendo remuneración» por ello. Pero la muchacha era consciente de que, de no ser por su aportación, más de un día no comerían caliente en la lujosa y cada vez más desvalijada mansión de los Almont.

Él le besó los nudillos, desnudos de guantes, con extrema galantería. Su voz sonó aterciopelada cuando se apartó.

—Steve, por favor. Los americanos no somos muy ceremoniosos.

—Steve —aceptó Axel con desenvoltura, percibiendo cómo el arrebol de su amiga iba en aumento porque él no le soltaba la mano—. ¿Vamos dentro? Podemos tomar un té antes de...

—Preferiría la visita primero, si no les importa. —Al fin soltó la mano, pero sujetó, como sin querer, su cintura—. Después de usted, por favor.

A Beth se le pasó el sofoco cuando comenzaron a recorrer la casa y sus manos se apartaron, aunque se mantenía tan cerca que podía oler la colonia de esencia de cedro que usaba. Nada más verlo pensó con cierta reserva que era un dandy; pero la cautivó con su trato a los niños, plagado de bromas y gestos afectuosos.

En poco rato se corrió la voz de que el señor Cameron era americano y un nutrido grupo de internos quiso saber si se había topado con indios del Salvaje Oeste, lo que hizo que él terminara acomodado en el suelo de un pasillo, narrando peripecias que Axel hubiera jurado se iba inventando sobre la marcha, pero que estaban tan bien hilvanadas que ni los críos ni Beth pestañeaban con ellas.

Cuando quisieron darse cuenta, había oscurecido.

—Me temo que es la hora de la cena —advirtió Axel, desentumiendo sus piernas porque también se había sentado en el suelo.

Beth, desde su silla, pareció decepcionada.

—¡Apenas hemos conversado de las actividades del centro!

—Puedo volver mañana —sugirió él, con la más letal de sus sonrisas—. Pero les garantizo que dispondrán de mi apoyo.

El semblante de Beth se iluminó, arrebolada de nuevo.

—¿De verdad? Todo el dinero nos resulta bienvenido, pero Roger no le ha explicado...

—Me basta constatar la alegría de los niños —aseguró él con formalidad—. Es evidente que se les cuida bien.

—¿Se ha criado usted en un orfanato?

La mirada con que respondió resultó tan cálida que incluso Axel sintió que se derretía por el americano.

—No, señorita Swan. Soy un hombre muy afortunado y tengo una familia maravillosa. Pero eso no quita para que sepa apreciar la bondad cuando la veo.

Tuvo que ser él quien rompiera el elocuente silencio que siguió a sus palabras.

—¡Tampoco quiero parecer un blandengue! Lógicamente impondré mis condiciones para aportar capital, pero les aseguro que contarán conmigo.

—Gracias, señor Cameron... Steve —aceptó Axel, encantada con el embobamiento de su amiga—. Le prometo que no se arrepentirá.

Él besó la mano de Axel y después la de Beth, mirándose en sus pálidos ojos.

—Hace usted honor a su apellido, señorita Swan. Parece un cisne en mitad de un precioso lago.

Beth jadeó por el cumplido, incapaz de responder, y Axel hubo de acudir en su auxilio.

—Es una suerte que los chismes sobre el carácter de sus compatriotas sean falsos. Ha resultado usted más galante que cualquier inglés de buena cuna.

La sonrisa canalla floreció en sus labios, enamorándolas una vez más.

—Con mujeres como ustedes es fácil. —Se inclinó en un saludo antes de retirar sus pertenencias de manos de Arthur—. ¿A la misma hora mañana?

—Intentaré que Roger pueda recibirlo —asintió Axel mientras en Beth se intensificaba el sonrojo hasta límites insospechados por el escrutinio de aquellos ojos—. Tengo un compromiso ineludible toda la tarde.

Cameron se dirigió a Beth, imperturbable, como si no notara el modo en que su insistencia la afectaba.

—¿Usted estará aquí?

—Trabajo aquí —informó con timidez—. Dirijo el aula de los pequeños. Cuando termine con Roger puede pasar a visitarnos... Si quiere —aventuró, audaz por una vez.

No advirtió el cruce de miradas entre el americano y su amiga porque el bochorno apenas le dejaba levantar la vista del suelo, si no se hubiera sorprendido de verlos tan satisfechos.

—Será un placer; se lo aseguro.

Cuando finalmente desapareció tras la puerta, Axel contempló a la sonrojada muchacha con una mueca de diversión.

—Parece un cisne en mitad de un precioso lago —remedó, engolando la voz—. Creo, querida Beth, que acabas de ganar un admirador. ¡Y menudo admirador! ¡Es el hombre más guapo que he visto en mi vida!

—El más guapo no —se resistió—. Pero es muy atractivo.

—¿El más guapo no? ¿Tú has visto ese pelo, esos ojos castaños...?

—Los tiene negros —la interrumpió sin darse cuenta—. Le miré mientras contaba las historias de los indios. ¿Crees que se las habrá inventado?

—¡No tengo ni idea! —Axel le apretó los hombros, cariñosa—. Pero si lo ha hecho, tiene una manera estupenda de entretener a los niños.

Beth asintió, más impresionada de lo que ella misma quería admitir.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los labios de Axel antes de despedirse de ella. Solo había sido el primer asalto y parecía que Cameron lo había ganado limpiamente.

¡Otra noche en la que apenas pudo dormir! Cuando llegó a Valmont House encontró al duque aguardándola con entradas para el teatro, pero desestimó su invitación. Se amparó en la presencia de sus tíos para no darle explicaciones.

De Devon no hubo indicios, ni a la hora de la cena ni después, cuando intentó en vano alargar la sobremesa con la esperanza de verlo aparecer. Se marchó a la cama y se enfrascó en un libro de astrología hasta que se dio cuenta, al cabo de un rato, de que no se estaba enterando de nada. Lo arrojó a un lado, enfadada, y apagó el quinqué, pero el rostro sombrío de Devon la persiguió, incansable.

A la mañana siguiente sus ojeras daban fe del insomnio; sin embargo, Devon no tuvo oportunidad de notarlas porque, mientras Axel bajaba las escaleras, la señora Hanson la interceptó con un ramo de flores y una tarjeta

que ella se entretuvo en leer. No podía saber que lo enviaba Steve Cameron y que solo rezaba: *Gracias por su inestimable ayuda*. Los celos le cegaron y cuando cerró la puerta tras de sí, lo hizo dando un portazo.

Capítulo 11

La condesa Blackmoon se encontró a su regreso de Brighton dos cambios inesperados: su prima Elizabeth resplandecía de dicha y Axel, en contraposición, lucía oscuras ojeras.

Las tres se reunieron en la sala de visitas del Children's Paradise, una habitación luminosa, con cómodos sillones de tapicería oscura y muebles de calidad cuyas paredes se decoraban con cuadros cedidos por los benefactores.

Terminaba de ponerles al corriente sobre las incidencias de las reformas en su casa de veraneo cuando el conserje vino a interrumpirlas.

—Perdón, ladies. El señor Cameron acaba de llegar y pregunta por la señorita Swan.

Clarence entornó los ojos, intuyendo de dónde venía el brillo en la tez de su prima y su perenne sonrisa aun habiéndola escuchado hablar de asuntos tediosos como cañerías y muebles.

—¿El señor Cameron? ¿Novedades que desconozco?

La respuesta se la dio en persona la imponente figura del americano. Se había liberado de abrigo, sombrero y bastón, y aparte de llevar el pelo retirado del rostro con un cordón de cuero, su aspecto era impecable: traje azul sobre camisa blanca y botas de piel. Su voz firme y su descarada sonrisa mostraban a un hombre de mundo.

—¡Lady Blackmoon, por supuesto! Pese a que Beth ha alabado su belleza en incontables ocasiones, se quedó corta. Aunque ella asegura que es su ingenio lo que me hará admirarla.

Clarence, seducida por el porte del desconocido, no dejó traslucir su expectación y se limitó a aparentar un educado interés. Eso sí, le llamó poderosamente la atención la falta de tratamiento hacia Beth. Una cosa era que allí la llamaran por su apellido y otra que en dos semanas un individuo la

tratara de Beth sin más. Exceso de familiaridad. *¿Dónde demonios había ido a parar el enamoramiento infantil por Devon?*

—¿Y usted es?

—Steve Cameron, para servirla —le besó la mano y después saludó con una inclinación de cabeza a las demás—. Beth, Axel. Un placer volver a verlas.

—Steve... Siéntese, por favor. Nos acompañará en el té —decidió Beth, tan ruborizada como decidida.

Axel se regocijó al percibir los avances. En apenas una semana, Beth tuteaba al americano y, por lo que sabía, ya habían paseado juntos por Hyde Park dos tarde seguidas. Ahora, además, adoptaba el papel de anfitriona con una confianza que semanas atrás nadie hubiera esperado de ella.

—Steve, el señor Cameron —le explicó a su prima con las mejillas alborozadas—, es un nuevo afiliado a nuestra causa. Lo mejor es que no se limita a beneficiarnos con su dinero; sus historias resultan tan entretenidas que los chicos esperan impacientes a que llegue cada tarde. Ha creado un numeroso club de seguidores.

La sonrisa de Clarence se ensanchó, mitad burlona, mitad irónica.

—¡Cada tarde! Vaya, señor Cameron, ¡debe de ser usted un hombre muy despreocupado para dedicar tanto tiempo a la causa!

El americano se la devolvió con creces, divertido.

—¡Confirмо que su prima no se equivocaba! No se preocupe, mi fortuna es lo bastante sólida para permitirme estos ratos de ocio.

—El señor Cameron se dedica al comercio —le defendió Beth, apresurada. Para ella, contar con la aprobación de Clarence resultaba de suma importancia—. Su familia tiene empresas en Boston.

La condesa captó los matices de la conversación, encantada con los cambios que se habían producido en su ausencia, aunque preocupada por la sombría nota de tristeza en los exóticos ojos de Axel. Con todo, decidió añadir su apoyo a la nueva situación de su prima.

—Mi esposo también se dedica a los negocios. Tal vez debería presentarles.

—Sería un honor conocer al conde de Blackmoon —aseguró Cameron sin asomo de burla.

—Quizá podrías organizar una cena —intervino Axel, satisfecha por la colaboración de su amiga—. Estoy segura de que a William le agrada el

señor Cameron.

—Lo tendré en cuenta.

Estaba tan inquieta por Axel que casi se alegró cuando Beth y el americano, tras terminar el té, se despidieron para reunirse con los niños. Nada más cerrarse la puerta la interpeló.

—¡Cuéntamelo todo!

Axel, riendo, la puso al corriente de todo lo relacionado con los ausentes, pero rehuyó hablar de sí misma.

—¡Jamás imaginé que vería a Beth libre de su obsesión por Devon! —admitió Clarence, encantada—. ¡Es maravilloso las cosas buenas que van a salir de este proyecto! —Mudó de rumbo su pensamiento y el tono de voz. Con firmeza rayana en el autoritarismo se enfrentó a su amiga—: Y ahora, hablemos de ti. Por mucho que disimules, se te cae la cara a pedazos.

Axel se replegó, amoscada.

—¡Desde luego, lo tuyo no es la diplomacia!

Clarence enarcó una ceja, con ademán severo.

—No la veo necesaria entre nosotras. ¿Es por Devon o por Andrew?

—¿Por qué habría de ser por Devon? —La rabia tiñó sus iris de un verde intenso—. ¡Es Andrew quien me corteja!

Clarence se limitó a mirarla con fijeza hasta que Axel se derrumbó. Debería haber sabido que Clarence Blackmoon no era una persona fácil de engañar.

—¡Está bien, te lo contaré todo!

Lo hizo. Desde el momento en que Devon apareció en Marion Hill tras su llegada del continente hasta la última noche que habían pasado juntos. Tampoco le ocultó sus devaneos con el duque de Ivory, ni sus dudas y sus miedos. Cuando lo dio por terminado, sintió que se había quitado un peso de encima.

—Me aseguraste que lo sabías todo sobre él, que es tu amigo de confianza. Dime la verdad, ¿crees que me ama o que fue su sentido del honor lo que le llevó a pedirme en matrimonio?

Lady Blackmoon lo pensó detenidamente. ¡No le cabía en la cabeza que su amiga estuviera tan ciega! Pero entonces le sobrevino el recuerdo de las noches de insomnio en las que ella se debatió entre William y Devon. También sufrió por los desplantes de su actual esposo, producto de sus celos por el vizconde. No, no tenía derecho a abrirle los ojos a Axel contándole lo que sabía. Cada uno debía recorrer su camino y confiaba en que Axel sería lo

bastante despierta para elegir el acertado.

Con un suspiro y un cálido apretón de manos, expuso lo único que podía expresar.

—Esa respuesta deberás pedírsela a él.

El corazón de Axel palpitó de angustia pese a comprender que Clarence tenía razón. Pero aún tuvo otra duda. ¡Sabía tan poco de hombres y Clarence los manejaba con tal destreza! La envidiaba por ello.

—Un último consejo, ¿debo confesarle mis avances con Andrew?

La mirada azul se posó sobre la verde con determinación.

—Una pareja debe basarse en la confianza mutua —determinó—. Para él no será sencillo escucharlo, pero recuerda que Devon es uno de los libertinos más famosos de Londres. No tiene nada que reprocharte.

Axel asintió, reconfortada, y abrazó a la condesa con fervor.

—Gracias por ser tan buena amiga.

Clarence le devolvió el gesto, afectuosa. Después, con una sonrisa traviesa, le confesó:

—La otra noche, William y yo estuvimos debatiendo sobre tu nombre. ¡Ya sabes que me fascina! ¡Pena que mis padres fueran tan convencionales y se les ocurriera endosarme el archifamiliar Clarence! —bromeó—. ¿Sabes qué opinó él? Que entre Devon y tú lleva demasiado tiempo imperando el significado de «hacha» y que puede que haya llegado el momento de que la enterréis.... Sin la menor duda, lo de «regalo del cielo» os beneficiaría... a los dos.

A la mirada de Axel asomó un abierto regocijo.

—Lo de hacha de guerra debería haberlo sabido antes, cuando me llamaba bastarda y lindezas parecidas. Estoy segura de que por los establos y graneros de Marion Hill debe de haber más de una. ¡Y te aseguro que no me hubiera detenido a la hora de lanzárselas!

—¡Lo ha pagado con creces! No te recrees en la venganza —rio Clarence, divertida con la parte salvaje de su amiga.

—Ya te contaré —replicó Axel, enigmática, recogiendo su sombrero y su capa—. ¿Conoces la salida, verdad? Creo que tengo un asunto pendiente.

—Por mí, adelante —la animó la condesa con la risa dibujada en los labios.

Cuando Axel bajó de la calesa que le había llevado a Valmont House se

encontró dos imprevistos: el primero, la presencia de Andrew, aunque no lo divisó hasta más tarde, y el segundo, el carruaje repleto de enseres que el mayordomo despedía desde la escalinata de entrada.

—¿Qué ocurre, Robert? ¿Dónde van esas cosas?

—El vizconde ha terminado las obras de su casa, milady. La suponía enterada —replicó con su habitual antipatía.

—¿Devon se ha ido?

No pudo disimular la angustia de la noticia y el duque, que lo escuchó, se sintió dolido.

—El vizconde se ha trasladado a dos manzanas de distancia —confirmó el mayordomo—. Tampoco es una tragedia.

—¿Qué áspero es usted! —rezongó mientras entraba en el hall. Al tropezar con Andrew se esfumó cualquier vestigio de su espíritu inquieto. ¡Había llegado el temido momento de la verdad! —¿Andrew, no te había visto! Robert no me dijo...

—No le has dado oportunidad.

El reproche fue tan seco como la voz del sirviente y ella amagó el golpe.

—¿Tienes razón! Llevamos unos días sin vernos. Discúlpame. He estado liada.

El duque hizo gala de estar siempre informado.

—¿Ejerciendo de celestina?

Continuaban en medio del pasillo y las doncellas no disimulaban su curiosidad, así que Axel lo condujo sin vacilación al saloncito rosa. No se preocupó por su reputación cuando cerró la puerta a sus espaldas.

—Tenemos que hablar, Andrew.

—Has hecho tu elección, ¿no es cierto? —la amargura de su voz reflejó su pesar.

Ella lo contempló en silencio. ¡Quería a aquel hombre! Lo hallaba sumamente atractivo y adoraba su carácter. ¿Por qué no podía amarlo, entonces?

Sus pensamientos quedaron reflejados en su semblante y a Andrew no le quedó otro remedio que aceptar la derrota.

—Devon me advirtió, me aseguró que no dependería de nosotros, sino de ti. De quien tú eligieras. Sabía que serías fiel a tu corazón —su voz se quebró—. ¡No sé cómo voy a vivir sin ti, Axel!

Ella corrió a sus brazos y se estrechó contra su pecho, angustiada.

—¡No puedo mandar en mis sentimientos, Andrew! Discúlpame.

—Tampoco yo puedo —Le izó el rostro y besó sus labios con delicadeza—. Eres mi única duquesa imaginable.

Un nudo se apretó en su garganta mientras lo acariciaba: los labios, los ojos, la nariz... Un rostro bello que guardaba secretos de ternura.

—Beth pensaba que solo existía Devon y ahora suspira por Cameron — quiso consolarlo.

—No me ofendas, cariño. ¡Beth nunca disfrutó de los favores de Devon!

Ella desistió de animarlo y se limitó a estrecharlo más fuerte.

Una puerta al abrirse les interrumpió. Se trataba del conde de Valmont y su actitud mostraba cierta beligerancia.

—Disculpa, Axel, pero no es correcto...

—No se moleste, conde. —El duque estuvo presto en separarse—. Ya me iba.

—Pero... —Las manos de Axel se resistieron a soltarlo, indiferente a la presencia del conde—. ¡No puedes marcharte así!

—No hay un modo elegante de hacer esto, cariño. Está todo hablado.

Stephen asistió, perplejo, a la despedida del duque mientras veía cómo Axel se derrumbaba en un sofá. Con ademán decidido, cerró la puerta y corrió a auxiliarla.

—¿Te ha dejado? ¿Ha desistido de pretenderte? —La preocupación vibró en su voz.

Ella negó, sin dejar de llorar.

—¡Soy yo! ¡Lo he dejado yo! —susurró, abrumada.

El rostro del conde se distendió de alivio y Axel no escondió su sorpresa.

—¿Te alegras, Stephen?

Él tomó asiento a su lado y le acarició las manos, con una mirada tan idéntica a la de su hijo que Axel se perdió en ella, entendiendo apenas sus palabras.

—¿Al fin te has dado cuenta?

Lo interrogó, confusa por la cálida sonrisa de Stephen.

—Devon, Axel. Amas a mi hijo.

—¿Es tan evidente?

La sorpresa de los ojos verdes hizo reír al hombre.

—Lo es. Y él te ama a ti —afirmó, deseando quebrar la inseguridad que emanaba de ella—. Si me hubierais consultado cuando llegasteis a Londres, os

habrías evitado muchos disgustos.

Un sentimiento de gozo brotó en sus entrañas y se transformó en un mohín de disculpa que reconfortó al conde.

—Lo siento, Stephen. No se me ocurrió.

—Quizá en aquel momento no hubiera sido el mejor consejero... —admitió él, divertido.

—¡Pero ahora, sí! —confirmó Axel, enjugándose las lágrimas.

—Ahora sí. —La serenidad de su gesto mostraba el amor que sentía, la paz y la plenitud que había alcanzado con Elena—. El mejor. Gracias a ti.

Axel lo envolvió en un abrazo, con la sensibilidad a flor de piel.

—No me debes nada. Soy yo quien te da las gracias, Stephen. Por devolver la dicha a mi tía.

Una sonrisa socarrona surcó el atractivo rostro mientras apartaba el de Axel para enmarcar su cara.

—No se te ocurra agradecermelo. Lo estoy disfrutando muchísimo. Y créeme, seré aún más dichoso cuando Devon y tú nos deis una feliz noticia.

—Estás muy seguro de que me corresponde —susurró, anhelando creerlo.

—Es mi hijo —afirmó el conde con convencimiento—. No necesito sus confidencias para entender lo que siente.

Una sonrisa traviesa se reflejó en el semblante de Axel, animándolo. ¡Si a todos les parecía evidente, debía de ser verdad! ¡Devon la amaba! Y como a ella no se la podía tachar de cobarde, tomó su decisión.

—Espero que no te equivoques, porque voy a presentarme en su casa para pedirle matrimonio —avisó en un susurro.

El conde de Valmont la ayudó a incorporarse, le alisó el vestido y besó su mejilla.

—¡Cuentas con mis bendiciones!

Axel Birmingham se miró en el espejo de su alcoba, de la que empezó a despedirse. No podría casarse con Devon en unas semanas, pero estaba segura de que lograrían acelerar los trámites lo suficiente para, sin dar un escándalo, no tener que aguardar demasiado. ¡Ahora que el vizconde no estaba bajo su mismo techo les iba a resultar más complicado compartir colchón!

Por otro lado, se casaría sin haber vivido la experiencia de sufrir una temporada. Era más de lo que cualquier jovencita en sus cabales soñaría

jamás.

Mientras una sonrisa animaba su cara, volvió a mirarse. Solo llevaba unas medias y el collar de esmeraldas bajo la capa de armiño. Se puso unas gotas de perfume francés y salió al pasillo, decidida.

Esperó a que el carruaje desapareciera calle abajo para llamar con determinación. Le abrió la puerta un hombre desconocido de mediana edad y pulcro uniforme.

—Milady, ¿en qué puedo servirle?

Nunca había estado en la casa, aunque hubiera pasado delante de la fachada en numerosas ocasiones. El corazón le dio un vuelco al pensar que, en el futuro, este sería su hogar. Miró en rededor y le gustó la claraboya que iluminaría en los días claros el vestíbulo, el elegante mueble de caoba para recoger las prendas de los invitados, el busto de Elena que presidía un rincón...

—Ejem... ¿Milady?

Retornó al presente con una mueca burlona, consciente del efecto que su inesperada presencia producía en el mayordomo, quien parecía una calca de Robert, de puro estirado.

—El vizconde, por favor. ¿Dónde puedo encontrarlo? —solicitó con voz firme.

—Lo siento, no creo que pueda recibirla. El señor... —El criado mostró su confusión ante una visita inadecuada.

—Me recibirá —aseguró Axel adentrándose en el interior—. Solo dígame dónde hallarlo.

—En sus aposentos. Tiene una cena y...

—En la segunda planta, pues. —Subía las escaleras, descolocando al mayordomo—. ¿Derecha o izquierda?

—Primera a la derecha, pero... —El pobre hombre estaba tan aturullado que no sabía si darle el alto o adelantarse a la visita y anunciarla con premura.

—No se angustie, señor...

—Benson —se presentó con gesto cortés.

—... señor Benson —concluyó Axel con una espléndida sonrisa—. Le garantizo que mi intrusión no va a costarle el puesto.

Las doncellas salieron al pasillo y contemplaron asombradas cómo una

mujer subía las escaleras a paso rápido, hasta que una la reconoció.

—¡Es lady Axel, la prima del vizconde!

Entonces dieron comienzo los cotilleos en la planta baja.

Entre tanto, Axel pasó a la habitación sin llamar.

Devon y su valet se volvieron a la par con diferentes expresiones.

—Sus servicios no son necesarios esta noche, señor —indicó ella al criado con voz resuelta.

El aludido, atónito, se viró para confirmar sus palabras y comprendió por la mirada de abierto regocijo del vizconde que eran ciertas.

—Ya lo ha oído, Joseph. Nos vemos mañana.

—¿Y su cena, señor?

—Envíe aviso de que no acudiré. Invente lo que le plazca —apuntó, sin apartar la vista de la seductora visión que presidía su alcoba.

—Como guste, señor.

El valet echó una última mirada a la descarada joven envuelta en una capa de armiño y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Has venido a conocer mi casa?

A pesar de su apariencia tranquila, Axel reconoció en las pupilas dilatadas y el color ambarino la evidencia del deseo y decidió seguirle el juego.

—Escuché que tienes unos baños maravillosos.

Devon asintió, divertido, sin moverse del sitio.

—¿Qué te parece la alcoba? ¿La encuentras a tu gusto?

Ella pasó revista al entorno. Hasta el momento solo había estado pendiente de Devon y sus reacciones. Contempló la inmensa cama con dosel, las caras alfombras, el butacón frente a la chimenea...

—Carece de toque femenino —opinó con insolencia.

Devon continuó junto al vestidor, aunque sus labios se entreabrieron en una sonrisa burlona.

—Es *mi* alcoba —recalcó.

Axel avanzó, dejando que la capa se entreabriera y rebelara su desnudez, mientras liberaba el improvisado moño y su melena caía en cascada.

—No está mal. Pero si quieres que sea *nuestra alcoba* —recalcó a su vez—, deberás permitirme ciertos cambios.

—¿Vienes a solicitar el puesto de amante que tengo libre?

Sus palabras la detuvieron pese a que el semblante de Devon traslucía algo más que lujuria.

—Esperaba que siguiera disponible el de vizcondesa Dermont —aventuró, nerviosa.

—Pensé que preferías el de duquesa de Ivory.

Su voz sonó sin inflexiones, aturdiendo a Axel.

—Podría seguir siendo Axel Birmingham toda mi vida. ¡Lo único que quiero es estar contigo! —replicó, sosteniéndole la mirada.

Su sinceridad hizo temblar los cimientos de Devon. Le estaba costando lo indecible no correr a abrazarla. Había vislumbrado su cuerpo desnudo bajo la capa y el brillo de las esmeraldas sobre su piel, como la noche de Blackmoon, y el recuerdo de lo ocurrido entre ellos le enardeció de la cabeza a los pies.

Axel, segura de sus emociones, dejó caer la capa.

—¿Otra vez de cortesana? —bromeó él, con la voz ronca y la sonrisa dichosa.

Axel asintió, dueña de la situación.

—Ya sabes lo que quiero. Y no puedes negarte —susurró, provocativa—. Cuento con tu palabra de caballero.

—Quizá prefieras la del libertino... —sugirió él, atrapándola en sus brazos.

—Mientras me des placer, me da igual quien seas —admitió ella, descarada, perdiéndose en su boca.

Devon se dejó desvestir por las inquietas manos de Axel, pero después tomó la iniciativa.

—¿Quieres comprobar cómo trataría a una cortesana?

Ella asintió, excitada por semejante provocación, y Devon, satisfecho de su insaciable curiosidad, la besó con tal ardor que casi olvidó la propuesta. Después se dijo que tenían todo el tiempo del mundo y se propuso ofrecerle sensaciones nuevas. Le señaló la cama para que se tumbara y él se encaminó a su cómoda con un sucinto: «Cierra los ojos».

Axel obedeció, confiada. Un cosquilleo de entusiasmo le puso la piel de gallina cuando lo sintió aproximarse y una banda de seda le cubrió la vista.

—Limítate a sentirme.

Devon inició un juego de caricias a las que siguieron mordiscos y lametones desde las sienes hasta los dedos de los pies, erizando cada zona a su paso. Después la volvió de espaldas y trazó un camino de besos por las quebradas de su columna. Axel sudaba y se estremecía con el sonido de sus propios

jadeos y por el resuello ahogado de Devon. Lo sabía excitado porque su miembro se paseaba a lo largo y ancho de su anatomía dejando constancia de su volumen. Disfrutó con intensidad del asalto a su cuerpo hasta que Devon mordió su trasero y pasó la lengua por la hendidura que lo separaba. Entre el bochorno y la expectación, notó la descarga que la recorrió entera y apretó la cara contra la almohada para alzar las caderas y salirle al encuentro. Devon, duro y caliente, la sostuvo con un brazo y la penetró desde atrás, salvaje e imparable, tenso como un arco.

Se movieron al unísono, frenéticos, buscándose, hasta que Axel gimió descontrolada y Devon se dejó ir en su interior, apretando el pecho contra la sudorosa espalda.

Cuando le quitó el pañuelo, tenía el cabello empapado y los ojos vidriosos.

—¿Te hice daño, mi amor?

Axel negó, ahogando una carcajada.

—¡Prométeme que lo repetiremos más veces!

Devon aguantó la risa, pero no disimuló su devoción, colmado hasta lo indecible.

—Solo si aceptas ser mi esposa.

—¿Qué hay del puesto de amante? Parecía prometedor...

—Para la noche, me vale —aceptó el vizconde, siguiéndole la broma—. Pero durante el día necesitaré una esposa respetable.

Axel lo besó despacio, saboreando sus ojos castaños, su pelo suave, sus músculos de acero...

—Cuenta con ello, vizconde. Axel Birmingham a su servicio.

Él depositó una caricia en su frente, escéptico.

—Más bien, Devon Hunt al tuyo, pequeña ladrona. Cuando el tío Orson te encontró no podía imaginar con qué habilidad nos robarías los corazones.

—¡El tuyo ha sido duro de pelar! —replicó ella, mordaz.

—Te garantizo que no hallarás otro más rendido, mi regalo.

Axel lo contempló extasiada, antes de buscarle la boca.

Epílogo

Año de 1822. Londres

Dos toques en la puerta desviaron la atención de Axel sobre la ingente cantidad de papeles que estudiaba. Había tantas solicitudes para la escuela taller que debía revisar con atención hasta el menor detalle, ya que, aunque las aportaciones económicas eran constantes, el flujo de alumnos encarecía los gastos de Children's Paradise.

—Adelante —autorizó con la cabeza ausente.

La figura de Arthur se recortó en el vano.

—Un caballero desea verla, lady Dermont —informó con solemnidad.

Axel no necesitó preguntar. Tras la espalda del conserje divisó la espigada figura del duque de Ivory y su corazón se tambaleó por la mirada de los ojos azules. Resaltaban en un rostro de intenso bronceado. Las lágrimas fluyeron mientras los brazos que durante tanto tiempo había anhelado la levantaban del asiento y la estrechaban contra el fornido pecho, perfectamente trajeado.

Arthur, con discreción, se retiró.

—¡De imaginar que me recibirías así hubiera venido antes!

Su voz mantenía el toque sensual y juguetón que la convertía en única y Axel redobló el llanto.

—¡Cinco años, Andrew! ¡Has tardado cinco años! ¿Cómo pudiste hacernos esto? —le reprochó cuando pudo recuperarse de la emoción.

—La India resultó un destino interesante —replicó él, con ademán indolente, aunque enseguida su voz se convirtió en un susurro—. Necesitaba dejar pasar el tiempo, Axel. Poder mirar tu precioso rostro sin que me rompieras el alma.

Ella hipó, desconsolada, y él le limpió las lágrimas con su impecable

pañuelo y una sonrisa amable.

—Ya está, Axel. Ya podemos mirarnos.

—¡Te he echado mucho de menos! —musitó, avergonzada de su falta de control. Había fantaseado en incontables ocasiones con aquel momento, pero no supuso que las emociones la avasallarían con tal intensidad.

—Y yo a ti. Con locura —admitió el duque, melancólico—. Pero sé que eres feliz y que Devon te idolatra. En cuanto a mí... He sobrevivido.

Ella le acarició el rostro con los dedos. Descubrió algunas arrugas en la frente y alrededor de sus luminosos ojos. El cabello rubio parecía casi blanco por las horas pasadas bajo el sol asiático; pero aparte de esos detalles continuaba igual: su elegancia innata, su sonrisa abierta, la pasión por vivir que transmitía...

—Sentémonos —propuso, ya calmada, indicando un diván—. ¿Quieres tomar algo?

—No, solo contemplarte —negó, afectuoso arrastrándola al sofá—. Llegué a Londres hace dos días y he necesitado un empujón para acudir a verte. Clarence me ha contado que ahora eres tú quien dirige el centro...

Ella cogió sus manos, en un afán por sentirlo cerca, y la sensación de comunión pasó del uno al otro. Aunque su amor por Devon permanecía incólume no se había perdonado el daño que ocasionó al duque ni haber sido la causa de que abandonara su cómoda vida para arriesgarla en lugares lejanos. Ninguno de sus amigos se lo reprochó jamás, pero cuando se hablaba de Andrew todos la miraban con prevención, sabiéndola responsable. Hasta que el duque de Ivory no se ausentó de Londres, no fueron conscientes de cuánto lo añoraban.

Parpadeó para evitar el llanto y respondió a su pregunta, obligándose a serenarse.

—Sí, soy la nueva directora. Al señor Alvin le falló el corazón y tuvo que retirarse. De todos modos, le consulto siempre que necesito ayuda. Es un hombre excelente.

—Beth sigue en su puesto, ¡aunque casada con el dichoso americano!

Andrew bromeó. Necesitaba lidiar con las sensaciones que Axel le provocaba. Se creyó inmune al embrujo de sus ojos verdes y allí estaba, deseado sacar al seductor que llevaba dentro. Mantuvo quietas las manos y esbozó su sonrisa canalla, con la que ocultaba a la perfección los sentimientos más íntimos.

—Un americano que ha resultado muy productivo —asintió Axel, agradecida de que él tuviera fortaleza para gastar bromas después de cinco años ausente—. Devon y William se asociaron con la familia Cameron y las empresas han crecido muchísimo.

—Lo sé —reveló, formal—. Llevo la delegación en India.

—Ya, Devon me lo contó... —Se había sentido dolida mucho tiempo y no pudo evitar el reproche—. ¿Por qué con él sí mantuviste el contacto? ¿Fue mía toda la culpa?

Andrew se llevó las pequeñas manos al pecho, queriendo desterrar la angustia del semblante que veneraba, pese a que el contacto laceró sus heridas.

—No, Axel —musitó—. Nadie tuvo la culpa. En los sentimientos no se manda. Pero Devon era mi amigo desde niños y juntos cargamos a las espaldas incontables batallas. Con él resultaba más fácil.

Axel aceptó su explicación, aunque aún le quedaron reproches.

—¡No viniste al entierro de Leticia Sinclair! Michael te echó mucho de menos. —Se mordió los labios, apenada—. Creo que desde ese día dejó de apreciarme.

La risa del duque resonó en la estancia.

—¡Sigues igual de fantasiosa! ¡Michael te adora, como todo el mundo! Le escribí una carta en cuanto lo supe, dándole mis condolencias; aunque en realidad fue un alivio para la familia que la marquesa falleciera. Desde que perdió la cabeza la convivencia era un infierno en esa casa.

—Sí, Devon me lo contó. Yo no llegué a conocerla —admitió, remisa.

—El padre de Michael mantenía su hogar cerrado al mundo.

Andrew acarició en un impulso el cabello de Axel. Lo llevaba sujeto en un improvisado recogido con un simple lápiz y al contacto con sus dedos se desmoronó, enmarcando su rostro. Él le dedicó una sonrisa y Axel, con naturalidad, volvió a recogerlos. De paso, aprovechó para saciar una curiosidad que llevaba años reconcomiéndola.

—¿Tú sabes por qué la señora Vernot y Michael mantienen su relación en secreto? ¿Tiene que ver con su situación de viudedad?

La sonrisa del duque de Ivory asomó, socarrona, como en sus mejores tiempos.

—Bella no es viuda; actuaba de artista en Cardiff cuando la conocimos. Entonces éramos muy jóvenes y los dos se enamoraron de inmediato, así que

Michael le proporcionó una identidad falsa y se la trajo a Londres. No podrán casarse hasta que herede el marquesado porque su padre lo dejaría sin un penique si conociera la verdad. —La intriga le pudo a él también—. ¿Por qué no se lo preguntaste a Devon?

—No sabría decirte... —¿Para qué comentar que temía abrir viejas heridas?—. Clarence tampoco conocía esa información, y me consta que interrogó a William.

—Espero no haber cometido una indiscreción, entonces. —Sonrió sin rastro de arrepentimiento—. Prometimos guardar el secreto, pero de eso hace muchos años.

—Queda tranquilo. Por mí, nadie lo sabrá —se corrigió de inmediato—. Menos Clarence y Beth, por supuesto. También a ellas les come la curiosidad.

La mirada del duque de Ivory se regodeó en el brillo de los ojos verdes. Le fascinaba el mundo de las mujeres, cargado de secretos y confidencias. Los hombres tenían distinto talante, franco y rudo. Prefería la sutileza del ambiente femenino.

La irrupción de otra persona detuvo la conversación.

El duque apreció el exquisito atractivo de la mujer que atravesó la puerta sin llamar, así como el rubor que cubrió sus mejillas al encontrarlos en una situación que podía parecer equívoca.

—Discúlpeme, lady Dermont. Ignoraba que estuviera ocupada —se excusó, avergonzada.

Axel se incorporó con una sonrisa pronta, desenredándose de las manos de Andrew.

—No interrumpes, Meg; no te preocupes. ¡Y no me trates con esa formalidad! El duque de Ivory es un amigo. Dime qué ocurre.

Ella miró de reojo al hombre, nerviosa por el descarado escrutinio al que la estaba sometiendo.

—Se trata de tu hijo, Andrew. En un descuido de Thomas ha metido las manos en la cuba de añil y se las ha tintado. Lo ha visto el médico y dice que no es importante, pero no quería que te enteraras por alguien de fuera y te angustiaras. Lo envié a tu casa con una doncella. ¡Andaba algo taciturno al verse tan azul! —La risa se le escapó por lo inmensos ojos negros, intensificando la atención del visitante—. Solo era eso; ya os dejo.

Axel, consciente del intercambio de miradas, se regodeó por dentro y detuvo a la muchacha.

—Espera, Meg. Permite que te presente.

La llevó de la mano hasta el sofá, de donde Perry se incorporó con un saludo cortés.

—Andrew, ella es la señorita Megan Cameron, cuñada de Beth. Colabora con nosotros.

El duque besó el dorso de la mano, que había quedado ligeramente tintado al ayudar al niño, mientras la americana controlaba un sofoco.

—Meg, el duque de Ivory —concluyó Axel, percatándose del mutuo interés.

—Andrew Perry, mejor —susurró galante.

Andrew se sintió atraído por los rasgos exóticos de la americana. El matiz de su cabello, negro como ala de cuervo, se repetía en el iris de sus ojos rasgados. Sin embargo, su piel recordaba al alabastro y poseía labios de un rojo intenso. Tampoco le pasaron desapercibidas sus curvas, lo que arrancó una sonrisa de Axel.

—Encantada, milord —la voz femenina sonó sensual, con un toque ronco que acarició los sentidos del duque—. ¿Esperamos contar con su presencia a menudo?

Él asintió, gratamente sorprendido.

—Se aburrirán de ella, con seguridad —logró articular, adoptando su pose más cautivadora.

La muchacha soltó una risa vibrante antes de despedirse con un gesto.

Cuando volvieron a quedar solos, Axel lo interpeló con descaro.

—Preciosa nuestra Meg, ¿verdad?

—¿Probando tus dotes casamenteras de nuevo? —Regresó al asiento mientras se burlaba.

—Con Meg resultaría complicado —le provocó, sabiendo cómo le entusiasmaban los retos al duque—. Sus hermanos la enviaron de Boston por alguna turbia historia que nunca nos contaron. Pero me consta que es una mujer muy independiente y decidida. Me cae bien. Seguro que a ti te gustará.

Andrew suspiró, perdiéndose en la mirada que aún conseguía noquearle.

—No sé, Axel; que el futuro decida. —Se olvidó de la joven al instante para retomar el dato que lo habría golpeado de lleno—. Pero, dime, lo de tu hijo... ¿Cómo pudisteis ponerle mi nombre?

Parecía tan complacido como atónito y ella sonrió.

—Fue idea de Devon. Aunque acepté encantada.

—¿No tuvo miedo de que te resultara un recordatorio? —Sus ojos se

nublaron con un velo de tristeza—. ¡No, qué tontería! ¡Está muy seguro de tus sentimientos!

Axel cogió sus manos y se las besó con firmeza.

—No, Andrew. ¡Es que es tu amigo! Te ha añorado tanto como yo. Créeme, ambos sufrimos por el daño que te causamos.

El duque la estrechó en sus brazos, conmovido, disfrutando del olor de su pelo, resistiéndose a recordar lo que experimentaba cuando la tenía de aquel modo.

—Recuperaremos los buenos momentos, Axel. Te lo prometo.

Ella asintió. De algún modo, sabía que era cierto.

Dejó relegada la tristeza a un rinconcito de su pecho porque volvía a contar con la presencia del único hombre que la había ayudado a tener fe en sí misma, aparte de Devon.

Y porque desde aquel mismo instante, decidió, esbozando una sonrisa astuta, empezaría a fraguar planes para que él pudiera llegar a ser tan feliz como lo era ella.

Nota de la autora

Esta novela fue publicada en 2014 bajo otro sello editorial. Os preguntareis entonces por qué deberíais leerla quienes ya lo hicisteis. No os engañaré, la historia es la misma; sin embargo, considero que ha mejorado notablemente su redacción y he trabajado con ahínco por subsanar los fallos que las anteriores ediciones tuvieron.

La culpa de esa mejora la tiene Jo Beverley y su blog, donde encontré una magnífica documentación de cómo eran los tratamientos de cortesía y los usos y costumbres de la época de Regencia. Me vino genial para darme cuenta de cómo, a pesar de haber intentado realizar un buen trabajo, había metido la pata en numerosas ocasiones. Por poner otro ejemplo, en mi novela original, Axel era adoptada y resulta que en Inglaterra no existió esa figura hasta 1926, con la introducción de la Adoption Children Act. De ahí que ahora la haya prohijado, con permiso real, además, para que suene mucho más creíble.

A muchos lectores no le importarán estos detalles, pero me temo que soy bastante maniática al respecto. No creo que por escribir novela romántica se deba desdeñar la rigurosidad. De ahí que haya aprovechado el cambio de editorial para ofrecer un trabajo mejor elaborado. Lo cual no quiere decir que esté perfecto. Seguramente lo repase en un tiempo y vuelva a encontrar fallos. Una va aprendiendo y mejorando cada día, así que eso es lo que ofrezco. Lo mejor de mí misma.

Espero que lo disfrutéis. Para quienes no habríais leído la novela, no dejéis de hacerlo. Es una bonita historia. Y como, además, os quedareis con ganas de seguir leyendo (ese maravilloso duque de Ivory no puede quedarse sin un final feliz) os invito a continuar las peripecias de todos los personajes y algunos nuevos en Nayeli.

Gracias por vuestra fidelidad, por decirme lo mucho que os gustan mis

novelas y por animarme a escribir la siguiente. Sin vosotr@s no existiría Mercedes Gallego.

Igualmente, gracias a la editorial HQÑ por acompañarme en la aventura, y a Elisa Mesa en especial por creer en mí.

Mayo, 2018

Biografía

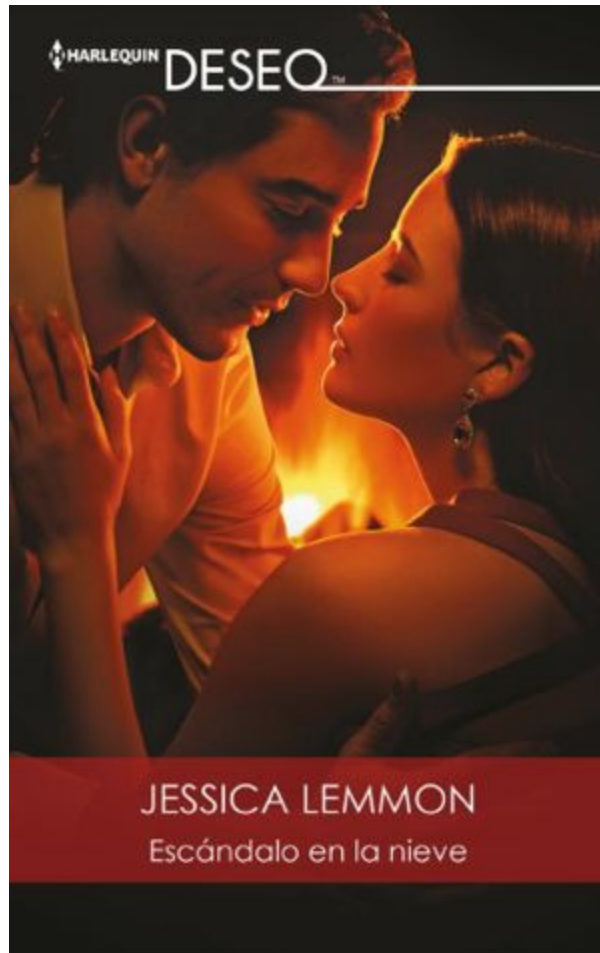
Mercedes Gallego es extremeña. Se inició en el mundo editorial de la mano de HQÑ con *Mo duinne*, en 2014. Desde entonces ha publicado *Mo fàil* e *Intruse* y *Desafiando al destino* con este mismo sello.

Suyas son también *El compromiso* y *Asuntos pendientes*, con RNR y *Tess* con Romantic Ediciones.

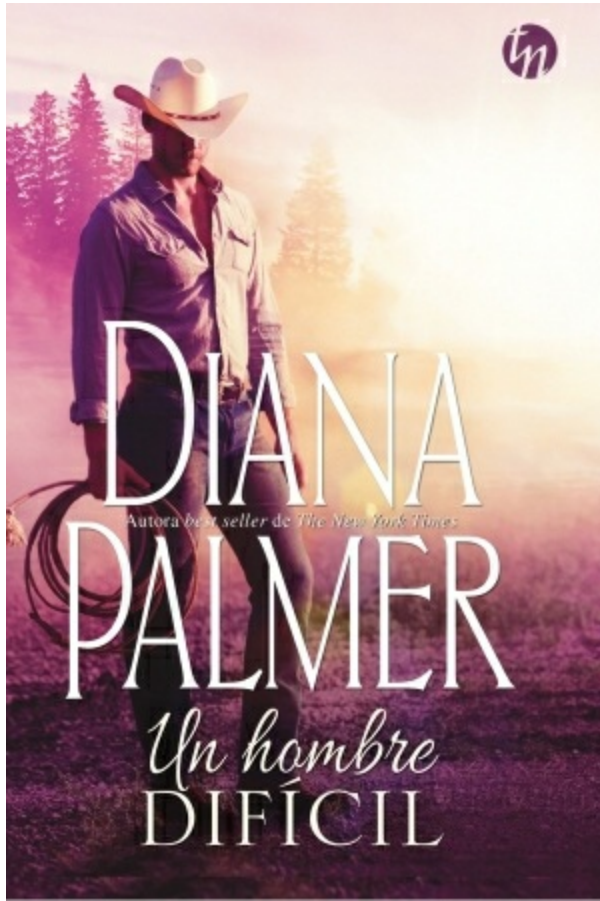
Mercedes Gallego participa del mundo cultural de su localidad escribiendo artículos para diversas revistas y mantiene activo un blog, tintadreams, <http://tintadreams.blogspot.com/>, desde 2013. Ha ganado algunos concursos de relatos y microrrelatos y ha participado en libros con fines benéficos.

Si quieres saber más sobre ella, la encontrarás en Facebook, Twiter e Instagram.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



tn

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

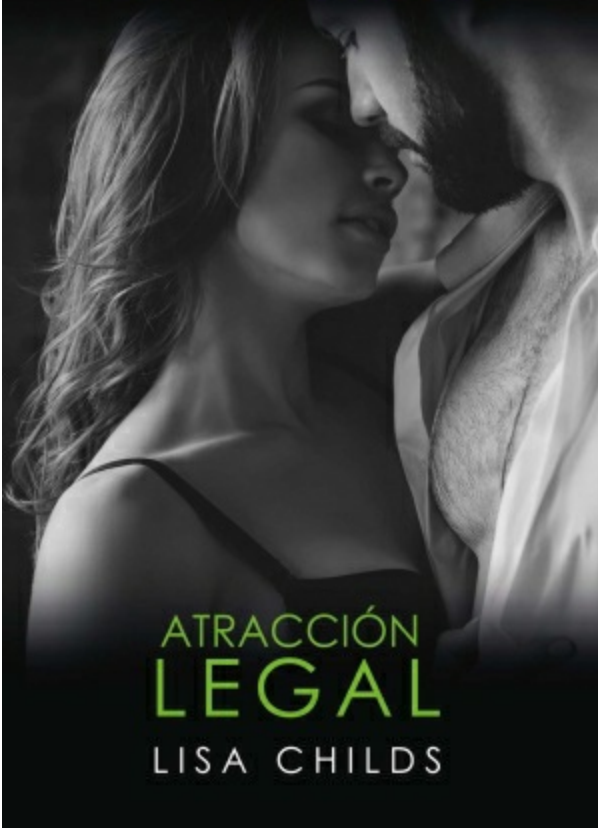
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

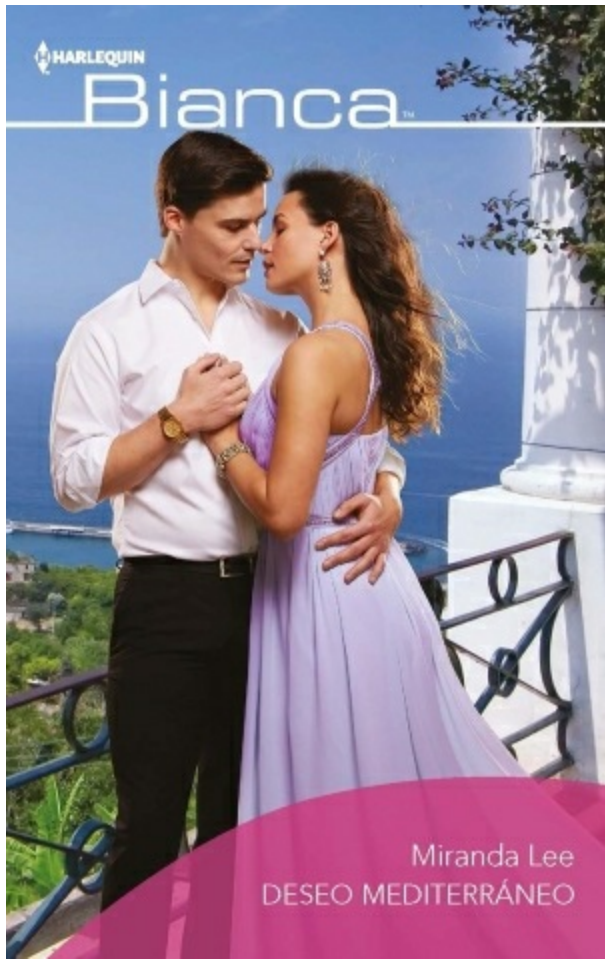
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)